



Universidad Nacional de Rosario - Facultad de Psicología  
Secretaría Estudios de Posgrado

---

**Doctorado en Psicología**  
**–Plan de Estudios 2012–**  
Cat. B CONEAU Res. N° 1038/14

**TESIS**

**Una redefinición posible de la clínica psicoanalítica y del diagnóstico a partir de la teoría de los cuatro discursos de Jacques Lacan. Diversidad de enfoques entre analistas freudo-lacanianos**

Autora: **Ps. Rosanna Candelero**

Director: **Dr. Rolando Karothy**

Rosario, agosto de 2017

## INDICE

---

### ***In memoriam* y agradecimientos**

<b>Resumen</b>	4
<b>Introducción</b>	5
<b>Capítulo 1. La clínica psicoanalítica. Una interpelación al <i>diagnóstico</i></b>	8
Del signo al <i>significante</i>	8
El <i>diagnóstico</i> en el banquillo	16
Versiónes acerca de la <i>clínica psicoanalítica</i>	26
Un cuadro dentro del cuadro	28
<b>Capítulo 2. Artesanías metodológicas</b>	32
Sobre el material para el análisis	32
El oficio de archivista	33
Un archivo no oficial sino oficiante	40
Otro tipo de lazo entre analistas	44
Acerca de los fragmentos clínicos	50
<b>Capítulo 3. ¿Estructuras clínicas?</b>	53
Estructuras psicopatológicas o Psicopatología/s	62
Transferencia y caso por caso	69
<b>Capítulo 4. Una aproximación a <i>Los cuatro discursos</i></b>	72
Foucault – Lacan	72
De las relaciones entre <i>el psicoanálisis y las ciencias</i>	74
<i>Las matemáticas</i> de Jacques Lacan	77
La <i>incompletud</i> de lo simbólico o <i>Una falla</i> en el universo	79
Matemas	82
¿Qué es el <i>significante lacaniano</i> ?	85
Letras, barras y flechas	90
<b>Capítulo 5. Lacan y los imposibles freudianos</b>	99
Gobernar	102
El <i>Discurso Amo</i> y la política	107
Educación: <i>Discurso Universitario</i>	110
Jacques Lacan. <i>Su Enseñanza</i>	112
Hacer desear: <i>Discurso Histérico</i>	113
El <i>Discurso del Analista</i>	119
<i>Psicoanalizar</i>	124
Breves apuntes sobre el <i>Discurso Capitalista</i>	127
<b>Capítulo 6. El juego de los discursos</b>	129
Los discursos en las producciones de los analistas freudo-lacanianos	129
Dora y el <i>discurso analizante</i>	132
Otro recorte clínico	137
<b>Conclusiones</b>	144
<b>Referencias bibliográficas</b>	149

## **Agradecimientos**

Vaya mi agradecimiento a Rolando Karothy, por aceptar gustoso la tarea de acompañarme en este transitar. A Norberto Díaz, por entusiasmarse con cada uno de mis borradores, entusiasmándome. A Osvaldo Couso, por el humor y la poesía con los que supo tocar aquello que parecía inamovible. A Elsa Emmanuele, por su mano firme y pródiga. A Susana Feldman por estar allí cuando daba mis primeros pasos como *practicante del psicoanálisis*. A Nancy Botta, Nancy Gallucci, Claudia González, Marta Huljich, Virginia Kasten, Lía Koop y Rubén Leva, por la lectura.

Es enorme mi deuda con los analistas con quienes he compartido inquietudes y propuestas en diferentes encuentros de trabajo a lo largo de tantísimos años. La lista —les aseguro— excede en mucho las referencias explícitas de la presente tesis. Como no puedo mencionarlos a todos, me contentaré con destacar muy especialmente mi deuda con mis compañeros de *Espacio Psicoanalítico. Agrupamiento de analistas de Rosario*, por las experiencias que —no sin vaivenes y tropiezos— hemos logrado sostener.

Quiero también expresar mi reconocimiento a los colegas: Oscar González, Haydée Heinrich, Mónica Morales, Alejandra Rodrigo, Sergio Staude, Silvia Szuman y Ernesto Vetere, por sus jugosos aportes y, su genuina disposición a la interlocución. Lo hago extensivo a los estudiantes de la Facultad de Psicología de la Universidad Nacional de Rosario que han concurrido a *mis clases*, y a quienes han decidido transitar un análisis o supervisar su práctica conmigo, por cuanto me han enseñado.

Finalmente a Delfina, Agustín y Valentina Candelerero, y a mis queridísimos amigos, que me hicieron *el aguante*.

## RESUMEN

---

Esta tesis —que surge de los impases de la práctica que *hacen preguntas*— procura echar luz acerca de los supuestos que subyacen a las diversas conceptualizaciones sobre *la clínica y el diagnóstico* de aquellos analistas que se reconocen deudores de Lacan. Pensar la *clínica y el diagnóstico* desde la llamada *Teoría de los cuatro discursos* es la novedad que aporta.

La hipótesis que se sostiene es que esta elaboración que Lacan empieza a formular en el año 1968, *vuelve posible inventar una nueva manera de concebir la clínica —claramente diferenciada de la propuesta por la psiquiatría— a partir de la posición del sujeto en la transferencia en torno al saber y al goce.*

Si bien Lacan no planteó nunca la cuestión en tales términos, la hipótesis está decididamente inspirada en algunos pasajes de su enseñanza donde el maestro ofrece valiosos desarrollos sobre los *conceptos* de: *Goce, Saber, Sujeto, Transferencia y Discurso/s.*

En una estrecha sintonía con las líneas trazadas por Michel Foucault se presenta una singular alternativa metodológica: *el oficio de archivista.*

El compromiso es retomar la aspiración freudiana de hacer fecunda esa *preciosa conjunción* de investigación y cura, trenzando los hilos de la enseñanza, la clínica, y la escritura.

## Introducción

La presente tesis nace de los impases de la clínica que sin duda alguna generan preguntas, y se orienta en una hipótesis de trabajo que sostiene que la llamada *Teoría de los cuatro discursos de Jacques Lacan torna posible inventar una nueva manera de pensar la clínica —claramente diferenciada de la propuesta por la psiquiatría— a partir de la posición del sujeto en la transferencia en torno al saber sobre el goce*. Saber que, —conviene decirlo de entrada y a viva voz— no hay.

Lacan no planteó nunca la cuestión en esos términos. Sin embargo, la hipótesis está inspirada en algunos pasajes de su enseñanza extraídos de los seminarios: *El acto psicoanalítico* (1967), *De un Otro al otro* (1968) y *El reverso del psicoanálisis* (1969-1970).

Un ordenamiento mínimo de los temas o tópicos ayuda a orientar la lectura. La tesis se inicia con el capítulo **La clínica psicoanalítica. Una interpelación al diagnóstico**, que invita a realizar un breve recorrido por diferentes consideraciones acerca del tema. Mucho se ha dicho sobre el estatuto del diagnóstico y el lugar que se le otorga en la dirección de la cura. Analistas de aquí y allá defienden posiciones que van desde considerarlo un momento crucial del tratamiento, hasta desestimarlos de modo implacable. Sin embargo, las discusiones que se sostienen a diario, en los diferentes espacios de intercambio, indican que se trata de una cuestión *Non liquet*. En cuanto a la clínica psicoanalítica, su especificidad, ha sido abordada por tantos autores como posibilidades de análisis existen. Casi todo lo escrito en psicoanálisis, toca de un modo u otro este asunto. Se parte de considerar que no hay hecho clínico por fuera de la trama conceptual con la que se lo aprehende (Porge, 2007).

Como es sabido, a fines del siglo XIX, la propuesta de Sigmund Freud se enmarca en la tradición psiquiátrica. Pero desde sus primeras consideraciones sobre el *supuesto del inconsciente*, el reconocido maestro produce un corte que trastoca el racionalismo médico. A partir de entonces: el psicoanálisis... Un antes y un después que deja marcas indelebles en la clínica y también en la cultura del siglo XX. Por su parte, a mediados del siglo pasado el psicoanalista francés Jacques Lacan, inicia su enseñanza denunciando a quienes parcializando la lectura de la obra freudiana, se desvían.

Es en el transcurso del Seminario *El acto psicoanalítico* que Lacan expresa su aspiración de inventar una nueva manera de pensar la clínica. Allí, abre el juego planteando que el análisis se inicia con un acto, y sostiene que para él no cabe ninguna duda, éste es *un acto del analista*. Pone entonces claramente el acento en la *transferencia* cuando afirma que al analista no le queda sino —al modo de Velázquez en el cuadro *Las Meninas*— bucear a dónde ya estaba él, en tal momento y en tal punto de la historia del sujeto.

*“Toda nomenclatura es triste —dice el poeta Roberto Juarroz en su Poesía Vertical (1995)— Huele a campos tapiados”*. Interesa especialmente precisar algunos de los aspectos sobre los que Freud y Lacan establecen las divergencias entre la *clínica psicoanalítica* y *clínica psiquiátrica*. También pesquisar el lugar que ambas clínicas otorgan a la *nosografía*.

En el **Capítulo 2**, se privilegia la artesanal confección de un archivo como estrategia de recolección-producción de *datos* para el análisis. En el empeño por apropiarse de las contribuciones foucaultianas, *el oficio de archivista* deviene una singular alternativa metodológica para la elaboración y la lectura de la materialidad discursiva. La peculiar construcción del archivo —rara mezcla de historia y escritura que, al modo de una suerte de *armazón móvil*, no quede apresado en la tarea de

alzarse cual *custodio del pasado*, ni caiga en el riesgoso gesto clasificatorio— resulta entonces el fundamento de una praxis abocada a actualizar el bello y paradójal cruce entre lo escrito y lo borrado.

El análisis se centra en lo producido por los analistas lacanianos que trabajan el tema en el marco de *Convergencia. Movimiento laciano por el psicoanálisis freudiano*. A más de treinta años de la muerte de Lacan muchos son los analistas que se dicen herederos de su enseñanza. Otros prefieren ubicarse como deudores. Una numerosa nómina de instituciones surca hoy a tuertas o a derechas el territorio del psicoanálisis laciano. La lista de las instituciones es profusa. Entre ellas, la Escuela de la Causa Freudiana (ECF, 1980) liderada hasta hoy por Miller, quien se erige postulándose como el *representante y heredero legítimo* de su suegro. Por otra parte, en 1998 cuarenta y cinco Asociaciones Psicoanalíticas, de distintas geografías y lenguas, fundan en la ciudad de Barcelona *La Convergencia*. Este movimiento se diferencia apreciablemente de la instalación del lazo piramidal y autoritario, apostando a crear y a sostener una nueva modalidad de lazo entre analistas. La multiplicidad de lenguas, de lecturas, y la diversidad de las distintas posiciones asociativas que la integran dan cuenta del propósito de alojar en su seno el *principio de la diferencia fecunda*.

En el capítulo siguiente, denominado **¿Estructuras clínicas?** se pone en obra una pormenorizada recopilación de posiciones que hace posible recuperar, valorizando, la espesura y la riqueza de una trama problemática que permite repensar la relación entre *psiquiatría* y *psicoanálisis*. Fisuras en los encorsetamientos nosográficos muestran a las claras la complejidad del vínculo.

Pero, ¿qué conceptos lacanianos funcionan como llave para reformular la clínica psicoanalítica y el diagnóstico? En el seminario *De un Otro al otro* (1968), Lacan retoma el plan del *acto psicoanalítico* cuando se aboca a trabajar *la relación del saber con la verdad* que destierra la idea de un Otro donde ambos —saber y verdad— hagan conjunción.

Letras, barras, y flechas. A lo largo del **Capítulo 4**, se hace pie en la formulación lacianiana sobre *Los discursos* a fin de poner a punto la discusión. Se precisan las operaciones posibles a partir de mínimas reglas de funcionamiento. Lacan escribe las cuatro fórmulas: el *Discurso Amo*, el *Discurso Universitario*, el *Discurso Histérico* y el *Discurso del Analista*. Cabe recordar que al darle al *discurso* categoría de concepto, al mismo tiempo afirma que *es lazo social*.

Escribir los discursos bajo la forma algebraica es el modo que encuentra para transmitir lo real de la estructura. La *estructura de grupo* que propone para los discursos asegura que aquello que está en juego se combinará por leyes de composición interna y no escapará al conjunto. Fragua de este modo sus esquemas estructurales con una lógica lo suficientemente fuerte para marcar *su incompletud*. Es decir, que no hay *universo de discurso*, interesante manera de nombrar la castración en el ser hablante.

A grandes rasgos puede decirse que a lo largo del **Capítulo 5, Lacan y los imposibles freudianos** se enlazan los conceptos nodales con los que Lacan abre a un sinnúmero de articulaciones y modificaciones importantes en la conceptualización sobre el *saber*, con consecuencias notables para la clínica, sobre las que se apuesta a profundizar.

Por último, en un capítulo que lleva por título **El juego de los discursos**, el esfuerzo por *hacer entrar en discurso* aquello que llega al analista al modo de una queja insidiosa, de un curioso pedido o de una exigencia ciega, sumerge al lector —

mediante el recurso del *relato de un episodio* o de los siempre generosos *fragmentos de casos clínicos*— en el seno mismo de la práctica psicoanalítica.

Retomar la aspiración freudiana de hacer fecunda esa *preciosa conjunción* de investigación y cura, que el fundador del psicoanálisis promueve fervorosamente en tantos de sus artículos, trenzando los hilos de la enseñanza, la clínica y la escritura del analista, es el compromiso. A sabiendas de que no se puede esperar sino una lectura singular que anida y se desprende del itinerario transitado. Un recorrido de lectura, finito y fragmentario.

## Capítulo 1

### La clínica psicoanalítica. Una interpelación al *diagnóstico*

Toda nomenclatura es triste.  
Huele a campos tapiados,  
a cadenas de lúgubres adioses,  
a pisadas que aplastan,  
a papeles manchados,  
a descarnadas corrosiones.  
[...]  
Toda nomenclatura atrasa  
el reloj sin cuadrante  
del ritmo que es la vida.  
(Juarroz, 2005, p. 141)

La especificidad de una clínica, la clínica psicoanalítica, y del diagnóstico —en psicoanálisis— es el tema que orienta la presente tesis. Se trata de un asunto que abre a una constelación de problemas respecto de los cuales ningún analista puede permanecer ajeno. La problemática será recorrida a la luz de la perspectiva abierta por el psicoanalista francés, Jacques Lacan, en el marco de su postulación sobre *Los cuatro discursos* —que tal como puede leerse de entrada, desde las primeras clases de su seminario *De un Otro al otro* (1968) se enraíza en la imbricada relación del *sujeto* con el *goce*—.

Mucho se ha escrito tiempo atrás sobre el estatuto del diagnóstico y el lugar que se le otorga en la dirección de la cura. Sin embargo, se trata de una cuestión *Non liquet* —tal como reza aquella antigua fórmula legal que tradicionalmente se emplea para expresar que las pruebas no son suficientes, o para decirlo coloquialmente, que las cosas no llegan a estar lo suficientemente claras—.

El diverso abanico de posiciones que proliferan entre los analistas lacanianos, después de Lacan, va desde la idea de que se trata de un momento crucial del tratamiento, hasta su implacable desestimación. Y aunque las referencias bibliográficas suelen ser las mismas, las interpretaciones que se pueden leer en trabajos publicados, en presentaciones de casos, congresos, etc., revelan diferencias sustantivas, muchas veces inconciliables, a la hora de *hacer clínica* sobre este asunto decisivo y candente.

De momento, una serie de preguntas se impone dando ordenamiento provisorio al recorrido que comienza. *¿Sobre qué aspectos esenciales Lacan coloca las divergencias entre clínica psicoanalítica y clínica psiquiátrica? ¿Qué trama de conceptos lacanianos sirve como llave en el empeño de redefinir la clínica y el diagnóstico? ¿Será posible prescindir o al menos tomar distancia de la nosografía que tipifica comportamientos? ¿Será posible preservar la especificidad sin caer en una psiquiatrización del psicoanálisis?, y ¿encontrar una salida a la disyunción: psicoanálisis o psiquiatría, que deriva indefectiblemente en un versus?*

#### Del signo al significante

En un texto canónico que devino referencia obligada para los analistas, Bercherie (1993) afirma que en el siglo XVIII, Philippe Pinel —médico alienista, y jefe de la Salpêtrière— funda una tradición: la de *La Clínica*, como camino consciente y sistemático que busca acceder a un conocimiento objetivo sobre el individuo.



La mirada no es ya reductora, sino fundadora del *individuo* [...] Y por eso se hace posible organizar alrededor de él un lenguaje racional. [...] Esta reorganización *formal* y de *profundidad*, más que abandono de las teorías y de los viejos sistemas, es la que ha abierto la posibilidad de una *experiencia clínica* [...] se podrá al fin hacer sobre el individuo un discurso de estructura científica. (Foucault, 1995, p. 8)

Desde entonces, la llamada psiquiatría clásica, heredera de la tradición nominalista, se ocupará de la observación morfológica, de la descripción exhaustiva, del análisis objetivo, y de la clasificación racional de las perturbaciones psicopatológicas.

[...] en el horizonte de la experiencia clínica, se dibuja la posibilidad de una lectura exhaustiva, sin oscuridad ni residuo: para médicos cuyos conocimientos fueran llevados *al más alto grado de percepción*, todos los *síntomas podrían convertirse en signos*: todas las manifestaciones patológicas hablarían un lenguaje claro y ordenado. Se estaría por último al mismo nivel que esta forma serena y realizada de conocimiento científico de la cual habla Condillac, y que es *lengua bien hecha*. (Foucault, 1995, pp. 137-138)

La *psicopatología* cumplirá con el propósito de establecer un cierto orden en el embrollado terreno de los casos singulares, siempre distintos, atípicos, inquietantes. Al decir de Glasman (1985), *una generalización que particulariza*. Resta aún señalar que el mecanismo de la psiquiatría no puede comprenderse sino sobre la base del funcionamiento de lo que Foucault enuncia como una de sus hipótesis fundamentales: la hipótesis de que en nuestra sociedad existe una forma capilar de orden, un sistema prescriptivo de regularidades, algo que él ha dado en llamar: *poder disciplinario*. (Foucault, 1973)

La condición de la mirada médica, su neutralidad, la posibilidad de ganar acceso al objeto, en suma, la relación misma de objetividad, constitutiva del saber médico y criterio de su validez, tiene por condición efectiva de posibilidad cierta relación de orden, cierta distribución del tiempo, el espacio y los individuos. (Foucault, 2012, p. 17)

En otros términos, la práctica política forma parte de las condiciones en las que la práctica médica surge. Justamente, a partir del papel que se le otorga al médico.

No se trata, pues, de mostrar cómo la práctica política de una sociedad determinada ha constituido o modificado los conceptos médicos y la estructura teórica de la patología, sino cómo el discurso médico como práctica que se dirige a determinado campo de objetos que se encuentra en manos de determinado número de individuos estatutariamente designados, y que tiene en fin que ejercer determinadas funciones en la sociedad [...] (Foucault, 2008, p. 214)

Ese orden o poder disciplinario es una especie de molde genético, de control permanente, hecho para funcionar por sí solo. No es producto de un acontecimiento originario.

El poder disciplinario no es discontinuo; implica, al contrario, un procedimiento de control constante; en el sistema disciplinario uno no está a la eventual disposición de una persona, sino perpetuamente bajo la mirada de alguien o, en todo caso, en situación de ser observado. No está, en consecuencia, marcado por un gesto hecho de una vez por todas o por una situación planteada desde el inicio; uno es visible y está constantemente en situación de ser mirado. (Foucault, 2012, p. 67)

Conviene recordar que el filósofo no reduce su trabajo de análisis sobre el poder psiquiátrico al funcionamiento de la institución asilar. Dicho esto hay que aclarar que, si bien la cuestión del poder es abordada por él desde *Historia de la locura en la época clásica* (1961), será recién a lo largo de los 70 que lo va a tematizar de un modo más explícito.

Por ello no entiendo otra cosa que cierta forma terminal, capilar de poder, un último relevo, una modalidad mediante la cual el poder político y los poderes en general logran, en última instancia, tocar los cuerpos, aferrarse a ellos, tomar en cuenta los gestos, los comportamientos, los hábitos, las palabras [...] (Foucault, 2012, p. 59)

Para ser más específicos: se sabe que la psiquiatría cuenta con un marco teórico restrictivo, desde donde leer los signos con los que construye sus diagnósticos. Y que espera al paciente desde un *saber* que posee y detenta. El paciente, deviene en consecuencia, objeto de su mirada: un objeto de estudio. Todo esto parece confirmar que se trata de un mero observable fenoménico, de un objeto de conocimiento que puede ser investigado, descripto y clasificado, con total neutralidad. Es notable como, por ejemplo, en las anamnesis —conjunto de datos semiológicos que se recopilan mediante preguntas específicas al paciente— el médico, en tanto sujeto que relata, consigue sustraerse con la ilusión de aportar información objetiva. A tal punto esto es así que, incluso es posible tropezar con historias clínicas donde esa información acopiada, recolectada y registrada, ni siquiera va acompañada de la firma de quien la proporciona.

Intentar distribuir el universo, otorgando a cada cosa su nombre ha sido desde Adán en adelante una tarea tan incesante como —afortunadamente— infecunda. Este fracaso por momentos se hace notablemente evidente cuando

[...] en la vida cotidiana se quiebra el *habitus* por el cual se genera una suerte de soldadura imaginaria entre los objetos, sus nombres corrientes y las significaciones mundanas, usuales, que es la base sobre la cual se erigen los códigos económicos y administrativos. El quiebre consiste en la irrupción de lo insólito e inasimilable. (Ritvo, 2014, p. 26)

La búsqueda de una lengua perfecta que elimine ambigüedades y equívocos viene siendo un empeño fallido que, aún en su deficiencia, no ha dejado de producir consecuencias.

En 1893, el escritor y humorista estadounidense Mark Twain —en sus *Extractos del Diario de Adán*— ironiza con sutileza sobre las peripecias y desventuras del primer hombre obstinado en cumplir con aquello que Dios le ha encomendado: poner nombre a todas las cosas. Cuenta que por aquellos días, Adán se quejaba amargamente de que una nueva y muy molesta criatura de pelo largo y bastante entrometida —a la que ha dado en llamar: eso—, lo abrumaba noche y día, impidiéndole realizar su tarea.

Viernes. —La actividad de poner nombre a todas las cosas avanza de manera temeraria, a pesar de lo que haga. Tenía un nombre muy bueno para el lugar, era musical y elegante: Jardín del Edén. En privado sigo llamándolo así, pero no en público. La nueva criatura dice que es todo bosque, y rocas y paisaje, y que por lo tanto no se parece en nada a un jardín. Dice que se parece a un parque, y que no se parece a nada sino a un parque. En consecuencia, sin consultarme, le ha puesto un nuevo nombre: PARQUE DE LAS CATARATAS DEL NIÁGARA. Esto es el colmo de la

arbitrariedad, creo. Y ya hay un letrero: NO PISE EL CÉSPED. Mi vida ya no es feliz como lo era antes. (Twain, 2001, p. 5)

Según la versión de Twain, esta nueva criatura le dice a Adán que su nombre es Eva, y al parecer ha conseguido *trastornar* todo el lugar con nombres execrables. Incluso —cuenta indignado— que ha llegado a colocar varios letreros ofensivos.

Ahora que, si de trastornos se trata, un párrafo aparte merecen los manuales modernos, —agrimensores de un hipotético campo psicopatológico— con su pretendida cientificidad. Más preocupados por un eclecticismo a la moda que por transmitir la pormenorizada mirada de los clásicos, estos inventarios multiaxiales (Un método multiaxial implica una evaluación en varios ejes cada uno de los cuales concierne a un área de información diferente) devienen verdaderos rompecabezas para armar.

La primera versión del más difundido *Manual de psiquiatría*, D.S.M. (*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*) data de 1952. El último en salir —la quinta edición del 2013— promete superar sustancialmente el éxito de las versiones que le preceden en tiraje y regalías. Estos compendios estandarizados y estigmatizantes son producto de convenciones internacionales que se renuevan de tanto en tanto. Surgen como un código común —una suerte de espantoso Esperanto— con el propósito de procesar datos e intercambiar información en un lenguaje universal. Dichos sistemas internacionales —categoriales—, sostienen a ultranza la ilusoria idea de que, una vez que el objeto o fenómeno observado es ubicado, encasillado en la grilla, será posible aplicar de manera adecuada y eficaz los recursos terapéuticos correspondientes. Y de allí en más, una clínica a los pies de los laboratorios farmacéuticos es sostenida por los progresivos DSM.

Cabe aquí poner de manifiesto que como lo indica Foucault al dar minucioso tratamiento a la función del médico y sus modificaciones —en *El nacimiento de la clínica* y *La historia de la locura*—, el *discurso médico* —así lo denomina— es, esencialmente normativo, más bien dictatorial. Y se vuelve un recurso privilegiado del Estado en su formidable empresa de normalización.

Es desde esta perspectiva que se sostiene que el responsable de un dispositivo disciplinario, cualquiera sea, no es tanto un individuo como una función ejercida por éste. Se trata de un trabajo incesante que busca decididamente, regular, igualar, homogeneizar, persiguiendo la norma en la anomia. La principal operación disciplinaria es la fabricación de espacios complejos: funcionales y jerárquicos, que al modo de celdas o de cuadros ideales distribuyen, clasifican y transforman las multitudes confusas en multiplicidades organizadas.

Foucault explica que el *poder disciplinario* impone un orden, un modo de dominación, de sujeción. Fabrica cuerpos sujetos. Lo que equivale a decir: es individualizante.

[...] el individuo es el resultado de [...] todos los procedimientos que fijan el poder político al cuerpo. Debido a que el cuerpo fue *subjetivado* —esto es, la función sujeto se fijó en él— a que fue psicologizado, a que fue normalizado, resultó posible la aparición del individuo. (Foucault, 2012, p. 78)

Por distintas vías un individuo es sometido a lo que llama *procedimientos de normalización*. A propósito del *individualismo*, Foucault asegura que hay distinguir tres aspectos:

[...] la actitud individualista, caracterizada por el valor absoluto que se le atribuye al individuo en su singularidad, y por el grado de independencia que se le concede en relación con el grupo al que pertenece o a las instituciones con las que está relacionado; la valorización de la vida privada, es decir la importancia reconocida a las relaciones familiares, a las formas de la actividad doméstica y al terreno de los intereses patrimoniales; por último, la intensidad de las relaciones consigo mismo, es decir de las formas en las que se ve uno está llamado a tomarse a sí mismo por objeto de conocimiento y dominio de acción, a fin de transformarse, de corregirse, de purificarse, de construir la propia salvación. Estas actitudes sin duda pueden estar ligadas entre ellas. (Foucault, 1987, p. 41)

Sin embargo, paradójicamente, es la necesidad de persistir de modo incesante en esta tarea de adecuación a los estándares definidos por el imperio de los valores vigentes, aquello que va a dejar en evidencia que habrá siempre una brecha insalvable, un punto incalculable, indómito, bravío, impredecible.

[...] en el sistema disciplinario, el principio de distribución y clasificación de todos los elementos implica necesariamente un residuo [...] El punto contra el que van a chocar los sistemas disciplinarios que clasifican, jerarquizan, vigilan, etc., será el elemento que no puede clasificarse, el que escapa a la vigilancia, el que no puede entrar en el sistema de distribución; en síntesis [...] lo inclasificable, lo inasimilable. (Foucault, 2012, pp. 74-75)

Por ende, queda dicho que todo *poder disciplinario* tendrá sus márgenes. En pocas palabras, su aspiración se malogra.

En resumen, el poder disciplinario tiene la doble propiedad [...] de exponer la anomia, lo irreductible, y de ser siempre normalizador, inventar siempre nuevos sistemas de recuperación, restablecer siempre la regla. Los sistemas disciplinarios se caracterizan por un trabajo constante de la norma en la anomia. (Foucault, 2012, p. 76)

Llegados a este punto, se vislumbra cuán estrechamente ligado está este asunto, al tema de la *clasificación*. En efecto, para avanzar por ese camino resulta elocuente la analogía que, con notable mordacidad, Braunstein establece en el prólogo de su libro *Clasificar en psiquiatría* (2013). El psicoanalista argentino, desde hace ya muchos años radicado en México, retoma la maravillosa enumeración que Jorge Luis Borges hiciera en su célebre enciclopedia china —citada por Foucault en *Las palabras y las cosas*—. Es bien conocido el pasaje en el que Foucault confiesa:

Este texto de Borges me ha hecho reír durante mucho tiempo, no sin un malestar cierto y difícil de vencer. Quizá porque entre sus surcos nació la sospecha de que hay un desorden peor que el de lo *incongruente* y el acercamiento de lo que no se conviene; sería el desorden que hace centellar los fragmentos de un gran número de posibles órdenes en la dimensión, sin ley ni geometría de lo *heteróclito*; y es necesario entender este término lo más cerca posible de su etimología: las cosas están ahí acostadas, puestas, dispuestas en sitios a tal punto diferentes que es imposible encontrarles un lugar de acogimiento, definir más allá de unas y de otras un lugar común. (Foucault, 1985, p. 3)

Ahí nace aquella absurda clasificación de los animales que Braunstein compara con los intentos taxonómicos de la técnico-administrativa y funcional Organización Mundial de la Salud (la Clasificación Internacional de las Enfermedades CIE-9 de 1975).

Era genial Borges pues comienza por donde se debe: a) *lo que pertenece al emperador*, reconoce “n” categorías, incluye lo visible, lo producido por la palabra, lo imaginario, lo transitorio, lo extravagante, lo artificial, lo que la clasificación incluye y hasta un “etcétera” puesto en cualquier parte para que nada se escape. (Braunstein, 2013, p. 14)

Braunstein se pregunta: ¿Qué es lo que hace, entonces, el organismo internacional?

Tanto y más que eso pues, toma el lugar del emperador (¿emperador?). Es una clasificación de las enfermedades que ni siquiera se ocupa de definir en qué consisten esas enfermedades y también hace un lugar a lo que no incluye, [...] pero la OMS supera al sarcástico escritor y alcanza la perfección cuando añade, desde su jerarquía de organismo oficial, la de todo lo *no incluido en la clasificación* en los rubros 316 al 319. *Los que acaban de romper el jarrón* de Borges se transforman en: 316: *desajustes sociales sin trastorno psiquiátrico manifiesto* [...] (Braunstein, 2013, p. 14)

Y entonces,

[...] ese diagnóstico se subdivide según el lugar o el ambiente en donde se manifiesta el *desajuste social*: el matrimonio, el trabajo, la sociedad y *otros*. Y el colmo de la superación de Borges: 318: *Sin trastorno mental*. Ni al mismísimo Borges se le ocurrió la idea de meter a los animales que no son animales y asignarles una letra o un número de código. (Braunstein, 2013, p. 14)

Es en las postrimerías del siglo XIX que Freud comienza a dibujar una propuesta monumental que, en principio, se enmarca en la tradición médico-psiquiátrica.

[...] después de ciertas vacilaciones [...], un poco a contramano, Freud entra finalmente en la facultad de medicina y allí su carrera demorada muestra cierta discrepancia con el pequeño Sigmund, primer alumno de los años del gimnasio, pero finalmente encuentra en el instituto de fisiología de Brucke, una posibilidad de canalizar lo que ya aparece como una fuerte vocación a la investigación. No se hacen esperar los primeros trabajos fisiológicos. (Rousseaux, 2003, p. 24)

Brucke, Charcot, Breuer y Fliess, son algunos de los colegas y maestros que influenciaron su pensamiento.

Ya en 1896 Freud comienza a bosquejar la tesis de que la memoria está registrada en *diversa variedad de signos*. Esa nueva versión de la memoria que nombrará *inconsciente*. Desde entonces, *su inconsciente* no será lo no consciente. Herejía copernicana.

A mitad de camino entre los clásicos de la psiquiatría moderna y los DSM, Freud —desde sus primeras consideraciones sobre el *supuesto del inconsciente*—, produce un corte que hace colapsar el racionalismo médico. A partir de entonces, el psicoanálisis: *un discurso inédito*. Un antes y un después que deja marcas indelebles no sólo en la clínica, también en la cultura del siglo XX.

A mediados del mes de agosto de 1893 —habida cuenta de la muerte de Charcot— escribe una nota de despedida en la que reconoce y agradece a su admirado maestro por sus contribuciones a la medicina y a la neuropatología. En la necrológica, se esmera en presentar a Charcot trabajando animosa e incansablemente. No escamotea elogios mientras lo describe haciendo surgir de una

frondosa selva caótica —una suerte de limbo de parálisis, espasmos y convulsiones—, los *nuevos cuadros clínicos* que aún no han sido *bautizados*. ¿Podría decirse, inventariando?

Freud afirma con entusiasmo que Charcot pone a la clínica por encima de los desbordes de la medicina teórica, y que procura ordenar los fenómenos singularizados por el enlace constante de ciertos grupos de síntomas. Por cierto, se sabe que, su esfuerzo consagrado a la más enigmática de las enfermedades nerviosas hasta entonces: la histeria, otorgó dignidad al tema. Y que intentó en principio valerse de la hipnosis para esclarecer el mecanismo de formación de los síntomas histéricos. Páginas más adelante se ocupa también de hacer notar aquellos puntos de viraje en los que su propio trabajo diverge. Las histéricas indicaron a Freud el camino del inconsciente propiamente freudiano.

El nacimiento del psicoanálisis estará tal vez por siempre signado por la forma en que la figura misteriosa de la mujer histérica, desde el comienzo mismo de esta historia, hace las veces de envés de médico psicoanalista que por fin la escucha. (Vallejo, 2006, p. 127)

El joven médico se pregunta por el origen en el sentido de la causa de la neurosis. Hay que decir que esa *etiología* de la que a primera vista no puede desprenderse, lo sumerge de lleno en un vacío explicativo. Es dable observar en esa coyuntura que irá tomando alguna distancia de la pregunta por la etiología. Un deslizamiento tiene lugar. Inmediatamente Freud comienza a intentar pesquisar los mecanismos de producción de la neurosis. Investigación que sostendrá a lo largo de los años. Para refrendarlo, una cita de *Inhibición, síntoma y angustia* (1925):

[...] sin advertirlo nos hemos vuelto a topar con el enigmático problema, tantas veces planteado, de saber de dónde viene la neurosis, cuál es su motivo último, particular. Tras décadas de empeño analítico vuelve a alzarse frente a nosotros, incólume, como al comienzo. (Freud, 1979h, p. 140)

*Eso habla*. El psicoanálisis instaura otro modo de acoger la palabra del paciente. El análisis es ante todo una práctica de la palabra en el seno de un dispositivo que no es sino un artificio para que esta palabra advenga.

En sus tempranos *Estudios sobre la histeria* (1893-1895) —piedra fundadora de la práctica analítica—, Freud da cuenta del alumbramiento y puesta en marcha de su método. El historial de Elisabeth von R. —aquella muchacha de 22 años que le fue derivada a causa de dolores en las piernas— resulta un texto de privilegio para quien quiera indagar sobre el modo en que Freud se las arregla para pasar de la mirada médica —atenta a la superficie legible de los signos— a la escucha analítica. Del signo al significante.

Un *saber referencial* puesto en suspenso abre paso a las preguntas que nacen a partir de darle la palabra a aquella joven díscola y respondona. La imprecisa naturaleza del dolor, la curiosa expresión de su rostro más cercana al placer, la atención de la muchacha que en apariencia estaba demorada en *algo otro*, en pensamientos que —conjetura— se entraman con esos dolores, y finalmente, las entrometidas piernas, son los indicios que lo ponen sobre nuevas pistas.

Su rostro cobraba una peculiar expresión más de placer que de dolor, lanzaba unos chillidos [...] como a raíz de unas voluptuosas cosquillas, su rostro enrojecía, echaba la cabeza hacia atrás, cerraba los ojos, su tronco se arqueaba [...] Nada de esto era

demasiado grueso, pero sí lo bastante nítido, y compatible sólo con la concepción de que esa dolencia era una histeria. (Freud, 1979g, p.152)

Aunque es consultado como neurólogo, reconoce el valor de la escena en que la palabra adviene, y asume desde el inicio una posición ética ejemplar. Freud no ceja en el empeño de circunscribir una palabra, *en transferencia*. La reja del arado significante cava y deja su marca. Surca insidiosa lo real hasta engendrar un sentido inédito. Pues, *el significante, como tal, no significa nada*. A partir de entonces, el signo pierde su transparencia. Signo y síntoma ya no coinciden.

Es propio reconocer también que a poco de andar, su propósito irá variando hasta consistir en reconstruir míticamente cada proceso. ¿Al fin y al cabo, qué otra cosa es sino la *reconstrucción de la historia libidinal* del paciente que se lleva adelante a lo largo de un tratamiento?

De todas formas, en cuanto al diagnóstico, Freud previene alertando acerca de una especial dificultad. Nuestros diagnósticos —afirma— serán del tipo del procedimiento aquel aplicado por un ingenioso rey de Escocia quien poseía un recurso infalible para distinguir a una bruja. Este consistía en introducir a la desdichada sospechosa en un gran caldero con agua hirviendo. Luego tendría que cocinarla hasta obtener un espeso caldo. Solo así, podría saberse si se trataba o no de una bruja. A su modo, Freud advierte con refinada ironía, que no se puede saber, sino *después*. Lo que implica que habrá que pasar, indefectiblemente, por el trabajo del análisis.

La clásica tríada: *Neurosis, Psicosis y Perversión* fue tomada prestada de la clínica médico-psiquiátrica por el maestro vienés. Sin embargo, he aquí un punto fundamental a investigar. La pregunta sería la siguiente: ¿es posible evitar caer en una psiquiatrización del psicoanálisis? En su conferencia *Psicoanálisis y psiquiatría* (1917), Freud anuncia con acierto que ambas prácticas tienen en común el hecho de confrontarse con el sufrimiento del sujeto. A partir de ahí, comienzan las diferencias contrastantes.

[...] decir neurosis y psicosis es motivo de numerosos equívocos derivados del hecho de que buena parte del vocabulario psicoanalítico se originó en la psiquiatría y la neurología del siglo XIX. Sin embargo, los significantes tomados de esos discursos no tienen aquí el mismo significado: en particular, no indican desviaciones patológicas de una presunta normalidad, sino posicionamientos del sujeto del inconsciente. (Gerber, 2014, pp. 127-128)

Freud destaca en esta ocasión las virtudes de valerse de las *acciones sintomáticas* como vía para señalar el lugar que el psicoanálisis otorga a la *relación transferencial*, aun si ésta estuviera por establecerse. Se trata de pequeñas acciones en apariencia contingentes, superfluas o irrelevantes, que al igual que los fallidos son consideradas actos psíquicos de pleno derecho. En esa misma línea, otro aspecto que destaca es la envergadura de la consideración del *detalle*, de lo *nimio*, de lo *insignificante*, incluso de lo *disparatado* o *incomprensible*, a la hora de la interpretación psicoanalítica. Por su parte el psiquiatra, por el contrario, desestima su valor.

Enseguida se advierte que va a ser a partir de la transferencia, que Freud consigue instalar el meollo del asunto en la singularidad del caso. Así, la idea de neurosis de transferencia se liga de un modo indisoluble a la posibilidad de tratamiento.

Lo que importa en la clínica psicoanalítica no es la posición del sujeto respecto de la norma establecida sino en relación con el deseo; es éste el que orienta la dirección de la cura, y no la búsqueda de algún tipo de normalización.

De hecho, las estructuras subjetivas indican la supremacía del deseo con relación a la norma social. Es el deseo quien “norma” las estructuras, y no la mayor o menor distancia respecto de un estándar social convencional [...] No hay entonces desviación posible porque el deseo es ya una desviación: señala “lo desviado” de la necesidad como consecuencia de la marca del lenguaje sobre ésta. (Gerber, 2014, p. 128)

Va de suyo que, en la medida en que el psicoanálisis vincule al síntoma con la transferencia, esta articulación se convierte en la llave para pensarlo desde otra perspectiva que la de la caracterización clásica, que lo ubica como un signo. Es exactamente allí que, después de todo, reposa la novedad. Más adelante se verá con detenimiento cómo el estatuto otorgado al saber en cada caso —psiquiatría y psicoanálisis— operará la diferencia. No será para esta tesis de orden menor puntualizar que Freud procurará aproximarse a un juicio clínico, intentando esbozar una respuesta, siempre en términos de conjetura.

Lacan (1961) se consagra a trabajar sobre el concepto de transferencia, planteando que considera imposible eliminar del fenómeno de la transferencia el hecho de que se manifiesta en la relación con alguien a quien se habla. Este hecho es constitutivo. La experiencia analítica se caracteriza por su dimensión dialéctica. La transferencia se produce, predominantemente, en el plano de la articulación simbólica propiamente dicha.

Que el psicoanálisis teje su campo desde una especificidad que le es propia, es algo que ha sido postulado, con harta frecuencia, como para volver esta aserción aceptable. No obstante vale preguntarse, ¿en qué reside tal especificidad? Si bien en principio, la idea de una sustancial diferencia entre ambas clínicas no ofrece mayores objeciones, en las teorizaciones de los analistas, se encuentran vestigios, resabios arraigados de la clínica médica. Rastros, en especial, ligados a la problemática del establecimiento del diagnóstico. Podría decirse que, una y otra clínica no se dirige a la misma categoría de síntoma. De esta forma el único interés que tendría la confrontación entre ambas, radicaría en plantear correctamente los criterios de discriminación diagnóstica, en pos de decidir una adecuada orientación terapéutica. (Clavreul, 1983)

### **El diagnóstico en el banquillo**

En un sucinto recorrido por diferentes concepciones que durante los últimos años los analistas han defendido acerca del controvertido tema del diagnóstico en la clínica psicoanalítica, es dable observar algunas variaciones. Entre los trabajos que ponen el énfasis en la cuestión transferencial, algunas investigaciones realizadas en el seno la Universidad de Buenos Aires abordan el tema acentuando la idea de un diagnóstico procesual y dando por sentado su valor para el trámite de la cura. Dichas investigaciones ponen el acento en distinguirlo como resultado de un proceso (Lombardi, 2005). Otro tanto ocurre con el trabajo de Mordoh y Gurevicz (2005a) que lleva por título *El diagnóstico en transferencia*, que se inscribe en esta misma línea. Los autores parten de considerar una radical diferencia entre la *clínica psicoanalítica* y la *clínica psiquiátrica* subrayando que en psiquiatría, diagnóstico y terapia marchan por andariveles separados. Asimismo manifiestan que el *evaluar a alguien llamado paciente desde un saber exterior y con fines clasificatorios*, no conduce más que a pasivizarlo.



Por el mismo año, en *Efectos analíticos del psicoanálisis* (2005b) el equipo de trabajo avanza en considerar que el que llaman sujeto puede, durante el proceso, implicarse en su participación en la etiología del síntoma que padece, así como en el mantenimiento del mismo. Los investigadores concluyen que en el seno del dispositivo analítico el diagnóstico tiene simultáneamente, efectos terapéuticos. Es decir que desde esta perspectiva, análisis y terapia confluyen. Sin embargo, para que esto sea posible será necesario que el analista consiga deponer su saber y se abstenga de responder a esa demanda.

Más adelante (Mordoh, Gurevicz y Lombardi, 2008) agregan que es el objetivo del proceso diagnóstico en psicoanálisis dilucidar la *estructura* en juego, en cada caso, haciendo clara referencia a lo que se designa como *estructuras subjetivas*. Los autores afirman, siguiendo a Lacan en *Problemas Cruciales* (1964-1965), que el analista se incluye en el campo transferencial ni más ni menos que a fin de tomar su lugar en dicha estructura. Así caracterizan el complejo proceso sustancialmente diferenciado del diagnóstico psiquiátrico. A su modo de ver, se trataría del trabajo por el cual un analista *ubicado en el campo transferencial*, hace posible desde allí una manifestación más nítida del síntoma en tanto expresión de un saber que concierne y divide al sujeto. Desde luego huelga agregar que reconocen a este saber como un *saber inconsciente*.

A su vez, en la línea de pensar la transferencia como puesta en acto de la realidad del inconsciente, Said destaca que el tópico *diagnóstico* arrastra una fuerte impronta historicista, puesto que hay un indudable fenómeno que acontece, y un agente de intervención, sea este el médico, el psicólogo, el psicoanalista, que está ahí para curar al paciente. Sin embargo, no hay que perder de vista que Lacan a lo largo de su enseñanza no cesa en su labor de *despersonalización* de este agente, movimiento que lo conduce a designar *semblante*, lo que en el Seminario *El reverso...* ubicaba como el sitio del agente —que no es en absoluto a la fuerza el que hace, sino aquel a quien se hace actuar—. Es en este sentido que Said considera que de lo que se trata para un analista que se precie es de leer en la repetición, jugada en acto en transferencia. De este modo, privilegia la idea de *lo estructurante* por encima de lo *estructurado*. Además, invita al lector a una interrogación insoslayable:

No se puede al mismo tiempo teorizar y escuchar. Si prima la teorización en sesión, se perturba, se condiciona la escucha [...] cambia la perspectiva freudiana de la atención flotante. Y en ello también la propuesta de Lacan de escuchar a la letra. “Suspende” la teorización en sesión, habilita la escucha y la lectura analítica [...] ¿Es posible “suspender” la teoría? ¿Cómo se articulan en la posición del analista, el saber no sabido, saber inconsciente pero operatorio, que hereda de su propio análisis y el saber referencial de una teoría que se sostiene? (Said, 2010, p. 56).

Said introduce una variante interesante al establecer que, cuando el asunto del diagnóstico se formula en términos de una teoría, supone poder prever y decidir *anticipadamente*, quedando elidida la necesaria puesta en juego de la palabra del analizante. Esto conlleva como consecuencia que quede radicalmente excluida la peculiar dimensión del inconsciente, en tanto freudiano: su lógica y su temporalidad.

Ocurre que Freud conjuga dos modelos de la temporalidad. Uno, en la perspectiva del antes y el después: el tiempo cronológico, progresivo y continuo. Sucesión. Diacronía. Es el tiempo que gobierna nuestro sentido común. El otro, que surge a propósito del *Nachträglich*, fue leído como *retroacción* o *acción a posteriori*. Incluso también como *retardo*, y como *tiempo diferido* o *destiempo*. La primera

acepción no hace más que restablecer, aunque en forma invertida, la linealidad temporal. Es Lacan quien recupera en el fecundo y sugerente *après-coup* la concepción de des-tiempo. Dirá Ritvo, al respecto, en su exquisito comentario sobre *El tiempo lógico y El aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*: “No hay ni puro desvanecimiento ni pura conservación, lo que se desvanece conserva la traza que conmemora su desaparición; lo que se conserva lo hace pagando el precio de una pérdida” (Ritvo, 1990, p. 18). En este sentido el diagnóstico es *après-coup*, o mejor, en el momento de concluir.

[...] se ubica dentro de los tiempos lógicos de la escucha como una conclusión necesaria aunque conjetural para decidir cómo vamos a encarar el tratamiento, si lo vamos a encarar o no, si nos sentimos dispuestos, si tenemos deseos de hacernos cargo de la dirección de ese tratamiento o no. (Fernández, 2007, p. 3)

Por ese mismo sesgo vale rescatar un antiguo trabajo de Rubistein (1999), en el que se distingue un segundo momento de elaboración del saber de aquel otro — primero— en que el analista interviene en el dispositivo. La catedrática expresa en un tono conciso y simple que *en muchos casos* el diagnóstico lleva su tiempo, por lo que se hace imprescindible mantener la espera, acompañándola de prudencia en las intervenciones. Entonces, revaloriza ambos momentos como formando parte de la tarea analítica.

Por otra parte, y haciendo foco también en torno a *la cuestión ética* se destaca un artículo titulado *Las paradojas del diagnóstico* (Toro, 2013) en el que la autora se interroga respecto de cómo, para qué y para quién se diagnostica. Recupera el diagnóstico como instrumento del analista quien dirige la cura tomando al síntoma como su brújula, para finalmente llegar a la conclusión de que es sólo al final de un tratamiento que recién podrá obtenerse lo que ella —curiosamente— da en llamar *certeza diagnóstica*.

Eidelsztein (2001) se conduce por la vía de la pregunta por la estructura —esta vez entendida como discurso— y ubica como dificultad que la forma asaz frecuente de abordar la *estructura clínica* consiste en concebirla como *cuadro clínico*. A su juicio, el término cuadro muestra de este modo el problema:

[...] muchas veces parecería que la estructura misma de lo que es, por ejemplo, una neurosis obsesiva o una histeria, se establece en dependencia de la habilidad o genialidad en delinear *trazos* o *rasgos*, tal como un artista aplica pinceladas sobre un lienzo. (Eidelsztein, 2001, p. 35).

Es posible suponer que el estrecho parentesco con la psiquiatría haya llevado a los analistas a producir una suerte de *psicoanálisis psicopatologizado*.

Sin una argumentación fundada, los casos famosos, tales como *El Hombre de las Ratas*, *Dora* y *El pequeño Hans*, llegan a funcionar como *los cuadros originales*, las verdaderas obras de arte de los genios del psicoanálisis. A partir de allí, todo es analogía. (Eidelsztein, 2001, p. 36).

Entonces,

Desarrollar una lógica que permita sostener un discurso racional y coherente sobre las estructuras clínicas y, a su vez, atacar los prejuicios y paralelismos, es quizá uno de los trabajos más perentorios en el campo psicoanalítico, donde reinan los obsesivos y las histéricas *de libro*. (Eidelsztein, 2001, p. 36).

A su manera de ver, lo que Freud y Lacan dejaron como legado es una articulación lógica que les permitió desarrollar las coordenadas de una práctica en la cual las estructuras clínicas hallan su lugar. Eidelsztein estima que esa lógica es comunicable y aplicable. Vale dejar sentado entonces que también el *diagnóstico estructural* no deja de funcionar, en ocasiones, como una taxonomía.

Puede notarse que, en muchas oportunidades, tal como lo destaca Lacan —en una presentación de enfermos realizada en *Sainte Anne* durante el año 1976—, el diagnóstico no cumple otra función que la de tranquilizar a quien lo produce. Coinciden con esta hipótesis algunos referentes como Cancina (2008); Couso (2011) y Rubinstein (1999).

En una de las clases del Seminario *La dirección de la cura en las diferentes configuraciones clínicas*, Couso (2011) trabaja sobre cómo superar la idea de diagnóstico, que remite inexorablemente a la impronta del discurso médico y de la psiquiatría cuando tiende a la sustancialización del sujeto. Es decir, al establecimiento inmediato de aquello que el paciente es. Propone allí que la clásica tripartición neurosis, psicosis y perversión, sea pensada como *configuraciones en el seno de la transferencia*. Configuraciones clínicas viene a decir aquí: diferentes formas de posición subjetiva, esta vez consideradas bajo la lupa de la relación al goce, o más bien, a la relación entre el saber y el goce, lo que lo alejaría visiblemente de la perspectiva psiquiátrica. El sintagma configuraciones clínicas resulta pertinente en lo que evoca de aquella lejana y fluctuante expresión: *formas clínicas*, con la que Freud presentaba cien años atrás a la melancolía, a falta de una acabada definición conceptual, que resultara plenamente justificada. La muy difundida idea del *diagnóstico en transferencia*, solidaria a la conceptualización del analista como objeto *a*, contribuye a considerar con toda su gravitación, lo que podría pensarse como el *valor nosográfico de la transferencia*.

Para Kopelovich (2011) el asunto del diagnóstico aún hoy continúa generando innumerables —podría agregarse jugosas— polémicas. Se propone entonces indagar acerca del alcance que esta *discusión* reclama en la actualidad. En pos de deslindarlo del diagnóstico psiquiátrico la investigadora toma como base la propuesta de Soler (2003-2004) quien en *La querrela de los diagnósticos* se ocupa brevemente de este espinoso asunto para introducirse de lleno en el tema de las *estructuras clínicas* desde una re-lectura de Lacan de los desarrollos freudianos a propósito de los *mecanismos psíquicos* puestos en juego. Kopelovich discute acerca del *uso* que se hace del diagnóstico al interior del psicoanálisis mismo. Además, durante el recorrido de su pesquisa, problematiza con especial detenimiento la cuestión de la supervisión en psicoanálisis, en particular respecto de su relación con el establecimiento del diagnóstico.

En *El diagnóstico psicoanalítico* Peskin (2006) presenta la problemática realzando este aspecto, desde una perspectiva diferente. El autor arriesga la hipótesis de que la mera nominación de *entidades clínicas* produce inexorablemente, efectos. Para fundamentar su conceptualización considera diferentes momentos teóricos de Freud y de Lacan. Especifica que en Freud una entidad nosológica no será igual según se ubique antes o después de *Más allá del principio del placer* (1920). En cuanto a Lacan, consigna que el maestro francés plantea las *estructuras clínicas*: neurosis, perversión o psicosis, según el mecanismo con que *enfrentan* la castración, y que será recién a partir de los desarrollos sobre lo Real y el Goce, y con la formulación de los cuatro discursos, que estas cuestiones empiezan a complejizarse. De ello concluye que, cualquier *subjetividad excede el diagnóstico* ya que éste es simbólico y se subordina a un saber, siendo lo Real de otro orden.

A su vez, Yellati (2012) ensaya algunas respuestas a las preguntas: *¿Es posible diagnosticar y no clasificar al mismo tiempo? ¿Dónde ubicar lo singular?* En un artículo de su autoría: *El diagnóstico clasificatorio y las epidemias*, habla de un uso legítimo del diagnóstico destinado a orientar la dirección de la cura, a decidir por ejemplo el uso de un psicofármaco, como también a utilizar prácticas institucionales diversas, y también de su poder para generar epidemias. Paralelamente, se detiene en la cuestión del *análisis estructural* cuyos efectos —dice— no dejan de ser clasificatorios —vestigios del discurso médico—, con todas sus consecuencias. Menciona allí las curiosas epidemias de *borderlines* e incluso de las *psicosis ordinarias*. Concorre a ocuparse del diagnóstico entendido como *práctica lingüística común*, basándose en la idea de que las clasificaciones tienen algo de artificial, y que no se fundamentan ni en la naturaleza, ni en la estructura, ni en lo real. Para ello apela a una no muy precisa noción de *semblant*. Termina sosteniendo rotundamente que *el diagnóstico es capaz de crear dichas epidemias*.

Por su parte, en un trabajo de notable difusión, Muñoz (2008) articula algunos interrogantes que expresan cierta tensión respecto de tópicos tales como: *diagnóstico diferencial, diagnóstico estructural y estructuras freudianas / estructuras clínicas*. En este sentido, puede leerse en su texto publicado con el título *El diagnóstico en psicoanálisis ¿con razón o sin razón?*, un análisis pormenorizado en torno a la pregunta *¿A qué debe llamarse en psicoanálisis diagnóstico estructural?*

Muñoz profundiza acerca de la vinculación entre diagnóstico y estructura y sobre la tirantez que ello suscita con lo singular del caso por caso. Es llamativa la articulación que produce cuando aporta como novedoso el ordenamiento que de ello puede hacerse valiéndose de la lógica de la sexuación —que Lacan despliega cuando escribe sus fórmulas en los años 70—. Ubica los lados de las fórmulas de la sexuación como razón y sin razón, y examina al diagnóstico desde ambas perspectivas. Así la clasificación queda del lado hombre, mientras que del lado mujer lo imposible de clasificar (pues habrá que tomarlas una por una). En lo esencial el planteo contiene la idea de que el diagnóstico en psicoanálisis supone ambas vertientes: la de la razón —que es la de las clasificaciones—, y la de la sinrazón como extracción de un singular inclasificable en cada caso uno por uno a partir de un tipo particular, que formaliza aquello que de cada sujeto no responde a la clasificación. Esto último es lo que tomará para él el nombre de: *lo nuevo*.

Posteriormente, en *Variaciones del concepto de locura en la obra de Jacques Lacan. Su incidencia en el diagnóstico diferencial Neurosis-Psicosis* (2009) examina las diferencias entre locura y psicosis con el recurso de la teoría de los nudos. Y en un trabajo mucho más reciente *El problema del diagnóstico, de la psiquiatría al psicoanálisis* (2012) hace foco en lo que nombra como la *entificación* del sujeto, la ontologización de las neurosis y las psicosis, la disyunción fenómeno-estructura y el olvido del registro de la transferencia. A la vez, se advierte aquí un cuestionamiento fuerte —aunque no original como se verá—, al sintagma *estructuras clínicas*, no sólo porque es inexistente en la pluma de Jacques Lacan, sino sobre todo porque tal como lo emplean con frecuencia muchos de sus comentaristas, muestra ejemplarmente los problemas mencionados.

Para Rodríguez (2004) el diagnóstico resulta subsidiario del funcionamiento del analista en la sesión. Así trabaja el tema del *semblant*:

En este marco, la importancia del diagnóstico cobra otro relieve: entre otras cosas, permite al analista pensar cuál es la posición más conveniente para hacer apariencia, el *semblant*, que cause el deseo del analizante a analizarse [...] El arte residirá en no creer que son la verdadera realidad, también en no rechazarlas: las tomamos como

aproximaciones provisionarias que nos indican posicionamiento y apariencia conveniente, estrategia probable, táctica indicada. (Rodríguez, 2004, p. 25)

Se verá en un próximo capítulo si es posible coincidir —para ser rigurosos— con esta versión —por cierto tan difundida— acerca del *semblant*. A modo de claves para el diagnóstico indica de un modo coloquial —aunque tal vez no del todo preciso— tres puntos que considera como muy importantes. Por un lado:

Su posicionamiento predominante con relación al discurso, si entra o no en este. Es un punto clave. En otras épocas se consideraba al consultante inanalizable si no entraba en discurso. En cambio actualmente, a muchos muy incapacitados por una enfermedad X para entrar en discurso, se logra generarles un lugar, un dispositivo, para que el tratamiento resulte útil y eficaz para mejorar el destino de ese ser parlante. Repito, para eso lo importante es si entra o no en discurso y de qué forma lo hace. A qué tipo de discurso entra habitualmente, de qué manera lo hace, a qué lugares y en qué funciones. (Rodríguez, 2004, p. 26)

En segundo lugar: “su posicionamiento ente el falo y la castración, conflictivo o no: respuesta imprescindible para entrar en intercambio ante el valor (imposible de calcular lo que obliga a cada cual a responder con valores de uso)”. (Rodríguez, 2004, p. 27)

Y en tercer término:

[...] cómo se posiciona ante la sexuación y cómo percibe la relación *que no hay entre los sexos*. [...] Dicho de una manera más sencilla, es muy importante cómo percibe el sujeto las dificultades de la relación entre los sexos y cómo se ubica en ellas. Dificultades que responden a la cuestión de que no hay proporción entre los sexos, “*no hay relación sexual*”, decía Lacan. (Rodríguez, 2004, p. 27)

Por otro lado, Rubinsztein (2011) señala un punto de desvío que adquiere vital importancia. Es que cuando las llamadas estructuras clínicas o estructuras subjetivas dejan de nombrar *posiciones del sujeto* para señalar modalidades de la enfermedad psíquica, el Psicoanálisis empieza a transitar el venturoso camino de la ciencia —que tiene como sello de nacimiento el rechazo del sujeto—. Entonces, enfermedad mental, patologías de borde, trastornos de ansiedad: diagnósticos en términos del *ser*, son algunos de los incontables eufemismos utilizados por una especie de *esperanto psicopatológico*.

También Eidelsztein (2003) propone un recorrido para caracterizar el diagnóstico en psicoanálisis de la mano de la conceptualización lacaniana de *sujeto*.

[...] se trata de diagnosticar el sujeto y no al sujeto. [...] Lo primero que debemos tener en cuenta es que fue Lacan quien introdujo el concepto de sujeto al psicoanálisis. Un prerequisite para analizar esa maniobra, es considerar que la lengua de referencia es el francés. En su campo semántico, *Sujet* significa, fundamentalmente: 1. sujeto, sometido, expuesto, propenso; 2. asunto, materia, tema. Mi propuesta, por cierto, es que la cuestión diagnóstica debe girar en torno a la segunda acepción del término. En psicoanálisis se trata de establecer cuál es el tema, qué asunto da lugar a la intervención del analista. (Eidelsztein, 2003, p. 16)

A partir de allí, explica:

[...] aceptar que “eso habla”, pero para habilitar una lectura tendiente a establecer “¿qué dice?” y no “¿quién lo dice?” [...] la verdadera noción psicoanalítica de sujeto consiste en una polifonía. Su diagnóstico supone que el psicoanalista presta su voz para constituirla; así, diagnosticar será equivalente a un modo de intervención (intervención). En tal sentido, para el analista la cuestión es: ¿De qué se trata en eso donde mi decir participa? Caso contrario, diagnosticar al sujeto, se diga o no el diagnóstico, puede producir un aumento del malestar, en la medida en que haga consistir no sólo al sujeto —a través de la identificación—, sino al individuo, acentuando así el aislamiento, la cosificación y la locura. (Eidelsztein, 2003, p. 18)

La pregunta que se impone es la siguiente: ¿Cómo se articula la generalidad de la estructura con la singularidad de cada paciente? Vegh, en *Senderos del análisis. Progresiones y regresiones*, comparte algunas cuestiones de interés:

[...] ¿no escuchamos en nuestros días quienes nos dicen: “De qué sirve el diagnóstico de histeria, de neurosis, de psicosis, si cada ser humano es distinto” [...] ¿Para qué hacemos entrevistas los analistas? Para algo muy distinto de los psiquiatras. Nosotros no hacemos entrevistas según protocolo, [...] con fines de establecer diagnóstico y medicación. [...] nos interesa *cómo dice su ser quien nos demanda el análisis*. (Vegh, 2015, p. 40)

Desde otra posición, Miller (2005) es uno de los que se ocupa de establecer una distinción entre *diagnóstico de estructura* y *diagnóstico fenomenológico*. *Los Inclasificables* es el título de uno de sus textos en el que designa de esta manera a aquellos casos que estima *casos raros*, a la hora de precisar un diagnóstico. Este punto no carece de importancia, puesto que, desde el comienzo Miller *da a leer* que, para él, los otros casos serían: *sujetos a clasificación*.

Por su parte, Mazzuca (2007) transita con cariz francamente fenomenológico, el sinuoso camino del *diagnóstico diferencial*, haciendo pie en la idea basal de la *psicopatología*. Comenta ligeramente que Lacan distribuye la psicopatología freudiana en la tripartición neurosis, psicosis, perversión. Postula que cada una de ellas no constituye solamente una patología, sino que definen distintas modalidades de constitución de la subjetividad. Esto implicaría que las leyes del funcionamiento psíquico no son las mismas para todo sujeto humano, sino que se distribuyen en esas tres estructuras que son efectivas tanto para un sujeto enfermo mental como para aquellos que psíquicamente no han llegado a enfermar. En un trabajo con el que persigue restituir el *Valor clínico actual de la categoría de locura histérica* (2005) recuerda que la necesidad de delimitar histeria y psicosis surge cuando el concepto de histeria es ampliado para abarcar, además de las crisis histéricas y fenómenos corporales, rasgos de personalidad y fenómenos alucinatorios y delirantes.

Acerca de la *psicopatología*, resuena aún en la comunidad analítica una férrea discusión epistolar entre Ritvo y Rodríguez Ponte, publicada en la Imago Agenda de Letra Viva. Ritvo (2003) recusa la idea de que la psicopatología obstruya la clínica psicoanalítica, hasta doblarla. Pone énfasis en diferenciar entre psicopatología psicoanalítica y psicopatología psiquiátrica. Recomienda pensar la primera como un trayecto de alguien situado frente a sus alternativas, y no como una colección de rasgos que permiten subsumir un caso particular en una regla general. La define como una *nosografía del acto*. Ritvo llega a sostener incluso que *el rechazo de la patología rechaza al sujeto*. Por su parte, en trámite de discutir el tema, Rodríguez Ponte replica que *no hay patología sin discurso de la norma*, aludiendo directamente a la *función del ideal*. La controversial argumentación que Ritvo despliega recibe de su parte una tajante y ríspida respuesta:

[...] no hay patología sin discurso de la norma, es decir, sin función del ideal, por lo que “cualquier reivindicación de la psicopatología, por ingeniosa que se muestre, nos devuelve a la psicología y a la medicina”, argumento al que le concedés algún crédito... Hasta que el demonio de la anfibología se apodera de la palabra “norma” y te deja a un pasito de hacerle creer al inocente lector que a lo mejor soy de los que leen “críticamente a Freud desde una posición santurrón e incluso chambona con respecto a Lacan” (por supuesto, ambos sabemos que no es el caso, pero no está de más advertirle al mismo que en tu texto de respuesta al mío de paso aprovechabas para dirigirte al “lacanismo portátil”)... Así que, sin insistir en esto, ni detenerme, al menos por hoy, en la curiosa homonimia de nuestros, o al menos tus, “neurótico”, “perverso” y “psicótico”, con los de la psiquiatría, caigo finalmente en la cuenta del malentendido que te hace concluir en la pregunta “¿Qué tiene de psiquiátrica esta psicopatología?”, a lo que puedo responderte: tal como la argumentaste, nada... ¡pero si no era eso lo que estaba en cuestión! El problema de la psicopatología no es que sea psiquiátrica, es que sea psicopatológica, es decir, discurso médico. ¿Pero acaso no bastaba, como primera lectura de tu texto, la del diseñador de la revista, quien para *el diagnóstico en psicoanálisis*, título general de tapa que agrupaba los artículos entre los cuales estaba el tuyo vindicando la psicopatología, no encontró para ilustrarlo nada mejor que... un estetoscopio? (Rodríguez Ponte, 2003, pp. 37-38).

Parte de esta encarnizada discusión será retomada y profundizada — procurando establecer la polémica en un tono diferente— en el próximo capítulo, bajo el título: *¿Estructuras clínicas?*

Otro de los que retoman el problema de la diferenciación con el diagnóstico en psiquiatría es el investigador García Valdez (2013), Doctor en Ciencias Sociales por la Universidad Autónoma Metropolitana de México (UAM-X). En su trabajo *Nosología psiquiátrica: pasión de consistencia especular*, se ocupa in-extenso de una psiquiatría que, regida por el uso de criterios operativos (trastornos y des-órdenes), califica de empirista. Plantea que los sistemas clasificatorios como los DSM, se presentan como una ruta *económica* de un saber sin tachaduras. Desde las categorías psicoanalíticas: *deseo* y *goce* se propone abonar la reflexión que abra paso a una especie de epistemología psiquiátrica que, basada en la evidencia clínica proveniente del psicoanálisis, acentúe el sentido de los síntomas y no su taxonomización, encausando acciones concretas para el desmontaje de lo que denomina *consistencia especular*.

En lo concerniente a lo producido en la Facultad de Psicología de Universidad Nacional de Rosario, se recorta lo que Colovini (2004) señala en su tesis doctoral:

[...] los analistas lacanianos sostienen desde hace muchos años, pero con más énfasis en la última década, un debate acerca de las estructuras freudianas y aquellos casos que no pueden incluirse en alguna de las tres estructuras: neurosis, psicosis, perversión. Este debate también se verifica en analistas que no se ubican dentro del campo laciano, destacándose el diagnóstico de borderline como un punto de debate, sobre todo en analistas de lengua inglesa. (Colovini, 2004, p. 20).

Asimismo, la investigadora añade que los debates actuales en el campo de la psicopatología y del diagnóstico provienen de la disarmonía con la que el psicoanalista se encuentra en relación con lo que la época actual le demanda y su *caja de herramientas*. Esto exige, a su entender, que los analistas avancen hasta los límites mismos de su práctica y de su teoría. Quizá pueda añadirse que se trata de que avancen en su clínica, en tanto y en cuanto, esta devenga interrogación sobre su práctica.

Allouch (2004) recuerda que Lacan, en los últimos años de su seminario, indica que la clínica analítica es lo que se dice en un análisis, y punto. Y esto suscita en él la siguiente pregunta: ¿acaso eso no implica descartar cualquier nosografía? Arriesga como respuesta que quizá fue entonces que Lacan reparó en que su apuesta de construir una clínica psicoanalítica fundada en el ternario perversión-neurosis-psicosis —Allouch lo llama *pernepsi*—, “sin caer en los brazos de la medicina, no había resistido al dominio ejercido por ésta, cada vez más invasor” (Allouch, 2004, p. 87). En ese camino Allouch introduce la idea de que la definición estricta del sujeto por el significante, basta para exigir del psicoanalista, en su fraternidad con el analizante, no recibir a éste sino descartando cualquier clase de categorización: nosográfica, sexista, racial, etc.

¿Qué sé del que penetra en mi consultorio para demandarme un psicoanálisis? ¿Voy a juzgar por su aspecto, como un fenomenólogo, que es hombre, mujer, homosexual, religioso, pobre, inteligente, negro, joven o [...] lo que fuere? Justamente no. Un psicoanálisis, del lado del psicoanalista, no se inicia sino con esta abstención. (Allouch, 2004, pp. 87-88)

Y a renglón seguido aduce categóricamente que si Freud, en un acto inaugural no hubiera sabido y podido dejar su *saber* en el ropero, y dar un paso al costado en relación con ese pseudo-dominio ejercido por Charcot, jamás habría tenido lugar un *movimiento freudiano*. Allouch culmina su argumento con una aserción de especial relevancia para esta tesis: la clínica psicoanalítica en su versión nosográfica ha cumplido su ciclo.

Tiene ya largo tiempo Allouch promoviendo un fuerte cuestionamiento en la clínica psicoanalítica. Con su *Perturbación en pernepsi* (1993) pretende sacudir y poner en tela de juicio aquello que usualmente se presenta como las diferenciaciones clínicas definitivamente establecidas.

Este “*pernepsi*” se obtiene transliterando, de acuerdo con una regla acrosilábica, las llamadas tres entidades mayores de nuestra clínica: perversión, neurosis, psicosis. Con esta transliteración, nos damos cuenta de que todo ello va a colocarse mansamente bajo la bandera de un “padre psi nato”, así como otros nacen con buena estrella, o con el dispositivo intrauterino de mamá en la mano. Este *pernepsi* parece funcionar a las mil maravillas, pero ¿a qué precio? (Allouch, 1993, p. 27)

No obstante, *La théorie, c’est bon, mais ça n’empêche pas d’exister* (La teoría es buena, pero eso no impide que las cosas sean como son). No resulta ocioso subrayar que, a diario, en sus teorizaciones los analistas no prescinden de la nosografía. Por lo demás, una clínica no se define como psiquiátrica o psicoanalítica tan sólo por la presencia o ausencia de estas categorías.

Al respecto, Ortiz Zavalla (2013), en su trabajo *Melancolía y Estructuras neuróticas*, busca explorar las diferencias entre la melancolía como *estructura clínica* y los *rasgos melancólicos* que se presentan tanto en la histeria como en la obsesión. Para ello, recorta el problema como la dificultad para diferenciar y demarcar rasgos; tipos y fenómenos que favorezcan una formulación diagnóstica con miras a llevar a cabo un adecuado tratamiento.

En el mismo año, en su libro *Locura y melancolía* (2013), Heinrich reflexiona también acerca de la cuestión diagnóstica desde otra perspectiva.



Como se habrá notado, hemos evitado a lo largo de estas páginas ubicar a la melancolía o a la locura melancólica en términos de neurosis o psicosis, y esto por diversos motivos [...] nos parece que es difícil decir algo por fuera de la transferencia, ya que allí se jugará la chance de que un análisis se torne posible o bien que se cristalice en una locura de transferencia. Punto delicado, en la medida que allí también se juegan las resistencias del analista. (Heinrich, 2013, p. 111)

En ese orden de problemas reconoce que

[...] a partir del pasaje que hace Lacan del Nombre del Padre a Los Nombres del Padre, no resulta tan unívoca la tripartición clásica Psicosis-Neurosis y Perversión, ya que se abren otras alternativas si se tiene en cuenta que las nominaciones son tres, Real-Simbólica-Imaginaria. Es decir que se abre un horizonte nuevo cuando se considera que podría existir un error en el nudo y que este podría estar reparado con un cuarto nudo, como demuestra Lacan para el caso de Joyce. (Heinrich, 2013, p. 111)

En rigor, Heinrich pone de manifiesto sin ambages algo que resulta decisivo, en tanto que contribuye a deslindar —a justo título—, psicoanálisis de sociología:

Cabe agregar que, a nuestro modo de ver, si en algún momento nos vemos llevados a pensar en nuevos anudamientos, esto no se deberá a cambios epocales, sino a las consecuencias que podamos extraer de las últimas teorizaciones de Lacan. (Heinrich, 2013, p. 111)

Lamentablemente la autora —al menos en esta ocasión— no avanza en su recorrido sobre esta afirmación. Sin embargo, todavía es posible extraer de su propuesta una pregunta. Esa expresión de más arriba, *por fuera de la transferencia*, —que no por corriente resulta menos enigmática— ¿estaría indicando aquí que la posición del analista es un asunto que no se puede descuidar, o es que la autora le otorga un peso mucho mayor, podría decirse, determinante? Tal vez sea de utilidad evocar una cita de un muy antiguo trabajo de Ritvo, publicado en la revista *Argumentos de La Sigmund Freud de Rosario*, con el título: *Problemas de método I. Singularidad y Nosografía*.

El diagnóstico psicoanalítico no se limita a incluir una singularidad en un tipo genérico, porque su papel distintivo es caracterizar el estilo o, dicho con mayor precisión, articular el lugar del analista que se construye en cada caso. Caso por caso se organiza una estrategia [...] (Ritvo, 1986, p. 68)

En el XII Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR *Subjetividad contemporánea: elección, inclusión, segregación*, que tuvo lugar en la ciudad de Buenos Aires desde el 23 al 26 de noviembre de 2016 dos trabajos presentados se ocupan del tema del diagnóstico. Uno de ellos: *Psicoanálisis. El diagnóstico a la luz de la revisión del concepto de estructura* UBACyT, Facultad de Psicología, Universidad de Buenos Aires. Argentina (Algaze, D.; Caamaño, V.; San Miguel, T.) El trabajo consiste en un avance de una actual investigación UBACyT: *Diagnósticos en el último período de la obra de Lacan*. A partir de la complejidad que presenta el abordaje del diagnóstico en psicoanálisis, se centran en delimitar la concepción del diagnóstico y la formalización nosológica que ha propuesto Lacan a lo largo de su enseñanza, para delimitar las implicancias que ha tenido la introducción de la *teoría de nudos* en la nosología y psicopatología propuesta por el

maestro francés. Señalan como su principal objetivo el de problematizar los diagnósticos denominados *borderlines*, desde el supuesto de que la clínica actual debe ser revisada a la luz de los conceptos que Lacan ha trabajado hacia el final de su enseñanza. Para ello los autores intentan articular las nociones de *Uno*, *vacío*, *agujero* y *torbellino*, y desde allí articular los conceptos de *parlêtre* y *analista encuerpo*. El otro: *La división subjetiva como indicador diagnóstico en psicoanálisis lacaniano*, a cargo de un equipo de la Universidad Nacional de Córdoba. Argentina. (Aquino Cabral, M.; Yesuron, M.; Rostagnotto, A.). Este trabajo forma parte de una Práctica Supervisada de Investigación (PSI) que se desarrolló en el marco del Proyecto de Investigación: *La categoría clínica de la perversión y su diagnóstico desde el psicoanálisis lacaniano*. Se trata de un estudio sobre sujetos que cometieron una agresión sexual, con el que persiguen mostrar los desarrollos realizados sobre la noción de *división subjetiva* en sus distintas presentaciones. Los investigadores arriban a la conclusión de que la división subjetiva es un indicador que posibilita inferir la posición del sujeto con el que se contribuye al diagnóstico de *los tipos clínicos lacanianos*: neurosis, psicosis y perversión.

Un párrafo aparte, merecen en este trayecto, los resultados obtenidos de estudios realizados en el campo de la epidemiología en Salud Mental por Augsburger, investigadora del Consejo investigaciones de la Universidad Nacional de Rosario, CIUNR. En *La inclusión del sufrimiento psíquico: un desafío para la epidemiología*, publicado en *Psicología y Sociedad UNR* (2004), tiene por cometido indagar en qué medida los criterios y categorías utilizadas para el diagnóstico y la clasificación de los problemas de salud mental constituyen un obstáculo teórico y metodológico para el desarrollo de la epidemiología en salud mental.

Esta indagación orientada a producir información en el marco del municipio de Rosario, Provincia de Santa Fe, tiene el valor de poner en evidencia el problema desde un punto de vista de orden práctico. Es de destacar que los psicólogos entrevistados manifiestan que su formación es en el campo del psicoanálisis, y que explicitan su fervorosa pretensión de tomar distancia de la perspectiva médico-psiquiátrica. Sin duda resulta de interés para esta búsqueda leer que, si bien la formulación de diagnóstico es un ejercicio que reconocen, aceptan y practican, son notables las dificultades que encuentran tanto para su elaboración como para su fundamentación. Parte de estas dificultades las atribuyen a lo que estiman como una limitación teórica respecto a los criterios y conceptos con los que cuentan para tal fin.

### **Versiones acerca de la *clínica psicoanalítica***

¿A qué se llama *clínica psicoanalítica*? Lacan, ha dado algunas indicaciones al respecto cuando señala como norte: *lo real difícil de soportar*.

“La constitución de una verdadera clínica psicoanalítica específica es uno de los mayores desafíos del psicoanálisis”. (Porge, 2007, p. 6) Su especificidad ha sido abordada por tantos autores como posibilidades de análisis existen. Casi todo lo escrito en psicoanálisis toca de un modo u otro este asunto. Se parte de considerar que no hay hecho clínico por fuera de la red, fuera de la trama conceptual con la que se los atrapa. (Porge, 2007)

En este zizagueante recorrido una generosa cita introduce de lleno, solo algunos de los términos del problema.

[...] el psicoanálisis consigue resultados terapéuticos. Lo que queda pendiente es establecer la manera como lo logra.

Freud y después Lacan han subrayado que la cura venía por añadidura. Esto quiere decir que puede producirse, pero por otras vías que las que apuntarían directamente a

una mejora sintomática: por vías que implican desvíos, que abordan con prudencia la cura pues no es necesariamente lo que el sujeto pide (dado que la cura de un síntoma puede precipitar otro más grave), que no fijan por adelantado un objetivo, que instauran una suspensión de la respuesta a la demanda [...] Puede pensarse que si el psicoanálisis consigue curas por otras vías que la psicoterapia, la psiquiatría, la magia [...] y si le otorga a la cura un estatuto más *personal*, es porque desde el principio y en el transcurso de su ejercicio procede a establecer ciertas coordinadas clínicas diferentes. [...] Por de pronto, hay que ponerse de acuerdo en lo que se denomina síntoma y en el método para identificarlo para que luego la palabra *cura* tenga algún sentido. (Porge, 2007, p. 6)

Porge pone sobre el tapete un punto crucial al destacar la estrecha relación entre *clínica* y *transmisión* cuando presenta como punto de partida la hipótesis que se propone verificar. A saber: existe una *clínica psicoanalítica* y, asimismo, su *transmisión*. Lo dice del siguiente modo:

La fórmula que se ha impuesto entre nosotros es que *la especificidad de la clínica psicoanalítica, del establecimiento de un hecho clínico psicoanalítico, de una verdadera nueva clínica, reside en el método de su transmisión. Se trata de encontrar el lazo adecuado entre la clínica y lo que se transmite de ella. El método constituye ese lazo.* (Subrayado en el original. Porge, 2007, p. 10)

Ferreyra (2005) arriba a acentuar otro aspecto cuando —en concordancia con lo que Lacan sitúa en la *Apertura de la sección clínica*— insiste en que la dimensión clínica es una cuestión intrínseca que hace a la estructura misma del psicoanálisis.

La dimensión clínica es el punto de entrada a lo que ocurre en el análisis, no en el sentido de los aconteceres cotidianos, sino de los pasos lógicos en el discurso del analizante en la transferencia. [...] La clínica no es sólo lo que sucede en un análisis, sino las operaciones que sí pueden ser transmitidas por fuera del análisis y están a cargo del analista. (Ferreyra, 2005, p. 30)

Asimismo, desde otra perspectiva, Kuri rescata el valor que la clínica alcanza en y para la argumentación metapsicológica cuando trabaja afanosamente sobre *la naturaleza clínica de los conceptos psicoanalíticos*. Se detiene a advertir al posible lector desprevenido que *clínica en psicoanálisis* no es sino *el nombre de las dificultades de la práctica*. (Kuri, 2010)

Por su parte, Colovini alude al *deseo del analista* a fin de caracterizarla, cuando enuncia que: “no es un tratado de psicopatología ni un conjunto de reglas técnicas. Ella se define por los múltiples caminos que el deseo del analista abre en la dimensión vacía de la falta en ser del analista”. (Colovini, 2004, p.16).

Apoyándose en Freud y también en Lacan, Borgatello de Musolino, en *Lalengua* (2015), precisa:

La clínica psicoanalítica es lo que se dice en la experiencia de un psicoanálisis. En la cura (*cure*) que un analista dirige, la gente se cura (*guérissent*) por la operación del significante. Se cura porque, con palabras, deshace lo que la palabra ha hecho al nombrar *la vida pulsional y las constelaciones psicológicas*. Su saber allí es algo más que charlotear. (Borgatello de Musolino, 2015, p. 6)

Y postula que, retomar al nivel del sujeto la cuestión de la estructura en psicoanálisis

[...] constituye el verdadero progreso, es retomar la estructura lo que puede hacer avanzar lo que se llama, impropriamente, la clínica. Que nadie se engañe allí y que si la última vez, han podido obtener algún placer en ver esclarecerse a ese discurso, el mío, al fin de una evocación de un caso, eso no es específicamente más que un caso que fue evocado y, que no hace al carácter clínico de lo que enuncia el nivel de esta enseñanza. (Lacan, 2008, p. 282)

Hace ya algunos años, en una Conferencia pronunciada en un Hospital de la ciudad de La Plata, convocada bajo el título: *Clínica de la suplencia generalizada*, Rodríguez Ponte recomendaba sospechar de los calificativos que suelen añadirse como determinativos al sintagma *clínica psicoanalítica*. A saber: *clínica de lo real*; *clínica del fantasma*; *clínica de síntoma*, etc. De hecho, también añade *clínica de la suplencia generalizada*, aunque esto resultara políticamente incorrecto. Entonces afirmaba que los consideraba ilegítimos, en tanto que *la clínica psicoanalítica es una*. Y en todo caso el agregarle algún determinativo podría ser de utilidad, tan solo a los fines de señalar un sesgo por el cual va a rumbear el asunto a desarrollar, como si se tratara de un recorte, con el propósito de facilitar la exposición.

Por otra parte, indudablemente la clínica psicoanalítica interroga la articulación del síntoma —y, más allá del síntoma, aún la *entidad clínica*— con naturaleza de la transferencia —obstáculo y posibilidad de una cura— que está al comienzo del psicoanálisis, por la gracia de aquel que llamaremos el psicoanalizante, cabalgando encaramado sobre el *sujeto supuesto saber* (Lacan, 2012a). Transferencia que no remite a ninguna propiedad misteriosa de la afectividad. Y que tiene siempre para el analista el sentido de una orientación, en tanto que baliza sus momentos de *errancia*.

El psicoanálisis es una experiencia dialéctica, arguye Lacan en su texto *Intervención sobre la transferencia* (1985a). En el análisis, el sujeto se constituye por un discurso donde la presencia del analista aporta la dimensión del diálogo (Lacan, 1951). A lo largo del recorrido de su Seminario XVII, *El revés del psicoanálisis*, se ocupará en varias oportunidades de hacer jugar este concepto fundamental.

Es en la vía de articular el nada simple nexo entre *saber y transferencia*, que Couso (1998), leyendo a Lacan en *De un Otro al otro* (2008) propone que:

[...] en el saber sin sujeto que es el campo del Otro va a producirse un cambio fundamental: se le va a suponer un sujeto. Ese campo pasa a ser un lugar, y surge la segunda persona, el *tú* —que Lacan relaciona con la instauración del SsS (Sujeto supuesto al Saber), que funda la transferencia—. La demanda puede pensarse también como pregunta [...] *me pregunto qué es lo que tu deseas* [...] *te pregunto qué es je* (interrogantes en los que resuenan las clásicas preguntas sobre el amor). (Couso, 1998, p. 15)

El *sujeto* continúa

[...] inquiera, averigua sobre la existencia misma tanto del sujeto como del Otro. Pero sucede como si él creyera que hay respuestas fehacientes, por lo que resulta decisivo que la falta estructural se articule a partir de respuestas que hacen entrar en juego la dimensión engañosa del *significante*. (Couso, 1998, p. 15)

### **Un cuadro dentro del cuadro**

La tesis que aquí comienza tiene por objetivo analizar concepciones de la *clínica psicoanalítica* y del *diagnóstico* sostenidas por analistas lacanianos agrupados en *Convergencia*, bajo la lupa de los llamados *cuatro discursos*. Pensar

la clínica psicoanalítica y el diagnóstico desde la perspectiva de la llamada *Teoría de los cuatro discursos* es la novedad que aporta. Que esta elaboración que Lacan empieza a formular en el año 1968, *vuelve posible inventar una nueva manera de pensar la clínica, claramente diferenciada de la propuesta por la psiquiatría, a partir de la posición del sujeto —en la transferencia— en torno al saber y al goce*, es la hipótesis que se sostiene. Saber que, conviene decirlo de entrada y a viva voz, no hay.

Si bien Lacan no planteó nunca la cuestión en esos términos, la hipótesis está decididamente inspirada en algunos pasajes de su enseñanza, más precisamente en aquellos seminarios que tienen lugar entre los años 1967 y 1972. Allí nos ofrece valiosos desarrollos sobre los *conceptos* de: *Goce, Saber, Sujeto, Transferencia y Discurso/s*, que constituyen herramientas insoslayables a la hora de reconsiderar el tema de la clínica y el diagnóstico en psicoanálisis. Es precisamente durante el seminario sobre el *Acto psicoanalítico* de 1967, donde Lacan —dejándose enseñar por el artista— arriba a la idea de que el analista habrá de buscar, al modo de Velázquez en el cuadro de *Las Meninas* donde él estaba, ya, en el momento y en el punto de la historia del sujeto, para saber lo que es la *transferencia*.

La esquiza del ojo y la mirada del seminario XI es un punto culminante del trabajo con el objeto 'a'. Lo "que se ve" es un campo que crea la ilusión de inexistencia de lo que por estructura "no puede verse". Ver es no ver lo que nos mira. Y hay estrecha relación entre el campo de la visión y la ilusión que implica el SsS. (Couso, 2017, p. 4)

Y, añade que, quizá de ese modo, se llegaría finalmente a *producir una nueva clínica*, distinta de la dictada por la psiquiatría. Una clínica en la que el analista entra en el cuadro.

A través del estudio de "Las meninas", [...] Lacan cambiará radicalmente la posición del analista, que dirá es como la de Velázquez en su cuadro. Y define su operatoria como un corte que subjetiva, porque despega de la suposición que constituye el SsS. Tal suposición aparece en el cuadro como un supuesto "ver todo", desde las figuras (reflejadas) de los reyes, que son metáfora del Otro para Lacan. (Couso, 2017, p. 4)

Anteriormente Lacan ya se había servido de esta obra de Velázquez, maestro de la ilusión, para interpelar la representación clásica del espacio. La pintura no actúa en el terreno de la representación. Su interés también ha sido realizado por Foucault en *Las palabras y las cosas*

Trampa de la mirada

El pintor crea un campo ilusorio de visión. Pero Velázquez introduce luego que hay lo que "no entra" en ese campo. No pintará una realidad, sino el acto de pintar, de dar cuerpo a la ilusión de la visión. Pinta la esquiza misma del ojo y la mirada, incluyendo el cuadro que pinta visto desde atrás, fantasma, pantalla que porta la visión, que oculta y a la vez indica que hay un real.

Lo no-visto nos convoca y nos interroga. Somos atraídos pero no sólo por lo que vemos, sino porque hay algo que no vemos: el cuadro "del revés" [...] (Couso, 2017, p. 4)





Velázquez —considerado un maestro del arte barroco— promueve en *Las Meninas* la ilusión de que el espectador puede entrar en el cuadro. En las *Palabras de Apertura al Coloquio Jacques Lacan y los pintores*, celebrado en la *Escuela Freudiana de Buenos Aires* durante el año 2008, Viviana San Martín alude a unas clases del Seminario *El objeto del psicoanálisis* (1965-1966), cuando se interroga en voz alta: “[...] ¿qué nos quiere hacer ver y oír Lacan con esa estrategia expositiva?” (p. 16) Y más adelante, y en afinidad con lo anterior: “[...] ¿Por qué los analistas debemos reconocer nuestro lugar en el cuadro, como Velázquez?” (San Martín, 2014, p. 16). La analista esboza como respuesta un argumento que salta a la vista: “Para hacerlo resorte de nuestra experiencia” —dice—. (San Martín, 2014, p. 16)

## Capítulo 2

### Artesanías metodológicas

El punto de partida de la propuesta metodológica es una *revisión bibliográfica* de algunas elaboraciones de Freud, Lacan, y otros autores relevantes para la comunidad analítica freudo-lacaniana que se han ocupado del tema durante los últimos años. El acceso a estas últimas fuentes se ha visto favorecido por el lazo de trabajo que la autora sostiene cotidianamente en el intercambio con otros: *analistas miembros de distintas instituciones y docentes-investigadores de las universidades nacionales de Rosario y Buenos Aires*. Todo esto ha resultado un facilitador inestimable a la hora de generar condiciones de posibilidad para el despliegue de la labor en marcha.

En primer lugar, se busca especialmente precisar algunos de los aspectos sobre los que Freud y Lacan establecen las divergencias entre la *clínica psicoanalítica* y *clínica psiquiátrica*. También, fue interesante pesquisar el lugar que ambas clínicas otorgan a la *nosografía*, y repensar una vez más la relación entre *psiquiatría* y *psicoanálisis*.

Se analizan entonces las diferentes posiciones, en función de sus rasgos distintivos: sus tonos y variaciones, a la luz de los desarrollos de Lacan, más específicamente desde sus formulaciones sobre *los cuatro discursos*. Hasta aquí, lo que constituye lo que se conoce como un *corpus teórico*.

Simultáneamente se ensaya *una lectura* buscando generar un fructífero entrecruzamiento de la información recogida/producida. *Conjugar* sin arrasar con la diversidad- con esta suerte de *caja de resonancia* o *cámara de ecos* de diversos *discursos* (Barthes, citado en Villalobos Alpízar, 2003, p. 138) que aquí toma la singular forma de lo que se propone como un artesanal *archivo*.

### Sobre el material para el análisis

La estrategia para la recolección de la *materia prima* a analizar se sustenta en la lectura de los textos de Michel Foucault en los que, el imponderable pensador reflexiona sobre su manera de recortar un objeto y forjar un método de análisis para llevar adelante sus investigaciones. Es así que a modo de recurso metodológico se construyen *archivos documentales* confeccionados y organizados con la materialidad discursiva de colección propia que ha sido producida a partir de algunos ejes o palabras claves. Por ejemplo, *transferencia, discurso, saber, etc.*

Es preciso hacer notable la enorme variedad de *textos* que ofician en este caso como *fuentes*. A saber: *entrevistas directas, comentarios, exposiciones y discusiones en jornadas, congresos y reuniones de analistas, correspondencia personal, publicaciones en formato de libros, revistas, afiches, redes sociales, artículos periodísticos, relatos de anécdotas, episodios, fragmentos clínicos, conversaciones en reuniones de Cartel*, por mencionar tan sólo algunos de los que se seleccionan a fin de convertirlos en lo que se ha dado en llamar *archivos vivientes*.

Cabe destacar que la selección rigurosa de relatos, episodios, y viñetas clínicas que dan forma a este inmenso archivo se recorta y construye a partir de la propia práctica —dicho esto en un sentido bien amplio—, y con estricta relación a los ejes centrales de la problemática que aquí comanda.

En cuanto a los analistas consultados, una primera demarcación se realiza desde el comienzo. Se escogen como referentes analistas que forman parte de instituciones psicoanalíticas de las ciudades de Rosario y Buenos Aires, en el marco



de *Convergencia, movimiento lacaniano por el psicoanálisis freudiano*. También *docentes-investigadores de las universidades nacionales* de las mencionadas ciudades. Cada uno de ellos fue elegido, haciendo foco en lo producido durante los últimos años, y por su fuerte vinculación e implicación con el tema.

La decisión de este recorte se fundamenta en la importancia concedida a la heterogeneidad de lecturas. Se sabe que después de la muerte de Lacan una numerosa nómina de instituciones surcó el territorio del psicoanálisis lacaniano. A más de treinta años, es profusa la lista de las instituciones y/o analistas que se reconocen deudores de su enseñanza. Entre ellas, se destaca la Escuela de la Causa Freudiana (ECF, 1980) liderada hasta hoy por J. A. Miller, —conocido como El Yerno— quien se erige postulándose como el *representante* y heredero *legítimo* de su suegro. Es en el año 1998 que cuarenta y cinco Asociaciones Psicoanalíticas de Argentina, Alemania, Brasil, Ecuador, España, Estados Unidos, Francia, Italia y Uruguay, fundan en la ciudad de Barcelona, *Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano*, con el propósito de hacer avanzar el tratamiento de las cuestiones cruciales del Psicoanálisis.

Este movimiento busca diferenciarse apreciablemente de la instalación del lazo piramidal y autoritario, propio de una supra-institución, apostando a crear y a sostener una nueva modalidad de lazo entre analistas. La idea de *Movimiento* es solidaria con la interesante propuesta de admitir que cada institución que participe del mismo, mantenga sus *diversos modos de organización*.

La multiplicidad de lenguas, de lecturas, y la diversidad de las distintas posiciones asociativas que la integran dan cuenta del propósito de alojar en su seno lo que han dado en llamar el *principio de la diferencia fecunda*. A cualquier analista, asociado o no, le es permitido participar en el debate, en el intercambio y en las actividades de producción de *Convergencia*. Además, puede integrar los diferentes equipos de trabajo que fueran constituidos. Toda la comunidad puede participar en las actividades. Para ello se requiere de un trabajo previo: una asociación que quiere ser parte de este movimiento ha de comprometerse con un proyecto de trabajo que deberá desarrollar junto con al menos tres asociaciones con las que *tengan transferencia de trabajo*, y que ya pertenezcan al movimiento. Desde el momento en que su trabajo es aceptado por los miembros de las demás asociaciones, podrá asistir a las reuniones anuales del Comité General de Enlace.

Entre los agrupamientos que firman el Acta de fundación de Argentina, se encuentran algunos referentes que proceden de las ciudades de Buenos Aires y Rosario: *Agrupación Institución Psicoanalítica* (Buenos Aires), *Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud* (Rosario), *Escuela Freudiana de Buenos Aires* (Buenos Aires), *Escuela Freudiana de la Argentina* (Buenos Aires), *Espacio Psicoanalítico*. *Agrupamiento de Analistas* (Rosario), *Letra* (Buenos Aires), *Mayéutica* (Buenos Aires), por nombrar algunos.

Desde sus inicios, *Convergencia* ha generado innumerables ocasiones para el encuentro, la discusión, y la producción colectiva, buscando fundamentalmente interpelar *las modalidades del lazo entre analistas*. En muchas de esas oportunidades se han trabajado cuestiones estrechamente vinculadas a la problemática de esta tesis, desde muy diferentes enfoques.

### **El oficio de archivista**

Según el diccionario, el término archivista se aplica a quien archiva. Es decir, a quien almacena, compila, incluso a quien custodia datos o documentos en un archivo; a quien acopia y cataloga en las bibliotecas. Por extensión, se emplea

asimismo cuando se ha dado por terminado un expediente o al dejar de ocuparse de él. Suele decirse, por ejemplo: *Trabajaremos para que nuestra causa no quede archivada*. Un *archivo* es un conjunto organizado de registros que se guardan manteniendo una unidad, pero a veces, se transforma en un triste y desprolijo *cajón de sastre*.

En cuanto al *archivo foucaultiano*

En 1969, Foucault publica *La arqueología del saber*, obra en la que explicita su propuesta metodológica de archivista, su modo de indagar la historia de las ideas, de hacer aparecer cosas dichas en los corpus documentales, mostrando las prácticas discursivas en su espesor y complejidad. (Emmanuele, 2013, pp. 241-242)

Esa curiosa e imbricada conjunción de *historia* y *escritura* merece una explicación pormenorizada. Es que, en los textos del siempre incisivo Michel Foucault se aloja y ejercita un singular modo de cifrar la historia: el suyo. Un peculiar estilo de historizar sacude e interpela, para así dismantelar la idea de *La Historia*. La idea de una tersa y lozana historia de cómputos y calendarios. De una historia sin interrupciones, que tiene en el horizonte, como designio, la capacidad de restituir y transparentar con exactitud los sucesos de otros tiempos. De una historia lineal, sumisa y progrediente que supone flujo y acumulación. De una historia sacra y pulcra.

La copia fiel es, en la letra viva del célebre autor, definitivamente un oxímoron herido de muerte. De hecho se advierte que la discontinua historización foucaultiana, confeccionada con andrajosa estopa, armada con jirones desdeñados, astilla la concepción de un sujeto de la transparencia consciente del pensamiento clásico. Y, pone al desnudo la caprichosa e inviable obstinación de una restauración o tal vez una *resurrección intacta del pasado*. (Farge, 1991). De allí que puede sostenerse que escribir la historia es una operación surcada por la muerte: *un encuentro con la muerte*, como pregonaba con acierto Arlette Farge (1991). Una verdadera colisión con lo imposible.

Podría caracterizarse al maestro francés con tan sólo dos palabras: un intelectual audaz. Toda la empresa foucaultiana es un alboroto, y se dirige a liberar la historia del pensamiento de cualquier sujeción a una teleología trascendental. “Pueden los amigos de la Weltanschauung sentirse decepcionados” —comenta—. (Foucault, 2008). Su *arqueología* derroca a la fenomenología histórica con sus *a priori* formales, y deroga las preguntas acerca de la causa y el origen. Se trata de hacer operar una dispersión y un descentramiento que disparen a quemarropa ante cualquier centro, que conjuren cualquier conceptualización montada en la idea de lo profundo, de lo latente, de lo originario y, desde luego también, de lo oculto o lo secreto.

Para *escribir una historia*, será menester entonces, renunciar a la desmesura. Sólo a despecho de resignar la aspiración de reflejarlo todo, y haciendo necesariamente el duelo por descubrir la verdad oculta o a recobrar lo perdido, será posible construir desde estos restos que operan como rastros, para entonces dar lugar a lo nuevo, a lo inédito. Otra lectura.

En la línea señalada por Michel Foucault, Veyne (2004) habla del brillante escritor como de un *arqueólogo escéptico* para quien todo acontecimiento es singularidad. Se sabe que Foucault fue profesor de *Historia de los sistemas del pensamiento* en el Collège de France, y que desde allí, desbarata la presuntuosa idea tradicional de la historia. De una historia que se presume sin tropiezos. Su

propuesta, lacera tanto la idea de una continuidad histórica como la de una sujeción trascendental.

La *arqueología foucaultiana*, método para una *genealogía histórica*, toma como dominio de análisis los discursos. Foucault no creía en las verdades generales, y consideraba necesario un trabajo que especifica como *arqueológico*, para tener acceso a cada configuración singular. Llama *discurso* a los cuadros formales de singularización, los discursos considerados como acontecimientos están ligados por las reglas de las prácticas discursivas.

El discurso no es la manifestación, majestuosamente desarrollada de un sujeto que piensa, que conoce y que lo dice: es, por el contrario, un conjunto donde pueden determinarse la dispersión del sujeto y su continuidad consigo mismo. Es un espacio de exterioridad donde se despliega una red de ámbitos distintos. (Foucault, 2008, p. 90)

Foucault nos invita a acompañarlo... Casi que es posible verlo transitando con meticulosidad un extenso itinerario de sinuosos pasajes; maniobrando entusiasmado con inmóviles *huellas* amontonadas en los rincones —como amontona en viento las vetustas hojas que el otoño desecha; por poco petrificadas, un tanto dispersas, mezcladas y camufladas. Escondidas a la vista de todos, y aparentemente, condenadas al olvido—.

Sus gestos de recolección son movimientos lentos, sutiles, pero firmes y perentorios. Hay que leer y releer con incansable insistencia. No se trata de descubrir, de una vez y para siempre, un tesoro enterrado que se ofrece de entrada como sortija al más listo. Se trata de *indicios* trabajosamente hallados y removidos. Sacudidos con fruición, recopilados y ordenados con gran cuidado, mediante un minucioso trabajo artesanal que las vuelve *significantes*. Labor imprevisible: tarea de *archivista*.

Su obra —si acaso fuese posible hablar de ella— tan esquiva como frecuentada, ha ganado sin dudas, un sitio de privilegio entre las inmortales, sorteando sin embargo a cada paso, el riesgo de ser canonizada. Su estructura compleja; su exquisita pluma irreverente, resisten.

Por estos tiempos que la novelista ruso-francesa, Sarraute, no dudaría en llamar: *la era del recelo* o *la era la desconfianza*. Tiempos en los que impera el feroz mandato de que todo ha de ser definido, delimitado, circunscripto de antemano: diagnosticado y protocolizado, a fin de que nada se escabulla. Foucault le hace un elegante ole a tan inflexible exigencia. En este sentido podría sostenerse que, conspira contra el orden de lo dado y natural. A través de su escritura insolente consigue burlar al estricto control social. Ahora con sus propias palabras:

No creo que sea necesario saber exactamente lo que soy. En la vida y en el trabajo lo más interesante es convertirse en algo que no se era al principio. Si se supiera al empezar un libro lo que se iba a decir al final, ¿cree usted que se tendría el valor para escribirlo? Lo que es verdad de la escritura y de la relación amorosa también es verdad de la vida. El juego merece la pena en la medida en que no se sabe cómo va a terminar. (Foucault, 2008, p. 323)

Con acierto e inventiva, Emmanuele (2013) plantea que Foucault se presenta como un *poeta del saber*. Incluso, por qué no atreverse a nombrarlo como un *poeta del no-saber*, si como lo recita Roberto Juarroz —uno de los mayores poetas de nuestro suelo— “La poesía tiende hacia lo imposible, mientras nos hace posibles”. El

poeta busca lo abierto, y “la poesía puede adoptar las formas más lúcidas y creadoras, como peldaños para acceder a lo real”. (Juarroz, 2005, p. 430).

Por todo ello, y en pos de retomar el rumbo trazado en *La arqueología del saber*, se anota que, desde esta perspectiva habrá que desprenderse una concepción de *discurso* entendido como modo de expresión, —como cuando se habla de la alocución de alguien en particular—, por ejemplo, se hace mención al discurso pronunciado por un mandatario o un militante. Se trata aquí, con Foucault, ni más ni menos que de un *campo de regularidad* para las diversas *posiciones de subjetividad*. En definitiva, del conjunto de todos los enunciados efectivos *en su dispersión de acontecimientos y en la instancia que le es propia a cada uno*. (Foucault, 2008)

Uno de sus biógrafos más agudos y consecuentes, Didier Eribon, tomando suficiente distancia de aquellos de que se ocupan del costado escandaloso de la vida del autor, elige el camino de presentar una interesante cartografía de su producción teórica. Tal vez ayude a ubicar algunas coordenadas claves para una aproximación a su *manera de transitar*.

Eribon no construye un héroe, trata de mostrar la geografía de un recorrido con declinaciones, retrocesos, pero también con *legítima rareza*, rayos duraderos, un mirar desde lo bajo para ver en la superficie otras cosas que las que solemos ver por mirar siempre los grandes acontecimientos, leer los grandes y sagrados textos. (Rodrigues de Andrade, 1998, p. 83).

Destaca también al actor político. Ahora bien, “Lo que cierta crítica lineal no ha tolerado es que el Foucault teórico no fuera al mismo tiempo un recetador del quehacer en política” (Rodrigues de Andrade, Germain, M, 1998, p. 83). Pero, ¿cuál es su peculiar manera de hacer política? Al respecto, el mismísimo Foucault, interpelado por Rux Martin en la Universidad de Vermont, en 1982, responde:

Existe un fenómeno social que me perturba mucho. Desde 1960, algunos profesores se están convirtiendo en hombres públicos, con las mismas obligaciones. No quiero ser un profeta y decir: “*Por favor, siéntense, lo que tengo que decir es muy importante*”. He venido para discutir un trabajo común. (Foucault, 1996, p. 146)

El entrevistador, haciendo mención a que en *Historia de la sexualidad*, nuestro innovador filósofo se refiere a “la persona que trastoca las leyes establecidas y que de alguna manera anticipa la libertad futura”, le pregunta —con astucia— si considera su propia obra desde alguna perspectiva semejante. A lo que Foucault arguye decidido:

Durante un período más bien largo, la gente me pedía que les dijera lo que iba a suceder y que les diera un programa para el futuro. Sabemos muy bien que, incluso con las mejores intenciones, estos programas se convierten en una herramienta, en un instrumento de opresión. Rousseau, un enamorado de la libertad, fue utilizado durante la revolución francesa para construir un modelo social de opresión. A Marx le hubiera horrorizado el estalinismo y el leninismo. (Foucault, 1996, p. 147)

Prosigue,

Mi papel —y ésta es una palabra demasiado enfática— consiste en enseñar a la gente que son mucho más libres de lo que se sienten, que la gente acepta como verdad, como evidencia, algunos temas que han sido construidos durante cierto momento de la historia, y que esa pretendida evidencia puede ser criticada y destruida. Cambiar algo en el espíritu de la gente, ése es el papel del intelectual. (Foucault, 1996, p. 147)

Ensayar un modo de leer los conceptos y los temas centrales de su pensamiento deviene por momentos una tarea cicolopea, aunque atractiva. Fascinante tarea, en principio irrealizable, a menos que se acepte la propuesta de intentar una *operación de lectura* intersticial, desgarrada, fragmentaria y, desde luego, provisoria. “El verdadero lector sacude el texto, lo hace vibrar. Una lectura, único amparo para captar el trabajo reticular de los detalles, que es donde operan los conceptos como discurso argumental” (Kuri, 2016, p. 36). Siempre que se trate de una lectura, ésta no podrá ser sino propia. Es que, al leer imprimimos una determinada postura al texto y es por eso por lo que está vivo.

Acerca de la lectura indica Juarroz que, “excede siempre el texto que lee, rompe sus márgenes, y va más lejos”. Se trata entonces de una lectura que a cambio exigirá, la práctica del asombro, un lugar para la invención y por qué no, uno muy, muy especial para la risa. Es que, como lo confiesa el polémico pensador en las primeras trazas del *Prefacio de Las palabras y las cosas*, libro que surge de un escrito de Borges: *El idioma analítico de John Wilkins*.

De la risa que sacude, al leerlo, todo lo familiar al pensamiento —al nuestro: al que tiene nuestra edad y nuestra geografía—, trastornando todas las superficies ordenadas y todos los planos que ajustan la abundancia de los seres, provocando una nueva vacilación e inquietud en nuestra práctica milenaria de lo Mismo y de lo Otro. (Foucault, 1985, p. 1)

Atopía del pensamiento. Se trata de un pensamiento que incomoda, que agita y hace vacilar. Un pensamiento perturbador, que no encaja, que viola la imaginación, mientras empuja al límite, al encuentro con lo impensado. Aún más, un pensamiento que arroja al encuentro con lo imposible de pensar. Justo allí donde, precisamente, algo de una verdad podría asomar.

Borges —ingenioso e incisivo— alude en su ensayo a una *archicitada* y exótica enciclopedia china que clasifica una serie de elementos extravagantes. Y, como contrapartida, —apunta justamente Foucault— deja ver, paradójicamente, la carencia de un espacio común. En el atlas de lo imposible en el que se enumeran singulares rúbricas, paradójicamente, “*lo imposible no es la vecindad de las cosas, sino el sitio mismo donde podrían ser vecinas*”. (Foucault, 1985, p. 2)

Se dijo de un modo u otro que el archivo remite a historia. Es Michel De Certeau en su fenomenal libro, *Historia y Psicoanálisis* quien utiliza la expresión *operación historiográfica* para distinguir el trabajo del erudito y cautivante historiador, cuando después de un viaje —a su juicio un tanto presuroso— por las inmensas geografías culturales descubre

Bajo los pensamientos [...] una *base epistemológica* que los vuelve posibles. Entre las múltiples instituciones, experiencias y doctrinas contemporáneas descubre una coherencia que, por no ser explícita, no lo es menos la condición y el principio organizador de una cultura. Hay por lo tanto orden. Pero la *razón* es un subsuelo que escapa a estas mismas en quienes funda las ideas y los intercambios. Hay orden, pero bajo la forma de lo que *no se sabe*. (De Certeau, 1995, p. 11)

Pero ¿cómo es posible interpretar ese orden, bajo la forma de lo que *no se sabe*?

Después de haber asegurado la *positividad* de un período, su *base*, se voltea bruscamente para dejar aparecer otro subsuelo, un nuevo *sistema de posibilidad* que

reorganiza el universo flotante de las palabras y de los conceptos, y que implica, por medio de sobrevivencias e invenciones, un *campo epistemológico* (*una episteme*) totalmente diferente. (De Certeau, 1995, p. 11)

Hay que partir de la base de que, lo que Foucault designa como *episteme*, no es de ningún modo una cosmovisión. No se trata del “[...] compendio de todos los saberes de un momento histórico determinado, ni tampoco de una teoría general que justifique o legitime la adjetivación de un saber como científico”. (Emmanuele, 2002, p. 29) Además, una *episteme* remite a un conjunto de elementos heterogéneos. En *La arqueología del saber*, Foucault logra cernirla como las relaciones que se pueden descubrir en una época dada, entre las ciencias, cuando se analiza a nivel de las regularidades, el haz de las formaciones discursivas. Con el propósito de especificar, de ahondar en este planteo, resultará oportuno remarcar un punto capital:

Al buscar, en el espesor histórico de las ciencias, el nivel de la práctica discursiva, [...] se quiere hacer aparecer entre positivities, saber, figuras epistemológicas y ciencias, todo el juego de las diferencias, de las relaciones, de las desviaciones, de los desfases, de las independencias, de las autonomías, y la manera en que se articulan las unas sobre las otras sus historicidades propias. (Foucault, 2008, p. 248)

Y más adelante, prosigue: “[...] el conjunto de las relaciones que pueden unir, en una época determinada, las prácticas discursivas que dan lugar a unas figuras epistemológicas, a unas ciencias, eventualmente a unos sistemas formalizados”. (Foucault, 2008, p. 249). Atravesada por las formulaciones foucaultianas, Emmanuele afirma decididamente que *episteme* remite a “[...] la complejidad de condiciones que sobredeterminan, en épocas y culturas distintas, los modos de mirar, pensar, saber, conocer —y por ende, objetivar— el mundo y las cosas. (Emmanuele, 2002, p. 29). En otros términos, tal como es posible apreciar estudiando de cerca las elucidaciones precedentes, *episteme* es a sus ojos el conjunto móvil de las relaciones que en una época determinada pueden liar —sin unificar— las diversas *prácticas discursivas*.

En definitiva, la *episteme* equivale a una especie de matriz estructurante que anuda [...] un *orden político* social a partir del cual el hombre puede pensar determinados problemas a la vez que mantiene a otros en la oscuridad de lo impensado; un determinado *modo de producir saberes*, de mirar el mundo [...] (Emmanuele, 2002, p. 30)

Al seguir muy de cerca las marcas de Foucault, y en estrecha trabazón con lo anterior, Veyne hace hincapié en que:

[...] lo que deben hacer los historiadores, antes que explicar los acontecimientos, es discernir y explicitar su singularidad. Pues toda formación histórica, acontecimiento o estado, es una singularidad que no es un género o una especie, que no recubre una invariante, que no tiene esencia. (Veyne, 2004, p. 24)

En octubre de 1982, Foucault despliega ampliamente sus argumentos:

Trabajo con personajes y procesos oscuros por dos razones: los procesos políticos y sociales que estructuraron las sociedades europeas occidentales no son demasiado claros, han sido olvidados o se han convertido en habituales. Forman parte de nuestro

paisaje más familiar, y no los vemos. Pero en su día, la mayoría de ellos escandalizaron a la gente. (Foucault, 1996, p. 150).

En la misma ocasión, y profundizando su planteo, indica que uno de sus principales objetivos:

[...] es mostrar que muchas de las cosas que forman parte de su paisaje —la gente piensa que son universales— no son sino el resultado de algunos cambios históricos muy precisos. Todos mis análisis van en contra de la idea de necesidades universales en la existencia humana. Muestran la arbitrariedad de las instituciones y muestran cuál es el espacio de libertad del que todavía podemos disfrutar, y qué cambios pueden todavía realizarse. (Foucault, 1996, p. 150).

A la luz de estas puntuaciones resulta sensible que, su revisitada *arqueología del saber*, no es sino un intento de explorar la posibilidad de analizar las diversas *prácticas discursivas*. En ruptura con un estructuralismo clásico, Foucault rechaza de plano y por principios, la burda idea de un texto a descifrar, latente e irreductible. En su conceptualización reside una diferencia radical: la caracterización del enunciado no como una unidad, una *estructura elemental* sino como *función de existencia*. De esta forma, el enunciado singulariza no lo que se da en las frases o en las proposiciones, o la manera en que están delimitadas, sino el hecho mismo de que están dadas, y la manera en que lo están. Es decir, entiende que el material a tratar en su neutralidad primera es una multiplicidad de acontecimientos en el espacio del discurso en general.

En forma sumaria puede esbozarse que todo lo expuesto en este periplo parece terminar por confluír en una idea solidaria a la concepción de *archivo* que pone a jugar cuando pretende sacar a la luz la complejidad de lo que considera las *prácticas discursivas* y, en el espesor de *La arqueología del saber*, hacer aparecer una multiplicidad de niveles posibles de análisis.

Sé lo que puede tener de un poco áspero el tratar los discursos no ha partir de la dulce, muda e íntima conciencia que en ellos se expresa, sino de un oscuro conjunto de reglas anónima. Lo que hay de desagradable en hacer aparecer los límites y las necesidades de una práctica, allí donde se tenía la costumbre de ver desplegarse, en una pura transparencia, los juegos del genio y de la libertad. (Foucault, 2008, p. 271)

En efecto, —y hay que decirlo— apenas sobrevolando sus formulaciones es posible establecer algunas puntualizaciones. Por ejemplo: la noción de *episteme*, que designa al sistema reglado que prescribe a los discursos, sus límites y sus posibilidades. No para hacer hablar al gran discurso universal común a toda una época. Muy por el contrario, para ubicar las diferencias, la diversidad de los discursos.

Su *arqueología* analiza las *formaciones discursivas* en una multiplicidad de registros, buscando explicar las condiciones de posibilidad del saber. O mejor, formulado en otros términos, averiguar aquello que rige la emergencia o proscripción de un *enunciado*, en tanto que *acontecimiento*.

[...] el estudio arqueológico [...] se ejerce en una multiplicidad de registros; recorre intersticios y desviaciones, y tiene su dominio allí donde las unidades se yuxtaponen, se separan, fijan sus aristas, se enfrentan, y dibujan entre ellas espacios en blanco. Cuando el estudio arqueológico se dirige a un tipo singular de discurso [...] es para establecer por comparación sus límites cronológicos; es también para describir, a la

vez que ellos y en correlación con ellos, un campo institucional, un conjunto de acontecimientos, de prácticas, de decisiones políticas [...] (Foucault, 2008, p. 205)

En este punto conviene recordar que una *formación discursiva*

[...] no es, pues, el texto ideal, continuo y sin asperezas, que corre bajo la multiplicidad de las contradicciones y las resuelve en la unidad serena de un pensamiento coherente; tampoco es la superficie a la que viene a reflejarse, bajo mil aspectos diferentes [...] Es más bien un espacio de disensiones múltiples; es un conjunto de oposiciones diferentes cuyos niveles y cometidos es preciso describir. (Foucault, 2008, p. 203)

En tal sentido, y para ser consecuentes con tal presupuesto, habrá que estar dispuesto a abandonar cualquier ensueño ilusorio y tranquilizador de presagiar la *episteme por venir*. En la peculiar perspectiva de Foucault, *el archivista* solo habrá de considerar enunciados (ni proposiciones, ni frases). Una especie de línea diagonal móvil hará legible la red discursiva, el campo de los enunciados. Todo en ellos es *realidad manifiesta*. Solo cuenta lo que ha sido formulado, aún con sus lagunas y sus carencias.

Un enunciado es efecto de la rareza. La rareza y la dispersión que los caracteriza no buscan señalar ningún déficit, más bien por el contrario, constituyen la positividad propia del enunciado. Su marca en el orillo. Un enunciado siempre implica una emisión de puntos singulares, pero no originales. Lo fundamental es la *regularidad enunciativa*. Lo propio del enunciado, su potencia, es *ser repetido*. Esta materialidad repetible lo constituye, lo anima, pero siempre en condiciones estrictas. Es necesario que exista el mismo espacio de repetición, la misma distribución de singularidades, el mismo orden de localizaciones y de emplazamientos, la misma relación con un medio instituido.

### **Un archivo no oficial sino oficiante**

Con el afán de ordenar el material que se fue recabando durante la investigación —millares de huellas— se fue gestando esta *propuesta metodológica*, propuesta que, en parte, sintoniza con lo sustentado por Mills C. Wright (1961) cuando sostiene la idea llevar a cabo lo que concibe como un meticuloso trabajo de *artesanía intelectual*. Sin caer en un excesivo gusto por el gesto clasificatorio se decidió entonces la construcción de un archivo personal. No obstante, y en consonancia con los argumentos desplegados en el apartado anterior, se deja en claro que este archivo no tiene aquí tan solo una mera función conservadora.

Tanto la palabra como la noción de archivo parecen, en primer lugar, ciertamente, señalar hacia el pasado, remitir a los indicios de la memoria consignada, recordar la fidelidad de la tradición. Ahora bien, si hemos intentado subrayar este pasado desde el inicio de estas cuestiones es también para indicar la vía de una problemática distinta. (Derrida, 1997, p. 18)

Este archivo puede pensarse como una suerte de maquinaria del tiempo. Foucault insiste en llamar *archivo* a un sistema general de formación de los enunciados-acontecimientos que sobre el suelo de un conjunto de reglas, caracterizan una práctica discursiva. Y este suelo es lo que denomina *a priori*, mas se trata de un peculiar *a priori*, que no escapa a la historicidad. Por consiguiente, el



*apriori histórico* pasa a ser una arquitectura móvil; un conjunto transformable. (Foucault, 2008, p. 221)

Archivo es en principio un gran puzzle. La ley de lo que puede ser dicho, pero también lo que hace de las cosas efectivamente dichas no se confundan en una masa informe. Se trata de una práctica que “permite a la vez a los enunciados subsistir y modificarse regularmente”. (Foucault, 2008, p. 221). Una práctica del asombro, del hallazgo.

Desde la perspectiva de que las cosas dichas no se amontonen de manera amorfa e ilimitada, ni se agrupen conforme a una supuesta linealidad sin ruptura, el ejercicio de construcción y de-construcción de un archivo, a medida que se avanza en el trabajo de indagación, es la pieza decisiva que posibilitó actualizar y revitalizar el juego de relaciones entre los acontecimientos alojados, almacenados, registrados. De allí que la escritura de esta tesis, que fue producida durante la investigación y por tanto en los tiempos de composición del archivo, ha sido afectada y modificada, transformada en su conjunto, por él.

Ahora bien, se desprende de estas consideraciones que al archivo hay que producirlo, hay que escribirlo. No se trata de aquello que se puede descubrir en las profundidades de un arcón desvencijado.

En *La atracción del archivo*, publicado en el año 1991, Farge se sumerge en el atrapante mundo —tal vez habría que decir mundillo o submundo— del archivo judicial del siglo XVIII para introducirlo en el debate histórico y adoptarlo como interlocutor principal. Además, empuja al entusiasta lector a sumergirse con ella en ese edificio lleno a rebosar de signos que invitan a la producción de sentido. Pero un archivo no es aquí una bocanada de pasado. No se trata del lugar donde las huellas del tiempo reposan. Desconcertante y colosal, desordenado o compaginado, el archivo-fuente busca ingenuamente crear un seductor *efecto de realidad* que no pasa de ser un colosal espejismo. Internarse en un archivo “[...] suele producir la sensación ingenua pero profunda de rasgar el velo, de atravesar la opacidad del saber y de acceder, como tras un viaje incierto, a lo esencial de los seres [...]” (Farge, 1991, p. 11)

En este juego complejo, la operación escrituraria, desde esta posición del archivista será consecuencia de otra solidaria y anterior, la operación de lectura, y subsidiaria de la idea de que no hay Otro garante de *Un* sentido esencial y/o establecido. En este punto vale ubicar una coincidencia con la conceptualización de Lacan sobre la lectura. Archivar deviene así una operación destituyente. La puesta en acto del archivo busca rescatar las huellas del olvido, para cifrarlas. Es por ello que se trata asimismo de una operación *instituyente*.

Derrida (1997), interpelando la institucionalidad del archivo en su célebre libro *Mal de Archivo. Una impresión freudiana*, se pregunta: ¿Cómo responder de las relaciones entre el memorándum, el indicio, la prueba y el testimonio? Un escritor mexicano, Ricardo Nava Murcia sintetiza la interesante propuesta derridariana a los historiadores.

Cómo enfrentar de un modo nuevo la problemática del archivo, es el envío que Jacques Derrida manda a los historiadores, tanto en los modos en que éste se constituye como el espacio físico que resguarda los documentos, pasando por su institucionalidad arcónica que ejerce su poder de custodia y autoridad hermenéutica legitimadora, hasta los modos en que el historiador, desde un conjunto de operaciones específicas, se relaciona con él. (Nava Murcia, 2012, p. 96)

Y añade

Las preguntas que envía tienen una pertinencia relevante y de actualidad, en tanto que el autor señala, en principio, el interrogante por la necesidad de reelaborar hoy día un concepto de archivo, para continuar con al menos tres aspectos esenciales: 1) los archivos del mal, esto es, las huellas de acontecimientos que son borrados, destruidos y manipulados en nombre de un poder que los reprime; 2) los modos de tratamiento de los archivos, en tanto sus soportes técnicos, sus órdenes clasificatorios y el poder de retención e interpretación [...] (Nava Murcia, 2012, p. 96)

Y por último

[...] la cuestión por la autoridad, principio arcóntico (Sic) esencial: quién autoriza y qué relaciones se tejen entre las distintas huellas dispuestas en todo archivo, Estos tres aspectos esenciales pueden ser tratados como envíos a la historiografía, en tanto la urgencia de [...] explicar cómo se constituye la escritura de la historia en los modos en que esta se relaciona con el archivo. (Nava Murcia, 2012, p. 96)

Derrida acude a las metáforas escriturarias ya trabajadas en *Freud y la escena de la escritura*, para construir una teoría del archivo que toma distancia de la idea de tiempo cronológico y del análisis positivista de las fuentes. Intenta así hacer lugar a un interrogante que invita a la búsqueda estrategias metodológicas. Vale entonces, en esta ocasión, recuperar una pregunta que se formula: ¿es posible construir un relato que comprenda las diferencias y asegure las continuidades?

Ciertamente, no resulta ocioso insistir aquí en el inestimable valor que esta labor adquiere para tantas otras prácticas que en consonancia con la historiografía encuentran su legitimación en esta posición. En cuanto al psicoanálisis, hace poco más de un siglo que la teorización freudiana acomete sobre de la consideración del sueño —vía regia y paradigma del inconsciente— como escritura. Una de las principales referencias freudianas a la *letra* es la del capítulo VII de *La interpretación de los sueños* (1900). Ahí Freud presenta como escritura los esquemas conocidos como *los peines*.

Freud ha sido el primero en pensar el aparato psíquico constituido por una diversidad de instancias, tal como se comprobó que funcionan los sistemas de alta complejidad, que obtienen resultados por una vía más económica y eficaz acoplando distintas computadoras, en lugar de recurrir a una sola, por sofisticado que sea su programa. (Vegh, 2006, p. 38)

Freud especifica que la actividad de este aparato parte de estímulos internos o externos y termina en inervaciones corporales. A lo largo del pasaje el flujo no es homogéneo —aclara Vegh—. Para el maestro Freud, en esta formulación no puede coincidir el lugar de la recepción de estímulos con el de la inscripción.

[...] el flujo avanza desde la percepción y atraviesa una instancia que representa varias maneras de acumular el archivo —las huellas mnémicas—, pasa luego al inconsciente, de allí al preconscious y luego a la consciencia. De modo que lo esencial de este esquema para nosotros es que entre la percepción y la conciencia se interpone el inconsciente. (Vegh, 2006, p. 39)

De otro modo

[...] otra manera de decir que no tenemos ninguna posibilidad de establecer una relación objetiva con el mundo que habitamos. Es más, podemos afirmar que lo

nombrado como *mundo* no es sino el producto de nuestra inserción en una escena que no dominamos sino que nos constituye. (Vegh, 2006, p. 39)

Cabe recordar que Freud hablaba del sueño como de Otra escena. Algunos años más tarde, registra en su *Block maravilloso*:

[...] hace algún tiempo ha aparecido en el comercio, con el nombre *pizarra mágica*, un pequeño artificio que parece prometer mayor rendimiento que la hoja de papel o la pizarra. No pretende ser más que un memorándum del cual pueden borrarse cómodamente las anotaciones. Pero si lo estudiamos más de cerca encontramos en su construcción una singular coincidencia con la estructura por nosotros supuesta de nuestro aparato perceptivo tal como lo he supuesto, y comprobamos que puede, en efecto, ofrecernos las dos cosas: una superficie receptora siempre dispuesta y huellas duraderas de los caracteres recibidos. (Freud, 1979g, p. 244)

La pizarra mágica —bello cruce entre lo escrito y lo borrado— es una tablita de cera o de resina de color oscuro, colocada en un marco de cartón, y sobre la cual va colocada una delgada hoja transparente, sujeta en su borde superior y suelta en el extremo inferior. Esta hoja es la parte más interesante de todo este aparato. El nuevo juguete no es sino un moderno palimpsesto en el que el punzón aguzado, al modo del cálamo, rasga efectuando las incisiones de una escritura. Al levantar la cubierta, la superficie queda pronta a acoger nuevos trazos. En el soporte la escritura desaparece toda vez que suprimimos el contacto entre el papel receptor del estímulo y la lámina de cera que guarda la impresión.

En la pizarra freudiana puede borrarse lo escrito para escribir otra vez. ¿Lo escrito puede leerse como borrado?

Continúa Freud:

Pero no es difícil comprobar que la huella permanente de lo escrito ha quedado conservada sobre la lámina de cera, siendo legible a una iluminación apropiada. Por tanto, el artificio no ofrece tan sólo una superficie receptora utilizable siempre de nuevo, como la pizarra escolar, sino que conserva una huella permanente de lo escrito, como la hoja de papel. [...] El hecho de que en la pizarra mágica no se saque partido de las huellas duraderas de los registros recibidos no necesita perturbarnos; baste con que estén presentes [...] Por último, suponemos también que este funcionamiento discontinuo del sistema receptor constituye la base de la génesis de la representación del tiempo. (Freud, 1979g, p. 247)

Palimpsesto. Escritura de pérdida y transformación... Aparecen coexistiendo en la cita precedente suficientes remisiones de carácter freudiano: *huella*; *borradura*; *fijeza*; *permanencia* y *movimiento discontinuo*. Todo lo hasta aquí expuesto parece confluir en una idea solidaria a la concepción de archivo que esta tesis se ha propuesto poner en juego.

Acerca de la cuestión del tiempo, la praxis analítica sostiene con convicción que el tiempo propio de la estructura del inconsciente no se corresponde con la clásica noción aristotélica del antes y el después. Tampoco con la idea de retroacción que invierte la linealidad temporal. Efecto retardado se lee en Freud. Se trata más bien del destiempo. Sin embargo, es importante una aclaración: el tiempo lógico y el cronológico, no se oponen.

La cuestión de la pizarra mágica proporciona una gran ayuda para señalar lo que interesa, dado que quedan de este modo, claramente resaltados en el texto los principales hilos de referencias que invitan a recurrir a esta metáfora escrituraria

para el tramado de un lazo propiciatorio entre historia, escritura y psicoanálisis: intersecciones.

En el seminario en el que se ocupa fuertemente del *semblant*, Lacan trabaja in extenso este asunto de la escritura. En un curioso pasaje destaca que la relación de la escritura con el instrumento que sirve para inscribir es absolutamente soberbia. Dice incluso, una vez más, que lo escrito no es el lenguaje.

[...] he aquí lo que introduzco en este punto de mi discurso de este año: no hay cuestión lógica más que a partir del escrito, en tanto que el escrito no es justamente el lenguaje. Y es en esto que enuncié que no hay metalenguaje, que el escrito mismo, en tanto que se distingue del lenguaje, está ahí para mostrarnos que, si es por medio del escrito que se interroga el lenguaje, esto es justamente en tanto que el escrito no lo es, pero que no se construye, no se fabrica más que por su referencia al lenguaje. (Lacan, 2009, p. 60)

Por otra parte, una cita de extraída de la clase del 14 de mayo del '69 de su Seminario *Del Otro al otro*, permite una vez más, poner en valor la importancia del tema. Incluso, a partir de ese momento es posible apreciar la magnitud que alcanza la cuestión de la escritura en la práctica analítica, en la dirección de la cura. La concepción misma del sujeto va a modificarse. Éste será ahora redefinido como quien borra sus marcas, *quien reemplaza sus trazos por su firma*.

### **Otro tipo de lazo entre analistas**

Y entonces cabe la pregunta: *¿otro en relación a qué?* En el *Acta de Fundación de Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano* firmada en Barcelona un 3 de Octubre de 1998, se dice:

El psicoanálisis continúa. Fundado por Freud y después de la muerte de Lacan, existe en su discurso. Esta persistencia supone un acto suplementario: el de deducir del discurso otro tipo de lazo entre psicoanalistas.

Pensamos que este nuevo tipo de lazo se ha intentado ya antes con toda suerte de tentativas, pero creemos que encontrará el marco adecuado en el movimiento que tendrá por nombre: *CONVERGENCIA, MOVIMIENTO LACANIANO POR EL PSICOANALISIS FREUDIANO*. (Convergencia, 1998, p. 1.)

En principio se destaca especialmente que este movimiento tiene los siguientes objetivos:

- 1) Hacer avanzar el tratamiento de las cuestiones cruciales del psicoanálisis, lo que comporta una puesta en cuestión de los fundamentos de su práctica.
- 2) Con este fin, multiplicar y estimular los lazos entre quienes lo practican, para favorecer el intercambio y la discusión.
- 3) Afrontar para ello los efectos nocivos de la fragmentación que hace estragos en el movimiento lacaniano internacional, de otra forma, de un modo distinto a la instauración del lazo piramidal y autoritario propio de una supra-asociación. (Convergencia, 1998, p. 1.)

Afirman además

No consideramos a priori, esta multiplicidad que resulta, como un defecto. Convergencia deberá esforzarse en preservarla, sin querer ni totalizar ni unificar estas tentativas. Se dedicará a alojar en su seno el principio de una diferencia fecunda presente en esta multiplicidad.

Es por esta razón que son admitidos los diversos modos de organización de cada asociación miembro. Reconocemos en acto la diversidad, ya histórica, ya geográfica, de las diferentes posiciones asociativas.

Constatamos que cada una de estas creaciones institucionales se legitima, sea a partir de un trazo en lo real de la cura, sea a partir de una tesis sostenida en una de las etapas de la enseñanza de Lacan releyendo a Freud. (Convergencia, 1998, p. 1.)

Es en este sentido que

[...] se puede subrayar que Freud y Lacan han reformulado y modificado constantemente su teoría, sin sistematizarla, es decir, teniendo en cuenta las paradojas que de este hecho podrían surgir.

Se comprende por ello que las diferentes posiciones institucionales sean, en su diversidad, los efectos de esta enseñanza. Indicamos, además, que lo que las diferencia no se reduce solamente a los efectos de la transferencia imaginaria hacia la persona de un maestro o de un fundador.

Igualmente, reconocemos en acto el hecho de que la transmisión a través del texto se ha convertido hoy en una modalidad preponderante en la difusión de la enseñanza de Lacan. Estamos advertidos, sin embargo, de que la transferencia sobre los textos sólo es operante en psicoanálisis en la medida en que su discurso esté sostenido por una enunciación y donde el saber se encuentre, de este modo, interrogado por el efecto didáctico del psicoanálisis de cada quien.

Son estos nuevos hechos los que legitiman la fundación de un movimiento que asume su condición de inter-idiomático, porque el reconocimiento de la diferencia entre lenguas enriquece el trabajo en psicoanálisis y permite evitar la hegemonía de una lengua sobre las otras. Se darán, así, los medios para examinar los efectos, sobre la transferencia de trabajo, de las diversas traducciones de los textos del psicoanálisis, así como los efectos de lectura al leerlos en la lengua de su autor.

Es importante para nosotros sostener que, por su racionalidad específica, el psicoanálisis, en tanto "hijo de la ciencia" (Lacan), es llamado a dar lugar al sujeto allí donde la ciencia lo forcluye; rompiendo, así, con cualquier doctrina que se justificaría mediante el realismo de los universales. (Convergencia, 1998, p. 1.)

Será importante, también,

[...] ofrecer a los analistas así reunidos una fuerza política para apoyar su inscripción social en los diferentes contextos en que su acto tenga lugar. Así, no dejaremos de recordar la afirmación de Freud según la cual el psicoanálisis es laico; se trata de la condición sine qua non para evitar toda fosilización de su discurso y para asegurar una reinvenición constante de la verdad freudiana.

La formación y la nominación de los analistas permanecen como competencia de cada una de las asociaciones de Convergencia. Nuestro movimiento favorecerá el tratamiento de esta paradoja.

En caso de no tratarla y de no asumir este trabajo de las diferencias, nuestro movimiento se encaminaría hacia la entropía y la redundancia.

Convergencia sancionará en acto el principio de una pluralidad de lazos heterogéneos entre los analistas —y las asociaciones— que formen parte de ella. (Convergencia, 1998, p. 2.)

El punto II del *Acta de Fundación* se ocupa de explicitar lo que llaman *Apuestas de este Acto de Fundación*

Este acto de fundación no está planteado solamente en relación con los problemas que emergen en el seno de la institución analítica, que son, entre otros: la no afiliación

de los psicoanalistas en relación con las asociaciones analíticas, el aislamiento en relación al movimiento psicoanalítico, la captura masiva de la singularidad en los colectivos avasalladores o la dispersión en una pléyade de grupos.

Nos inspira también la necesidad de encontrar, en tanto psicoanalistas, una réplica adecuada a las nuevas formas que toma hoy el malestar en la cultura. A nuestro entender, provienen del hecho de desconocer que la relación sexual "*no cesa de no escribirse*", como lo ha demostrado Lacan.

Modos del malestar.

[...] podemos caracterizar este malestar, entre otros, por:

**a)** el dominio, anticipado por Lacan, de la violencia segregativa, que acrecienta la fractura social y ataca a la dignidad humana.

**b)** Un conjunto de discursos que engendran prácticas sociales que tienden a desconocer, y por todos los medios, lo real del conflicto psíquico en el que se atestigua la dimensión del sujeto como punto donde surge el inconsciente. Lo pone de manifiesto y lo ejemplifica la proliferación de la ideología psicoterapéutica, a la que nos oponemos. Se trata de una de las consecuencias, también anticipada por Lacan, de la servidumbre de las prácticas "psi" sometidas al discurso capitalista.

**c)** Entre estas prácticas, se destacan aquellas determinadas por las tecno-ciencias, cuando generan un borramiento sistemático de la dimensión del sujeto. Se ilustran mediante la producción de pruebas, que creen poder sustituir a la verdad, con la consecuencia de pretender construir un mundo sin límites en el que todo será posible. Este discurso organiza un desmentido de la experiencia de lo imposible.

**d)** Se diferencia de esta tentativa la de la Religión, que se contenta con obturar la falta que produce la división del sujeto, en tanto que se esfuerza en dar sentido a lo real, garantizándole un más allá mejor. Incluso hoy, exacerbando las diferencias que acarrea un goce recuperado en el discurso integrista o en las sectas. No es oponiéndose a las "Luces" cómo la Religión podrá limitar los efectos desubjetivantes del discurso de la Ciencia.

**e)** Todos esos discursos producen enunciados universales cuya finalidad es aportar presuntas garantías de su verdad, llegando incluso a prescindir, sistemáticamente y cada vez más, de la enunciación. Agregamos que la globalización impuesta por la ideología neoliberal propone objetos universales de goce "prêt-à-porter" y amenaza la subjetivación y la posibilidad de metaforizar.

**f)** El malestar que concretiza la acción de esos discursos da testimonio de un deseo secular de atentar contra la función paterna, hoy más que nunca.

**g)** Estos discursos acentúan el malestar que ellos provocan desconociendo la dimensión de la historia. Para ello, se dedican a negar el pasado y a reducir el trabajo de la memoria a una simple clasificación, sin preocuparse por la represión que comporta toda recensión histórica, ni del olvido que aquélla perpetúa de ciertos cortes. (Convergencia, 1998, p. 2.)

Entre los principios que regulan la pertenencia y la admisión se subrayan los que refieren que:

[...] **b)** Convergencia no se constituye ni en supra-asociación ni en confederación. **c)** Convergencia, en tanto nuevo lazo, no puede tener injerencia en las asociaciones miembros. **d)** Si llegan a manifestarse eventuales y transitorias mayorías y minorías en el seno de la Comisión de Enlace General, Convergencia intentará conseguir que la minoría no tenga que abandonar la comunidad de trabajo. (Convergencia, 1998, p. 2.)

A continuación se transcribe la nómina de las instituciones que firmaron el Acta de Fundación. Vale mencionar que a la fecha esta lista se ha modificado.

Agrupo Institución Psicoanalítica (Argentina)  
 Analyse Freudienne (France)  
 Apertura. Estudio, Investigación y Transmisión en Psicoanálisis (Spain)  
 Après Coup (United States)  
 Associação Psicanalítica de Porto Alegre (Brasil)  
 Association Freudienne Internationale (France)  
 Associazione Cosa Freudiana (Italy)  
 Associazione Psicanalitica Lacaniana Italiana (Italy)  
 Associazione Für Die Freud'sche Psychoanalyse (Germany)  
 Cartels Constituants de l'Analyse Freudienne (France)  
 Centre de Recherches en Psychanalyse (France)  
 Colégio de Psicanálise de Bahía (Brasil)  
 Coût Freudien (France)  
 Dimensions de la Psychanalyse (France)  
 El Laço Analítico do Rio de Janeiro (Brasil)  
 Errata (France)  
 Escuela de Psicoanálisis de Tucumán (Argentina)  
 Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud (Argentina)  
 Escuela Freudiana de Buenos Aires (Argentina)  
 Escuela Freudiana de la Argentina (Argentina)  
 Escuela Freudiana de Montevideo (Uruguay)  
 Escuela Freudiana del Ecuador (Ecuador)  
 Espace Analytique (France)  
 Espacio Psicoanalítico. Agrupamiento de analistas. Rosario (Argentina)  
 Fondation Européenne pour la Psychanalyse (France)  
 Fundación Discurso Freudiano Esc. de Psicoanálisis (Argentina)  
 Fundación Psicoanalítica Madrid 1987 (Spain)  
 Grupo de Psicoanálisis de Tucumán (Argentina)  
 Institución Psicoanalítica de Buenos Aires (Argentina)  
 Intersecção psicanalítica do Brasil (Brasil)  
 Intersecciones Espacio de Transmisión Psicoanalítica (Argentina)  
 Invenció Psicoanalítica (Spain)  
 Jornada Freudiana (Spain)  
 Le Cercle Freudien (France)  
 Letra, Grupo Psicoanalítico (Argentina)  
 Maiêutica Florianópolis Instituição Psicanalítica (Brasil)  
 Mayéutica Institución Psicoanalítica (Argentina)  
 Praxis Lacaniana Formação em Escola (Brasil)  
 Psychanalyse Actuelle (France)  
 Recorte de Psicanálise (Brasil)  
 Seminaires Psychanalytiques de Paris (France)  
 Seminario Psicoanalítico de Tucumán (Argentina)  
 Société de Psychanalyse Freudienne (France)  
 Traço Freudiano Veredas Lacanianas (Brasil)  
 Triempo, Institución Psicoanalítica (Argentina)  
 (Convergencia, 1998, p. 5.)

La siguiente cita, extraída de una nota Editorial de la revista *LaPsus Calami*, Colección *Convergencia*, permite exponer algunos de los principios que los agrupan:

Hace ya un tiempo constituimos *Perspectivas en Psicoanálisis*, un grupo de trabajo inscripto en *Convergencia* que se propuso, entre otras cuestiones, situar las principales diferencias que se dan en el psicoanálisis actual, tomando como referentes fundamentales las que se producen dentro del marco del propio movimiento. Entre

esas diferencias hay que considerar no sólo las que surgen por la historia y las transferencias de trabajo trazando ciertos recorridos, sino también las que se originan en diversidades geográficas, culturales y, particularmente, las que se producen por el pasaje de lenguas [...] (Ruiz, 2010, p. 12)

Ruiz retoma así un punto crucial del *Acta de fundación de Convergencia* (1998): “porque el reconocimiento de la diferencia entre lenguas enriquece el trabajo en psicoanálisis y permite evitar la hegemonía de una lengua sobre otras”. En concordancia con esto, reconoce que al no haber una sola línea de lectura, durante los encuentros de trabajo se producen numerosas diferencias que no siempre es sencillo asir. Bien lejos de considerar esto un defecto que habría que corregir, unificando criterios, la tentativa es preservar estas divergencias y alojarlas en el seno del Movimiento bajo el *principio de una diferencia fecunda presente en la multiplicidad* o quedarse denunciando posibles riesgos que ya Lacan había tratado ya en su escrito, *Situación del psicoanálisis y formación del psicoanalista en 1956* cuando precisa que se trata de lo que llama fenómenos de esterilización.

Estos fenómenos de esterilización [...] no pueden dejar de presentar relaciones con los efectos de identificación imaginaria cuya instancia fundamental reveló Freud en las masas y en los agrupamientos. Lo menos que puede decirse de ellos que esos efectos no son favorables a la discusión [...] (Lacan, 2005, p. 470)

Luego indica que:

La tensión hostil es incluso allí constituyente de la relación de individuo a individuo. Esto es lo que el preciosismo de uso en el medio reconoce de manera totalmente válida bajo el término de *narcisismo de las pequeñas diferencias* que traducimos en términos más directos por: *terror conformista*. (Lacan, 2005, p. 470)

Por su parte, en su texto *Psicología de las masas y análisis del yo* (1921), Freud acude al filósofo alemán Schopenhauer para darle tratamiento a este mismo asunto:

Un helado día de invierno, los miembros de la sociedad de puercoespines se apretujaron para prestarse calor y no morir de frío. Pero pronto sintieron las púas de los otros, y debieron tomar distancias. Cuando la necesidad de calentarse los hizo volver a arrimarse, se repitió aquel segundo mal, y así se vieron llevados y traídos entre ambas desgracias, hasta que encontraron un distanciamiento moderado que les permitía pasarlo lo mejor posible. (Freud, 1979e, p. 96)

De acuerdo con Freud:

No sabemos por qué habría de tenerse tan gran sensibilidad frente a esas particularidades de la diferenciación; pero es innegable que en estas conductas de los seres humanos se da a conocer una predisposición al odio, una agresividad cuyo origen es desconocido [...] (Freud, 1979e, p. 97)

En *El malestar en la cultura* (1930), recuerda que dio el nombre de narcisismo de las pequeñas diferencias, al fenómeno de cohesión de los miembros de una comunidad, con tal que otros, vecinos, se conviertan en objetos de hostilidad y sean segregados. (Freud, 1979j, p. 111) Por su parte Lacan se preguntará en 1970 por la fraternidad que da origen a la segregación.



Otra versión.

Hermanados por la identificación al Ideal, siempre es posible ligar en el amor a algunos otros, mientras otros “otros” se convierten en objetos de hostilidad por ser extranjeros (*l'étrange-je*), “extraños”. Es necesario entender esa lógica del lazo para poder advertir, cada vez, en nombre de cuál segregación somos hermanos. (Hercman, 2016, p. 11)

Entonces, —volviendo a la propuesta de *LaPsus Calami*— es así que surge una singular jugada, que intenta poner en acto aquel principio constitutivo, el de la *diferencia fecunda*. En esa misma revista Cohen, miembro de la EFA y del Comité Editorial de *LaPsus Calami*, puntualiza enfáticamente:

Si el psicoanálisis —como enseñó Lacan— está entre ciencia y religión [...] deberíamos apostar a hacer del psicoanálisis un colectivo diferente a la religión o a la ciencia. El psicoanálisis, como lo afirmó Freud, es laico. Quien se proponga como profeta no ignora que está produciendo en otro discurso. (Cohen, 2010, p. 14)

Y se pregunta: “¿Nuestros autores acuerdan con esta lectura? Dejamos al lector frente a la interpretación de los textos y nuestras propias notas de lectura esperando dar un paso más en tan complejo problema”. (Cohen, 2010, p. 14)

Otro ejemplo es tomado de una revista que ya tiene doce años en circulación, *Lalengua*, (2016) —publicación de la CEBA (Comisión de enlace de Buenos Aires) — encabeza la *Sección transferencia de trabajo* del mes de Abril, también, con una cita del Acta de Fundación de Convergencia (1998), que resulta de particular interés. Como fue dicho, las actividades en el marco de Convergencia están sostenidas por lineamientos del Acta fundacional, en particular en tres cuestiones: deducir del discurso otro tipo de lazo entre psicoanalistas, avanzar en el tratamiento de las cuestiones fundamentales del psicoanálisis y favorecer la multiplicidad de enlaces entre las instituciones integrantes del movimiento.

En el N° 24 de esta publicación quedan registrados alrededor de treinta Grupos de trabajo inscriptos en *Convergencia*. Todos conformados por analistas de distintas instituciones de Argentina, otros países miembros, predominando Brasil y en menor medida, Francia. Las temáticas que los convocan son francamente diversas. Ningún Grupo aborda directamente el asunto del *diagnóstico*. Dos o tres de ellos llevan en su nombre el término: clínica o clínicos. Sólo uno: estructura, y varios trabajan en torno al problema del lazo social, del *semblant*, el goce, los goces y el discurso.

Ruíz, miembro de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, comenta que desde el grupo de trabajo *Perspectivas en Psicoanálisis*, buscan leer las diferentes teorizaciones que se producen en el suelo de la Convergencia. Y aclara:

La lectura en psicoanálisis es muy compleja. Freud anticipa que un analista no va a poder leer ciertas cuestiones que aún no ha trabajado en su análisis [...] hay que intentar transitarla, porque la lectura, para un analista, tiene valor de formación. Uno no lee como un erudito, uno lee atravesado por la clínica y por el propio análisis. (Ruíz, 2016, p.13)

Según Sirota, analista de la Escuela Freudiana de la Argentina (EFA), tampoco se trata de armar un rejunte, un revoltijo:

[...] lo que nos proponemos no es una cuestión ecléctica. No se trata de publicar “lo mío, lo tuyo y lo nuestro”, como un todo igual, sino que efectivamente, tendemos a que

el criterio sea revelar las consecuencias que tienen las articulaciones diferentes. (Sirota, 2016, p. 13)

Para Rodríguez, integrante de Mayéutica, institución psicoanalítica:

[...] un modo de replicar esas posiciones enunciativas [...] me refiero a la castración que se pone en obra en cada reunión; para empezar, cómo juega el lugar del colega de otra institución, cómo se articula el hecho de ser interrogado por otro y cuánto uno soporta las diferencias. (Rodríguez, 2016, p. 13)

¿Qué se entiende por *diferencia fecunda*?

Fecunda quiere decir que no es solo la diferencia por la diferencia en sí. Que haya diferencia fecunda quiere decir que haya una producción. Y efectivamente, lo interesante es que uno puede fundamentar cosas diferentes que a su vez, están fundadas en Lacan y en Freud. (Ruiz, 2016, p. 14)

### **Acerca de los fragmentos clínicos**

Ahora, algunas consideraciones mínimas para interrogar el recurso al uso de los *relatos clínicos* o *viñetas*. En las *Palabras preliminares* de su *Caso Dora* —para ser rigurosos: *Fragmento de análisis de un caso de histeria (1905 (1901))* — Freud se ocupa del espinoso asunto de la publicación de los resultados de sus investigaciones:

[...] publicar mis historiales clínicos sigue siendo para mí una tarea de difícil solución. Las dificultades son en parte de orden técnico, y en parte se deben a la naturaleza de las circunstancias mismas. [...] Es cierto que los enfermos no habrían hablado si sospechaban que sus confesiones podrían ser objeto de un uso científico, y también es cierto que sería vano pretender que ellos mismos autorizaran la publicación. (Freud, 1979c, p. 7)

La publicación en una revista especializada servirá como protección. Incluso aclara que hasta ese momento este historial clínico —que sólo ha compartido con un colega de su confianza— es *el único que ha podido arrancar a las limitaciones de la discreción médica*. (Freud, 1979c, p. 8) La *puesta en relato* de un caso como vía para transmisión de la experiencia analítica levanta controversias.

Una estenografía lineal, cronológica, no daría cuenta de los efectos de verdad que se producen en el sujeto. Tal es la dificultad del analista: si quiere permanecer en la verdad de su experiencia, no puede confiar en la exactitud de una toma de apuntes. (Porge, 2007, p. 15)

Es que en psicoanálisis no se trata de una transmisión pretendidamente realista, sino una verdad producida por la operación analítica. Lacan es claro cuando afirma que la exactitud se distingue de la verdad. Sigue Porge evocando a Lacan en el *Discurso de Roma* (1953):

En su primer discurso de Roma, Lacan retoma por su cuenta la distinción entre la exactitud y la verdad, y la ilustra por medio de un ejemplo extraído del análisis de quien los analistas desde Freud [...] llaman *el hombre de las ratas*, cuyo verdadero nombre era Ernst Lanzer. [...] Freud, en este caso, hace emerger la verdad del síntoma por medio de una interpretación que no se justifica por la exactitud de los hechos objetivos. [...] (Porge, 2007, p. 17)

Agrega:

Freud tenía un conocimiento exacto y literal de los dichos de su analizante, pero no los interpreta en función de la psicología ni de la estricta correspondencia con los hechos. [...] Llegamos así al descubrimiento de Freud en el campo abierto por la psiquiatría. Así como existen rodeos en el análisis para que la verdad se abra un camino, es necesario un rodeo para que esa misma verdad pueda transmitirse a un público, amplio o restringido. Este rodeo se llama: puesta en relato. (Porge, 2007, p. 17)

Tal como lo explicita en *Estudios sobre la histeria* (1895), sus observaciones fueron leídas como novelas en clave. Su dimensión ficcional es algo que le atribuye a la naturaleza del asunto allí tratado. La expresión *novela familiar* resulta ilustrativa. “Para alcanzar la verdad del caso, Freud, le hace sufrir a la observación un trabajo de *novelamiento*, según el neologismo de Lacan en *Les complexes familiaux*, es decir un trabajo de escritura”. (Porge, 2007, p. 17)

Vaya entonces un brevísimo apartado sobre los *fragmentos clínicos* fuertemente cuestionados por distintos autores reconocidos, entre los se encuentran algunos muy prestigiosos como Le Gaufey. En su libro: *El sujeto según Lacan*, Le Gaufey (2010) nos señala su perspectiva de manera sugerente denunciando el *lado más o menos cadavérico de las viñetas clínicas*, cuando sostiene que, “inmovilizado, —el sujeto— ya no es más sujeto”. Se condensa, se solidifica, en significante. La argumentación de Le Gaufey es la siguiente: “[...] quieren a todo precio pintarnos un sujeto en su idiosincrasia, reduciéndose a una batería significante mínima, supuestamente decisiva para su vida fantasmática o —peor— para su localización psicopatológica. (Le Gaufey, 2010, p. 134)

Añade también en clave socarrona:

[...] la vocación de los psicoanalistas de sostener la singularidad enunciativa de un ser hablante, que desencadenan como nadie con la regla fundamental instaurada por Freud y mantenida más allá de todas las escisiones teóricas y otras, esta vocación naufraga contra el escollo de una transmisión que se aplica, a mostrar lo que se hace. Ambición que se podría tener por loable, si no fuera que no tiene en cuenta en absoluto al sujeto en su presencia de surgimiento. (Le Gaufey, 2010, p. 134)

Curiosamente en su argumentación, Le Gaufey se centra en una cita del Seminario *Los cuatro conceptos fundamentales* (1964), donde Lacan se ocupa del *sujeto del significante*.

Así comprenderán también por qué les he hablado del inconsciente como de algo que se abre y se cierra —porque su esencia consiste en marcar el tiempo en que, por nacer con el significante— el sujeto nace dividido. El sujeto es ese surgimiento que, justo antes, como sujeto, no era nada, y que apenas aparece queda fijado como significante. (Lacan, 1992a, p. 207)

Se lee en la posición de Le Gaufey, la *ilusoria pretensión de resolver el problema eliminándolo*. ¿O es que acaso hay algún modo de *zafar* de nuestra condición de hablantes? Lacan, por su parte, se ha ocupado a lo largo de su enseñanza de tomar *presentaciones clínicas* publicadas por otros analistas para trabajar.

No obstante, queda por decir que los fragmentos clínicos con los que aquí se trabaja, evocan *un real* que sólo puede ser bordeado de modo siempre deficitario. La

confianza en que *algo de ese real pueda pasar* en el trayecto invita a asumir el riesgo. Por otra parte, una concisa pero necesaria mención acerca de los *episodios*.

Un *episodio* es un hecho empírico acotado en tiempo y espacio, una anécdota singular, un acto efímero, una escena casi secundaria que no obstante produce transferencialmente un efecto de evidencia fugaz de ese vaivén incesante entre lo micro y lo macro. (Emmanuele, 2012, p. 43).

Para el análisis interpretativo del material, se privilegiaron las siguientes categorías: *los cuatro discursos; sujeto; saber; goce y transferencia*.

Como ya se ha señalado, esta tesis apunta a contribuir a la formalización de una nueva manera de pensar la clínica psicoanalítica y el diagnóstico tan desembarazada como fuese posible del peso que tienen, aún hoy, las versiones contaminadas de un tinte nosográfico. Lastre ciertamente difícil de erradicar. Se trata entonces de una investigación de interés *teórico-clínico* que busca propiciar el necesario movimiento dialéctico entre práctica y teoría. Su propósito es responder al interrogante aun abierto, por la especificidad de la clínica psicoanalítica y el diagnóstico, a partir de la llamada *teoría de los cuatro discursos*. El recorrido que sigue, gira en torno a la pregunta acerca de las consecuencias clínicas de servirnos de esta valiosa herramienta que Lacan comienza a elaborar en el año 1968 y continúa desarrollando en seminarios posteriores. ¿Cómo se han servido los analistas lacanianos de *los discursos*? La posibilidad de articular la ronda de los discursos en la conducción de la cura podría devenir un aporte valioso que grave en la chance de leer la lógica desde donde cada analista interviene.

## Capítulo 3

### ¿Estructuras clínicas?

La controversia teórica es la más de las veces infecunda. Tan pronto uno empieza a distanciarse del material del que debe nutrirse, corre el riesgo de embriagarse con sus propias aseveraciones y terminar sustentando opiniones que cualquier observador habría refutado. (Freud, 1979i, p. 47)

Este capítulo está orientado a recuperar viejas discusiones —algunas veces incluso subidas un poco de tono— que mantienen su vigor por la riqueza de sus aportes en tanto ponen en tensión saberes instituidos y, muy por sobre todo, por dejar entreabierta la puerta que conduce a la interrogación fecunda. Los comentarios que se recogen a continuación no buscan sino dejar expuesta la enorme complejidad de tal problemática. Las posiciones escogidas pretenden dejar escuchar algún contrapunto, no en el sentido de concordancia armoniosa de voces contrapuestas, más bien como desafío entre dos o más poetas populares que cantan sus versos. Si reemplazamos poetas populares por analistas, y versos por versiones, he aquí una chance para una discusión fértil en la medida en que al atenerse a la letra —material del que debe nutrirse—, se deje de lado la confrontación estéril. Cabe destacar que lo valioso de la *práctica del comentario* está precisamente en el desfasaje entre el texto comentado y el segundo texto, que busca por su parte decir finalmente aquello que yacía entredicho en el primero. Al decir de Foucault, se trata ni más ni menos que de una paradoja, la de *decir por primera vez lo que ya ha sido dicho*.

Para ordenar esta exposición habrá que ubicar algunas coordenadas que oficien de mojones y contribuyan a que el lector no quede entreverado —entre versiones— en el atolladero de las polémicas. Tensión entre lo singular y lo universal: *patología – estructuras – sujeto*. Los signos de interrogación que aparecen en el título de este capítulo obedecen en parte a la pregunta por la validez de este sintagma que circula entre los analistas como moneda de curso legal. Es que la clásica repartición: neurosis, psicosis y perversión, suele ser empleada —también entre lacanianos— de un modo mecánico, incuestionable. Ahora bien, ¿será posible poner en una misma línea: *estructuras clínicas, estructuras subjetivas, estructuras psicopatológicas, estructuras freudianas*? Bien mirada, podría decirse que esta colección resultaría cuanto menos, problemática. Es en una de las clases del seminario *De un Otro al otro*, más precisamente en la clase del 14 de mayo de 1969, donde se puede advertir que Lacan consigue articular: *sujeto, estructura y clínica*.

Ven entonces claramente por qué cuando en el psicoanálisis se trata del sujeto siempre es esencial retomar el problema de la estructura. El hecho de retomarla constituye el verdadero progreso, es lo que hace avanzar lo que se llama apropiadamente la clínica. (Lacan, 2008, p. 282)

Y añada para que nadie se confunda

Si la última vez experimentaron algún placer al ver aclararse al final de mi discurso con la mención de un caso, no es específicamente la mención de un caso lo que constituye el carácter clínico de lo enunciado en esta enseñanza. (Lacan, 2008, p. 282)

Muchos años atrás Ritvo —en un muy breve artículo publicado en *Argumentos I, Psicoanálisis. Ciencias Conjeturales*, revista de la Escuela Sigmund Freud de Rosario— señalaba con precisión en torno al asunto de la *singularidad* y la *nosografía* que

Cuando se habla de estructuras patológicas —sean perversas, psicóticas o neuróticas—, se suele proceder como si éstas pudieran independizarse del método seguido para exponerlas (construirlas) y del tiempo de elaboración. En este terreno, el realismo de la categoría nosográfica, convertida en significado trascendental allende los textos- y la tentación evolucionista —que considera el momento posterior de exposición necesariamente más perfecto que el anterior—, son nuestros mayores obstáculos. (Ritvo, 1986, p. 69)

En una publicación bastante reciente, bajo el título, *Vigencia de las estructuras subjetivas*, Gerber comienza por preguntarse: ¿Qué es una *estructura subjetiva*? Y responde inmediatamente: “No hay, indudablemente una respuesta simple”. (Gerber, 2014, p. 125)

Se le atribuye a Lacan el haber delimitado con precisión una teoría y una clínica de las *estructuras subjetivas*. Éstas, apunta Kreszes en un trabajo que data de 1994— se han divulgado entre analistas lacanianos, de un modo rígido y simplificado. Lo que resulta a todas luces indeseable.

[...] el amarre que la noción de estructuras subjetivas había producido, trajo aparejado [...] un agregado al peso de la consistencia subjetiva. Cualquier fenómeno clínico debía ser encuadrado en alguna de las estructuras, desconociéndose la imposibilidad de construir un universo de discurso [...] (Kreszes, 1994, pp. 64-65)

Pasaje al acto *en* la psicosis. Alucinaciones *en* la neurosis. La estructura comanda. El síntoma es su subordinado.

Estructura y síntoma empezaron a ser concebidos en disyunción, convirtiéndose la primera en una suerte de esencia por detrás del segundo. Cualquier síntoma o fenómeno que se situase en tal o cual estructura quedaba determinado por la misma, recibiendo su nombre. (Kreszes, 1994, p. 65)

El autor que hará aquí de guía, destaca que el sujeto se concibe así determinado por la estructura, y es definido por ésta como si se tratara de un atributo, de una propiedad: *neurótico, psicótico o perverso*.

Propone entonces discutir sobre la estructura *de* dichos fenómenos previniendo acerca del riesgo de ser arrastrados en la disyunción: *fenómeno – estructura*. En ese camino, y para ser más explícito pone como ejemplo las alucinaciones de la confusión alucinatoria, pues, haciendo pie en un texto de Freud, entiende que “comportan la suspensión de la neurosis” (Kreszes, 1994, p. 66). Tal vez el lector recuerda que en *Las neuropsicosis de defensa (Ensayo de una teoría psicológica de la histeria adquirida, de muchas fobias y representaciones obsesivas y de ciertas psicosis alucinatorias)* publicado allá por el año 1894, Freud expone que:

[...] la confusión alucinatoria no suele ser compatible con la persistencia de una histeria, y por regla general, tampoco con las de las representaciones obsesivas. En cambio, no es raro que una psicosis de defensa irrumpa episódicamente la trayectoria de una neurosis histérica o mixta" (Freud, 1979f, p. 61)

Cierto es que —hay que considerarlo—, Freud escribe esto muy temprano, mucho antes de su magnífico libro sobre *Los sueños*. El artículo fue redactado apenas pasado un año de la aparición de la célebre *Comunicación preliminar* escrita en colaboración con Breuer, donde apenas comienza a esbozarse lo que sería más tarde su *teoría de la defensa*.

Dos puntualizaciones permitirán señalar algunas vías para seguir indagando. Por un lado, interesa evocar la noción de estructura que Lacan delimita a la altura de las primeras clases del seminario sobre *Las psicosis*. Lacan despliega en el año 1955 el asunto en estos términos:

[...] los fenómenos elementales no son más elementales que lo que subyace al conjunto de la construcción del delirio. Son tan elementales como lo es, en relación a una planta, la hoja en la que se verán ciertos detalles del modo en que se imbrican e insertan las nervaduras: hay algo común a toda la planta que se reproduce en ciertas formas que componen su totalidad. (Lacan, 1995a, p. 33)

*Del modo en que se insertan las nervaduras*. En otras palabras, Lacan sostiene que un fenómeno elemental tiene lugar en tanto la estructura subyacente esté allí, como condición de posibilidad, a modo de soporte, e isomórfica.

[...] siempre la misma fuerza estructurante, si me permiten la expresión, está en obra en el delirio, ya lo consideremos en una de sus partes o en su totalidad. Lo importante del fenómeno elemental no es entonces que sea un núcleo inicial [...] El delirio no es deducido, reproduce la misma fuerza constituyente, es también un fenómeno elemental. Es decir que la noción de elemento no debe ser entendida en este caso de modo distinto que la de la estructura [...] (Lacan, 1995a, p. 33)

Por otro lado, cabe destacar que la argumentación de Kreszes, apoyada en la idea de un puesta entre paréntesis o interrupción de la neurosis, hace tope cuando concluye tomando a ésta como parámetro, como modelo, quizá hasta como ideal. En definitiva, se le podría preguntar si no hay allí una especie de deslizamiento *de neurosis a normalidad*, lo que a todas luces resultaría un empobrecimiento significativo.

Y es interesante en este mismo contexto volver una vez más sobre el tema de la normalidad. Ahora de la mano de un fuerte planteo de Lacan cuando, trabajando sobre las identificaciones, señala que la experiencia indica al analista

[...] por \*unas\* vías [...] que recorreremos más habitualmente, las del neurótico, tenemos una estructura que no se trata de ningún modo de poner así sobre el lomo de chivos emisarios. A este nivel, el neurótico, como el perverso, como el psicótico mismo, no son más que caras de la estructura normal. (Lacan, 1961-1962b, inédito)

¡Se le pide que hable del deseo normal! Y responde:

[...] Pero justamente, hablo de él todo el tiempo. El neurótico, es el normal en tanto que para él el Otro {*Autre*} con una A mayúscula tiene toda la importancia. El perverso, es el normal en tanto que para él el falo [...] tiene toda la importancia. Para el psicótico el cuerpo propio, que hay que distinguir en su lugar, en esta estructuración del deseo, el cuerpo propio tiene toda la importancia. Y no son aquí más que caras donde algo se manifiesta de este elemento de paradoja que es el que voy a tratar de articular ante ustedes en el nivel del deseo. (Lacan, 1961-1962b, inédito)

En *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* (1958), Lacan afirmaba que la *condición del sujeto* (neurosis o psicosis) depende siempre de lo que tiene lugar en el campo del Otro.

Lo que tiene lugar allí es articulado como un discurso (el inconsciente es el discurso del Otro), del que Freud buscó primero definir la sintaxis por los trozos que en momentos privilegiados, sueños, lapsus, rasgos de ingenio, nos llegan de él. (Lacan, 1985b, p. 531)

El sujeto, está allí —estirado— anuncia:

[...] en los cuatro puntos del esquema —*Lambda*—: a saber S, su inefable y estúpida existencia, *a*, sus objetos, *a'*, su yo, a saber lo que refleja de su forma sus objetos, y A, el lugar desde donde puede plantearse la cuestión de su existencia. (Lacan, 1985b, p. 531)

Y, es a título de elementos del discurso particular como esa cuestión del Otro se conjuga. “Pues es porque esos fenómenos se ordenan en las figuras de ese discurso por lo que tienen de fijeza de síntomas por lo que son legibles y se resuelven cuando son descifrados”. (Lacan, 1985b, p. 531)

Gerber —siguiendo por el hilo de la pregunta por *las estructuras subjetivas*, tal y como él las denomina—, dirá:

Resulta más sencillo responder, en primer término, que una estructura no es una categoría que lo dice *todo* del sujeto, designa más bien una configuración subjetiva específica, determinada por la posición del sujeto ante el deseo del Otro, es decir, ante la falta de la estructura que lo determina. (Gerber, 2014, p. 125)

Efectivamente, mal que les pese a las psicologías, incluso a las psicologías psicoanalíticas que tanto abundan:

No hay sujeto psíquico previo, interior, agente o sustancia que después, en un segundo tiempo, se exprese por el significante que utilizaría como medio de comunicación. [...] El sujeto está, de entrada, en el Otro, inmerso totalmente en el lenguaje que lo determina y habla a través de él. (Gerber, 2014, pp. 125-126)

Por su parte Rodríguez Ponte, retoma y traduce de este modo una propuesta que Lacan en el año 1973 deja planteada en su *Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los escritos*, cuando aborda el interesante problema de *los tipos clínicos establecidos*: neurosis, psicosis y perversión.

[...] la cuestión comienza a partir de lo siguiente: hay *tipos de síntoma*, hay *una clínica*. Solo ocurre que esa clínica es anterior al discurso analítico, y si éste le aporta una luz, esto es seguro pero no cierto. Ahora bien, nosotros tenemos necesidad de la certeza porque sólo ella puede transmitirse al demostrarse. Es la exigencia cuya historia muestra para nuestro estupor que fue formulada mucho antes de que la ciencia responda a ella, y que incluso si la respuesta fue muy diferente que el desbrozamiento que la exigencia había producido, la condición de la que ella partía, o sea que la certeza fuese en ella transmisible, ha sido allí satisfecha. (Lacan, 1973, p. 9)

Así pues,



Que los tipos clínicos resulten de la estructura, eso es lo que ya puede escribirse, aunque no sin fluctuación. Eso no es cierto y transmisible más que del discurso histórico.

Es incluso en eso que allí se manifiesta un real próximo al discurso científico. Se observará que he hablado de lo real, y no de la naturaleza.

Por donde indico que lo que resulta de la misma estructura, no tiene forzosamente el mismo sentido. Es en eso que no hay análisis sino de lo particular: de ningún modo es por un sentido único que procede una misma estructura, y sobre todo no cuando ésta alcanza al discurso. (Lacan, 1973, p. 10)

En efecto, es porque *los sujetos de un tipo* no tienen utilidad para *los otros del mismo tipo* que el discurso de un obsesivo no pueda dar el más mínimo sentido al discurso de otro. “Sin duda —ironiza—, precisamente por ello se producen las guerras religiosas”.

Clínicamente, Lacan distingue, de diferentes maneras, traza distinciones entre los tipos. Por ejemplo, habrán leído posiblemente, en su Seminario sobre *La angustia*, que él pone en relación diversas estructuras con nociones como el deseo, el goce y la angustia del Otro. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 14)

Unos años más tarde —continúa explicando— en la clase del 5 de mayo de 1965 de *Problemas cruciales para el psicoanálisis*,

[...] Lacan propone darle al síntoma su estatuto, como “definiendo el campo de lo analizable”, lo que lo diferenciaría del síntoma aislado como tal en el campo psiquiátrico, el cual le da al síntoma un estatuto ontológico —es a esto a lo que me parece que se refiere David Kreszes en su artículo—, cuando alude a eso que él llama “la permanencia” [...] (Rodríguez Ponte, 1994, p. 14)

Rodríguez Ponte (1994) discrepa con Kreszes a propósito de la idea de interrupción de la neurosis.

[...] —“suspensión de la neurosis”, dice— me parece que se contradice, pero luego voy a volver sobre esto. [...] Lacan precisa lo siguiente: que darle su estatuto al síntoma como “definiendo el campo de lo analizable” quiere decir que en el síntoma mismo hay “la indicación de que ahí es cuestión de saber”, y en relación a esto pasa a referirse a los tres tipos clínicos mayores. Así, en cuanto a la paranoia, afirma que lo que recibe el paranoico es el signo de que en alguna parte se sabe lo que quieren decir esos signos, que él no conoce; la psicosis sabe que existe un significado, pero en la medida en que no está segura de él en nada. En cuanto a la neurosis, en ella está implicado, en el síntoma original, que el sujeto no llega a saber; “no se tiene la llave (o la clave) —dice Lacan— sino la cifra”. En cuanto a la perversión, su estatuto está estrechamente ligado a algo allí que se sabe, pero no se puede hacer saber: el deseo se situaría para el perverso en la dimensión de “un secreto poseído”. (Rodríguez Ponte. Inédito. 1994, pp. 14-15)

Por tanto, puede afirmarse que Lacan sostiene una especie de repartija en torno al *saber* según la cual

[...] en la psicosis el Otro sabe, hay saber, pero el paranoico no sabe en qué consiste; en la neurosis el sujeto no llega a saber, podríamos extremar la cosa y decir que no quiere saber, y en la perversión hay saber, pero no se puede hacer saber. (Rodríguez Ponte, inédito, 1994. p. 15)

Kreszes (1994) ha intentado meticulosamente desovillar el problema, aludiendo a las consecuencias devastadoras de los posfreudianos quienes, parcializando la lectura de la obra de Freud, se desvían. Visto que

[...] al no disponer de las coordenadas simbólicas indispensables que les hubieran permitido reconocer dichas estructuras, navegaron y navegan en un continuum clínico a partir del cual se escribió sobre la cura de la psicosis, la psicotización de pacientes obsesivos, la esquizofrenización de la histeria, etc. (Kreszes, 1994, p. 63)

De este modo, Lacan le habría dado nueva consistencia a una clínica desvirtuada, arrasada, poniendo las cosas en su lugar.

Llegadas las cosas a este punto no extrañó que se afirmara que el psicoanálisis produjo la *culminación* de la psiquiatría clásica. Por un lado, en el sentido de la liquidación del movimiento psiquiátrico que tuvo como principal exponente a Kraepelin, pero además, en el sentido de que el psicoanálisis habría realizado el ideal psiquiátrico de cuadros perfectamente establecidos sobre bases científicas como así también la implementación de una técnica terapéutica de la que carecía la psiquiatría. (Kreszes, 1994, p. 64)

La cuestión que Kreszes pone en juego sostiene que el consenso más o menos explícito con estas ideas trajo como consecuencia una nueva *psiquiatrización del psicoanálisis*. Esta vez con el agravante de cobijarse bajo el paraguas de los *significantes lacanianos*.

Según sostiene Rodríguez Ponte en una conferencia pronunciada en el *Hospital Alejandro Korn de Melchor Romero*, en las afueras de la ciudad de La Plata, en el año 1994, ha sido Masotta quien inventó o difundió la idea aún vigente de relacionar de modo biunívoco las tres estructuras clínicas clásicas: *neurosis, psicosis y perversión*, con tres *mecanismos de defensa, específicos*.

Dado que circulan entre nosotros no menos de dos traducciones de Freud, Rodríguez Ponte decide en aquel momento fijar en la pizarra los términos en alemán, y anota lo siguiente:

*Verdrängung = represión*  
*Verleugnung = renegación o desmentida*  
*Verwerfung = repudio o rechazo o desestimación = (?)*

Luego señala que Masotta se valió para esto de dos postulados. El primero que indica que

Anna Freud, en su libro *El yo y los mecanismos de defensa*, hacía una ensalada fenomenal en la que todos los mecanismos de defensa tenían el mismo estatuto. En contra de esto, Masotta, seguramente basado en lo que planteaba Lacan en su escrito sobre el estadio del espejo, subrayaba que todos los mecanismos de defensa no tenían el mismo estatuto, es decir, por ejemplo, que no parece legítimo situar la represión al mismo nivel que, qué sé yo, la identificación con el agresor, etcétera. Y entonces él proponía que algunos mecanismos de defensa, no son meros mecanismos de defensa, que algunos mecanismos de defensa destacaban del resto por su función estructural, estructurante, y a éstos él proponía denominarlos “modos de defensa constitutivos” —éstos eran los términos que él empleaba— es decir, modos de defensa que constituían una estructura clínica, y que valían entonces como criterio diferencial entre las estructuras. (Rodríguez Ponte, 1994, pp. 9-10)

En cuanto al segundo postulado

[...] dependía de lo que era un estado de hecho en la enseñanza de Lacan —al menos, hasta cierto período de ésta—, a saber: la primacía de lo simbólico, del significante, y, entonces, la primacía de ese “significante destinado a designar en su conjunto los efectos de significado, en cuanto el significante los condiciona por su presencia de significante” —como dice Lacan en los *Escritos*—, es decir la primacía del falo. Por lo tanto, trasladado esto a la clínica, implicaba que los tres “modos de defensa constitutivos” que él había destacado se referían al falo y a la castración. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 10)

Si bien Rodríguez Ponte sospecha que esto parece ser un invento de Masotta, reconoce que lo difundía como algo que —simplemente— estaba en Freud. Lo que no deja de ser problemático. A su cuenta y riesgo Rodríguez Ponte va a defender, inflexible, que esto *no es de Freud*. Y que, tampoco *es de Lacan*. La consecuencia tiene una importancia extrema que se sitúa en el problema siguiente. “Este *invento* [...] ¡es falso! Este es el punto. Que eso no se puede sostener ni desde Freud ni desde Lacan”. En ese camino articula lo que sigue.

[...] y les diré por qué. Pero atención que no me refiero, ahora, a la tripartición entre neurosis, psicosis y perversión, sino a lo de poner en relación bi-unívoca estas tres estructuras clínicas con tres modos de defensa constitutivos. Así, para la neurosis su modo de defensa constitutivo sería la represión, para la perversión su modo de defensa constitutivo sería la renegación, y para la psicosis su modo de defensa constitutivo sería el rechazo o forclusión. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 10)

Ofrece sus argumentos... Por un lado, Freud describe la represión (*Verdrängung*) en todas las estructuras: neurosis, psicosis y perversión. En segundo término:

La *Verleugnung* —o sea lo que los traductores del *Diccionario de psicoanálisis*, de Laplanche y Pontalis, han vertido como *renegación*, y lo que Etcheverry, el traductor de la edición de Amorrotu de las *Obras Completas*, ha vertido como *desmentida*—, a este mecanismo Freud también lo describe en las tres estructuras “psicopatológicas”, y aun como condición de cierta “normalidad”. Por ejemplo, en *La organización genital infantil*, artículo de 1923, podemos leer que una *Verleugnung* de la castración es un momento normal de la fase fálica; Freud afirma lo mismo en *El problema económico del masoquismo* (1924) y en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* (1925), con la salvedad hecha, en este último texto, que este proceso, que no es ni raro ni peligroso en la vida infantil, llevaría a una psicosis en el adulto. Por último —pero podría ofrecer más ejemplos—, en *Neurosis y psicosis*,

artículo de 1924, cierto grado de “escisión del yo”, situación que suele asociarse a la *Verleugnung*, es indicado como uno de los recursos que posee el yo para no “enfermar”. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 11)

Rodríguez Ponte recuerda que Freud ubica a la *Verleugnung* como mecanismo que forma parte de la constitución de la perversión fetichista en su artículo sobre el *Fetichismo*, escrito por el año 1927. Añade que

[...] podríamos nosotros, sin forzar demasiado la letra freudiana, ligar ese mecanismo de la *Verleugnung* a otras perversiones de filiación fetichista, digamos, como el travestismo, el voyeurismo, el exhibicionismo, los “cortadores de trenzas”, etcétera, pero más difícilmente a las perversiones del tipo sadismo y masoquismo. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 12)

En tercer lugar —señala que— cuando Freud habla de las psicosis, emplea más a menudo el término *Verleugnung* que el término *Verwerfung*. Por ejemplo, en el párrafo citado del artículo de 1925.

De la *Verwerfung*, al menos en el sentido técnico del término —recordemos que Freud primero habló alemán y sólo posteriormente construyó un vocabulario psicoanalítico—, Freud habla, seguro, en dos lugares, puede que en tres, no más. La menciona en 1894, en su artículo sobre *Las neuropsicosis de defensa*, para referirse a lo que en ese texto denomina, alternativamente, “locura” o “psicosis alucinatoria” —irrupción aguda de un proceso alucinatorio, a consecuencia de que el yo ha rechazado (*verwirft*) la representación intolerable, así como el afecto y el trozo de realidad al que se halla inseparablemente ligada—, y luego, en 1918, en su texto sobre el *Hombre de los Lobos*, a propósito del episodio del dedo cortado, cuando destaca que una *Verwerfung* es algo distinto que una *Verdrängung* (represión) como López Ballesteros, el traductor de la edición de Biblioteca Nueva, traduce indiscriminadamente por “represión”, en esa versión no se entiende nada. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 12)

Considera para destacar que

[...] si en el texto de 1894 la *Verwerfung* se ejerce sobre una “representación inconciliable”, sin más aclaraciones, en el texto de 1918 Freud se vuelve más específico: se trata del “problema de la castración”, respecto de la cual la posición del sujeto era la de que “no se había pronunciado ningún juicio sobre su existencia, pero era como si ella no existiera”. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 12)

Pero, hay que tener presente que Freud no usa para nada la palabra *Verwerfung* en sus *Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (Dementia paranoides) descrito autobiográficamente* (1910).

Lacan extrae y destaca el término *Verwerfung* del texto de Freud sobre el Hombre de los Lobos, no del texto sobre Schreber. Lo extrae del texto sobre el Hombre de los Lobos, y, digamos, se lo “aplica” al texto sobre Schreber, para dar cuenta del retorno en lo real, pero en verdad, en el texto sobre Schreber, la palabra que emplea Freud cuando modifica su primera tesis sobre la proyección, es *Aufhebung*, que los hegelianos suelen traducir como “superación”, y que Etcheverry traduce como “cancelación”. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 14)

Rodríguez Ponte recuerda que las traducciones de López Ballesteros para la edición de Biblioteca Nueva de las *Obras Completas* son difíciles de seguir, porque el traductor no es sistemático. Entonces, uno nunca sabe cuál es la palabra alemana en juego. La versión de Etcheverry para la edición de Amorrortu tiene la virtud de

que, “aunque sus traducciones sean discutibles —siempre lo son, en el límite—, traduce siempre de la misma manera”.

[...] en el texto sobre Schreber, versión Etcheverry, podemos leer: *No era correcto decir que la sensación interiormente sofocada {Unterdrückung} es proyectada hacia afuera; más bien inteligimos que lo cancelado {Aufhebung} adentro retorna desde afuera.* (Rodríguez Ponte, 1994, p. 13)

De esta manera, por el lado de Freud no hay lugar para sostener la tripartición entre neurosis, psicosis y perversión en función de mecanismos de defensa específicos.

En cuanto a Lacan, si se toma como referencia el escrito *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*, contemporáneo a las clases que dicta sobre *la metáfora paterna*, en el desarrollo sobre *Las formaciones del inconsciente* —durante los años 1957 y 1958—, puede leerse que en función de *los mecanismos*, no habría verdaderamente tri-partición, sino, más bien, bi-partición (neurosis o psicosis).

Es en un accidente de este registro y de lo que en él se cumple, a saber la preclusión del Nombre-del-Padre en el lugar del Otro, y en el fracaso de la metáfora paterna, donde designamos el efecto que da a la psicosis su condición esencial, con la estructura que la separa de la neurosis. (Lacan, 1985b, p. 554)

La perversión, siguiendo este planteo, —aunque no ha sido explicitado en el texto— quedaría del lado de las neurosis, en la medida que no resultaría de la forclusión del Nombre-del-Padre.

No estoy negando ahora la pertinencia de los tipos clínicos, no estoy objetando la legitimidad de ninguna “clínica diferencial”, como se suele decir por estos días. Lo que estoy cuestionando es que estos tipos clínicos puedan subordinarse a fundamentos metapsicológicos del tipo “modos de defensa constitutivos”, eso. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 14)

*Forclusión* es el término que Lacan introduce al finalizar el *Seminario 3* en Julio del 56, como traducción de vocablo alemán *Verwerfung*. Antes había empleado la palabra cercenamiento, al interrogar el significativo momento del análisis del *hombre de los lobos*, en su *Respuesta al comentario de Jean Hyppolite*. Por lo tanto, *forclusión* es una *decisión de lectura*. Una apuesta de Lacan. Una propuesta. En *De una cuestión preliminar* afirma que la forclusión del Nombre-del-Padre funda una estructura subjetiva y, ubica en el *esquema Lambda* al sujeto, *forcluído*.

En todo caso, es imposible desconocer, en la fenomenología de la psicosis, la originalidad del significante en cuanto tal. Lo que hay de tangible en el fenómeno de todo lo que se despliega en la psicosis, es que se trata del abordaje por el sujeto del significante en cuanto tal, y de la imposibilidad de este abordaje. No retorno a la noción de *Verwerfung* de la que partí, y para la cual, luego de haberlo reflexionado bien, les propongo definitivamente esta traducción que creo la mejor: la forclusión (Lacan, 1995a, p. 456)

Rodríguez Ponte concuerda con Kreszes en el punto de lo que ambos llaman *psiquiatrización del psicoanálisis*. Esta expresión un tanto áspera refiere a ese ¿vicio? tan frecuente que consiste en otorgarle un atributo de *permanencia* —de sustancia, agrega— al término *sujeto*.

[...] sabemos que, en Lacan, “sujeto” es cualquier cosa menos “sustancia”. Lo voy a decir en mis términos —ustedes pueden remitirse al artículo de la revista—: si el sujeto no es sustancia, no se le puede adscribir ningún atributo. Por lo tanto, la expresión habitual “sujeto neurótico”, o similares, hay que hacerse cargo de que es un forzamiento de términos, una comodidad de la exposición [...] y una renegación de la no sustancialidad del sujeto. No puede haber un “sujeto neurótico”, a diferenciar de un “sujeto perverso” y de un “sujeto psicótico” —cuando se le concede al psicótico la dignidad de sujeto, lo que no es la regla—, porque “sujeto” es anterior a la diferencia neurosis-psicosis-perversión. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 16)

¿Cómo entiende Rodríguez Ponte a este sujeto anterior a la diferencia neurosis-psicosis-perversión? Bueno, es que acá no lo explicita.

Añadir al sujeto un atributo —cualquiera sea—, calificarlo, implica necesariamente entificarlo. Reducirlo a un objeto. Otro punto en que los dos analistas coinciden es sobre la cuestión de cómo leer. Ambos lo hacen sin perder de vista que se trata de un recorrido con desniveles, baches, detenimientos y puntos arriba. Itinerario que no se puede borrar de un plumazo.

Otro hallazgo del artículo de David Kreszes es la constatación de que hay un modo bastante frecuente, entre los lacanianos, de leer el Seminario 3, modo que él designa como lectura reminescente, tipo “reminiscencia platónica”. A saber, una lectura según la cual, en el Seminario 3, el comienzo es igual al final, como que al comienzo del Seminario ya está todo lo que finalmente se va a decir en él. Este curioso modo de leer el Seminario lo volvería homólogo, precisamente, a lo que en ese mismo Seminario Lacan formula acerca de la psicosis, cuando señala la identidad entre el estado previo al desencadenamiento de la psicosis de Schreber y su estado terminal: en ese sentido, al igual que lo que ocurre en la psicosis, las etapas del desarrollo del Seminario no constituirían, propiamente, una historia. Interesante, pero falso. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 16)

### **Estructuras psicopatológicas o Psicopatología/s**

En distintas oportunidades Ritvo arremete contra *los aficionados o militantes contra la psicopatología psicoanalítica*. Se ocupa entonces de denostar lo que nombra como antipsicopatología. Varios de sus artículos se enfocan en distinguir entre una *psicopatología psiquiátrica* y otra, *psicoanalítica*. De la primera dice que es “taxonómica y su tarea fundamental consiste en subsumir un caso particular en una regla general”. (Ritvo, 2003, p.19) Acerca de la *psicopatología psicoanalítica* aduce que

[...] es, antes que nada un “trayecto”, es decir un curso de navegación (utilizo figuras de Serres) que tiene que bordear obstáculos, franquear pasos y, sobre todo, *tomar decisiones* en momentos cruciales, que son los momentos en que emerge ese “poco de libertad” del que nos habla Lacan. [...] un instrumento flexible para saber lo que es posible saber, lo que es necesario aquilatar y los límites de la imposibilidad, de tal modo que en cada caso sea posible situar a las alternativas del analizante en función de la tríada acto, pasaje al acto, *acting-out*; y ya se sabe, el acto está entre el *acting* y el pasaje, del mismo modo en que el síntoma está entre la inhibición y la angustia. (Ritvo, 2003, p. 19)

Ritvo busca así zanjar el asunto operando sobre la psicopatología con una conclusión terminante: “la psicopatología psicoanalítica [...] es una nosografía del acto”. (2003, p. 19). De lo que se deduce que diagnosticar sería entonces reconstruir dicho *trayecto*. En el número siguiente de la misma revista alega

Es cierto: hay una psicopatología —a la que Freud y el psicoanálisis no han sido por cierto inmunes— para la cual el diagnóstico se consume al subsumir un caso bajo la especie mórbida correspondiente, concebida ésta como una colección de rasgos exteriores los unos a los otros —partes extra partes— que se disponen según la tabla de presencias y de ausencias: si tienen memoria nítida, entonces es.....; si padece de amnesia, entonces es.... [...] (Ritvo, 2003, p. 32)

La cita continúa

[...] tan cierto como que quienes sostienen el discurso antipatológico, se limitan a leer algunos textos escolares del propio Freud, pero hace rato que no indagan, pongo por caso y no es un caso cualquiera, *Inhibición, síntoma y angustia*, donde la noción de clase psicopatológica —colección de particulares unidos por ciertos rasgos generales— es reemplazada por la de serie —respuestas diversas y ubicadas en una distinta relación de complejidad con respecto a una encrucijada inicial del deseo—, que es algo muy distinto [...] (Ritvo, 2003, p. 32)

En el *Curso de Filosofía para Psicoanalistas II* que dictó bajo el título *Deleuze*, —en la por esos días Escuela de Posgrado de la Facultad de Psicología de la UNR, a lo largo del año 1998—, Ritvo muestra sus cartas. La clave del juego está en la idea de *estructura* que encuentra en *La lógica del sentido* (libro publicado en París en 1969), presentada por su autor como un “ensayo de novela lógica y psicoanalítica” (1994, p. 23) en el que se intenta diseñar una paradójica teoría del sentido. Este formidable pensador indica en esas páginas que *una estructura* está conformada por dos *series* heterogéneas. Cada una de ellas está constituida por elementos que sólo existen por las relaciones que articulan entre sí: *síntesis disyuntivas*, *singularidades* concebidas como *acontecimientos*. Ambas series convergen en un elemento en sí mismo vacío de sentido y a la vez susceptible de recibir cualquier sentido. *Casilla vacía* que hace que la estructura funcione.

[...] es propio de la serie resolver situaciones mediante un giro (*Wendung*) que realiza alternativas que bajo ningún punto de vista están saturadas de antemano. Así, el paciente actúa gracias a una combinación que las series complementarias permiten pensar como una conjunción única y a la vez ejemplar del azar y la necesidad a posteriori. (Ritvo, 2003, p. 32)

Nótese que el autor recobra en esta formulación las *series complementarias freudianas*. Por otra parte, en este mismo artículo, llama curiosamente a la histérica o al obsesivo: *figuras clínicas*. Estas figuras vendrían a diferenciarse de los tipos clínicos, en cuanto que formando un conjunto disjuncto “realizan un *estilo patognomónico* según modos inéditos”. (Ritvo, 2003, p. 32). Pero, ¿cómo lo explica?

[...] si la neurosis busca determinar (controlar) lo que hay de fatalmente indeterminado en el cruce de la sexualidad y la muerte, los fracasos y los hallazgos sintomáticos del proyecto modalizan aspectos impredecibles de la acción del significante. (Ritvo, 2003, pp. 32-33)

Como suele suceder, bastante más jugoso resulta para este trabajo lo que se mantiene en lo borroso de las sombras para aparecer en una nota a pie de página. Allí, por fin, Ritvo cuestiona el conocido trabajo de Anna Freud en el que *degrada a simples mecanismos* —para sacar su as debajo de la manga— lo que “en verdad son la sustancia misma del tiempo lógico en la neurosis”. Se refiere a la *anulación retroactiva* o a la *preterición de la decisión*, entre otros. Otra vez, dice: “la sustancia misma del tiempo lógico en la neurosis”. En última instancia quedará como

pendiente interrogarnos acerca de si también para él *la neurosis* sigue funcionando como *patrón*.

Otro punto de vista tal vez contribuya a destrabar el problema de los universales —tema que suele ser pensado como antinomia— es el que Gerber despliega en *Vigencia de las estructuras subjetivas*.

[...] decir neurosis y psicosis es motivo de numerosos equívocos derivados del hecho de que buena parte del vocabulario psicoanalítico se originó en la psiquiatría y la neurología del siglo XIX. Sin embargo, los significantes tomados de esos discursos no tienen aquí el mismo significado: en particular, no indican desviaciones patológicas de una presunta normalidad, sino posicionamientos del sujeto del inconsciente respecto de elementos determinantes como la castración, el deseo, la ley, el goce. (Gerber, 2014, pp. 127-128)

En la medida en que avanza el texto de Gerber se va destacando una coordenada entre otras: la del deseo. Y el deseo va reñido con la norma.

Si el psicoanálisis subvierte en algo el campo de la clínica es porque cuestiona, ante todo, la noción de normalidad [...] que refleja estándares socialmente establecidos. Lo que importa en la clínica psicoanalítica no es la posición del sujeto respecto de la norma establecida sino en relación con el deseo [...] que orienta la dirección de la cura [...] Es el deseo quien *norma* las estructuras [...] El concepto mismo de sujeto como *discontinuidad en lo real* lo define como disarmónico [...] porque el deseo es ya una desviación: señala lo *desviado* de la necesidad como consecuencia de la marca del lenguaje sobre ésta. (Gerber, 2014, p. 128)

Sitúa también con justeza que

No obstante haber subvertido radicalmente los criterios de la psicopatología de su época con un contundente cuestionamiento a la noción de normalidad, Freud no elaboró, al menos de un modo claro un mapa de las categorías clínicas; sólo esbozó diferentes clasificaciones que no llegaron a formularse con rigurosidad. (Gerber, 2014, p. 128)

Quizá sea mejor, en esta oportunidad, reemplazar el vocablo rigurosidad por rigidez. Es que de tanto en tanto, Freud ensayaba alguna clasificación provisoria en función de lo que su práctica le enseñaba. No obstante, sin aferrarse a cada una de ellas con obstinación, seguía investigando.

En lo que concierne a Lacan, Gerber señala que

[...] Lacan no cejó en el intento de poner cierto orden en la clínica de Freud y para esto trazó un mapa clínico, sistemático hasta cierto punto, elaborando un sistema sencillo para ordenar las estructuras subjetivas en tres categorías clínicas [...] Categorías opuestas en tanto designan estructuras diferentes: [...] (Gerber, 2014, p. 128)

Estas estructuras no se ordenan, por rango en función de la gravedad. No es posible circular entre ellas. Son estructuras determinadas por la relación del sujeto con el deseo del Otro, —fundamenta— con las que se busca ubicar el posicionamiento del sujeto. Entonces, Otro y sujeto, ambos heridos por la falta.

[...] son estructuras que sólo se pueden localizar en el campo del lenguaje y en función de la palabra del sujeto. Pero no de cualquier palabra, sino de aquella dirigida al analista, quien está ahí para escuchar la enunciación que indica el lugar del deseo más allá del enunciado que formula la demanda. De modo que las estructuras no se



sitúan por medio de un diagnóstico *objetivo*, sino de acuerdo a modalidades de la transferencia. (Gerber, 2014, p. 129)

A renglón seguido comenta sobre cierta corriente contemporánea que rechaza las estructuras subjetivas por entender que conducen a un encorsetamiento del sujeto y, por lo tanto, a una regresión al campo de la psiquiatría.

Una postura como esta llevaría también a la eliminación de todo punto de referencia indispensable para la dirección de la cura y, finalmente, de todo concepto: Otro, sujeto, deseo, significante, fantasma, y otros elementos que integran la estructura, aunque esta sea siempre *más* que estos. (Gerber, 2014, p. 129)

Reafirma que la estructura es *más*, no porque contenga algún otro elemento, sino porque, contiene a su vez *la falta*.

En este sentido, la estructura no puede pensarse sino a partir de la imposibilidad de reunir verdad con saber: el saber de la estructura nada puede decir de la verdad del sujeto que hace agujero en él y constituye así su núcleo a la vez íntimo y extraño [...] (Gerber, 2014, p. 129)

Otro argumento para destacar, es el que sostiene que estas estructuras aquí denominadas subjetivas

[...] niegan toda posibilidad de transformación del sujeto, en la medida en que construirían entidades fijas e inmutables. A esto se puede responder que es precisamente la falta como núcleo mismo de la estructura la condición indispensable para el cambio en el sujeto, cambio que depende de la producción de otro decir, de un decir que pueda hacer acontecimiento en una historia. (Gerber, 2014, pp. 129-130)

En este texto Gerber subraya lo que considera los grandes rasgos con los que Lacan trabaja fundamentalmente durante la década del '50 para dar cuenta del posicionamiento del sujeto en las neurosis, perversiones y psicosis a partir de su relación con ciertos determinantes que se sitúan en el Complejo de Edipo: deseo de la madre; falo; castración; Nombre-del- Padre y ley.

[...] en el contexto del ternario necesidad, demanda y deseo. Así Lacan afirmará que en las neurosis la castración simbólica se hace efectiva por la sustitución —a través de la metáfora— del deseo de la madre como referencia primera para el sujeto, situado en el lugar del falo de ella, por el Nombre-del-Padre, lo que permite que el deseo del sujeto, como deseo del falo, quede condenado a la insatisfacción irremediable. En las perversiones, en cambio, el sujeto se identifica con el falo materno ante un padre que, aún presente en tanto nombre, no interviene eficazmente para hacer efectiva la castración simbólica; y en las psicosis el sujeto es el falo, ante la ausencia absoluta del Nombre-del Padre que permita la sustitución del deseo de la madre. (Gerber, 2014, p. 130)

Es a partir de la *invención* del objeto *a*, y de la gravitación que el goce ira teniendo en su *enseñanza* a partir de 1960 que

[...] se producirá un importante replanteamiento en su concepción de las estructuras. Pero esto no implica la desaparición de algunos principios generales. Lacan no dejará de distinguir claramente neurosis, perversiones y psicosis, tomando como referencia básica la relación del sujeto con el deseo del Otro y su posición singular frente al goce [...] (Gerber, 2014, p.130)

Dicho sucintamente

En esta nueva perspectiva, las neurosis van a definirse como un modo de situarse ante el deseo del Otro en posición de demandar siempre una demanda —palabra, solicitud, orden, súplica— de éste; en las perversiones, el deseo del Otro toma carácter de voluntad de goce para hacerse instrumento de ésta; y en las psicosis se impone al sujeto la certeza de que el Otro goza, de tal modo que, más que Otro del deseo, es Otro que goza. (Gerber, 2014, p. 130)

Gerber advierte

Más allá de estas definiciones generales, el propio Lacan cuestiona la clasificación tajante de las estructuras, entendidas como regiones perfectamente definidas y claramente delimitadas. Ya desde los comienzos de su enseñanza apunta la existencia de algunas zonas comunes, particularmente entre neurosis y perversiones. (Gerber, 2014, p. 130)

Pone como ejemplo la fobia que considerada una *plataforma giratoria* puede conducir tanto a las neurosis como a la perversión. “Hay referencias también a perversiones transitorias, así como a la perversión fundamental del deseo en la medida en que éste es una desviación respecto de las necesidades”. (Gerber, p. 130). En esta idea de *perversiones transitorias* se deja escuchar una resonancia a la *suspensión o interrupción*, de la que hablaba Kreszes.

Aun así, la diferencia entre neurosis y perversiones subsiste en un importante número de aspectos, particularmente a partir de la significación del falo y la distinción entre necesidad, demanda y deseo. Basándose en este último ternario, Lacan señala que el neurótico siempre pretende colocar una demanda en el lugar del deseo del Otro, en tanto que el perverso no se sitúa en dependencia a la demanda pues se vincula con un objeto más directamente relacionado con el deseo del Otro, identificándose con el falo. (Gerber, 2014, p.131)

Y extrae una conclusión: que es la invención del *a* lo que contribuye a sostener la distinción entre neurosis y perversión. Añade también que la tríada consagrada se mantiene en lo esencial, si bien tanto los cuatro discursos como la topología de los nudos cuestionan seriamente la clasificación tradicional aunque sin invalidarla por entero. Más que descartar del todo las denominadas estructuras clínicas, las mantiene de algún modo en uso. Pero,

[...] pretendía renovar de manera permanente las categorías clínicas a partir de la experiencia analítica, buscando una fundamentación en el significante [...] Puede destacarse que ya en 1965 planteaba la intención de realizar una “revisión nosológica” basada en tres criterios: 1) el síntoma es un nudo de significantes, 2) hay un saber en el síntoma y, 3) en tanto encarnación del Otro a quien el sujeto se dirige, el analista queda incluido en la red de significantes y encarna una mitad del síntoma [...] (Gerber, 2014, p. 133)

La locura también deja bajo la lupa la tradicional tripartición. Las fronteras se desdibujan. El *loco nos concierne* dice Lacan en un pequeño discurso dirigido a los ¿psiquiatras?, en el mes de Noviembre de 1967. También dice allí que un loco no se desvanece simplemente: que *eso resiste*. Su empeño, es un hecho a resaltar.

[...] no lo condujo sin embargo a inventar una nueva clasificación, ni a desechar completamente las categorías clásicas, sino a problematizar fronteras aparentemente firmes, como la presuntamente existente entre la locura y la no-locura [...] Lacan no llega a desechar la existencia de una diferencia entre neurosis y psicosis. Cuestiona

más bien los criterios que presiden esa distinción y la aplicación que suele hacerse de ella [...] parece tratarse de una provocación que nos lleva a cuestionar certidumbres demasiado arraigadas. [...] Ya en los inicios [...] hay esbozos de esta postura cuando la tesis del estadio del espejo lo conduce a la noción de conocimiento paranoico y a caracterizar al yo como paranoico. (Gerber, 2014, pp. 133-134)

Desde otra perspectiva, en unas recientes jornadas organizadas por el Departamento de Psicoanálisis de la Facultad de Psicología de la UNR, Amigo se pregunta: *¿Vigencia de la tripartición neurosis-psicosis-perversión?* Y sigue:

[...] contestaría: Sí, vigencia de la tripartición neurosis, psicosis y perversión. Y también: No. No vigencia [...] O diría así, que las *últimas formalizaciones de Lacan*, que son fabulosas, han hecho lo que en matemáticas se llama debilitar una afirmación. Debilitarla en matemáticas significa que una fórmula no vale en todos los casos, pero eso la falsifica necesariamente, ni en todos los casos. Entonces esta tripartición se demuestra, en la clínica, sujeta a alguna intervención, aunque sí siga vigente. (Amigo, 2015b, p. 16)

La autora propone en su trabajo ir de la *estructura in de making*, al nudo *borromeo*, que nombra como la última escritura de Lacan. Ella entiende que el maestro francés, hacia el final de su enseñanza, hace un aporte de inmensas consecuencias

[...] pero que va a traer problemas en analistas que hablan de su práctica por cómo va a ser su práctica. Se trata del concepto de *mentalidad*. Al hablar de nudos va a decir negro sobre blanco en la clase quinta del Seminario de RSI que el único nudo que mantiene en pie el nombre del padre es el borromeo. Sólo ese y no otro cualquiera. Donde está interdicta la interpenetración de un registro sobre otro, es decir, ningún registro se puede "comer" el agujero real de otro. Mentalidad consiste en mantener juntas las cuerdas, esto es, *no des-encadenar* mediante cualquier nudo que las amarre. (Amigo, 2015b. p. 22)

Por consiguiente, y en vinculación con lo que nos atañe, señala:

El tema es que la práctica en muchos analistas —no todos— es que este último Lacan habría abolido a los anteriores y que habría una especie de sopa *pernepsi*, como se suele llamar. Escuchan: perversión, neurosis y psicosis, donde daría lo mismo que el paciente esté anudado de forma borromea o no borromea mientras esté mentalizado. [...] Entonces lo que me preocupa de los analistas hablando de su práctica es que tengamos cuidado con los deslizamientos de considerar un último Lacan que aboliría los anteriores, harían de la práctica una suerte de continuo igual donde las estructuras serían idénticas... (Amigo, 2015b, pp. 25-26)

Insiste.

Lo que más me preocupa es que considerarlas idénticas porque estén mentalizadas no nos permite discriminar cómo dirigir la cura pues la dirección es totalmente diferente cuando hay accidente forclusivo.

Porque no se dirige igual una cura. Si es espontáneo el *sinthome* corrector de una forclusión resulta enormemente sólido —como en Joyce— pero cuando el *sinthome* lo hace el equipo analítico (el analista más el acompañante terapéutico, más el psiquiatra y demás) suele ser la regla que a ese *sinthome* haya que retocar cada vez porque no tiene la solidez de la espontaneidad. Y las intervenciones van a ser diferentes, uno no va a abordar al paciente igual. (Amigo, 2015b, pp. 26-27)

Sobre el final de su ponencia Amigo indica que en la época actual hay un *cambio de discurso en curso*. Y curiosamente formula: “habría que preguntarse si la neurosis no está dejando de ser la norma. Si el nuevo discurso dominante no tiende a dejar caer el *operador estructural* paterno”. (Amigo, pp. 27-28) Es decir, acude entonces a la escritura de los discursos, y establece también una correlación entre neurosis y normalidad.

En un trabajo anterior Amigo (2015) explicita que, desde su perspectiva, lo que orienta la enseñanza de Lacan, es la cuestión del padre. Un “nudo de paradojas”, dirá. Aquello que él ha dado en llamar: el *phylum* del padre. Pues, en lo que Lacan llamó el *retorno a Freud*, tomando suficiente distancia de los annafreudianos y los kleinianos,

[...] básicamente a lo que él retorna es a algo que había olvidado el posfreudismo que es la función transbiológica y no natural del padre. El ADN va a solucionar una cuota alimentaria o la adjudicación de una herencia [...] pero nunca va a lograr establecer un padre. (Amigo, 2015a, p. 18)

De este modo:

Siguiendo el hilo firme de Freud su discípulo va a ir introduciendo varios hitos donde va a proponer volver al padre en sus diversas escrituras. [...] Entonces el padre como operador estructural es algo que Lacan va a volver a poner sobre sus pies volviendo a Freud cuando emite la consigna de su retorno. (Amigo, 2015a, p. 20)

El planteo de Lacan en el seminario *La angustia* —clase del 30 de enero de 1963—, acerca del *acting-out* es otro de los caminos que permiten interrogar de algún modo la idea de estructuras clínicas. Pues, entre las psicosis y las neurosis

[...] tenemos [...] los sujetos que ella define como una tercera clase: neurosis de carácter o personalidades reactivas, como se quiera, lo que Alexander define también como *neurotic character*, en resumen, todo aquello alrededor de lo cual se elaboran tan problemáticas *imitaciones clasificatorias*, mientras que en realidad no se trata de una especie de sujeto sino de \*una zona de la relación\*, la que yo defino aquí como *acting-out*. . (Rodríguez Ponte, 1994, p. 23)

Es oportuno mencionar que en otra versión se habla de *una zona donde prevalece el acting-out*. Es decir, un peculiar modo de respuesta del sujeto ante el Otro. Respuesta que adquiere cierta *estabilidad*. No se trataría aquí de un *acontecimiento puntual* como en el célebre caso de los sesos frescos que presenta Kris.

Un grupo de trabajo conformado por analistas de distintas instituciones miembros de *Convergencia*, a saber: Cristina Catalá, María Cruz Estada (AF), Haydée Heinrich (EFBA), Roque Hernández (AF), Guillermo de Lazcano, Raquel Lucena, Laura Vaccarezza (Ap) exponen en un Congreso durante el año 2015 un trabajo afirmando:

Este grupo de trabajo nos reúne en torno a la pregunta por la posición del analista en la transferencia en relación con ciertos [...] con muchas dificultades para hacer lazo social, [...] que no confían en el valor del significante pero que no por ello dejan de interpelarnos. Pacientes que nos llaman intempestivamente, que amenazan con suicidarse, dejar el tratamiento o denunciarnos, que se quejan de que el tratamiento no les sirve, pero aun así siguen viniendo —probablemente para decirnos que no les

sirve— y que están todo el tiempo poniendo en jaque al analista. (Catalá y otros, 2015, p. 1)

Ellos consideran que las precisiones que da Lacan acerca de la *estructura del acting*, así como el hecho de ubicarlo en el cuadro de Inhibición-Síntoma-Angustia compartiendo el casillero con el duelo, tal vez permita ubicar mejor al analista respecto de ciertas demandas que en principio no parecen tales. Añaden también que

Lacan, en *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de las psicosis*, habla de *psicosis social* refiriéndose a una situación del sujeto en la que no produce fenómenos psicóticos en sentido estricto (delirios y alucinaciones), sino que dicho sujeto pasa por una experiencia de vacío existencial, de *dispersión de identidad*. Se habla de estos pacientes refiriéndolos a una *nueva clínica*, nombrada por diferentes autores como clínica del vacío, patologías narcisistas, trastornos límite de la personalidad, patologías *borderline*, psicosis ordinarias, inclasificables de la clínica, etc. En nuestro grupo de trabajo, sin embargo, hemos subrayado la complejidad de esta zona en la que nos preguntamos, caso por caso, si nos encontramos ante una psicosis no desencadenada, si hay un sujeto no constituido como tal todavía en el caso de que no funcione la represión aún, o si se podría pensar en que haya significantes forcluidos que no sean necesariamente el Significante del Nombre del Padre. Tal vez, si en unas ocasiones pudiera tratarse de una forclusión de consecuencias devastadoras que produjera un *todo psicótico*, en otras podría ser la consecuencia de un acontecimiento: un significante que deviniera traumatizante y que hiciera que la castración simbólica fuera inoperante en algunos momentos, de forma que a veces el cuerpo sólo en su aspecto de imagen fuera puesto como barricada frente al goce invasor. Otras veces puede aparecer una especie de laguna en la memoria (amencia de Meynert), la cuestión es si el sujeto tal como nosotros lo entendemos —sujeto dividido— quedaría en suspenso, a veces de modo transitorio, pudiendo existir al mismo tiempo una realidad estructurada por la represión. Cuestiones todas ellas a seguir trabajando. (Catalá y otros, 2015, p. 1)

Ahora bien, —se preguntan— ¿qué será una *Zona de Relación Acting-out*?

En cualquier caso, pensamos que el peligro es quedarse en lo fenomenológico y olvidarse de la dimensión del sujeto y de la escucha en los límites de la transferencia y de la estructura, donde el diagnóstico ha de quedar a la espera y donde la cuestión del deseo de analista va a tener una función esencial. (Catalá y otros, 2015, p. 2)

### **Transferencia y caso por caso...**

En efecto, no hay otras indicaciones de la cura más que la determinación del sujeto y del analista mismo a comprometerse en ella. Vemos que la transferencia como lugar, pasa por la castración del analista respecto del saber de la teoría y de la clínica, lo cual no ha de impedirle ponerlos a prueba, inventando dispositivos transferenciales singulares, caso por caso, que requieren de un tiempo también singular para que algo se amarre. Por otro lado, los analistas que trabajamos con sujetos psicóticos sabemos que las experiencias de la locura son bien distantes de las que caracterizan al sujeto neurótico. (Catalá y otros, 2015, p. 2)

Pero entonces, *tres estructuras que no hacen universo*.

Por otra parte, la *función del sujeto*, tal y como la formaliza Lacan en una enseñanza que pone en acto en sus escritos y seminarios, hace detonar la idea de un todo compacto y completo. Es que el sujeto, —*discontinuidad en lo real*— al

producirse como efecto y fuera de conjunto, dibuja un hueco en la estructura —en este caso—, en la estructura del lenguaje. En la Reunión Lacanoamericana de Recife, Brasil (2001), Díaz también se sirve del *acting-out* en su trabajo *Transferencia Salvaje. Intervenciones*, aunque ya no para delimitar de un modo tajante y concluyente las diferentes regiones psicopatológicas, sino más bien para ubicar el camino que él piensa, hay que tomar con el otro, *analizante por venir*. Enlazando *transferencia* y *acting-out* plantea:

Recorriendo algunos de los casos que toma Lacan (Dora, el Hombre de las Ratas, el paciente de Kris) .y por supuesto pensando en mi práctica, se me plantea sino se trata de pacientes que requieren especial y repetidamente de lo que Lacan llama *rectificaciones* porque están en una relación con el A en *zona de acting-out*. (Díaz, 2001, pp. 417-418)

Subraya que en el escrito *La Dirección de la cura*, Lacan insiste en el valor *correctivo* del *acting-out*. Aquí el término *correctivo* no es leído en un sentido superyoico, más bien se trataría de una orientación. Es decir que, el *acting-out* viene a indicar al analista un camino o un obstáculo en el camino, a guiarlo.

Por otra parte, “La transferencia en esta perspectiva se convierte en la seguridad del analista, y la relación con lo real, en el terreno donde se decide el combate” (Lacan, p. 576) Así, la dirección se ordena según un recorrido que va, de la *rectificación* del sujeto con lo real, hasta la instalación de la transferencia. Para ello serán necesarias las maniobras del analista. Díaz termina recordando que

[...] Freud proponía, para todo aquel que quería ejercer el psicoanálisis, hacer una experiencia del inconsciente y se trata de eso [...] de conservar en el horizonte, una experiencia del inconsciente, pues más allá que se trate de pacientes que produzcan puntualmente un *acting-out*, este es una posición del sujeto, posición en relación con lo real, pero también propia del dispositivo, el saber está supuesto y es tan necesario como amenazante para que éste se ponga en funcionamiento [...] ¿Si el paisaje no estuviera recubierto, habría demanda de tratamiento? (Díaz, 2001, pp. 420-421)

Es como si dijera que el *acting-out* —revelador de la estructura del acto— no es patognomónico de ninguna estructura. Se trata de un modo de relación del sujeto con el gran Otro que exige del analista que ocupe su lugar. Pues, en la medida en que el campo del Otro no es consistente...

Tres estructuras,

[...] tres modos diferentes de relación con el goce. El neurótico se queja de la insatisfacción que padece y supone que algún camino, desconocido por él, está ya previamente establecido para poder encontrar un poco de goce en la vida. El perverso elige ser instrumento de ese goce que para él constituye un mandato, una voluntad. La posición del psicótico es mucho más radical porque lo que él “elige” es simplemente no creer en el Otro (*Unglauben* decía Freud, rechazo del inconsciente para Lacan): no está abonado al discurso del Otro y el lenguaje no será entonces un obstáculo en el camino del goce sino la máquina infernal que lo somete y por esto se considerará siempre una víctima de ese goce que define como suprema maldad. (Rolando Karothy, comunicación personal, 13 de junio de 2014)

Y, ¿qué dice entonces Karothy acerca de la posición del analista?

Estas ubicaciones diferentes del neurótico y el psicótico con relación al goce permiten una reflexión acerca de la posición del analista. Si el goce es aquello cuya falta haría vano el universo, la función del psicoanalista no puede ser la de pretender su desaparición sino más bien sostener ese lugar que es un lugar vacío, el lugar de la imposibilidad, que ninguna clase de goce podría llenar, el lugar de la pura pérdida, el vacío del goce que causa al sujeto. Por esto, más allá del equívoco en que cae el neurótico creyendo que el goce está allí, de la voluntad perversa de constituirse como objeto y de los efectos de devastación que se producen para el psicótico, el psicoanalista sólo puede mantener ese lugar como supuesto para que allí donde la pasión del goce estaba, el sujeto pueda advenir como deseo. (Rolando Karothy, comunicación personal, 13 de junio de 2014)

Si bien *los modos de goce* son una propuesta que *podría* definir *una nueva nosología*, hay que decirlo, ésta no está aún desarrollada, sólo anunciada.

Las denominadas estructuras clínicas (neurosis, psicosis y perversión) son consideradas habitualmente desde una perspectiva psiquiátrica aun cuando a la hora de ensayar conceptualizarlas se recurra a categorías psicoanalíticas. Así, se suele recaer en un mecanicismo ligado a *modos de defensa* definidos como específicos. Pensarlas en el seno de la transferencia es considerar diversas formas de posición subjetiva en torno a la relación entre el saber y el goce.

Cotidianamente, de uno u otro modo, surge una pregunta acerca de los problemas que como ha sido puesto sobre el tapete presentan las estructuras clínicas. Sin embargo, aunque se pretenda desestimarlas, como las brujas, no se sabe si existen, pero que las hay, las hay. O tal vez sería más freudiano decir, *eso no les impide existir*. No hay universo de discurso. El asunto no está de ningún modo zanjado. Se mantienen las divergencias. La pregunta sigue abierta...

## Capítulo 4

### Una aproximación a *Los cuatro discursos*

#### Foucault - Lacan

¿Cómo llega Lacan a formular sus cuatro discursos? El punto de partida de la conceptualización sobre los cuatro discursos puede localizarse a la altura de su seminario *De un Otro al otro* (1968). Se lo encuentra allí buscando avanzar sobre la cuestión de la consistencia que se puede adjudicar a ese Otro que escribe con mayúscula. Desde sus primeras clases se interroga una y otra vez sobre la relación del *saber* con el *goce*.

Vale la pena empezar por situar que el discurso, desde la perspectiva que interesa —ciertamente una perspectiva extralingüística—, adquiere carta de ciudadanía allá por los años '60. Tiempos que portan las marcas del genio de Samuel Beckett, dirá Lacan a modo de guiño. Un Beckett que iba a cada paso, en un proceso de ahuecamiento, de socavamiento, *despalabramiento*, dejando a la intemperie, desnudando, descascarando su escritura hasta llegarle al mismísimo hueso. De allí que, su literatura hoy se conozca como *literatura de la despalabra*.

En ese escenario, entre los valiosos aportes que ofrecen por aquella época, dos autores tan relevantes para la historia de Occidente, como lo son Michel Foucault (1926-1984) y Jacques Lacan (1901-1981), es posible trazar algunas coordenadas.

Se sabe que se cruzaron. Nada prueba que se hayan leído mucho en los últimos avances (más bien lo contrario), pero es indudable que en el correr de los años cincuenta y sesenta, respiraron el mismo aire, que el nombre de “estructuralismo” traduce bastante mal. (Le Gaufey, 2010, p. 11)

Tal y como es sabido, en el marco de su conferencia *¿Qué es un autor?*, Foucault recurre a la célebre pregunta que el Premio Nobel de literatura de 1969, Samuel Beckett formulara ya, en sus *Textos para nada III* (Foucault, 1998, p. 38): *¿Qué importa quién habla; dijo alguien que importa quién habla?*

En aquella conferencia dictada en la Sociedad Francesa de Filosofía en el mes de Febrero de 1969, hará pie en una idea que aún nos sacude con fuerza, a saber: que el sujeto que escribe —¿el autor?— no deja de desaparecer. Foucault se consagra a hacer jugar sus contundentes argumentos, en la vía de abonar la constatación de un acontecimiento tal. Y al otorgarle a la muerte del autor estatuto de acontecimiento, cobran resonancia las nociones de *ruptura*, *brecha*, *escisión* y *herida*, que prevalecen en el suelo de la *episteme cultural*.

A renglón seguido, plantea algunos de los problemas que nos presenta la cuestión del *nombre de autor* en tanto que, no es precisamente, un nombre propio como los otros. Se trata más bien de una compleja *función*. Llama pues, *instauradores de discursividad* a quienes son capaces de generar las condiciones y la regla de formación de otros textos, abriendo paso a una *indefinida posibilidad de discursos*, lo que contrasta, se verá, con la formulación lacaniana de *cuatro discursos*.

En esa línea Foucault ubica a Freud y a Marx, como los primeros y los más importantes. Declara que Freud no es simplemente el autor de *La interpretación de los sueños*, —ni Marx sencillamente en autor de *El capital*— puesto que en psicoanálisis nadie podría prescindir del nombre de Freud, su fundador. Para decirlo con sus palabras:



[...] quiero decir que ellos no sólo hicieron posible cierto número de analogías, también hicieron posible (y en la misma proporción) cierto número de diferencias. Abrieron el espacio para otra cosa que ellos mismos y que sin embargo pertenecen a lo que fundaron. Decir que Freud fundó el psicoanálisis, [...] quiere decir Freud hizo posible un cierto número de diferencias respecto a sus textos, a sus conceptos, a sus hipótesis que dependen exclusivamente del discurso psicoanalítico mismo. (Foucault, 1998, p. 45)

Conviene detenerse especialmente en la siguiente cita, tantas veces recorrida como determinante:

Lamento mucho no haber podido aportar al debate que va a tener lugar ahora ninguna proposición positiva; a lo sumo direcciones para un trabajo posible, caminos de análisis. [...] Semejante análisis, si estuviera desarrollado, permitiría quizás introducir una tipología de los discursos. (Foucault, 1998, p. 47)

Una tipología de los discursos. ¿Es que Foucault nos está proponiéndonos una *clasificación*? A renglón seguido continúa afanoso el pensador francés:

[...] sin duda existen propiedades o relaciones propiamente discursivas (irreducibles tanto a las reglas de la gramática y de la lógica, tanto como a las leyes del objeto) y es a ellas a las que hay que dirigirse para distinguir las grandes categorías del discurso. La relación (o la no relación) con un autor y las diferentes formas de esa relación, constituyen —y de manera bastante visible— una de esas propiedades discursivas. (Foucault, 1998, p. 47)

Y agrega:

Creo por otra parte que se podría encontrar allí una introducción al análisis histórico de los discursos. Quizá es tiempo de estudiar los discursos [...] en las modalidades de su existencia; los modos de circulación, de valoración, de atribución, de apropiación de los discursos, varían con cada cultura y se modifican al interior de cada una de ellas; me parece que la manera cómo se articulan sobre relaciones sociales se descifra de manera más directa en el juego de la función-autor y en sus modificaciones que en los temas o en los conceptos que ellos ponen en práctica. (Foucault, 1998, p. 47)

Lacan retoma esta idea durante el curso de su Seminario, bajo el término: *el acontecimiento Freud*. Manifiesta que de ello resulta como exigencia inevitable el llamado *retorno a...*, entendido, no como un regreso a las fuentes a favor de lograr una reproducción ni idéntica ni exacta, en aras de la tan mentada fidelidad al Maestro. Muy por el contrario, se tratará ni más ni menos que de un movimiento en el que, a partir de las lagunas, de las ausencias de un texto, pueda advenir un sentido nuevo que habrá de producirse, trabajo mediante, en la temporalidad propia del psicoanálisis; la temporalidad del *après coup*, aquel *nachträglich* que Etcheverry traduce como *efecto retardado*.

Lacan, que estaba presente en aquella oportunidad, no rechaza el convite. Recoge el guante. Y, días después —más precisamente el 26 de Febrero de 1969—, en su seminario —y en un tono que merece realizarse— se aprecian los ecos de aquella magistral ponencia.

Él — [por Foucault] — encontró la forma de destacar la originalidad de esta función en el plano de una interrogación semántica, ateniéndose a su situación estrechamente

interna al discurso, y mostrando, después, que se sigue un cuestionamiento, un efecto de escisión, un desgranamiento de la relación con el discurso preponderante en lo que se llama la *Sociedad de los Espíritus o la República de las Letras*. (Lacan, 2008, p. 174)

En cuanto a Freud

[...] desempeñó en este sentido un papel fundamental. De hecho, el autor en cuestión, Michel Foucault, no sólo destacó, sino que puso a la cabeza de toda su articulación, la función *retorno a*. En el resumen que había hecho de su proyecto, la expresión se encontraba al final, y él había puesto tres puntos después. Por este solo hecho me consideré convocado, dado que nadie dio más valor que al retorno a, a propósito del retorno a Freud. (Lacan, 2008, p. 174)

Acto seguido Lacan comienza a esbozar su teoría de los cuatro discursos. Antes de dar inicio a la primera clase de su seminario *De un Otro al otro*, concretamente el día 13 de Noviembre de 1968, escribe en la pizarra en grandes letras de molde: “La esencia de la teoría psicoanalítica es un discurso sin palabras” (Lacan, 2008, p. 11). Esta idea, que ya estaba presente unos pocos meses antes, en lo que fuera el *Discurso de clausura de las jornadas sobre la psicosis en el niño* (1967), persiste férrea en los desarrollos de varios de sus seminarios posteriores.

Es al año siguiente, durante el transcurrir del seminario *El reverso del psicoanálisis* (Lacan, 1992b, p.10) que el tópico discurso será para Lacan palabra llave. Dirá entonces que el discurso, es una *estructura que excede con mucho a la palabra siempre más o menos ocasional*, aclarando que se trata de ciertas relaciones fundamentales, que suponen la existencia del lenguaje, pero que van más allá de los enunciados efectivos. De ahí en más todo *lazo social* será abordado mediante la idea de discurso.

De algún modo ya va dejando entrever que un discurso no es de nadie. Aunque este punto será introducido decididamente en el seminario siguiente —*De un discurso que no fuera (del) semblante* (1971)—, en el que continúa realizando sustanciales retoques a *la teoría de los cuatro discursos*.

Cabe anticipar que la noción de discurso viene a convulsionar, a alborotar, a conmocionar, la teoría del significante. Además, Lacan se desvela por argumentar que un discurso no podrá situarse a partir de un sujeto, aunque resulta que éste se halla sí, determinado por él.

Ahora bien, ocurre que los cuatro discursos, muy lejos de resultar una especie de casilleros donde colocar los problemas de una práctica, permiten al analista establecer relaciones siempre a modo de conjeturas provisorias e incompletas. Esta herramienta, en tanto dispositivo de lectura, hará viable entonces conjugar la palabra del analizante que, en su despliegue, rememora y actualiza el goce, a condición de no perder de vista que el discurso “ya no puede enunciarse como algo distinto de lo que se articula a partir de una estructura donde en alguna parte se halla irreductiblemente alienado”. (Lacan, 2009, p. 12)

### **De las relaciones entre el psicoanálisis y las ciencias**

Para avanzar en la dirección propuesta, resulta necesario inscribir este asunto en un marco mucho más amplio que se puede demarcar como: el problema de las complejas *relaciones del psicoanálisis con las ciencias*.

Pero, ¿cómo leer la difundida afirmación de que el sujeto del psicoanálisis es el sujeto de la ciencia? Hay quienes proclaman sin más que el sujeto del psicoanálisis

es el sujeto *forcluído* por la ciencia. Otros declaran que el sujeto del psicoanálisis es el sujeto que *funda* la ciencia moderna. En un libro de reciente aparición: *La retórica conjetural o el nacimiento del sujeto*, Ritvo (2014) objeta duramente ambas interpretaciones a las que, fiel a su estilo califica de vulgares e insostenibles.

Con el afán de ordenar el tema es pertinente situar de entrada las diferentes posiciones que han asumido frente a la ciencia Freud y Lacan. Para decirlo abreviado: Freud (1922) hace explícito su propósito de establecer una ciencia, con el modelo de la ciencia empírica, que llevará por nombre: *psicoanálisis*. Su esfuerzo estuvo dirigido a producir un saber que, aspiraba, pudiera ser transmisible. En lo relativo a Lacan (1964), una de las claves que ofrece para pensar estas relaciones puede encontrarse en aquel planteo, durante el dictado de su seminario sobre *Los cuatro conceptos fundamentales*, en el que arroja al viento una inquietante interpelación: *¿Qué orden de verdad genera nuestra praxis?*

A sabiendas de que la praxis delimita un campo, Lacan designa así a “una acción concertada por el hombre, cualquiera que sea, que le da la posibilidad de tratar lo real mediante lo simbólico”. (Lacan, 1992a, p. 14) Por su parte, Kuri otorga al término toda su importancia cuando establece que *la praxis* entreteje de un modo rústico, desprolijo, y hasta desajustado la acción, lo simbólico y lo real. Así, afirma que la *praxis psicoanalítica* que “está en los seminarios de Lacan [...], en la formación de analistas, en la sesión, en el retorno a Freud y a Lacan” (Kuri, 2016, p. 15). Para él,

La praxis nombra algo del saber (distinto del científico), y del sujeto (distinto del gnoseológico), que funda a la argumentación metapsicológica. Es en el heterogéneo ejercicio de ofrecer razones, conceptos, fragmentos de análisis, figuras, bosquejos diagnósticos, esperanzas estructuralistas, balbuceos de la clínica en supervisión, límites del discurso (lo que a veces se llama *letra*), por donde el psicoanálisis prolifera en una transmisión polimorfa, imperfecta y se constituye como praxis. (Kuri, 2016, p. 13)

Entonces, para retomar, las preguntas de Lacan en *Los fundamentos del psicoanálisis*

Esta pregunta puede cobrar una forma esotérica. *¿Qué seguridad tenemos de que no estamos en la impostura?* [...] Destaco el término impostura en mi exposición de hoy porque bien podría ser el acicate para abordar la relación del psicoanálisis con la religión y, por esa misma vía, con la ciencia. (Lacan, 1992a, p. 272)

Según Vegh,

Es bueno que cada uno registre el horizonte de su tiempo: para Freud el horizonte de la ciencia de su tiempo era la biología antivitalista de sus maestros, la termodinámica de Maxwel. Para Lacan, la lingüística estructural de Saussure, Jakobson, la lógica matemática de Frege, Gödel, Cantor. A mí, junto a todo eso que de distinto modo intento articular y no tirar por la borda, me incita la perspectiva que nos llega de la informática. (Vegh, 2015, p. 63)

Lacan va pivoteando desde la idea de que el psicoanálisis es una ciencia hasta la pregunta acerca de *¿qué es una ciencia que incluya el psicoanálisis?* En el camino incluso, propone como interrogante, *si el psicoanálisis no debe inscribirse más bien en el registro de la religión*. Cabe consignar que esta cuestión es a todas

luces recurrente, y que será desarrollada, más tarde, en su escrito *La ciencia y la verdad* (1965-66).

Lacan enfatiza que el sujeto sobre el que operamos en psicoanálisis no puede ser sino *el sujeto de la ciencia*. También, más adelante destaca que hay algún sujeto, distinto de toda forma de *individualidad empírica*; y que *la ciencia moderna, en tanto ciencia y en tanto moderna, determina un modo de constitución del sujeto*. O sea que de esa definición de la ciencia Lacan deduce una figura particular del sujeto, y de ella deriva la definición del sujeto de la ciencia: “el sujeto de la ciencia no es nada salvo el nombre del sujeto, toda vez que, por hipótesis, la ciencia moderna le determina un modo de constitución” (Milner, 1996, p. 35). Al sujeto de la ciencia no le sentarán las marcas cualitativas de la individualidad empírica, ya sea esta psíquica o somática. Tampoco le sentarán las características cualitativas de un alma, no es ni mortal ni inmortal, ni puro ni impuro. Este es el existente que el *Cogito* hace emerger.

Esto, como ya habrán comprendido, traza algo así como una divisoria de aguas entre ciencia y psicoanálisis —aunque, sabemos, la posición de Lacan con respecto al psicoanálisis como ciencia no careció de oscilaciones y ambigüedades. De todos modos, parece aceptable que si la ciencia queda situada inevitablemente del lado del enunciado, de los enunciados —justamente porque se constituye como tal forcluyendo al sujeto de la enunciación— si queda del lado de los enunciados, y por ello se vuelve apta para su transmisión universitaria, el psicoanálisis, en cambio —y esto a riesgo del embotamiento de su cortante filo—, debe situarse decididamente del lado de la enunciación. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 5)

Enunciación que más allá del enunciado asoma como “ese plus del decir que indica desde donde se organiza el discurso” (Gerber, 2014, p. 127), pero que tiende a esfumarse

[...] si la ciencia se constituye por la forclusión del sujeto —de ese sujeto que es el sujeto de la ciencia—, no queriendo saber nada de ese sujeto —que retornará entonces en los *impasses* de la formalización—, el psicoanálisis, en cambio, se especifica por la reintroducción de este sujeto [...] por el simple procedimiento de darle la palabra. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 3)

Posibles desvíos...

Pero digamos, en cambio, que magia y ciencia son algo así como dos riesgos que corremos los psicoanalistas cuando nos ponemos a hablar: la magia se transmuta rápidamente en psicoterapia, y la ciencia se degrada rápidamente en discurso universitario. La cuestión, entonces, es la siguiente: ¿cómo conservar, cuando hablamos entre nosotros de nuestra común experiencia, la especificidad de lo que sería, distinguiéndose de esos otros, el discurso psicoanalítico (Rodríguez Ponte, 1994, p. 3)

Lacan llega a plantear en 1978 que el analista está forzado a reinventar el psicoanálisis, dado que es intrasmisible. Solo el saber que es posible extraer de su práctica se puede transmitir. Un saber en el que la enunciación está ausente, desde ya que no se trata aquí del *saber del inconsciente*.

Le Gaufey ubica la distinción entre el psicoanálisis y la ciencia para desplegar lo que señala como una particular peligrosidad para la transmisión. Distingue dos vías diferentes y hasta divergentes.

Por un lado, la vía universitaria, que le ofrece al psicoanálisis la consistencia de un saber de enseñanza superior, con sus grados, sus titulares, sus diplomas, su público regularmente renovados; por el otro, más bien relegada en las instituciones y otras escuelas a pesar de su modelo abiertamente médico, se ha instaurado una clínica que, flanqueada sin otra forma de juicio por el adjetivo *psicoanalítica*, aspira a aquello que el saber universitario ni siquiera pretende: transmitir lo más intenso de la experiencia analítica, más allá de las diversidades teóricas que se consideran irreductibles; e instalar con ello al psicoanalista en su legitimidad operativa. (Le Gaufey, 2009, p. 147)

Ahora que, para este autor, semejante apuesta padece de una suerte de *carencia constitutiva*. Una especie de *defecto* que presenta de este modo.

El psicoanálisis, estando obligado a rechazar cualquier tercero en su dispositivo, no puede producir un signo clínico [...] observable por cualquiera, lego o letrado. ¿Cómo puede constituirse una clínica que es incapaz de ofrecer a los signos que promueve el espacio donde se desplegarían sin otro artificio?" (Le Gaufey, 2009, p. 148)

### **Las matemáticas de Jacques Lacan**

En cuanto a la relación de Lacan con las matemáticas, ésta puede caracterizarse ciertamente como original. Desde el *Informe de Roma* (1953) las matemáticas han estado presente de un modo u otro en sus elaboraciones, muchas veces como recurso metafórico o instrumental.

En la segunda parte de *Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis*, se lee:

Pues el descubrimiento de Freud es el del campo de las incidencias, en la naturaleza del hombre, de sus relaciones con el orden simbólico, y el esclarecimiento de su sentido hasta las instancias más radicales de la simbolización en el ser. Desconocerlo es condenar el descubrimiento al olvido, la experiencia a la ruina. (Lacan, 1985d, p. 264)

Sin ninguna pretensión de exhaustividad es de destacar que Lacan ubica por entonces en las matemáticas *las instancias más radicales de la simbolización* y propone su célebre *triángulo epistémico* formado por: las matemáticas, la historia y la lingüística.

Comenta Charraud que

Estas disciplinas son efectivamente aquellas que van a aportar los instrumentos para comprender el significante, la temporalidad y la estructura. Si bien es cierto que se pueden distinguir en la enseñanza de Lacan dos períodos importantes: el primero en torno al significante, y el segundo período alrededor del matema, esto no quita que el proyecto inicial es claro de entrada. (Charraud, 1997, p. 7)

¿A qué proyecto se refiere?

[...] el de llevar el descubrimiento de Freud hasta sus consecuencias más radicales; las incidencias del orden simbólico en la naturaleza del hombre no están en el campo de la hermenéutica, sino en el de la lógica y en el de las matemáticas. (Charraud, 1997, pp. 7-8)

La autora explicita:

Después de la teoría de los juegos y de algunos resultados elementales que se refieren a los números y sus límites, es sobre la topología que Lacan trata de fundar una teoría del sujeto [...] Cada una de estas tentativas extrae de los objetos matemáticos herramientas sólidas para la transmisión. (Charraud, 1998, p. 8)

A este respecto, cabe poner de relieve que, a lo largo de lo que se ha dado en llamar *su enseñanza* abundan las referencias a la topología, la teoría de los conjuntos, a la lógica, etc. Al procurar distinguir diferentes tiempos Couso aclara que

[...] esos diferentes momentos no se entenderán como etapas y mucho menos con la idea de que una etapa supera a la anterior. Concibo la idea de escrituras con la significación de diferencias: cada una de ellas posibilita un decir sobre un real que así puede connotarse pero, al mismo tiempo, tiene un límite en lo que posibilita, haciendo necesarias nuevas escrituras que relancen el proceso. No se trata de invalidar o superar lo anteriormente planteado, sino de posibilitar nuevas ideas a articular. (Couso, 2017)

“[...] los estoicos iniciaron lo que actualmente se llama lógica proposicional y hacia la mitad del siglo XIX, se fue transformando en lógica matemática. [...] Leibniz y luego Peano, Frege, y Russell van planteando una estrecha relación entre las dos disciplinas”. (Jasiner, 2007, p. 150)

Con respecto a

El último período (siglo XX) supone la aparición de lógicas divergentes, es decir, lógicas que no respetan alguno de los rasgos característicos de la clásica lógica aristotélica binaria en cuanto a una proposición sólo admite dos valores: verdadero o falso. (Jasiner, 2007, p. 150)

Comienzan a surgir nuevas lógicas que admiten otras posibilidades. Ahora, se dirá que la lógica en la que se abreva, modeliza, indudablemente, las intervenciones que el analista realice. Pongamos por caso el ejemplo del ya mencionado DSM que se organiza al modo de una arbitraria colección de elementos. Una sumatoria de categorías que, sin ninguna relación más que la de estar numeradas una detrás de la otra, se agrupan sin ninguna jerarquización. Y, hasta podría llegar a decirse, sin ninguna lógica, aparente. Una propuesta estrechamente relacionada con la escritura de los discursos es la que se desprende de la teoría de Cantor. En el siglo XIX este matemático hace avanzar la idea de que todo discurso, valga el lapsus, todo conjunto incluye el conjunto vacío. Y es ahí donde abreva la lógica de la incompletud. Dicho de otro modo, no hay conjunto universal, ni universo de discurso. Siempre queda un remanente. Algo resta por fuera. Es Russell quien al inicio del siglo pasado plantea la cuestión de la inconsistencia.

Hasta Gödel los matemáticos creían que nada al interior de su discurso podía quedar sin demostración. Pero Gödel golpeó con tanta soberbia demostrando que la matemática es *esencialmente incompleta* y que ningún sistema podría abordar la teoría de los números, salvo que se tratara de un sistema de contradicciones, minando en cierto modo los fundamentos sobre los que se había construido esa ciencia hasta el siglo XX. [...] Propuso que siempre habrá enunciados que seguirán siendo indemostrables e indecidible. (Jasiner, 2007, p. 153)

Para Franco

[...] es la relación entre la lógica y la escritura lo que permite a aquella enfrentarse con la verdad. En este último plano la primera definición, se diría tajante, de Lacan es la verdad no es immanente al pensamiento; decir como nuestro autor lo sugiere: *Moi, la vérité je parle* implica ubicar la verdad más cerca de la enunciación —el *Je*— que del enunciado. En este sentido nuevamente retorna a Freud y a la pista que, en su búsqueda de la verdad, nos da la relación con *El hombre de los lobos* al decirnos que, en definitiva, lo que importa en la escena —que sin duda es fantasmática— es saber cómo el sujeto ha podido verificarla en su ser y por su síntoma. (Franco, 2011, p. 28)

Dice además, poniendo negro sobre blanco que: “En este sentido llevar las cosas al plano del significante, como el mismo Freud lo hizo, puede ser útil puesto que es del juego del significante que la verdad quedará, al menos a esta altura del recorrido, suspendida” (Franco, 2011, p. 28) Se trata entonces de una cuestión de escritura. Ahora que, el problema se complejiza por tratarse del plano del decir.

En efecto, allí la duplicidad del sujeto, dividido radicalmente entre enunciado y enunciación, pone trabas a la solución lógica puesto que impide, por ejemplo, decir lo verdadero sobre lo verdadero toda vez que no hay significante que pueda significarse a sí mismo. (Franco, 2011, p. 32)

No hay *sujeto* en psicoanálisis más que de un decir, y el decir, —esto es ineluctable—, introduce lo imposible. En la definición del sujeto como causado por la relación intersignificante, Lacan plantea a priori, algo que impide para siempre atraparlo. Sin embargo, este sujeto, deja a su paso su estela, testimonio de una diferencia irreductible a sí misma. Lacan llama sujeto “al efecto de desaparición del *subjectum*. Ese efecto es el rastro de una constelación perdida”. (Ritvo, 1986, p. 67).

### ***La incompletud de lo simbólico o Una falla en el universo***

Apelar a una función matemática no es sólo un tributo de los problemas inherentes a la transmisión de esta ciencia conjetural que es el psicoanálisis —vertiente que habitualmente se recalca— sino que, nos interesa subrayarlo, fundamenta la posibilidad de definir la estructura [...] (Glasman, 1984, p. 49)

En este caso, se trataba para la autora de la estructura de la interpretación. Glasman, en su artículo tantas veces citado sobre *El número de oro*, comenta los desarrollos de Lacan en *La lógica del fantasma*, y en algunos seminarios anteriores. Recuerda entonces, por ejemplo, aquella referencia al problema de lo inconmensurable cuando al considerar el problema del *Yo en la teoría freudiana*. En ese entonces Lacan se sirve de los números irracionales. Así Glasman afirma que, éstos

[...] resaltan la función de desgarro, de intervalo en el seno mismo del discurso, función que permite ir más allá de lo que se relata en la experiencia analítica [...] El número irracional tiene el valor de designar con justeza una función que la lógica perversa del Yo deniega al obturar con presencias un desgarro que insiste en repetirse como tal. (Glasman, 1984, p. 49)

Desgarro de la imagen. Agujero constitutivo de lo simbólico. “Lo irracional se presenta en la historia de las Matemáticas, bajo la forma de una falta: no hay medida

común entre la diagonal del cuadrado y la longitud de sus lados”. (Glasman, 1984, p. 49)

Ya en el año 1964, trabajando sobre los fundamentos del psicoanálisis Lacan vuelve sobre el *objeto a* para decir que es algo de lo cual el *sujeto*, en tren de constituirse, se separó como órgano. Vale por su relación con la falta. No se trata, desde luego, de un objeto empírico ni tampoco de uno teórico sino de aquello que *resta*. De aquello que resta al gran Otro. Se trata de un agujero en el terreno de la representación que no existe más que como falta. Por tanto, “La falta entonces, no surge de la confrontación de una partenaire con el otro, sino de cualquiera de los dos con la idea de unidad” (Glasman, 1984 p. 65)

Es la misma estructura del significante lo que condiciona la idea de unidad. El sujeto al que representa no es unívoco. Por la propia estructura de la representación no hay significante capaz de apresar lo real del sujeto. Apenas puede contornearlo. Presencia hecha de ausencia que siempre fracasa. El significante repudia la ilusión de lo pleno, rechaza la categoría de lo permanente.

El S1 no es el representante final y definitivo, el que representa por completo al sujeto. Por el contrario, es el que escribe la diferencia, el quiebre, el hiato insalvable que lo separa de ese sujeto al que no-todo representa. Un sujeto es tan representado como irrepresentable, es tanto aquello que la representación amarra como aquello que escapa a la representación. (Couso, 2005. pp. 102-103)

Lacan (1964) introduce *el par ordenado* e insiste en la idea de que el sujeto, al producirse como efecto —y fuera de conjunto—, dibuja un hueco en la estructura.

El sujeto está incluido en el significante, pero sólo como excluido. El significante es tanto lo que lo incluye como la marca de su exclusión.

El sujeto está entre dos significantes. Es su división misma entre S1 y S2- Pero S1-S2 no son heterogéneos: mientras uno mira hacia la cara real, el otro lo hace hacia la simbólica. (Couso, 2005. pp. 107-108)

El significante es fundante del sujeto del inconsciente que Lacan presenta en los *huecos del sentido* como discontinuidad en lo real, *función de corte* en el discurso. Es que su tiempo —el del sujeto— flota suspendido entre la emergencia y la desaparición. La indeterminación del sujeto por venir, —entre ese que *va a ser* y el que *ya ha sido*—, en el que eclipsado por el sentido, desaparece aplastado por el significante que llega para representarlo, y fracasa, ya se verá.

El S1 del significante que no se significa a sí mismo, acarrea efectos para el sujeto, efectos de *pas de sens*, de sinsentido y de paso de un nuevo sentido. Por ejemplo en el seminario *Encore* lo escribe así: S1 (S1 (S1 (S1 → S2)). Ahí tenemos el S2 y el S1, el par significante. (Karothy, 2010, p. 105)

Lo interesante es que

Si entre esos dos se produce una coalescencia, haciendo del significante un signo, otro S1 introduce la incompletud. A su vez, y nuevamente, como los significantes hacen una unidad —que es lo indicado por el paréntesis— otro S1 reintroduce la incompletud del significante que no se significa a sí mismo, y así la serie continúa. Esta es solo una de las maneras en las que Lacan escribe la lógica de la incompletud. (Karothy, 2010, p. 105)



En la clase del 21 de enero de 1970, del seminario *El reverso del psicoanálisis*, dijo Lacan que “no hay consistencia en un sistema lógico, por débil que este sea, tal como se dice, que no indique su fuerza por un efecto de incompletud, en el que marca su límite”. (Lacan, 1992b p. 71) Es decir que es la incompletud aquello que le confiere su poder.

Lo podemos llamar S1 porque introduce la incompletud en S2, pero también lo podemos llamar falo simbólico, que introduce la incompletud en el Otro y hace de este un Otro. También, Nombre del Padre, y decir que como tal introduce la incompletud en el deseo de la madre. (Karothy, 2010, p. 105)

Lo que Karothy busca resaltar es que esa incompletud gravita anticipando de modo larvado lo que habrá de venir, a saber: *la lógica del no-todo*.

[...] esta lógica de la incompletud es condición, anterior e indispensable para, si seguimos el bucle, alcanzar luego el “no todo”. Esto es relevante porque sitúa el “no todo” en dependencia de la función fálica. [...] Sin la lógica de la incompletud no se alcanza el no todo, la inexistencia del Otro, lo imposible como lo que no cesa de no inscribirse [...] (Karothy, 2010, p. 106)

El noviembre del año 1968, Lacan indica en su seminario que el punto donde el sujeto se significa es un punto *exterior* al Otro. Y, en lo que se refiere al objeto *a*, afirma que

[...] esta estructura —por cuanto podemos darle algún soporte imaginario— [...] no es otra que el objeto *a*, en la medida que el objeto *a* es el agujero que se designa en el nivel del Otro como tal cuando se lo examina en su relación con el sujeto. (Lacan, 2008, p. 55)

En cuanto a que “el resto funcione como causa tiene como implicación lógica directa que el sujeto no coincide con el resto”. (Ferreyra, 1995, p. 55)

Se supone que en toda representación de un sujeto, de un significante para otro significante, hay un resto. Entonces, entre S1 y S2 se juega tanto esta representación de la existencia de un sujeto —porque lo representa para otro significante— como un resto de esa operación que es el producto de lo que puede ser representado. [...] Lacan en *L'Étourdit* dice: “*Que se diga queda* —en francés: *reste* que es tanto la 3ª persona singular del verbo, como también, resto— *olvidado detrás de lo que se dice*”. (Ferreyra, 2005, p. 164)

El *objeto a* —separador— hace obstáculo a cualquier tentativa de *totalización*. Ocurre que, merced a la operación de separación —desbrozada puntillosamente por Lacan en el curso su Seminario 11, *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* (1964) — se producirá, ineluctable, la caída del *a*.

Al decir de Fraco,

[...] como resultado de la operación de separación y en el acto de constitución subjetiva, se producirá la caída del objeto *a* al que, pese a sus esfuerzos, el significante o podrá proporcionar nunca un sentido. Se trata, sin duda, de una primera puntada necesaria para efectuar, en la doctrina del significante [...] (Franco, 2011, p. 21)

Es —podría decirse— por el mismo sesgo que Lacan en *El saber del psicoanalista* dice de lo real que es absolutamente inabordable, salvo por una vía matemática. Lacan apuesta al *matema* en tanto es lo que del lenguaje permite tocar lo real (2/12/71 y 4/11/71). Por consiguiente, una pregunta que tal vez exceda esta investigación, puede quedar esbozada: ¿cuál es la incidencia clínica del viraje teórico que Lacan produce a partir de formalizar *su invento*: el objeto *a*? Por lo pronto, y en tanto *no hay universo de discurso...* no habrá lugar para objetos totales —como las lunas llenas, parafraseando a Lacan en su seminario sobre *Los escritos técnicos de Freud (1953-1954)*— ni para reparaciones, ni proporciones: *Lógica de la esfera*. Caída de la ilusión de armonía y completud. Inadecuación. Partición desigual. Asimetría.

## Matemas

Si bien Lacan insiste en que su meta, su ideal, la escritura del matema, es un logro de formalización, es oportuno señalar que, como él mismo lo destaca, esta escritura no puede prescindir del *decir* (1973). Entonces, se trataría de lo escrito, y lo que se dice de lo escrito. Lacan (1972) establece una medular distinción entre hablar y decir. Una palabra que funda un hecho, eso es un *decir*, concluye. Esto lo conduce a una idea interesante: la que permite afirmar que *decir* tiene estructura de *acto*. Lacan no tiene reparos en afirmar que aun cuando haya una escritura, —sean los matemas, la topología o la lógica—, siempre habrá algo que va a hacer falta y es la palabra hablada, la palabra articulada. (Lacan, 2005, p. 47)

En clave lacaniana, el significante es signo de un sujeto, es decir que es signo de un efecto (Di Matteo, 2007, p. 67). E introduce en el todo un agujero, el agujero irreductible de la *Urverdrangung*, del agujero en la estructura. “Desde el momento en que el ser humano habla estamos extraviados, se acabó la perfección armónica de la copulación” (Lacan, 1992b, p. 34). Esto supone que, justamente ahí donde es representado, el sujeto que nos interesa, ese sujeto fulgurante, inaprensible, que surge como producto de la articulación significante, está ausente. Lo que distingue al sujeto es que él no podrá ser localizado sino como *siendo habiendo sido*, o quizá convenga decir, *après coup*.

Es por la vertiente del embarazoso asunto del sujeto, que Lacan muestra como referencia —dado que no puede mostrar su presencia— lo que designa como la función del palote, del elemento, del trazo distintivo, del *einzigsten Zug*: rasgo unario. Identificación mayor del *ser* marcado como uno. Forma más simple de la marca que borrando las diferencias cualitativas hace posible aprehender la paradoja de su función de alteridad radical. Soporte de la diferencia y de la unicidad, origen del significante. Corte que hace marca en lo real.

En suma, el *einzigsten Zug* es aquel con el cual se signa la repetición como tal. Efecto de la operatoria de lo simbólico sobre lo real que trae como consecuencia que cada elemento vale por uno.

Repetición. Ciclo. Retorno. Figura del cazador marcando el número. Modelo de la necesidad de satisfacción. Fracaso. La repetición, que es la del significante, produce una pérdida en la identidad del sujeto, pérdida que Lacan nombra *objeto a*. “[...] no hay repetición que no siga produciendo restos en cada uno de sus tiempos de retroceso” (Glasman, 1984, p. 64). Este resto de la división del sujeto la ciencia no puede reabsorberlo, aunque los científicos muchas veces lo pretendan. El psicoanálisis interroga ese resto, irreductible. El objeto *a* no tiene ningún valor de uso y, como anuncia Lacan en 1969, tampoco tiene valor de cambio. Quizá no sea ocioso recordar que el uso enrarecido que el psicoanálisis hace del significante

incomoda a los lingüistas. Por otra parte, el *objeto a* —tal como Lacan lo ha formalizado— es capaz de hacer objeción a cualquier totalización; lo que equivale a postular que hace tope a cualquier empeño clasificatorio.

Según Álvarez (2003), la teoría de los cuatro discursos de Jacques Lacan resulta una puesta a punto, una *formalización lógico algebraica del lazo social*. Es desde esta perspectiva que devienen referencias ineludibles para este trabajo, las producciones en el campo de las matemáticas (lenguaje sin sentido). La autora, que ha desarrollado su investigación en el ámbito de la Universidad Nacional de Rosario (UNR), elaboró valiosos aportes sobre la *escritura* que propone el maestro francés, para concluir su investigación haciendo claras referencias a cuestiones de la clínica, específicamente se ocupa del problema del *deseo del analista*.

Interesa especialmente a esta tesis considerar la importancia de abordar la cuestión de los discursos en Lacan desde un punto de vista que posibilite extraer las consecuencias clínicas que estos desarrollos arrojan. Se parte de la idea siempre reiterada con la que Lacan machacaba en cada ocasión en que se servía de lo que al comienzo nombraba por ejemplo, pequeño cuadrado o esquema. Redunda en que no se trata de un sistema del mundo. A penas un sistema de orientación de nuestra experiencia.

Cuando *mordido por Freud*, Lacan retoma las estructuras freudianas, añade una fuerte tesis decisiva: *El lenguaje es condición del inconsciente*. Esto es sumamente importante ya que difiere sensiblemente de cierta versión inaceptable levantada por algunos de sus ¿lectores? en el Coloquio de Bonneval de 1960. Una versión que Lacan objeta duramente mientras la caracteriza de universitaria: “[...] no es lo mismo decir que el inconsciente es condición del lenguaje que decir que el lenguaje es condición del inconsciente. Lo que digo es que el lenguaje es la condición del inconsciente”, espeta. (Lacan, 1992b, p. 43)

A fin de cuentas, estructura y significante se presentan como indisociables. Lo propio del significante es no poder significarse a sí mismo. Un significante, en cuanto tal, no significa nada. Gracias a eso, es capaz de dar significaciones diversas. Su función será ser el punto de amarre desde donde el sujeto se constituye. Algo es significante, no en tanto todo o nada, sino en la medida en que un signo está ahí para no significar nada. A diferencia del signo, lo que distingue al significante es solamente ser lo que todos los otros no son. Es decir, no ser más que diferencia. Más bien, sirve para connotar la diferencia en estado puro y permite escapar a *los señuelos del signo*. Es el significante el que introduce la diferencia en lo real, justamente por no tratarse de diferencias cualitativas. Una distinción esencial se introduce

La distinción del significante está ahí. Tomo constancia del signo como tal. El acuse de recibo es lo esencial de la comunicación en tanto ella es, no significativa, sino significante. Si no articulan fuertemente esta distinción, recaerán sin cesar en las significaciones que sólo pueden enmascarar el resorte original del significante en tanto que ejerce su función propia. (Lacan, 1995a, p. 269)

El significante es punto de amarre que insiste, nunca como lo mismo. Allí reside su fecundidad. Es en tanto que pura diferencia que la *unicidad*, en su función significante, se constituye.

[...] en tanto que tal el significante, no solamente no está sometido a la ley llamada de contradicción, sino que incluso, para hablar con propiedad, es su soporte, a saber, que

A es utilizable en tanto que significante en la medida en que A no es A. (Lacan, 1961-1962a)

El orden significante se distingue del orden de la significación.

Conceder [...] prioridad al significante sobre el sujeto es, para nosotros, tener en cuenta la experiencia que Freud nos abrió de que el significante juega y gana, si puede decirse, antes de que el sujeto se percate de ello, hasta el punto de que en el juego del *Witz*, del rasgo de ingenio, por ejemplo, sorprende al sujeto. Con su *flash*, lo que ilumina es la división del sujeto consigo mismo. (Lacan, 1985e, p. 819)

La siguiente cita se revela prometedora para este propósito, pues desbarata la ilusión que garantiza contar con un Otro (macizo, cristalizado y hasta, personificado, ¿por qué no?). Un Otro, *ya allí*. Conviene demorarse en esto un tiempo más. Llegados al punto de dar cuenta de las operaciones de la realización del sujeto en su dependencia significante respecto del lugar del Otro que allí está puesta en juego. Es lo que se llama *enajenación*, e implica que ningún sujeto puede *ser causa de sí*.

El significante, produciéndose en el lugar del Otro todavía no ubicado, hace surgir allí al sujeto del ser que no tiene todavía la palabra, pero al precio de coagularlo. Lo que allí *había* listo a hablar —esto en los dos sentidos que el pretérito imperfecto, en francés como en español, da al *había*, el de colocarlo en el instante anterior: estaba allí y ya no está, pero también en el instante siguiente: un poco más y estaba por haber podido estar—, lo que *había* allí desaparece por no ser ya más que un significante. (Lacan, 1985e, p. 819)

¿Qué decide entonces la ubicación de ese Otro? Ese Otro, *lugar de la palabra y las leyes del lenguaje*. Verdadero interlocutor. ¿Qué partido será posible sacar de esta cita que tiene toda su importancia en cuanto a la potencia que encierra a la hora de interrogar la función del diagnóstico en la clínica psicoanalítica? ¿Podrá articularse con la idea de un analista *siendo parte del cuadro* que Lacan trabaja sirviéndose de *Las Meninas* de Velázquez cuando en 1967 se ocupa de la transferencia, que como se lee en *Intervención sobre la transferencia* (1951) es siempre capaz de orientarlo? Pues, si el Otro no es ubicable sino a partir del decir del analizante, cada vez, en cada encuentro, recibir a un analizante *desde un diagnóstico* —ya allí— no conseguirá sino lapidar la chance de un sujeto todavía por venir. Una vez iniciada la partida, habiendo dejado ese lugar vacío, sólo entonces podrá el sujeto advenir. Si el analista se anticipa, entonces, no habrá juego posible.

Lacan sostiene en *El reverso* que al emitirse hacia el saber —medio de goce— el significante amo, S1, produce y determina la castración. Pero, ¿qué hay que entender por significante amo? Pues,

Al comienzo, ciertamente no lo hay. De algún modo todos los significantes son equivalentes, porque sólo juegan con la diferencia de cada uno respecto de todos los demás, por el hecho de no ser los otros significantes [...] cada uno de ellos es capaz de adquirir la posición de significante amo, precisamente por lo siguiente, porque su función eventual es representar a un sujeto para cualquier otro significante. (Lacan, 1992b, p. 93)

Es interesante la contribución que hace Kuri en su ensayo sobre la *contingencia* en psicoanálisis: *Nada nos impide, nada nos obliga*. Un libro que — como él mismo concluye—, cuando indaga sobre la contingencia penetra en el

problema del sujeto. Y es la subversiva noción de *sujeto* —dice terminante— la intervención más fuerte de Lacan sobre Freud.

El hecho de que el sujeto no tenga lugar conceptual en el aparato psíquico freudiano y que sin embargo se pueda leer en los problemas metapsicológicos —no únicamente en los tópicos—, como estado pendiente de la teoría, como una especie de espera a su intervención, ha constituido una de las líneas de fuerza de mayor vigencia del inicial “retorno a Freud” propuesto por Lacan; una vigencia que debería reencontrarse hoy en un “retorno a Lacan”. (Kuri, 2016, p. 18)

El planteo de Kuri apunta a señalar el sinuoso itinerario que va del *aparato psíquico freudiano* al *sujeto lacaniano*, a condición de que en el recorrido no se busque producir un encastre armonioso.

*En el pasaje del aparato psíquico al sujeto se recupera la temporalidad que trabaja de manera implosiva en la tópica freudiana. [...] el problema no es la cuestión espacial sino la atrofia que se produce al conjugar inconsciente y sujeto.* (Kuri, 2016, p. 24)

Durante el recorrido por el Seminario sobre *La Identificación* —seminario que marca un punto de viraje fundamental en su concepción acerca del sujeto— Lacan toma, definitivamente, distancia de la idea de intersubjetividad.

[...] el hecho de definir al significante como lo que representa a un sujeto para otro significante cambia radicalmente la perspectiva y hace imposible, ya, poner el énfasis en la relación de sujeto a sujeto. Muy por el contrario, debe pensarse en un lazo que se produce entre un significante y Otro, primer paso hacia la indexación del significante que, [...] se producirá algunos años después. (Franco, 2011, p. 10)

El sujeto es efecto del significante, no lo antecede. “El significante es primero y fundante del sujeto”. (Gerber, 2014, p. 125) “Sujeto es un sustantivo de lugar vacío, un nombre de nombre. [...] una función de exterioridad íntima, una función de extimidad”. (Porge, 2007, p. 121) Se verá que a mediados de los años sesenta

¿Qué sujeto? Ese sujeto que deviene el analizante al tomar la palabra[...] para, entonces, ya no saber lo que dice. Dicho de otro modo: el sujeto dividido por la primacía del significante sobre el significado en los efectos de significación, o, en otros términos, el sujeto como corte en acto entre enunciación y enunciado. (Rodríguez Ponte, 1994, p. 3)

Lacan procura poner en causa el ser del sujeto.

[...] todavía es de actualidad, este año, que el ser del sujeto está hendido —Freud de todas las formas no hizo sino repetirlo de todas las formas, después de haber descubierto que lo inconsciente sólo se traduce en nudos de lenguaje y tiene entonces un ser de sujeto—[...] (Franco, 2011, p. 10)

### **¿Qué es el significante lacaniano?**

Ese que Lacan articula —a justo título— como *su significante*, y que a lo largo de *su enseñanza* fue dicho de muchas maneras. En ocasiones, recurriendo incluso a la topología.

El significante —tal como lo promueven los ritos de una tradición lingüística que no es específicamente saussuriana, pues se remonta hasta los estoicos desde quienes se

refleja en San Agustín— debe estructurarse en términos topológicos. En efecto, el significante es primero aquello que produce efectos de significado, y es importante no elidir que entre ambos hay una barrera que franquear. (Lacan, 1995b, p. 27)

Una vez más, ¿qué es *un* significante? Lacan puntualiza:

Un, colocado delante del término, está usado como artículo indeterminado. Supone ya que el significante puede ser colectivizado, que puede hacerse una colección de significantes, hablar como si fuese algo que se totaliza. [...] no es la palabra lo que puede venir a fundamentar el significante. El único punto donde la palabra puede coleccionarse es el diccionario, donde queda clasificada. Para hacérselos sentir, podría hablar de la frase que es, ella también, *unidad significante*. (Lacan, 1995b, pp. 27-28)

En 1972, Lacan acentúa la *necedad del significante*.

El asunto es que el discurso analítico introduce un adjetivo sustantivado, la *necedad*, en cuanto que ella es una dimensión en ejercicio del significante. [...] Como hoy ando dándole vueltas a lo del inconsciente estructurado como un lenguaje, sépase: esta fórmula cambia totalmente la función del sujeto como existente. (Lacan, 1995b, pp. 30-31)

No es suficiente

[...] con \$ la *existencia de hecho* del sujeto en tanto hablado, barrado, por el significante, esto no es suficiente para determinar su *existencia lógica*. En efecto, la existencia lógica del sujeto sólo es posible si existe ese resto denominado *a*. (Franco, 2011, pp.15-16)

Con estas *necedades* Lacan se zambulle en el sujeto del inconsciente, cuando trabaja la *regla fundamental*.

El sujeto no es el que piensa. El sujeto es propiamente aquel a quien comprometemos, no a decirlo todo, que es lo que le decimos para complacerlo —no se puede decir todo— sino a decir *necedades*, ahí está el asunto. Con estas *necedades* vamos a hacer el análisis [...] (Lacan, 1995b, p. 31)

Tal vez sea pertinente agregar que tampoco se le pide que diga la verdad, que sea sincero. Sólo que hable. Que diga todo lo que se le ocurra. “Será maravilloso”

Se dijo que un significante representa a un sujeto para otro significante, no para otro sujeto. Entonces ese *estar representado para* implica su inevitable división. El analista detecta esta escisión en su práctica cotidiana. La admite en su base. Se trata de la división del sujeto entre verdad y saber. El sujeto que *bascula entre* dos significantes, no hace discurso, está hecho por el discurso. No deja de ofrecer dificultad que el sujeto sea presentado como una suerte de hendija. Un sujeto inasible, que emerge fugaz en un movimiento de pulsación repetida, apareciendo y desapareciendo. El sujeto del que se trata, —corte en acto entre enunciado y enunciación— aquel cuya huella seguimos, no es sino, el sujeto del deseo. (Lacan, 1962) Es que *sólo habrá sujeto en tanto que este se desvanece bajo el sentido o en tanto que el sentido lo hace desaparecer como ser* (Lacan, 1964). Pero, el significante es llamado a significarse a sí mismo: es la línea que vuelve en la

segunda vuelta, y lo hace como si pretendiera tocarse en un punto. Y, justamente nunca se toca, entonces, no es el mismo significante, no es unívoco. Un significante es solo lo que los otros no son. Dado que es diferencia, pura diferencia, para advenir significante debe repetirse (se necesita al menos dos). Es en esa repetición que podrá ubicarse, precisamente, la diferencia. Se repite buscando lo idéntico, la significación absoluta. Es que el significante es, al mismo tiempo, causa material del goce. Lacan lo sitúa a nivel de la *sustancia gozante*. Y finaliza sosteniendo que es su término, es decir, lo que hace alto en el goce.

Es necesario recordar una vez más el carácter disidente de la noción de sujeto en Lacan.

Justamente en la medida en que nuestro hombre consienta en no pensar, podremos, a lo mejor, saber algo un poquito más preciso, podremos sacar algunas consecuencias de los dichos; dichos de los que no cabe desdecirse, según las reglas del juego. De allí surge un decir que no llega siempre hasta poder existir al dicho. A causa de lo que le ocurre al dicho como consecuencia. Esta es la prueba donde, en el análisis de quienquiera, por necio que sea, puede alcanzarse algún real. (Lacan, 1995b, p. 31)

En psicoanálisis, aquello que se enuncia como significante se le da una lectura diferente de lo que significa. En el nivel del que se trata es la significancia lo que produce efecto de significado. No sólo se trata de un sujeto que no deja huella, más aún, lo que lo caracteriza y distingue de otros organismos vivos, es que puede hacer desaparecer sus huellas. Lacan en el seminario en que trabaja el *semblant*, dictado inmediatamente después de *El revés del psicoanálisis*, esboza una distinción fundamental a partir de la idea de los guijarros que esparce Pulgarcito.

Basta que un ser pueda leer su huella para que sea capaz de reescribirla en un lugar distinto de ese donde la había producido primero. En esta reinscripción se halla el lazo que lo hace desde entonces dependiente de otro cuya estructura no depende de él. [...] Para que se perciba mejor la dimensión original de lo que está en juego, lo llamaré en última instancia *el que reemplaza sus huellas por su firma*. (Lacan, 1992b, p. 286)

Entonces

Reinscribir es borrar la traza como primer cifrado de goce haciéndolo perder su fijeza, posibilitando el deslizamiento y la sustitución significante. En cierto sentido escribir es borrar. La firma dibuja la barra —introducida originalmente por el signo saussuriano— que impide al significante quedar coagulado como significado. (Couso, 2006, p. 46)

Cuando se pone en primer lugar un signo que más tarde se anula, así, desde esas huellas borradas, nace el significante. En la clase del 12 de diciembre de 1962 del seminario *La angustia*, Lacan establece que “El significante revela, sin duda, al sujeto, pero borrando su huella”. El significante repudia la categoría de lo eterno. Se da de patadas con la perpetuidad del ser.

La definición de sujeto como un significante que lo representa para otro significante, da cuenta de la *repetición inaugural*. Repetición que apunta al goce. Dice Lacan que esto tiene cierta relación con lo que del saber está en el límite y se llama goce. Un goce que en la práctica se presenta opaco e inconmensurable. Por otra parte, hay que destacarlo: no es lo mismo hablar de *subjetividad* que de *sujeto*.

Para Lacan la subjetividad puede ser formulada como “un sistema organizado de símbolos que aspira a abarcar la totalidad de una experiencia, animarla y darle su

sentido". Y en otro lado dice que "El deseo es a la vez subjetividad [...] y al mismo tiempo lo más opuesto, se opone allí como resistencia, como una paradoja, como un núcleo rechazado" (González, 2016).

En el análisis el sujeto que se desliza en la cadena significante se constituye por un discurso donde la mera presencia del analista aporta la dimensión del diálogo. Posteriormente, en su escrito *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis* (1958), llama la atención sobre cómo Freud nombró al inconsciente.

[...] con un término que le había impresionado de Fechner [...] otro escenario; lo repite veinte veces en sus obras inaugurales [...] pasemos a la formulación científica de la relación de ese Otro del sujeto [...] "para fijar las ideas" aplicaremos dicha relación en el esquema L [...] que significa que la condición del sujeto S (neurosis o psicosis) depende de lo que tiene lugar en el Otro, A. (Lacan, 1999, p. 530)

Y se verá que lo que tiene lugar allí es *el discurso del Otro*.

[...] es articulado como un discurso (el inconsciente es el discurso del Otro), del que Freud buscó primero definir la sintaxis por los trozos que en momentos privilegiados, sueños, lapsus, rasgos de ingenio, nos llegan de él. [...] En ese discurso ¿cómo se interesaría el sujeto si no fuese parte interesada? (Lacan, 1999, p. 531)

En cierto modo postula allí que el sujeto está estampado, más bien, estirado en los cuatro puntos del esquema:

[...] a saber S, su inefable y estúpida existencia, a, sus objetos, a', su yo, a saber lo que se refleja de su forma en sus objetos, y A, el lugar desde donde puede plantearse la cuestión de su existencia [...] en cuanto pregunta articulada: "¿Qué soy ahí?" [...] y aún falta decir que es a título de elementos del discurso particular como esa cuestión en el Otro se articula. Pues es porque esos fenómenos se ordenan en las figuras de ese discurso por lo que tienen de fijeza de síntomas por lo que son legibles y se resuelven cuando son descifrados. (Lacan, 1999, p. 531)@

En la Clase 5 del Seminario 9, *La identificación*, del 13 de diciembre de 1961 Lacan indica:

[...] en lo que concierne a la función de la identificación [...] lo que ocurre, ocurre esencialmente a nivel de la estructura. Y la estructura [...] es lo que hemos introducido especialmente como registro de lo simbólico. Si lo distinguimos de lo imaginario y de lo real, a este registro de lo simbólico. (Lacan, 1961)

Habrá que tomar nota de que por ese entonces la estructura para Lacan es simbólica. A medida que se va desarrollando su enseñanza se verá que la estructura pasa a ser lo real.

Llegados a este punto, y para volver a tomar el hilo de las preguntas que dan origen a esta tesis, es importante señalar que la conceptualización que cada analista tenga sobre *la estructura* incidirá en la dirección de la cura que proponga.

Esto da lugar a una pregunta esencial: si existen las estructuras subjetivas, ¿qué tanto toman en cuenta la singularidad de cada caso? La respuesta requiere otra pregunta



previa: ¿qué es una estructura subjetiva? No hay, indudablemente, una respuesta simple. (Gerber, 2014, p. 125)

La definición de sujeto como lo que un significante representa para otro significante configura la *repetición inaugural* que apunta al *goce*. La repetición, dice Lacan, tiene cierta relación con lo que de este saber está en el límite y se llama goce. Lo que Lacan anuncia en la clase del 18 de febrero, es que al emitirse hacia los medios de goce —que son lo que se llama saber— “[...] el significante amo no sólo induce sino que determina la castración”. (Lacan, 1970, p. 93)

La producción de los *cuatro discursos* es lo que Lacan despliega en el tercero de sus desplazamientos, esta vez a la Facultad de Derecho, bajo el lema *el psicoanálisis al revés*. Curiosamente explicita que este título nada debe a la actualidad. Recuerda a su asistencia que fue en *De nuestros antecedentes* (que caracterizó —lo que llama su propuesta— como volver a tomar el proyecto freudiano por el reverso. Con todo, podría pensarse que este seminario deviene una respuesta a los acontecimientos sociales que se gestan en el suelo fértil y en ebullición que han acuñado el renombrado *Mayo Francés*. Acontecimientos que sin duda como no podría ser de otra manera— afectan decididamente la praxis analítica. Los cuatro discursos son desde ese momento un nuevo modo posible de leer el lazo social o mejor, la condición de posibilidad del lazo social.

Ya en su escrito *Intervención sobre la transferencia* (1951), comentando el trabajo de Freud sobre el *Caso Dora*, Lacan anticipa la idea cuando propone que el psicoanálisis es una *experiencia dialéctica*, y esta noción debe prevalecer cuando se plantea la cuestión de la naturaleza de la transferencia. En *El revés del psicoanálisis* (1969), el asunto cobra mayor espesor cuando esta elaboración toma todo su relieve, y abre a un sinnúmero de articulaciones y modificaciones importantes acerca de la conceptualización sobre el *saber* —ubicado en cada uno de *los discursos* en diferentes sitios—, con consecuencias notables en la clínica. Es que todo discurso acarrea consecuencias, aunque estas sean muchas veces, opacas. En principio, nada de lo que decimos deja de acarrearlas. Sobre esas consecuencias giran las preguntas que se apuesta a sostener en este recorrido de lecturas.

Que Lacan prefiera un discurso sin palabras, tal como se lee en el exergo del seminario *De un Otro al otro*, no designa sino el discurso que sostiene la escritura.

Resulta que el año pasado distinguí, de forma muy insistente, el discurso como una estructura necesaria que excede con mucho a la palabra, siempre más o menos ocasional. Prefiero, dije, incluso lo escribí un día, un discurso sin palabras. Porque en realidad puede subsistir muy bien sin palabras. (Lacan, 1968, p. 11)

Y subsiste, continúa argumentando,

[...] en ciertas relaciones fundamentales. Estas, literalmente, no pueden mantenerse sin el lenguaje. Mediante el instrumento del lenguaje se instaura cierto número de relaciones estables, en las que puede inscribirse algo mucho más amplio, algo que va mucho más lejos que las enunciaciones efectivas. (Lacan, 1968, p. 11)

En ese mismo Seminario Lacan prepara el terreno para al año siguiente por fin proponer la escritura de los discursos.

[...] efectivamente sin palabras, las que luego podrán ir allí a alojarse. [...] La estructura del discurso establece cuatro términos que, en un orden no permutativo, siguen una

regla de funcionamiento simple que consiste en un desplazamiento o giro sobre cuatro lugares fijos. (Hercman, 2016, p. 2)

El último en llegar es el *discurso del analista*.

El nuevo discurso es uno de los cuatro que hacen a la estructura, no está fuera de la ronda, no es más verdadero que otro ni es un “metalenguaje”, pero es el discurso que aporta el orden por el cual se aclaran los otros tres, de aparición mucho más antigua. (Hercman, 2016, p. 1)

En el seminario *El reverso del psicoanálisis* Lacan presenta una escritura novedosa, ubicando el S1 no ya como en una exterioridad con respecto al campo del Otro, sino como el significante que interviene sobre una batería que constituye la red de lo que llamamos un saber. De allí resulta un sujeto dividido y una pérdida, el objeto *a*. Los cambios, las transformaciones que se producen en la escritura son producto de los cambios de discurso.

### **Letras, barras y flechas**

Algunas coordenadas mínimas. Lacan precisa los términos en juego, también los lugares, y las operaciones posibles. Así escribe cuatro fórmulas con las que presenta sus discursos: *el del Amo: el del Universitario; el de la Histérica y el del Analista*. El genitivo da cuenta de quién está en el lugar de la dominancia. Llama dominante (tomado del sentido musical del término), al sitio desde donde el discurso se ordena. Dominante implica predominio. Para ilustrarlo mejor, una cita de la clase del 10 de junio de 1970.

Ya hablé de lo que constituyen los lugares donde estas insignificancias se inscriben y puse de relieve lo que constituye el agente.

Este término viene a subrayar como una especie de enigma de la lengua francesa, el agente no es en absoluto a la fuerza el que hace, sino aquel a quien se hace actuar. (1992b, p. 182)

Se trata de *matemas*, relaciones formadas por letras con las que aspira a eliminar/acotar el malentendido de la palabra. Es un modo de tratar lo real. Si bien la formalización matemática ha estado presente desde el comienzo de su enseñanza, alrededor de los años '70 cobra fuerza en tanto que Lacan explicita que es su meta. Y mientras que Miller destaca que solo ella es transmisible integralmente, Lacan no deja de señalar que es una escritura, y aclara —vale reiterarlo puesto que interesa poner aquí especial énfasis en este punto, en función de las derivas que acarrea—, que no subsiste sin el decir.

Lacan se ocupa de proponer en este seminario una nueva versión de la noción de estructura. Dice de modo contundente que la *estructura es real*, y que *real es lo imposible de escribir*. Sin embargo, como sostenía Freud en su monumental *Ciencia de los sueños*, no hay que tomar el andamiaje por la construcción. A esta topología de cuatro términos que pueden permutarse de manera circular, hay que hacerla hablar. Lacan lleva lejos la idea de que son una escritura.

<i>Discurso de la Universidad</i>	<i>Discurso del Maestro o Amo</i>	<i>Discurso de la Histérica</i>	<i>Discurso del Analista</i>
$\frac{S_2}{S_1} \rightarrow \frac{a}{\$}$	$\frac{S_1}{\$} \rightarrow \frac{S_2}{a}$	$\frac{\$}{a} \rightarrow \frac{S_1}{S_2}$	$\frac{a}{S_2} \rightarrow \frac{\$}{S_1}$

El punto de partida de la teoría de los discursos es la canónica definición de significante que enuncia bajo una fórmula mínima a la que siempre parece volver: *un significante representa a un sujeto para otro significante*, un sujeto puntual y evanescente. El significante no se caracteriza, no se funda de ningún modo por lo que sea que se le fije como sentido. Lo que lo caracteriza es la diferencia. Es decir que, no se funda en algo que se le adhiere y permitiría identificarlo, sino por el hecho de que todos los otros son diferentes de él. Su diferencia absoluta reside simplemente en los otros. Los significantes funcionan en una articulación repetitiva.

Lacan especifica cada uno de los términos en juego: llama S2 a la batería significante o saber, —en el *discurso del amo* como saber hacer del esclavo—; define al S1, el significante amo, como el significante que interviene sobre dicha batería, uno entre otros aclarará más tarde, sobre el final del seminario *Encore* (1973). De la relación de S1 y S2, surge el sujeto como sujeto dividido \$, que arroja como producto al llamado *objeto a*, concebido como una pérdida, como un resto.

Fragua así sus esquemas: traza dos barras —heredadas de la lingüística saussuriana— y obtiene como resultado cuatro lugares, que van a permanecer fijos. Cada uno de ellos recibe un nombre. (Ruiz, 2004, p.153) considera importante hacer notar que, en tanto que no se trata de un lugar en la estructura, conviene traducirlo como sitio. Entonces: “cuatro sitios en los cuales se distribuyen las cuatro letras S1, S2, \$, a.” De este modo, se trataría para él, de un emplazamiento. He aquí entonces un artefacto que funciona y distribuye el goce de determinada manera. Un artefacto que rota.

Acorde con la pretensión lacaniana tendiente a vaciar los términos de significación, los términos de giro poseen las propiedades de la estructura, por lo que el valor de los mismos va a depender cada vez del lugar adonde hayan ido a parar en el matema. (Hercman, 2016, p. 2)

Lacan sostiene que

[...] hay cuatro lugares por caracterizar, tal vez cada una de las cuatro permutaciones podría proporcionarnos, en sí misma, el lugar más relevante, para dar así un paso en un orden de descubrimiento que es lo que se llama, ni más ni menos, la estructura. (Lacan, 1992b, p. 47)

Entonces, hace girar cuatro términos-letras en orden invariante, por los cuatro sitios, en sucesivos cuartos de vuelta. Los lugares son: el *agente*, arriba a la izquierda (el lugar del agente puede pensarse como aquel desde donde se dice); el *otro*, arriba a la derecha (indica a quien se dirige); la *verdad*, abajo a la izquierda, y la *producción*, abajo a la derecha.

La histórica, por ejemplo, se ubica en su discurso en el lugar del sujeto barrado, \$̣. En cambio el amo [...] se ubica en el lugar del significante amo, se identifica con el S1. Lo mismo que el profesor [...] se identifica con el saber, se ubica en el lugar del saber, del S2. (Domb, 2010, p. 36)

El giro evoca un punto álgido: *la revolución...* Lacan lo trabaja de este modo en *Aun* (1972-1973).

La noción de cuarto de vuelta evoca la revolución, aunque no ciertamente en el sentido en que revolución es subversión. Muy por el contrario, lo que gira —a eso se llama revolución— está destinado, por su mismo enunciado, a evocar el retorno. Con toda seguridad, estamos bastante lejos del cumplimiento de ese retorno, pues ya está resultando sumamente difícil ese cuarto de vuelta. (1995, p. 54)

Tomará como punto de partida el discurso que se conoce como *Discurso del Amo*. Coloca S1 arriba a la izquierda, en el lugar del agente. Agente que tan sólo un año después durante un seminario destinado a trabajar la letra: *De un discurso que no sería (del) semblant* (1971) —según la traducción de Rodríguez Ponte— será reemplazado por el *semblant*, ubica al S2 en el lugar del otro o del trabajo o del goce (esclavo produce saber); al \$̣ en el de la verdad y al objeto *a*, en el sitio de la producción. A propósito del empleo del término *semblant*, que en ocasiones ha sido traducido como semblante o apariencia, eso puede confundir al lector, llevándolo al terreno de la metafísica. Conviene mantenerlo en francés. *Seblant* viene a decir algo así como *lo que parece*. No hay acceso al significante si no es por la vía de lo imaginario.

Antes del semblante, con que todo se sostiene, en efecto, para rebotar en el fantasma, debe hacerse una distinción severa de lo imaginario y de lo real. No ha de creerse que en modo alguno sostengamos nosotros al semblante. Ni siquiera somos semblante. Somos en ocasiones lo que puede ocupar su lugar y hacer reinar ahí, ¿qué?, el objeto *a*. (1995, p. 115)

El analista es aquel que, en tanto el objeto *a* se halle en el lugar del *semblant*, estará en posición de interrogar como saber lo tocante a la verdad. (Lacan, 1973) Entonces: “Los elementos situados en la misma secuencia, van a seguir un orden en cada uno de los giros o rotación, determinando en cada cuarto de giro el pasaje de un discurso al otro”. (Flesler, p.98)

Cada discurso hace a un modo de lazo social y bajo sus coordenadas se establece la relación a un goce. El *semblante* hace que el discurso funcione. Se trata del lugar desde donde, a su turno, cada decir toma su sentido. Cada discurso produce una pérdida de goce. En cada uno hay disyunción entre el saber y la verdad. Una vez más Lacan echa a andar el asunto en *Encore*.

Algo más nos tiene maniatados en cuanto a la verdad, y es que el goce es un límite. Ello se debe a la estructura misma que evocaban, en la época en que los construí para

ustedes, mis cuatrípodos: el goce sólo se interpela, se evoca, acosa o elabora a partir de un semblante. (1973, p. 112)

En resumidas cuentas ¿cuál es verdadera naturaleza del objeto *a*?

[...] lo simbólico, al dirigirse hacia lo real, nos demuestra la verdadera naturaleza del objeto *a*. Si antes lo calificué de semblante de ser, es porque semeja darnos el soporte del ser. En todo lo que se ha elaborado del ser y aun de la esencia, en Aristóteles por ejemplo, podemos ver, leyéndolo a partir de la experiencia analítica, que se trata del objeto *a*. (1973, pp. 114-115)

En el Volumen II de su libro: *En la trastienda de los análisis*, Rodríguez explica que:

El discurso del amo es el que funda al Inconsciente. No es el discurso del Inconsciente como algunos dicen, es el que *funda*. Es más, lo funda porque lo reprime: es un enunciado. A partir del matema del discurso del amo, Lacan plantea que el discurso es la estructura del enunciado. El enunciado reprime; la enunciación va a agujerear los enunciados y va a dar noticias de lo que sucede en el orden del Inconsciente. (2004, p. 25)

Algunos autores franquean el paso en el camino de servirse de esta formalización lógico-algebraica apuntando a la *transferencia*. Puntualiza Braunstein: “Que haya discurso, que haya lazo social, depende de que [...] haya entre el agente y el otro algo que no puede reconocerse sino como transferencia” (1994, p. 204). Es a consecuencia de no querer saber de la verdad como causa de la pérdida de goce, que se organiza el despliegue de la palabra (Gerber, 1992). A su turno Karothy (1992) plantea que allí donde la verdad indica la falta estructural del saber, la transferencia introduce un sujeto: al menos uno sabe, y esto es indispensable para la constitución de un lazo social.

Álvarez postula: “Las indicaciones clínicas que se desprenden de esta teoría son múltiples, pero podrían sintetizarse en esta frase intentando responder a la pregunta acerca de qué debe saber un analista”. (2003, p. 9). Sitúa también que el psicoanálisis como práctica de discurso, aparece en la obra lacaniana por primera vez en el seminario sobre *La Transferencia*. Y afirma: “Sabemos que se trata del análisis del texto El Banquete de Platón, al que podríamos considerar un discurso sobre el amor. La estructura dialógica permite a Lacan mostrar de qué se trata en una práctica de discurso”. (2006, p.19)

El seminario de *La Transferencia* (1960-1961) marca expresamente el pasaje de la intersubjetividad a la disparidad subjetiva. En el título mismo que Lacan dio a su seminario: *La transferencia en su disparidad subjetiva, su presunta situación, sus excursiones técnicas* anuncia lo que será uno de sus ejes centrales.

Es en la clase del 17 de diciembre de 1969 donde Lacan pone al saber en el banquillo de los acusados haciendo girar el término saber (S2) sobre los lugares. El valor cambia notablemente si el saber cae en el lugar del dominio, en el lugar del esclavo, en el de la producción o cuando se trata de la enigmática formulación del saber en el lugar de la verdad en el discurso del analista. (Hercman, 2016)

Y es

[...] por el movimiento contrario a las agujas del reloj o levógiro y según una lógica por la cual el *semblant* de hoy determina la verdad de mañana, el saber se desplaza del lugar de dominio al lugar de la verdad. El discurso Universitario se aclara por su “progreso” en el discurso del analista. (Hercman, 2016)

La teoría de los cuatro discursos —que en su tono cáustico Lacan nombra a veces como el tetraedro de los discursos— constituye uno de los aportes más fecundos de su enseñanza, aunque hoy luzca opacada, y hasta a veces algo ensombrecida tal vez, por los desarrollos ulteriores. Sus alcances quedan todavía por producirse. Aun así, puede conjeturarse que la misma promete echar luz al problema de la especificidad de la clínica psicoanalítica y el diagnóstico. Se avanzará específicamente sobre estos puntos en los capítulos venideros.

Respecto del saber del analista, se recorta una ventajosa hipótesis de trabajo que formula Álvarez (2006, p.165): “La posición en relación al saber que haya alcanzado el analista en su análisis, determina el modo en que la función del *semblant* será encarnada”. Cabe recordar que es por intermediación del discurso del analista, que el saber ocupa el lugar de la verdad. Lacan inserta en este punto la proposición según la cual la verdad habla.

El tratamiento analítico comienza con la suposición según la cual el Otro sabe. Pero su objetivo no es saber más sino producir un cambio de posición del sujeto respecto del goce. Se trata del deseo *advertido* sobre el que Lacan ya avanzó en el Seminario VII: *La ética del psicoanálisis* [...] (Karothy, 1996, p. 206).

Continúa:

[...] y que no implica la adquisición de un nuevo saber sino de estar advertido de la inexistencia del *sujeto supuesto saber*, una demostración de que el saber inconsciente no dice la verdad toda, sino que toma el lugar de *la verdad no-toda*. (Karothy, 1996, p. 206).

El psicoanálisis es algo que no se transmite como cualquier otro saber (Lacan, 1969). Para Lacan el análisis no puede encontrar su medida sino en las vías de una *docta ignorancia* (1955, p. 348) o ignorancia formada (1956, p. 470). Esta idea acendrada la extrae del pensador medieval, Nicolás de Cusa, iniciador de la problemática gnoseológica moderna. El aporte de Lacan (1971, p. 10) radica en la construcción de un saber que tolera un no saber en su interior. Ignorancia aquí debe entenderse como forma más elaborada de saber (1955, p. 345). Así se entiende la abstinencia del analista, en relación al *saber* y al *goce*. Entonces, el analista no buscará sustituir un saber por otro. Se trata de un saber que no elude lo imposible de saber, sino que lo enfrenta, intentando rodearlo, circunscribirlo como imposible. Ignorancia fecunda. (Norberto Díaz, comunicación personal, 18 de julio de 2012). Si este *no saber* toma lugar como causa, se dice con una letra que nombra la falta de objeto, poca cosa, con lo que sin embargo se podría sostener un discurso (Álvarez, 2006).

Lacan ligó el saber a la ignorancia. En *El saber del psicoanalista*, recuerda que el Cardenal Nicolás de Cusa había llamado “docta ignorancia” al saber más elevado y se referirá a Georges Bataille quien, en ocasión de una conferencia en la que debía disertar acerca de sus formulaciones relativas al no-saber, no había dicho una sola palabra. Se habían burlado de él pero Lacan lo reivindica diciendo que ésa no era en

absoluto una mala manera de hacer ostentación del no-saber. De pronto, el no-saber pulula, queda bien y Lacan advierte acerca del riesgo en esta promoción improvisada del no-saber. (Hercman, 2015, p.2)

En primer lugar y fundamentalmente en el psicoanálisis está el saber, sostiene.

Si para aproximarse a la verdad, será mejor estar munido de un saber grave (Pregunta 6 de Radiofonía). ¿Cómo entender entonces la pretensión de quien querría hacerse amar sin su colchón? Dejemos la vía del no-saber y retomemos la del saber, otra advertencia lacaniana: En todo discurso el semblante lleva la voz cantante, sin embargo, leemos en *La tercera*, ése no es motivo suficiente para que el analista lo convierta en un semblant más *semblant* de la cuenta, en un *semblant ostentado*. De esta manera, hace referencia a cierto uso que se hace del *semblant* presente en el corazón de la operación analítica con el nombre de Sujeto supuesto Saber. (Hercman, 2015, p.2)

En la práctica analítica

[...] podemos experimentar que el *semblant* de saber puede producir el mismo efecto que el saber mismo. Esto puede llevar a ciertas formas de institucionalización así como llevar al analista a deslizarse en los beneficios de la pereza, guiarse por el saber referencial o saber acumulado por los analistas precedentes en lugar de orientarse por la pendiente de la asociación analizante. Por esta vía, el psicoanálisis corre el peligro de ser socavado por su propio medio de acción. (Hercman, 2015, p.2)

Al analista se le supone un saber,

[...] que está al corriente del asunto que aqueja al analizante y, en cierto sentido lo está, por su experiencia con la transferencia. En la transferencia, al analista se le supone un saber y un sujeto de ese saber. Pero lo paradójico radica en que el analista no tiene más cuerpo que la oquedad propia del objeto *a*, resto caído de la operación analítica. ¿Cómo puede un analista que esté al tanto de ello, deslizarse dentro de ese traje del saber sin deshonestidad radical? Es teniendo en cuenta el riesgo que resulta de este uso del *semblant* que Lacan invita al analista a ser más suelto, más natural cuando recibe a alguien que viene a pedirle un análisis, que no se sienta obligado a darse importancia (Hercman, 2015, pp. 2-3)

¿Qué se espera de un analista?

Se espera del analista una relación con el saber distinta de la infatuación, del creérsela. Y para eso cuenta con la orientación que le da lo real de la experiencia del análisis. La posición de resto es una posición a la que sólo se arriba por haber transitado la experiencia con el inconsciente. Es el analizante que es o que fue lo que hace al analista, sólo el analizante que lo habita le permite ocupar ese lugar.

Si el analista desbanca al analizante que anida en él, se pierde esa orientación en lo real y aparecen las posiciones religiosas, los monjes lacanianos y los profetas.

La gran novedad freudiana es la postulación de existencia de un saber no sabido que se cifra en el síntoma como retorno a medias de una verdad reprimida y, a diferencia de todo, saber universitario, es más instructivo por sus deficiencias que por su completud. (Hercman, 2016, p. 3)

La referencia que Freud hace a la revolución

[...] (cosmológica, biológica o psicológica) le parece a Lacan mal inspirada. La revolución copernicana resulta un camelo universitario de la época y la freudiana solo puede venir a enmascarar la verdadera subversión que implica el descubrimiento de este nuevo estatuto del saber que trae aparejado un nuevo de discurso, el último en llegar y nada fácil de sostener. (Hercman, 2016, p. 3)

De allí que lo que se espera de un psicoanalista, es que haga funcionar su saber, como término de verdad, dado que su posición está hecha de *objeto a* (Lacan, 1970). El psicoanalista se hace *de objeto a*. “Se hace, entiéndase: se hace producir; de objeto a: con objeto *a*” advierte Lacan en sus *Reseñas de enseñanza* (Lacan, 1988). Pero,

[...] hay también otra dimensión de la *ignorancia* que adquiere la forma y el destino de la pasión, blasón de un sostén subjetivo que paradójicamente, hará alarde de enarbolarse como un *saber*. En esa pretensión no habrá síntoma que se interrogue (Staude, 2010, p. 102)

Se trata más bien de una posición que se adopta y que no se está dispuesto a resignar. Más bien un baluarte a defender. Una pasión que juega su partida en el terreno del ser (Staude, 2010). El saber es definido al comenzar el seminario XVII como la articulación significativa. Por un lado, Lacan tiende a asimilar el saber a la repetición cuando dice que el saber es el goce del Otro; pero también es aquello que hace que la vida se detenga en un cierto límite frente al goce. Distingue goce —que se caracteriza por no tener límites por sí mismo, y conducir a la muerte—, de placer que ya en Freud puede hallarse como una tensión, que comporta un límite.

Corresponde aquí —por si fuera necesario— realizar una importante aclaración. El psicoanálisis entendido desde esta perspectiva no es una disciplina, en el sentido de una repartija del campo del saber. Planteado como *discurso*, éste implica un lazo social inédito hasta el descubrimiento freudiano. Un discurso que no es homogéneo a cierto número de otros que hacen oficio —es decir, que *sirven para*—, y que devienen oficiales. (Lacan, 1972) Si el psicoanálisis es un discurso entre otros que hacen oficio, la propuesta es hacerlo oficiante. No se trata pues, del predominio de uno sino del juego, de la rotación de los discursos. Es preciso acentuar que el *Discurso del analista* jamás funciona solo. Lacan establece cuatro, y sostiene con firmeza que no hay discurso que pueda decirlo todo. Cada uno encuentra su límite. Es por eso que es deseable que roten.

Un punto crucial, decisivo queda pendiente: *¿Cómo se explica el tránsito de un discurso al otro? ¿Cómo es que se produce el giro de discurso?* Carlos Ruiz señala con justeza que es sencillo esclarecerlo cuando se trata de las *transformaciones algebraicas*, ahora que, si se trata del movimiento del análisis, el problema se complica. Otra referencia de interés clínico puede hallarse en *Apertura de la Sección Clínica*, cuando Lacan afirma que en la psicosis hay S1, S2, \$ (sujeto dividido) y *a*. Las letras están, pero no se ordenan en discurso.

Si bien rebasa los límites de este capítulo desplegar cada uno de los cuatro discursos, es necesario dejar abiertos un par de interrogantes de interés clínico, pues, si el esfuerzo del maestro francés no apuntara más allá de una cuidadosa sistematización del lazo social, sencillamente, su labor no habría valido la pena. Un polémico texto de Fierens quien se ocupa de trabajar *L'étourdit*, y en el trayecto, define al *discurso* como:



[...] una práctica de palabra constitutiva de un vínculo social entre dos partenaires: así el discurso histérico vincula a la histérica con quien ella interroga, el discurso maestro vincula al amo con su esclavo o con su discípulo; el discurso universitario vincula al profesor con su estudiante; el discurso psicoanalítico vincula al analista con el analizante. (2012, p. 40)

Ahora bien

[...] en cada discurso, ambos partenaires son fundamentalmente dispares; el vínculo social entre ellos está marcado por la imposibilidad radical de hacerlos “dialogar”: no hay verdadera relación entre ellos. [...] Cada discurso genera productos sin salida en el interior ese mismo discurso. Tal es la aporía o la impotencia de un discurso en general (2012, p. 40)

Luego Fierens hace hincapié en que los esquemas estructurales incluyen cuatro lugares reunidos de dos en dos por cuatro modalidades. A saber: *necesario, contingente, impotencia e imposible*. Su hipótesis es que esa impotencia o aporía lleva a todo discurso a rotar en provecho de un nuevo modo de lazo social. De esta manera queda dicho que el Discurso del Analista jamás funciona solo. Que compromete al analista y al analizante en los otros discursos.

Del mismo texto:

El discurso psicoanalítico empuja a cada discurso a su *máxima potencia*, es decir a su impotencia. Lo real es el agotamiento de cada uno de los discursos. En este sentido el discurso analítico es *ciencia [...] de lo real*: es la ciencia de los discursos en cuanto que dirige a cada uno de ellos hacia su propia impotencia. (2012, p. 41)

Para Hercman

El discurso del analista resulta de la impotencia del discurso universitario y, por las condiciones mismas de la experiencia analítica, se desplaza a la histerización del discurso. [...] Tanto en *El reverso del psicoanálisis* como en *Radiofonía* —que le es contemporáneo— Lacan establece, para cada discurso, la necesidad de una impotencia que se define por la barrera del goce, la disyunción existente entre el lugar de la producción y el de la verdad. (Hercman, 2016, p. 3)

¿De qué impotencia se trata? De la que encuentra todo discurso para alcanzar la verdad. Hacia el final del Seminario *Aun*, Lacan lanza, sin mayores explicaciones, la idea de que cada vez que hay un bascular de un discurso a otro, hay siempre alguna emergencia del *discurso psicoanalítico*. Ahora, quedaría por verse si en este punto *Discurso psicoanalítico* sería homologable a *Discurso del Analista*.

En el esquema, el pequeño *gramma* del *discurso analítico*, el *a* minúscula se escribe arriba a la izquierda, y se sostiene de este S2, el saber en tanto que está en el lugar de la verdad. Es de ahí que interpela al \$, al que se le pide que diga cualquier cosa, lo que debe desembocar en la producción del S1, del significante por el cual pueda resolverse. ¿Qué es lo que puede resolverse? Ninguna otra cosa que *su relación con la verdad*. (Lacan, 1973) Entonces, estas cuatro configuraciones son cuatro modalidades de lazos sociales que

[...] otorgan a los dichos sentidos diferentes según los lugares desde donde se emiten y según a quién están dirigidos [...] El conjunto de los lugares donde se especifican los dichos es del orden del decir. [...] Son discursos del decir. [...] Los discursos son

dichos-socorros [*dits-secours*], socorros del decir, son un decir a medias por sí mismos al mismo tiempo que sitúan a la verdad como decir a medias. Obsérvese que no la sitúan en tanto término sino en tanto nombre de un lugar. De un discurso al otro los términos que lo ocupan varían: se trata de la *variedad*. (Porge, 2007, pp. 110-111)

Ninguno podrá ser leído sino es en articulación con los otros tres.

Un interesante problema surge de la lectura de un texto que levantó polvareda poco tiempo después. *L'étourdit*, traducido frecuentemente como *El atolondradicho*. En sus primeras páginas Lacan sostiene que *el dicho anda con el decir*. Una peculiar pareja, puesto que no se apelotonan ni confunden. Muy por el contrario: *el decir se demuestra por escapar a lo dicho, a lo enunciado*. El decir *ek-siste* al conjunto de los dichos. Y el sujeto —vale seguir insistiendo en ello— es efecto de ese decir. Para mostrarlo Lacan recurre y toma apoyo una vez más en *la matemática*. Sin embargo, el problema al que alude en ese momento tiene —como casi siempre— una muy fuerte raigambre clínica. Se recorta y se desprende de una cita que, en la versión que ofrece Paidós, dice así:

Dije discurso de la matemática. No lenguaje de la misma. Téngase en cuenta para el momento en que retornaré al inconsciente, estructurado como un lenguaje, he dicho desde siempre. Pues en el análisis es donde se ordena en discurso. [...] el matemático tiene con su lenguaje el mismo embarazo que nosotros con el inconsciente [...] (Lacan, 2012 [1972], pp. 476-477)

Para finalizar, queda por apuntar que Lacan no volvió a señalar en otra oportunidad la idea —tan interesante para retomar y hacer trabajar— de que es *en el análisis donde el inconsciente se ordena en discurso*.

## Capítulo 5

### Lacan y los imposibles freudianos

Los imposibles oficios a los que se refiere Freud al modo de un chiste en el prólogo del libro *Juventud descarriada*, de August Aichhorn, —escrito en el año 1925—, tienen su correlato en la estructura de los *cuatro discursos*. Esta idea de lo imposible, va a persistir en *Análisis terminable o interminable* (1937):

Los analistas son personas que han aprendido a ejercer un arte determinado [...] hasta pareciera que analizar sería la tercera de aquellas profesiones imposibles en que se puede dar anticipadamente cierta insuficiencia del resultado. Las otras dos ya de antiguo consabidas, son educar y gobernar. (Freud, p. 249)

A los tres imposibles freudianos: *gobernar*, *educar* y *psicoanalizar*, Lacan habrá de añadir en *El reverso* (1969-1970), un cuarto, *hacer desear*. De este modo, los pequeños cuadrípodos giratorios de Lacan conforman una suerte de aparato de cuatro patas. Cuatro fórmulas útiles que ofrece, tan luego como para tenerlas de referencia.

Esto es como un aparato. Es preciso tener al menos la idea de que podría servir como palanca, como pinza, que puede atornillarse, construirse de tal o cual manera. Hay diversos términos. Si he puesto sólo estas letritas, no es por casualidad. Es porque no quiero poner cosas que aparenten significar. (Lacan, p.182)

Vale recordar que:

Los cuatro discursos son: el discurso de la histérica, el del amo, el universitario y el del analista, sabemos que aunque dice “de la histérica”, no “del histérico”, ellos también pueden serlo; también “del amo”, aunque pueda ser encarnado por una mujer. (Flesler, p. 97)

<i>Discurso de la Universidad</i>	<i>Discurso del Maestro o Amo</i>	<i>Discurso de la Histérica</i>	<i>Discurso del Analista</i>
$\frac{S_2}{S_1} \rightarrow \frac{a}{\$}$	$\frac{S_1}{\$} \rightarrow \frac{S_2}{a}$	$\frac{\$}{a} \rightarrow \frac{S_1}{S_2}$	$\frac{a}{S_2} \rightarrow \frac{\$}{S_1}$

Cuatro sitios: el agente, el pequeño otro, la verdad y la producción. Cuatro elementos (letras): \$ (el sujeto escindido); S1 (el significante amo); S2 (el saber) y, a (plus de gozar u objeto causa de deseo).

Hay estructuras [...] lo que se produce por la relación fundamental, tal como la defino, de un significante con otro significante. De ello resulta la emergencia de lo que llamamos el sujeto, por el significante que, en cada caso, funciona como representando al sujeto ante otro representante. (Lacan, p. 11)

Avanza: “Este año vamos a escribir esta forma, sin más preámbulos de una manera nueva”. (Lacan, 1968, p. 11) Recapitula y recuerda que un año antes la escribió como la exterioridad del significante S1, “del que parte nuestra definición de discurso tal como vamos a ponerla de relieve en este primer momento, con respecto a un círculo marcado con la sigla A, es decir, el campo del gran Otro”. (Lacan, p. 11) Luego dirá:

[...] simplificando, consideramos S1 y la batería de los significantes, designada por el signo S2. Se trata de los significantes que ya están ahí, mientras que en el punto de origen en el que nos situamos para establecer qué es el discurso, el discurso en su estatuto de enunciado, S1 debe considerarse como el significante que interviene. Interviene sobre una batería significativa que nunca, de ningún modo, tenemos derecho a considerar como dispersa, como si no formara ya la red de lo que se llama un saber. (Lacan, p. 11)

Un saber cuyo supuesto es un sujeto que se distingue del individuo viviente, sitio de la marca.

En los seminarios XVI y XVII Lacan alcanza una formulación decisiva: la marca es conductora de voluptuosidad, el significante es aparato de goce.

En el mítico encuentro del significante y el cuerpo, hay la originaria pérdida de un goce supuesto “natural” del cuerpo viviente. Goce que en parte “entra” a la articulación significativa, infiltrándola. Desde que hay significante, se trata del proceso que hace “pasar el goce al inconsciente”. (Couso, 2017, p. 5)

En lo tocante al goce

[...] Lacan definirá un goce que adjudica al objeto ‘a’: el plus-de-gozar. El significante tanto separa al sujeto del goce como le posibilita un modo (limitado) de gozar que “recupera” algo de lo perdido. Lo ilustra el que posibilita el objeto ‘a’ a través de sus cuatro “especies”. Con la condición de ser no-todo un goce es alcanzable.

Tales cambios hacen redefinir a Lacan la posición del analista que será, a partir de las fórmulas de los discursos, la de semblante del objeto ‘a’. (Couso, 2017, p. 5)

Franco en un texto que lleva por título *Acerca de la lógica del fantasma de Lacan* desarrolla una reubicación de un postulado que ocupará —afirma— su lugar con insistencia, en este seminario. Se refiere al canónico: *el significante representa a un sujeto para otro significante*. “La escritura [...] que Lacan realiza de este postulado es una notoria anticipación de lo que luego será llamado Discurso del Amo”. (Franco, 2011, p. 21)

$$\frac{S}{Z} \rightarrow S'$$

Nótese que los significantes S y S' se escribirán más adelante S1 y S2. Franco explica además que, en el marco de este Seminario, esta fórmula figura ni más y ni menos que la *urverdrangung*, es decir la represión primaria, origen de todas las significaciones.

En *De un Otro al otro* (1968), Lacan llamó *saber* al *goce del Otro*. No hay más Otro que aquel que la intervención significativa hará surgir, como campo. En la relación —que se caracteriza como primaria— del saber con el goce, se inserta el significante. En suma, se trata entonces del saber, de un saber escandido por el significante. Es así como localiza las coordenadas que le posibilitarán realizar la presentación de la estructura que funcionará como punto de partida y matriz de todo lazo de palabra.

En este nivel de estructura significativa, todo lo que debemos saber es cómo opera. [...] Voy hablando de este cuarto de vuelta desde hace ya bastante tiempo [...] como para que se haya podido pensar que [...] no se limita al esquema Z, y que [...] tiene razones distintas del puro accidente de representación imaginaria. (Lacan, 1969, p. 12)

Las cuatro articulaciones de lugares y de letras hacen semblante como cuatro modos del lazo social.

Si parece fundado que la cadena, la sucesión de las letras de este álgebra, no se puede alterar, cuando realizamos esta operación de cuarto de vuelta obtenemos cuatro estructuras, no más, la primera de las cuales les muestra de algún modo el punto de partida. (Lacan, 1969, p.12)

En la tentativa de Lacan de apresar el discurso, los *pequeños cuadrípodos giratorios* conforman una suerte de aparato de cuatro patas. Cuatro fórmulas útiles para tenerlas como referencia. “Es preciso tener la idea de que podría servir como palanca, como pinza, que puede atornillarse, construirse de tal o cual manera”. (Lacan, p.182) Su tesis, al definir la *experiencia analítica* en términos de *discurso*, busca poner de manifiesto que, la articulación lacaniana, aun en su opacidad, es grávida en consecuencias. Lacan se empeña en advertir en diferentes oportunidades que

Todo discurso se presenta como rico en consecuencias, pero oscuras. En principio, nada de lo que decimos deja de acarrearlas. Sin embargo, no sabemos cuáles. Retomaré las cosas a nivel del lenguaje, y para marcar bien los límites. (Lacan, 1968, p. 31)

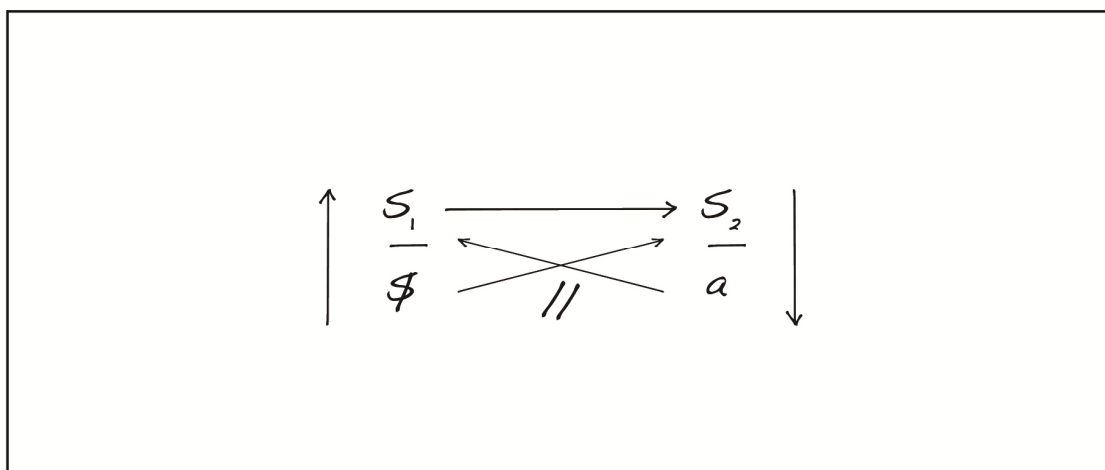
Cuatro discursos... Una permutación circular de cuatro términos que permanecen en el mismo orden estableciendo relaciones constantes y sirven para definir los cuatro discursos básicos.

Cada uno se toma por la verdad. Sólo el discurso analítico hace excepción. Más valdría que domine se concluirá, pero justamente ese discurso excluye la dominación, dicho de otro modo, no enseña nada. No tiene nada de universal: es por lo cual no es materia de enseñanza [...] ¿Cómo hacer para enseñar lo que no se enseña? He allí aquello en lo cual Freud caminó. (Lacan, 1978)

## Gobernar

Allí donde soy, está demasiado claro que me extravió.  
(Lacan, 1970, p. 108)

El primero que articula, por razones históricas —afirma—, es el Discurso del Amo. La filosofía no habla de otra cosa. La ciencia nació con un movimiento de renuncia al saber que se extrae del esclavo. En el año 1958, Lacan se esfuerza notablemente en argumentar que la impotencia para sostener auténticamente una praxis se reduce en la historia del hombre, al ejercicio de un poder. Pero, el analista que dirige la cura, no debe dirigir al paciente. Se verá más adelante qué articulará entonces cuando habla de *dirección*. En *El revés*, procura escribir que en todo poder hay algo que tropieza... Que es imposible gobernar sin resto se hace ostensible incluso en el mismísimo Discurso llamado del *Amo Antiguo* (Maître).



Precisamente cuando allí encontramos, por debajo de la barra, a la derecha, del lado de la producción, el *a*, aquí en tanto *plus de gozar*. Esa parte del sujeto que no puede representarse en la cadena significativa y se separa. Es lo que Lacan escribe: *a*. Paralelamente, del lado de la verdad, coloca aquello que de manera contundente, el amo se empeña reiteradamente en desconocer: el mismísimo *sujeto dividido*.

Podría decirse —con cierta licencia— que el ideal del discurso amo es la presunta identidad entre el significante y el sujeto. Y que se basa en el desconocimiento de la castración. Es por ello que, por consiguiente, abajo a la izquierda, la división del sujeto queda opacada, velada, precisamente en el sitio que ha sido asignado a la verdad. Con la introducción del *plus de gozar* queda anotado que la mortificación del significante tiene como reverso la intensificación del goce. Abriendo paso a lo que, un poco después, en el seminario *Aun* (1972-1973), Lacan trabajará con mayor amplitud: que el significante produce goce y no solo significación.

En esa juntura de un goce —y no cualquiera, sin duda debe permanecer opaco—, en la juntura de un goce privilegiado entre todos [...], es en relación con la juntura con el goce sexual que surge, en la fábula freudiana de la repetición, el engendramiento de algo radical, que da cuerpo a un esquema literalmente articulado. Una vez surgido S1, primer tiempo, se repite ante S2. De esta puesta en relación surge el sujeto, representado por algo, por cierta pérdida, ha valido la pena hacer este esfuerzo hacia el sentido para comprender su ambigüedad. (Lacan, 1969, p. 17)

Lacan avanza

No en vano el año pasado llamé *plus de goce* a este objeto, del que por otra parte dije que, en el análisis, toda la dialéctica de la frustración se organiza a su alrededor. Esto significa que la pérdida del objeto es también la hiancia, el agujero que se abre a algo que no se sabe si es la representación de la falta de goce, que se sitúa por el proceso del saber en tanto éste adquiere un acento muy distinto, porque desde entonces es saber escandido por el significante. (Lacan, 1969, pp. 17-18)

Esa pérdida es algo que podría ser la representación de la mengua de goce, a consecuencia del trabajo que resulta del *proceso del saber*. Fracaso de la repetición. Simple y llanamente se observa que, no ha sido por azar que Lacan, en este momento de su enseñanza, acude a Marx para introducir el *objeto a*, denominándolo *plus-de-gozar*. Queda claro que lo hace en referencia expresa a la *plusvalía*. Es que la extracción de la plusvalía en el capitalismo hace del goce del otro, un goce supuestamente legítimo.

La *plusvalía* se obtiene por el cálculo de la diferencia entre el *valor de la mercancía* y el *trabajo del obrero*. El goce de esta plusvalía escapa al *obrero*, pero no le da plena ganancia al *capitalista*, que debe reinvertir parte de su producción. Así representa una *renuncia al goce pleno*. (Safouan, 2008, p. 160)

¿El *plus-de-gozar*, objeto de un saber?

El *plus-de-gozar* constituye en el discurso del amo, como en el del universitario, el objeto de un saber [...] El peligro sería pensar que el saber sobre el *objeto a* constituye la ciencia del psicoanálisis. De ser así el sabios, expertos capaces de conocer, manipular [...] verdad – en el lugar que nos cuestiona. (Safouan, 2008, p. 186).

La jugada de Lacan al platear el saber como medio de goce implica sostener que ambos, saber y goce, dejan de ser opuestos. Y que va a ser el trabajo del significante la vía de acceso al goce. Lacan empieza a pensar que el saber es medio de goce cuando a partir de una relectura de algunos textos freudianos como *El Proyecto*, *El chiste*, y *La interpretación de los sueños*, implica al Otro en el goce, le atribuye un cuerpo. Desde entonces Lacan hablará de una multiplicidad de goces (Karothy, p. 79). Lo que pone de resalto el movimiento rotatorio, el giro de los discursos, es la emergencia ni más ni menos de lo que podría situarse como un efecto disruptivo de la verdad.

El lenguaje ya no acarrea solo el efecto mortificante de la producción del efecto sujeto, es decir, del efecto de sentido o de verdad, ya que la verdad es ese efecto disruptivo; el saber se articula, pero la verdad es *desarticulante*, ella desarticula la articulación discursiva. (Karothy, p. 80)

En líneas generales se puede afirmar que estas permutaciones se realizan fácilmente sobre el papel. Ruiz señala con justeza que es sencillo esclarecerlo cuando se trata de las *transformaciones algebraicas*, ahora que, si se trata del movimiento del análisis, el problema se complica.

En 1925 Freud se declara en modo alguno partidario de fabricar cosmovisiones dejando esa labor a los filósofos que se confiesan incapaces de realizar un recorrido por la vida sin contar con esas agendas que dan razón del todo. Guías que orientan de igual modo que lo hace un catecismo. Años después, y en consonancia con esta posición, hace suya la burla del poeta H. Heine en una conferencia en la que expone justamente en torno a la cosmovisión la idea de que los filósofos *con sus gorros de dormir y jirones de su bata taponan los agujeros del edificio universal*.

De manera que *el reverso del psicoanálisis* —explicita Lacan en el capítulo VI de su Seminario XVII— es el *Discurso Amo*. Esta fórmula sitúa el momento en que S1 interviene en el campo ya constituido por los otros significantes en la medida en que se articulan entre ellos como tales. Es así que irrumpe el sujeto dividido \$, cuyo estatuto, Lacan se propone aquí, considerar una vez más. Acentúa que de este trayecto simultáneamente surge una pérdida que designa con la letra *a*. Pérdida que extrae del texto freudiano sobre cuestión de la repetición. A su vez realza que la repetición tiene cierta relación con el goce. Si el análisis tiene importancia es porque “[...] la *verdad del discurso del amo* esta enmascarada” (Lacan, p. 107). El paso decisivo dado por el análisis es poner de manifiesto que el *sujeto* no es unívoco. Así, Lacan deja transparentar que aquello que el *discurso del amo* enmascara no es ni más ni menos que la mismísima división del sujeto.

Ahora bien, cada discurso produce pérdida de goce. El tetraedro de los discursos parece haber sido pergeñado para concebir una renuncia al goce todo. Lacan se aboca aquí a destacar la disyunción entre la producción y la verdad. Será a partir de la estructura de los cuatro sitios o lugares que organizan los discursos que se retendrá lo infranqueable entre el lugar llamado de la verdad y el de la producción o el goce. Es lo que connota como impotencia. Y esta impotencia subyace en cada discurso.

Lo que descubrimos en la menor experiencia del análisis es ciertamente del orden del saber y no del conocimiento o de la representación. Se trata precisamente de algo que une a un significante S1 con otro S2 en una relación de razón. (Lacan, 1969, p. 30)

Dicho esto, es preciso admitir que la base donde se apoya lo que se sabe está en esta relación con lo que no se sabe. En pocas palabras, desconocer la castración es la condición necesaria para sostener un discurso que tiende a ser inequívoco. Llegados a este punto, esto quiere decir que la voluntad de dominio caracteriza a este discurso. De hecho, lo que desea un verdadero amo es que la cosa marche... Lacan dice que podría llamarlo el discurso de la *yocracia*: una conciencia dueña de sí y un sujeto amo de la palabra que profiere. De donde resulta que pretendiendo abarcarlo y comprenderlo todo, promueve la fascinación. En suma, consolidar el sojuzgamiento sobre el otro.

Cabe una pregunta. ¿Dónde está el inconsciente en los discursos? Podría decirse que es en el Discurso del Amo que puede ubicarse en la medida que se escribe como S1 (significante amo), que representa a un sujeto para S2 (otro significante). Entonces, otra pregunta ¿Por qué Lacan habla del discurso del amo como *discurso del inconsciente* y simultáneamente lo llama *yocracia*? ¿Cómo pensarlo?



El discurso amo, que es discurso del inconsciente, marca la formalización de esos dos efectos inherentes a la función simbólica. Él indica que hay una parte del sujeto que no puede representarse en la cadena significante y se separa para constituir ese objeto que es constituido como *plus de gozar* o *causa de deseo* [...] (Karothy, 2010, p. 83)

Pareciera tratarse de una contradicción.

[...] que un discurso remita, al mismo tiempo, al inconsciente y al yo, más aún, al dominio absoluto del yo, porque eso sería la *yocracia*. A mí me parece que la forma de resolver esa contradicción está en los sentidos diferentes que tiene la expresión *discurso del amo* como discurso del inconsciente, no la estructura del inconsciente, sino la puesta en acto del inconsciente, cuando el inconsciente se ordena en discurso, cuando en la interlocución aparece la articulación significante, el efecto sujeto y el efecto plus de goce. (Karothy, 2010, pp. 88-89)

Ahora bien,

[...] cuando Lacan habla de dominio, [...] respecto de tomar la palabra y lo de la *yocracia*, ese es otro aspecto, el que está puesto en juego en la voluntad de hablar. Entiendo que se trata de dos cosas: del discurso del amo en relación a la voluntad de dominio y del discurso del amo como puesta en acto del inconsciente. (Karothy, 2010, p. 89)

Así pues, como decía Lacan, la experiencia psicoanalítica pone en el centro, en el banquillo al saber. Lo interpela. Pero, la idea de que el saber pueda constituir una totalidad cerrada ya había sido puesta en cuestión de modo radical por los escépticos. Por el contrario, se trata de una idea inmanente a lo político. La política del mango, dirá más tarde Lacan en su seminario *Aun*.

[...] *el pensamiento está del lado del mango de la sartén, y lo pensado del otro lado*, en lo cual hay que leer que el mango es la palabra: sólo él explica y da razón.

En esto, el *behaviorismo* no sale de lo clásico. Es *dicho-mango* [*dit-man-che*], el *domingo de la vida* [*Le Dimanche de la vie*], como dice Queneau, no sin revelar con ello, su ser de embrutecimiento.

No es algo que se ve a primera vista. Pero con ello destaco que ese *Domingo* ha sido leído y aprobado por alguien que sabía bastante de historia del pensamiento. Quiero decir, Kojève, que reconocía en él nada más y nada menos que el saber absoluto tal como nos lo promete Hegel. (Lacan, 1973, p. 129)

Lacan afirma haber mostrado que en el discurso del Amo, el *a* es precisamente identificable a lo que en definitiva ha producido el pensamiento de Marx: la función de la *plusvalía*. Freud —al seguir el hilo de su experiencia— es llevado a tener en cuenta esa función que se llama: *la repetición*. Hablar de repetición conduce a Lacan a dos ideas centrales: *fracaso* y *goce*. En la búsqueda de goce en tanto que repetición —lo que está en juego en ese paso— se inscribe en una dialéctica y es propiamente lo que va contra la vida. Es a nivel de la repetición que Freud se encuentra en una especie de apremio; por la misma estructura del discurso, apremiado a articular esta especie de hipérbola, de extrapolación fabulosa que a decir verdad sigue siendo escandalosa para cualquiera que la tome al pie de la letra. Lacan va a articular el instinto de muerte. La repetición no es sólo función de ciclos que la vida implica. El retorno a lo inanimado es —podría decirse— un punto en el

horizonte, un punto ideal, incluso definitivo, pero cuyo sentido en el análisis se indica en lo que hay del *goce*.

A menudo se insiste en que la repetición es decididamente, la base de la experiencia analítica.

El niño al que ven jugando a la desaparición y retorno de un objeto, ejercitándose así en la aprehensión del símbolo, enmascara, si se dejan fascinar, el hecho de que el símbolo ya está ahí, enorme, englobándolo por todas partes, que el lenguaje existe, que llena las bibliotecas, las desborda, rodea todas vuestras acciones, las guía, las suscita, los compromete, puede en cualquier momento requerir que se desplacen y llevarlos a no importa dónde. Ante el niño que se está introduciendo en la dimensión simbólica olvidan todo esto. Coloquémonos, entonces, a nivel de la existencia del símbolo en cuanto tal, en tanto estamos sumergidos en él. (Lacan, 1956, p. 119)

Lo que constituye el nervio del *automatismo de repetición* es: ¿por qué eso se repite? Se lee en la Clase 4 del seminario sobre *las identificaciones* en la versión llamada *Crítica* de Rodríguez Ponte

[...] esto de lo que justamente el sujeto, desde el punto de vista de su confort biológico, no tiene, ustedes lo saben, estrictamente ninguna necesidad, en cuanto a lo que concierne a las repeticiones con las que nos las vemos, es decir, las repeticiones más pegajosas, las más jodidas, las más sintomatógenas. Es ahí que debe dirigirse vuestra atención para develar la incidencia como tal de la función del significante. (Lacan, 1961, p. 22)

La repetición se funda en un retorno del goce. Esto está en Freud, y por el mismo Freud, articulado. Es en esta misma repetición donde yace algo que es imperfección, fracaso. Freud insiste con la idea de que en la misma repetición hay mengua de goce. Y es allí donde encuentra su origen la función del objeto perdido. ¿Qué es lo que aporta Lacan? Esta repetición, esta identificación del goce —que toma prestada para darle un sentido que no está puntuado en el texto de Freud— es lo que se articula como la función del *rasgo unario*. Es decir, la forma más simple de marca. Origen del significante. Es a partir del *rasgo unario* —marca de la repetición— que se origina todo lo que interesa, a los analistas, en tanto saber, dirá Lacan. Y, el objeto *a* es precisamente eso que se desprende del saber. Un cierto saber que se reduce a la articulación significativa. Un saber que es medio de goce. Ahora, mientras trabaja lo que produce es entropía. Es decir, el único punto de pérdida por donde se tiene acceso al goce. Así se explica lo que es la incidencia del significante en el destino del ser parlante. Esto tiene poco que ver con su palabra; tiene que ver con la estructura, la que se demuestra por el hecho de que el ser humano —que no es más que el humus del lenguaje— que el ser humano sólo tiene que *empalabrarse* (*s'apparoler*) —dirá Lacan en un juego de palabras lo suficientemente elocuente—, aunque difícilmente traducible a este aparato.

Entonces:

Con algo tan simple como mis cuatro pequeños signos, pude hacerles palpar recién que basta que a este *rasgo unario* le demos compañía, *compañía de otro rasgo*, S2 después de S1, para que podemos ubicar, de ese significante igualmente lícito, su sentido por una parte, su inserción en *el goce del Otro*, por lo que es el medio del goce. A partir de acá empieza el trabajo. (Lacan, p. 54)

Se advierte que, con el saber en tanto medio de goce se produce el trabajo que tiene un sentido oscuro que es el de la verdad. De allí, nuestra aproximación a los mitos.

Si hay algo que todo nuestro abordaje delimita y que con toda seguridad ha sido renovado por la experiencia analítica, es que no puede hacerse ninguna referencia a la verdad sin indicar que únicamente es accesible a un medio decir, que no puede decirse por completo, por la razón de que más allá de esta mitad no hay nada que decir. Esto es todo lo que puede decirse. Aquí, en consecuencia, el discurso queda abolido. Por muy placentero que resulte para algunos, no se puede hablar de lo indecible.

En todo caso, la última vez ilustré este nudo del medio decir indicando cómo hay que acentuar lo que corresponde propiamente a la interpretación, lo que articulé como enunciación sin enunciado y como enunciado con enunciación en reserva. (Lacan, 1970, p. 54)

El amor a la verdad es algo que se origina en esa falta de ser de la verdad, esta falta de ser que también podríamos llamar esa falta de olvido, propone. Lo que se nos presenta en las formaciones del inconsciente, no es nada que sea del orden del ser, de un ser, de ninguna manera, pleno.

¿Qué es ese deseo indestructible del que habla Freud al finalizar las últimas líneas de su *Traumdeutung*? ¿Qué es ese deseo que nada puede cambiar ni doblegar cuando todo cambia? Esa falta de olvido, es lo mismo que esa falta de ser, porque ser no es otra cosa que olvidar. Este amor a la verdad, es este amor a esta debilidad, esta debilidad de la que supimos levantar el velo. Es eso que la verdad esconde y que se llama *la castración*.

Lacan asume que no debiera tener necesidad de estos recordatorios que son de algún modo librescos. Parece que los analistas, y particularmente ellos, en nombre de algunas palabras tabúes con las que se embrolla su discurso, nunca se dan cuenta de qué es la verdad: *la impotencia*, y es sobre esto que se edifica todo lo que hay de *la verdad*.

### **El Discurso Amo y la política**

Se dijo que el discurso hecho Amo enmascara la división del sujeto. Es que justamente:

La idea imaginaria del todo, tal como el cuerpo la proporciona, como algo que se sostiene en la buena forma de la satisfacción, en lo que, en el límite, constituye una esfera, siempre fue utilizada, en política, por el partido de los predicadores políticos. (Lacan, p. 31)

Es usual concebir el mundo con la lógica de la esfera solidaria a la idea del *todo*, incluso a la idea de *centro*. Tiempo atrás, durante el seminario dictado en el transcurso los años 1954 y 1955, *El yo en la Teoría de Freud y en la Técnica Psicoanalítica*, Lacan instaba de este modo a distinguir el *sujeto* del *yo*.

No somos en absoluto semejantes a planetas, cosa que podemos comprobar en todo momento; pero esto no nos impide olvidarlo. Permanentemente tendemos a razonar sobre los hombres como si se tratara de lunas [...] No es esta una ilusión exclusiva de los eruditos: es especialmente tentadora para los políticos. (Lacan, 1955, p. 353)

No resulta en absoluto indiferente tomar nota de que Lacan remite entonces al libro de Hitler, *Mi lucha*, en el que parece ser que el autor alude al abc de las relaciones entre los hombres cual si se tratase, ni más ni menos, que de relaciones entre lunas. Es mucho después, en la *Conferencia en Ginebra sobre el síntoma* que postula que la política descansa sobre el hecho de que todo el mundo está muy contento de tener a alguien que dice *¡De frente, march!*

La cuestión de la *verdad* y así como el problema del *padre*, son decisivos a la hora de pensar diversos temas referidos, tanto a la dirección de la cura como a la organización de las instituciones psicoanalíticas. La tesis lacaniana acerca de la castración del Otro deviene allí un eje ordenador y articulador del asunto en cuestión. Por otra parte, si Lacan pudo efectuar la operación de retorno a Freud, que no es un retorno a las fuentes ni una apelación a la piedad filial sino una posibilidad de ir más allá del amor al padre, entonces, en el momento actual, es responsabilidad de cada analista trabajar con seriedad esta concepción que apunta a la destitución del lugar de amo, indicar su barradura.

Todo retorno a Freud que dé materia a una enseñanza digna de ese nombre se producirá únicamente por la vía por la que la verdad más escondida se manifiesta en las revoluciones de la cultura. Esta vía es la única formación que podemos pretender transmitir a aquellos que nos siguen. Se llama: *un estilo*. (Lacan, 1991, 440)

Ir más allá de Freud y Lacan, ir más allá del amor al padre, es reconocer la deuda con el psicoanálisis.

En los momentos difíciles de nuestra época es fundamental para nosotros proseguir, con más fuerza aun, nuestro trabajo en relación al psicoanálisis, camino lleno de obstáculos si nos proponemos redefinir el lugar del padre ideal: no es la línea recta inherente al progreso propuesto por la ciencia. Pero no olvidemos que la línea recta puede ser el más atroz de los laberintos. (Karothy, 1996, p. 345)

Ahora, “[...] le debemos al psicoanálisis la posibilidad de hacer escuchar que existe, quizá, más sensatez en el claroscuro de la inquietud que en las luces engeguedoras de la Razón segura de sí”. (Fennetaux, *Il manque du monde*, en *Todo el mundo psi*, 1988, citado en Karothy, 1969, p. 344)

Si Lacan ubica al Discurso Amo como el reverso del psicoanálisis no lo hace en modo alguno, arbitrariamente. Es precisamente por este discurso del amo ya tiene en la tradición filosófica sus credenciales. No obstante el discurso del Amo tal como Lacan trata de despejarlo, toma acá en efecto un carácter particular dado por el hecho de que se puede decir que en nuestra época puede converger con una cierta pureza, con el discurso que se halla a nivel de la política. Comprende todo, incluso lo que se cree revolución. Más exactamente, para lo que románticamente se llama *Revolución con R mayúscula*, este discurso del amo realiza su revolución en el otro sentido del circuito que se cierra.

[...] el discurso del Amo sólo tiene un contrapunto que es el discurso analítico todavía tan inapropiado. Lo llamo contrapunto porque su simetría —si es que existe alguna—, y si, existe su simetría no en relación a una línea ni a un plano, sino en relación a un punto. En otras palabras surge de algo que es el cierre (del circuito) de ese discurso del Amo al que me refería recién. (Lacan, 1969, p. 91)

Lacan acentúa

[...] lo que no pude escribir en el pizarrón porque eso empieza a cansarme, a saber la disposición de las S tachadas o numeradas y del a, tal como lo hice la última vez y que espero que todos, más o menos, tengan la transcripción en sus papeles, esta inscripción que no tuve tiempo de hacer por el hecho de que me debatía con otra cosa, bien, esta inscripción muestra bastante esta simetría en relación a un punto que hace que el discurso analítico se encuentre precisamente en el polo opuesto del discurso del Amo. (Lacan, 1969, p. 91)

Todavía más, la *posición del amo*, en su acmé es notoriamente insostenible. El amo requiere del trabajo del esclavo, y eso ya marca lo que quiere ocultar: su castración. Ahí radica todo el asunto. “Al presentar al sujeto como idéntico al significante, nunca puesto en duda, el discurso amo implica una palabra cuyo significado es unívoco” (Károthy, p. 84). Tratándose del Amo, Morales recupera un problema interesante en un trabajo que lleva por título *Los riesgos de la cura*, cuando apunta:

Por encontrar la respuesta al enigma Edipo suprime la situación de suspenso que la pregunta por la verdad introducía en el pueblo y anticipa su propio drama, él mismo caerá en la trampa de la verdad. Al salir triunfante accede a Yocasta y sube al trono como un amo, evitando la sucesión [...] (Morales, 2007)

La analista subraya especialmente que Edipo *se vuelve amo* por procurar borrar la pregunta por la verdad.

El significante amo, por lo tanto, es tan necesario como el discurso amo, pero es bien diferente del amo. El amo no es el significante amo ni el discurso amo, sino el que se propone encarnar el significante. Es el que hace signo, como dice Lacan. (Flesler, 2010, p. 106)

Lacan muestra los rostros con los que se presenta el amo que encarna su deseo como *voluntad de goce*. Por este recodo se ocupa del tema del padre, por la vía de la filiación. Como contrapartida del Discurso del Amo, y *haciendo torsión*, tendremos el acto analítico. Para que esta afirmación revele toda su complejidad es necesario preguntarse, ¿de qué se trata el *acto psicoanalítico*? (Lacan, 1969, p. 33)

Si hay un saber que no se sabe, ya lo he dicho, se instituye en S2, es decir, lo que llamo el otro significante. Este otro significante no está solo. El vientre del Otro, el A mayúscula, está lleno de ellos. Es este vientre lo que da pie, como un monstruoso caballo de Troya, al fantasma de un saber-totalidad. Sin embargo, está claro que su función implica que algo venga a llamar desde afuera, si no, no puede salir nada. (Lacan, 1969, p. 33)

La verdad que se oculta es la castración del amo, eso que el Discurso de la histérica —entre otras muchas cosas que produce— vendrá a desenmascarar cuando consiga colocar en el lugar de la dominante al síntoma. En vista de que Lacan ubica S2 en el lugar del esclavo, en el discurso del Amo y luego, S2 en el lugar del amo en el discurso universitario, se infiere que en ambos casos no se trata del mismo *saber*.

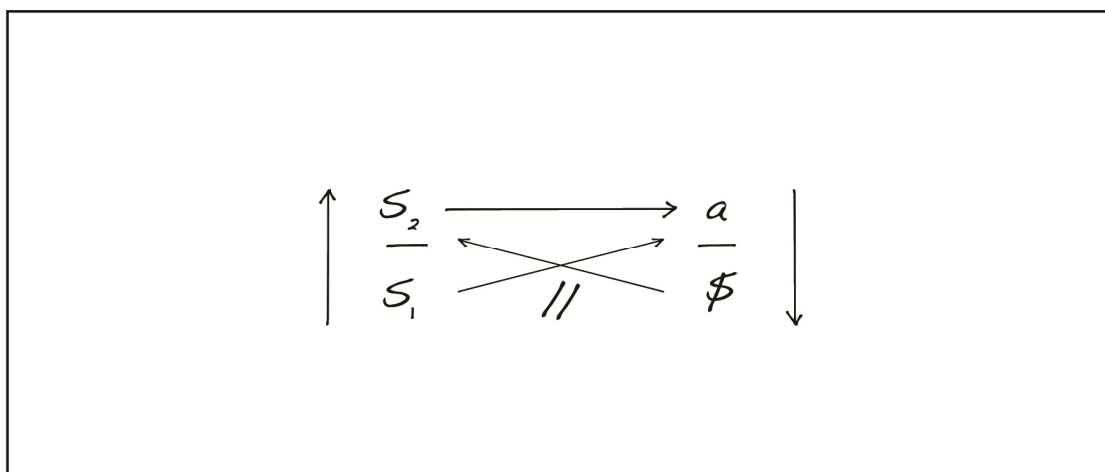
[...] pretender ejercer un poder haciendo consistir un saber, transformando su presencia en un medio de coerción social, o excluirlos de su clínica y obturar la posibilidad de escuchar y leer con su escucha. La ocasión clínica se torna ineficaz y se

constituye en un campo de lucha de dos saberes opuestos que se abroquelan en la sentencia “tu eres eso”, impidiendo así esa gran posibilidad de producción metafórica que es el síntoma en transferencia. (Staude, 2010, p. 99)

En suma, el Discurso Amo viene a ofrecerse como la matriz de todo lazo social. Se trata de la fórmula que va a dar cuenta de la constitución del sujeto en el campo del lenguaje. Es la puesta en acto de la realidad del inconsciente, en tanto que éste se ordena —al decir de Lacan— en discurso cuando en la interlocución se produce la articulación significativa, el sujeto escindido y el objeto. Y si bien es notable que se aferra a sostener una ilusoria relación de identidad entre el sujeto y el significante. Incluso a desmentir la falla en el universo. En definitiva, es un intento de dominio a menudo afortunadamente fallido o al menos pasajero dada la condición inexpugnable de producir giros, desplazamientos que impiden cualquier cristalización. Tentativa vana de desconocer la castración del amo.

### Educación: *Discurso Universitario*

En las primeras clases del seminario sobre los discursos, Lacan ha puesto de relieve que el Discurso Amo confina con el *discurso de la ciencia*. Se observará también que a poco de andar va a familiarizar a la ciencia, también, con el discurso que designa como Discurso del Amo Moderno.



Comandado por el saber ( $S_2$ ), por el *todo-saber*, este discurso cobra su peso bajo el nombre de Discurso Universitario. Un *saber-totalidad* sofocante; capaz de aplanar cualquier interrogante acerca de la verdad. Esto queda suficientemente especificado cuando refiriéndose al  $a$  (pequeño otro) —ubicado arriba a la derecha— acuña el término, *a-studados*. Allí se expresa de manera palmaria que el otrora esclavo, hoy estudiante tiene, forzosamente que producir algo. Se encuentra, asimismo, que en el nivel de la verdad —vale decir, abajo a la izquierda— se especifica el significante amo ( $S_1$ ).

[...] poner en el lugar de la verdad, la orden pura y simple, la orden del amo. Es imposible dejar de obedecer esa orden que está ahí, en el lugar que constituye la verdad de la ciencia sigue. Sigue. Adelante. Sigue sabiendo cada vez más. Precisamente porque el signo del amo ocupa ese lugar, toda pregunta por la verdad resulta, hablando con propiedad aplastada (Lacan, 1969, p. 110).

Un punto que vale la pena consignar es que la enigmática afirmación de Lacan de que el Discurso Universitario sólo puede articularse a través del Discurso del Amo, es algo que habrá que desenmarañar. Es que, la transmutación que se produce del paso del discurso del amo antiguo hasta el del amo moderno —al que llama *capitalista*—, es una modificación, una rotación del lugar del saber. Como resultado de esta operación, lo que pasa a ocupar el lugar de la dominancia es S2, es decir, el saber. La tiranía del saber o, dicho de otro modo, el todo-saber es lo que en el lenguaje corriente suele llamarse *burocracia*.

Una pequeña digresión. Las *Ciencias humanas* —conforme a los desarrollos de Foucault— no aparecen hasta que se decidió pasar al hombre aislado o al grupo del lado de los objetos científicos: aquello que hay que pensar y saber. En consecuencia es un acontecimiento en el orden del saber. El individuo es el resultado de todos aquellos procedimientos que fijan el cuerpo al poder político.

Debido a que este cuerpo fue subjetivado [...], a que fue psicologizado, a que fue normalizado, resultó posible la aparición del individuo [...] Las ciencias del hombre, tomadas en todo caso como ciencias del individuo, no son más que el efecto de toda esa serie de procedimientos [...] En realidad, el individuo es, desde el comienzo y por obra de esos mecanismos, sujeto normal, sujeto psicológicamente normal [...] (Foucault, pp.78-79)

Foucault consigue mostrar que una tenaza jurídico-disciplinaria produce el acople del individuo jurídico y el individuo disciplinario que da como resultado lo que en los siglos XIX y XX se da en llamar: *El Hombre*. ¿Qué es para este autor el poder disciplinario?

[...] una modalidad mediante la cual el poder político y los poderes en general logran, en última instancia, tocar los cuerpos, aferrarse a ellos, tomar en cuenta los gestos, los comportamientos, los hábitos, las palabras [...] Ese poder disciplinario, en su especificidad, tiene una historia, no nació de una sola vez pero tampoco existió siempre[...] (Foucault, pp. 59-60)

En *Las palabras y las cosas* hará hincapié en que el hombre se ha convertido en objeto de la ciencia y que

[...] este acontecimiento se produjo él mismo en una redistribución general de la *episteme*: cuando, al dejar el espacio de la representación, los seres vivos se alojaron en la profundidad específica de la vida, las riquezas en la presión progresiva de las formas de la producción, las palabras en el devenir de los lenguajes. (Foucault, p. 335)

Las ciencias se ocupan del hombre en la medida en que él vive, habla y produce (biología, filología y economía). Para Lacan, una ciencia calificada de humana es una ciencia que toma a los hombres por humus. (Lacan, 1996, p. 111)

Resulta curioso que Lacan sostenga que el *Discurso de la Universidad* o *Universitario* podría haberse llamado también *de la moral* o *de la Iglesia*, incluso, *de la burocracia*. Sin embargo, él lo expresa en forma cabal cuando argumenta que la idea basal no alude sólo a la institución universitaria —a pesar de sus pretensiones— sino que se refiere más bien al imperativo que ubica a S2 como soberano. Ya en las prácticas religiosas donde la Iglesia se erige desde hace siglos como *directora de conciencia*, se enseña *La Verdad* revelada por el supremo Dios Padre Todopoderoso, —que aquí, en los esquemas de los que Lacan se sirve ocupa

el S1 (significante amo) abajo a la izquierda—, por el Amo Absoluto, a los alumnos, los ciudadanos, los hermanos o los feligreses.

Pero, el intento de dominio del goce indomeñable, el empeño de administrar un saber sin agujeros, también fracasa cuando el otro insurrecto, hace síntoma. Es por esto que Lacan ubica al \$ en el lugar de la producción, debajo, a la derecha. El sujeto dividido estará en disyunción con el significante amo (S1). Su pretendida universalidad, deja siempre afuera la especificidad de un sujeto en relación a su goce. (Staude, 1993, p. 184).

### **Jacques Lacan. *Su Enseñanza***

Se afirma que el psicoanálisis no se transmite como cualquier otro saber. Pero, ¿Cómo leerlo? ¿Cómo arreglárselas con estos dos imposibles: analizar y enseñar?

Según asegura Rodríguez Ponte en *Función de la controversia en la institución psicoanalítica*, intervención en el espacio *Dificultades en el agrupamiento entre analistas: nuestra actualidad* en la Escuela Freudiana de Buenos Aires, el 17 de Mayo de 1995. Inédita

[...] no hay transmisión del psicoanálisis. Esto es una consecuencia de lo que he dicho antes, pero si quieren que le añada alguna cita de autoridad —pues niega algo que parece circular sin restricciones—, les digo que esto lo ha afirmado explícitamente Lacan, en unas *Conclusiones del Congreso de París de la EFP*, de 1978: “Tal como ahora llego a pensarlo, el psicoanálisis es intransmisible. Es muy fastidioso. Es muy fastidioso que cada psicoanalista esté forzado —puesto que es preciso que esté forzado a ello— a reinventar el psicoanálisis”. (Rodríguez Ponte, 1995, Inédito.)

Sin embargo, afirma que

[...] sólo el saber psicoanalítico es transmisible, es decir, el saber que es posible extraer de su práctica de la verdad del sujeto. No es que no hay saber. Hay saber, y es transmisible. Más aún: debe ser transmisible, el psicoanálisis no podría quedarse en lo inefable de una práctica. Pero, entonces, hay que contar con que este saber del psicoanálisis es transmisible en una medida directamente proporcional a la ausencia de enunciación. (Rodríguez Ponte, 1995, Inédito.)

De todos modos

[...] aunque privilegiemos al sujeto de la enunciación como aquello cuya inclusión desmarca lo que es psicoanálisis de lo que no lo es, como aquello que lo distingue de otras prácticas que podrán ser terapéuticas o científicas, pero que no son psicoanálisis, de todas maneras debemos, inevitablemente, cuando intercambiamos con otros analistas, arriesgar conjeturas, hipótesis [...] digamos: formulaciones de saber. Si no, no hay controversia posible; y si no hay controversia, no hay avance discursivo. Pero la adhesión del analista a sus enunciados, convendría que estuviera siempre relativizada por, como les decía al comienzo, la reintroducción de la verdad en el campo del saber. (Rodríguez Ponte, 1995, Inédito.)

En *La dirección de la cura* (1958) Lacan muestra cómo la resistencia es engendrada en la práctica. (Lacan, 1958, p. 575) Veinte años después la pregunta que Lacan formula es: *¿Cómo enseñar lo que el psicoanálisis nos enseña?* Implica toda una apuesta al análisis del analista. Veinte años más tarde, la pregunta se complejiza: *¿cómo hacer para enseñar lo que no se enseña?* (Lacan, 1978)



Se afirma que el psicoanálisis no se transmite como cualquier otro saber. Pero, ¿Cómo leerlo?

[...] cómo hacer con estos imposibles, sabiendo que es muy difícil no renegar de ellos, cayendo por ejemplo en el discurso universitario. El discurso universitario supone que hay universo de discurso y tiene la función de un perro guardián que reserva el saber a quién corresponde. (Lacan, 1970)

¿Cómo arreglárselas con estos dos imposibles: analizar y enseñar?

Hay cuatro discursos. Cada uno se toma por la verdad. Solo el discurso analítico hace excepción. Más valdría que domine se concluirá, pero justamente ese discurso excluye la dominación, dicho de otro modo, no enseña nada. No tiene nada de universal: es por lo cual no es materia de enseñanza. (Lacan, 1978)

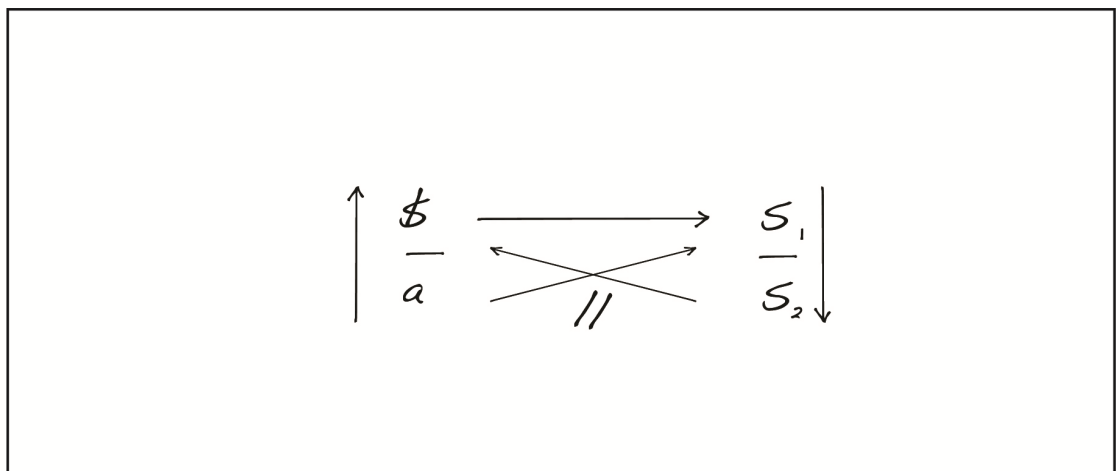
El psicoanalista no transmite un saber, no porque no tenga nada que saber, contrariamente a lo que imprudentemente se emite ya que es eso lo que se cuestiona: la función de cierto saber en la Sociedad, el que se les trasmite, afirma Lacan en Vincennes. (Lacan, 1978)

### Hacer desear. *Discurso Histérico*

La fórmula del llamado discurso de la histeria es la fórmula del comienzo de un análisis.

[...] no es sólo que la histérica invente al psicoanalista. También el analista inventa a la histérica porque el dispositivo que entre ambos inventaron reproduce la especie que lo engendró. A tal punto que hoy, lacanianos al fin, aceptamos como un hecho establecido que, la histerización estructural es la condición para que todo hablante, cualquiera sea su estructura clínica, pueda entrar en análisis. (Braunstein, 1990, p. 153)

Tiene que haber una queja, un síntoma que interpele, transformado en demanda de saber. Un síntoma que encubra una demanda incondicionada de amor y que se dirija a quien supuestamente detenta ese saber. (Braunstein, 1990)



De ahí se desprende que, el Discurso Histérico, también llamado Discurso Analizante incluye esa búsqueda reiterativa de un amo que dé respuestas (curas, médicos, maestros, psicoanalistas). Un saber que, de todos modos, siempre fallará.

Una y otra vez repiquetea la pregunta: ¿Qué hacemos en el análisis sino instaurar mediante la regla un discurso tal que el sujeto suspende allí lo que constituye precisamente su función de sujeto? Un sujeto eximido de sostener lo que él enuncia. (Lacan, 1968)

En aquel célebre escrito presentado en el '58 por invitación de la Sociedad Francesa de Psicoanálisis, el informe del Coloquio de Royaumont. *La Dirección de la cura y los principios de su poder*, Lacan se aboca a dejar bien establecida la diferencia entre en el análisis y lo que nombra en un tono francamente ácido como una *reeducción emocional del paciente, una sugestión grosera* o, una *domesticación* de un llamado *débil*, por medio de otro lo suficientemente *fuerte* como para cumplir con ese propósito que se adjudica. El desmontar la relojería de esta tarea que se asigna deviene esclarecedor. A saber, en definitiva, se trata de guiar al paciente por el *American way* hacia la *happiness*, imponiendo su idea de *realidad*. Todo esto supone, en principio, tomar como patrón de medida el *ego autónomo*. Esto es, un al abrigo de los conflictos. La ironía de Lacan es reveladora: *Un quipo de egos menos égaux* (iguales).

Y bien, para ello Lacan va a encontrar apoyo firme en aquellas *directivas* cuya presencia no podría desconocerse en *la situación analítica*. Lo que consiste sencillamente en hacer aplicar la *regla analítica*.

Después que al día siguiente lo comprometo a la única condición de la cura —la de decir todo cuanto se le pase por la cabeza aunque le resulte *desagradable*, aunque le parezca *nimio*, o que *no viene al caso* o que es *disparatado*— [...] empieza como sigue. (Freud, 1909, p. 128)

La regla analítica que aquí aparece como *directivas para la cura* —pues, no se trata de lo que podría asumirse como una dirección de conciencia— son sostenidas por el analista desde el inicio, es decir, como punto de partida.

Estas directivas están en una comunicación inicial planteadas bajo la forma de consignas de las cuales, por poco que el analista las comente, puede sostenerse que hasta las inflexiones de su enunciado servirán de vehículo a la doctrina que sobre ellas se ha hecho el analista en el punto de consecuencia a que han llegado para él. (Lacan, 1985f, p. 566)

Diez años más tarde se pregunta a dónde es que podría conducir ese *decir cualquier cosa*.

¿Qué justifica la regla con la que se instaura la práctica psicoanalítica, esa muy tontamente llamada la asociación libre? *Libre* no quiere decir más que dar *licencia al sujeto*. Licenciar al sujeto es una operación no obligatoriamente lograda. No siempre basta licenciar a alguien para que se marche. (Lacan, 2008, p. 62)

La respuesta de Lacan es por cierto esclarecedora. Es que hablar es distinto de plantear *digo*. “Es muy importante porque es con eso que se modela el discurso del psicoanalista. Sólo sería necesario que hubiera psicoanalistas [...] es a eso a lo que me aboco”. (Lacan, 2008, p. 8)

[...] para dar una fórmula más amplia, que la localice no sólo en la relación hombre-mujer, digamos que si nos limitamos a leer lo que inscribo aquí con el discurso de la histérica, no siempre sabemos qué es esta \$. Pero si se trata de su discurso y este discurso es lo que hace que haya un hombre animado por el deseo de saber [...] (Lacan, 1992b, p. 35)

Resulta para este trabajo de particular interés interrogarse acerca del saber del analista.

¿Qué es lo que se trata de saber? [...] Lo que la histérica quiere, en el límite, que se sepa es que el lenguaje no alcanza a dar amplitud de lo que ella, como mujer, puede desplegar con respecto al goce [...] ¿No es esto, después de todo, el fondo mismo de la experiencia analítica, si digo que da al otro como sujeto el lugar dominante en el discurso de la histérica[...] (Lacan, 1992b, p. 35)

Por eso, Lacan poniendo los puntos sobre las íes, escribe en filigrana que la histérica es, ni más ni menos, que el *sujeto dividido*.

[...] *histeriza* su discurso hace de él este sujeto a quién se le pide que abandone toda referencia más allá de los cuatro muros que le rodean y produzca significantes, que constituyen esa asociación libre, [...] dueña del campo? (Lacan, 1992b, p. 35)

En el Discurso de la Histérica —que como ya se ha dicho no es sino el Discurso del Analizante— lo que se sitúa en el lugar del agente, es el síntoma que se presenta como *enigma a descifrar*. Entonces, la dominante la vemos aparecer bajo la forma del síntoma. El Discurso de la Histérica se sitúa y ordena en torno a él. Algunas citas permitirán echar luz.

En el lugar del agente coloca al sujeto escindido, que es el que se dirige al otro. Del lado del otro, el significante amo, situando en él al analista, al que le supone un saber. Este es el tiempo que da inicio a un análisis. Lo interesante es que en el lugar de la producción aparece un saber que se revela impotente para decir la verdad del goce. Allí, en el lugar de la verdad, está el objeto *a* como plus de goce. O sea que en el inicio, el discurso expresa la impotencia del saber para revelar la verdad del goce [...] (Flesler, 2015, p. 99)

A renglón seguido, también en la misma línea:

Me gusta llamar la atención sobre la importancia que tiene en este primer tiempo, de transferencia predominantemente imaginaria, apuntar a producir un pasaje de la vertiente imaginaria a la vertiente simbólica de la transferencia. A mi entender, es función de las entrevistas preliminares recolocar el saber en la transferencia. (Flesler, 2015, p. 99)

Entonces, a nivel del Discurso de la Histérica, ¿está claro que esta dominante aparece bajo la forma del síntoma?

[...] es alrededor del síntoma que se ubica, que se ordena el discurso de la Histérica. Y ciertamente, es la oportunidad de darnos cuenta que si este lugar es el mismo, es posiblemente por eso que tiene una luz, de la que no basta decir que sea la de la época para dar cuenta de ella, puede que este lugar dominante sea en este caso el del síntoma o algo del alcance de hacernos cuestionar, como siendo el mismo lugar que el

del síntoma cuando sirve en otro discurso. Es en efecto lo que vemos en nuestra época: la Ley puesta en cuestión, como síntoma. (Lacan, 1992b, p. 21)

La verdad del goce que el síntoma porta, puesto que —como Lacan articula cuando se ocupa del *acting out*, en el *Seminario de la Angustia*—, el síntoma en su naturaleza, es goce. Más bien habría que decir, es goce encubierto. Este goce que puede traducirse por *Unlust* (displacer).

Otro aporte que puede hallarse en el número 26 de los *Cuadernos Sigmund Freud* de la Escuela Freudiana de Buenos Aires:

[...] el discurso histérico, por ejemplo, se caracteriza por presentar un sujeto que supone en el Otro un significante (S1) dotado de la potencia de operar sobre el cuerpo del sujeto. La suposición y la demanda de interpretación que le es inherente implican la producción de un saber (S2). (Couso, 2009, p. 57)

Para Lacan, que haya amor a la debilidad sin duda es la esencia del amor. El amor, es dar lo que no se tiene, y esto es, lo que podría reparar esa debilidad original. Y al mismo tiempo, va a sostener que es el *sujeto supuesto saber* lo que funda la transferencia. Insiste a menudo sobre la idea de que el analista es *supuesto saber*, no gran cosa.

Después de todo, puede decirse que lo que el análisis instaura es que el analista dice al que va a comenzar: "*Vamos ¡Diga cualquier cosa, será maravilloso!*". Así es como él instituye ese *sujeto supuesto saber*, mediante la *asociación libre*, sin lo cual no hay operatoria posible.

Y la transferencia se funda en esto, en que un tipo que me dice, a mí, pobre estúpido, que me comporte como si supiera de qué se trata. Puedo decir lo que sea y siempre resultará. Esto no le sucede a uno todos los días. Hay causa de sobra para la transferencia. (Lacan, 1992b, p. 55)

La *asociación libre* condición de posibilidad del *analizante por venir*.

En la *Introducción a la versión alemana de un primer volumen de los escritos* (1973), se lee:

En términos más precisos, la experiencia de un análisis entrega a aquel que llamo el analizante —¡ah! qué éxito obtuve entre los pretendidos ortodoxos con este término, y cuánto confesaban así que su deseo en el análisis era el de no estar allí para nada— entrega al analizante, digo entonces, el sentido de sus síntomas. Y bien, postulo que esas experiencias no podrían adicionarse. Freud lo dijo antes que: en un análisis hay que acoger todo —donde vemos que el analista no puede escabullirse—, hay que acoger todo como si por otra parte nada estuviera establecido. Esto no quiere decir nada sino que siempre hay que volver a abrir la fuga del tonel. (Lacan, 1973, p. 10)

*Lo que define al analista es el análisis*. Mas, ¿qué se espera de un psicoanalista? Lacan responde: lo que se espera de un Psicoanalista es que consiga hacer funcionar su saber en términos de verdad. Es por eso que se confina a un semi-decir plagado de consecuencias. Es a él que se dirige la fórmula que Lacan ha comentado a menudo del "*wo es war, sell ich werden*". Si él, el analista, puede ocupar ese lugar arriba a la izquierda, que determina su discurso —que se verá un año después: semblante de *a*— es precisamente por no estar ahí en lo más mínimo por sí mismo. "El dispositivo analítico es el suelo que hace posible que un discurso se histerifique. La regla fundamental libera a la palabra de su atadura al significado".

(Bisserier, 2015, p.1). El psicoanálisis arranca de un viraje decisivo en el cual el saber se depura de todo lo que puede hacer ambigüedad.

En efecto, el psicoanálisis se origina en un vuelco por el cual el saber se purifica, si puedo decirlo así, de todo lo que puede confundirlo con un saber natural tomándolo por un no sé qué que supuestamente nos guiaría en el mundo circundante, con la ayuda de no sé qué papilas que habría en nosotros y que sabrían orientarse de forma innata.

No es que no haya nada parecido. Cuando un sabio psicólogo escribe en nuestros días —quiero decir que no hace tanto tiempo, cuarenta o cincuenta años— algo que se llama *La sensación, guía de vida*, no está diciendo nada absurdo, por supuesto. Pero si puede enunciarlo así, es precisamente porque toda la evolución de una ciencia nos hace ver que no hay ninguna connaturalidad de esta sensación con respecto de la aprehensión de un pretendido mundo que puede surgir por medio de ella. (Lacan, 1992b, p. 49)

¿De qué se trata en la articulación significante? Pues bien, la articulación significante es lo que confirma que no hay nada en común entre el sujeto del conocimiento y el sujeto del significante.

El significante pues se articula por representar un sujeto ante otro significante. De aquí se parte para dar sentido a esta representación inaugural en tanto que ella es repetición apuntando al goce. Lo dicho hasta aquí supone que el saber que nos parece el más depurado, aun cuando esté bien claro que no podemos extraerlo de ningún modo del empirismo por depuración, es el mismo saber que está presente desde el origen, que muestra su raíz en lo que, en la repetición y bajo la forma de *rasgo unario*, ese saber es medio del goce. Del goce, precisamente, en tanto supera los límites impuestos bajo el término de *placer* a las tensiones habituales de la vida. Ese saber trabajando, y en el nivel más elemental, en el nivel de esta imposición del rasgo unario, pues bien, el saber trabajando, produce —eso no va a sorprender demasiado— produce una entropía.

Esto se escribe e-n-t. Puede escribirlo con a-n-t -lo que sería además un lindo juego de palabras.

No es para sorprendernos. ¿No saben ustedes que la energética no es nada más, por mucho que crean los corazones ingenuos de los ingenieros, que la aplicación sobre el mundo de la *red de los significantes*? (Lacan, 1992b, p. 51)

Cuando el significante se introduce como aparato de goce aparece eso que se llama entropía. Enlatar energía. Es a nivel del *Más allá del principio de placer* que Freud formula con precisión que lo que en último término es el verdadero sostén, la consistencia de la imagen especular del aparato del yo es que está sostenido en el interior. “[...] y éste no hace más que revestirlo, por ese objeto perdido a través del cual se introduce el goce en la dimensión del ser del sujeto. (Lacan, 1992b, p. 52)

Es por ello que en estas clases va a decir que hay una relación primitiva entre el saber y el goce, que el saber deja de estar separado del goce, deja de ser su opuesto, lo que significa que en el seminario de los problemas cruciales, lo simbólico, en lugar de quedar confinado al principio de placer, establece una relación primitiva, originaria, con el goce, cortando de cuajo con la categoría de transgresión. (Karothy, 2015, p. 79)

Karothy destaca que Lacan en este seminario prioriza la categoría de trabajo, en tanto que es ahora el significante, el trabajo del significante lo que da acceso al

goce. Entonces, el significante, o más bien, la articulación significativa produce goce, no tal solo significación. Ahora hablar es producir, además, el efecto *plus de gozar*.

[...] desde que introduce el plus de gozar en los discursos [...] En la línea superior tenemos la articulación significativa —que para mí, no cae, a pesar de que en el seminario *Aun* el inconsciente aparece como un enjambre de S1, pero si el inconsciente se ordena en discurso, la pareja S1-S2, el par ordenado, sigue siendo un concepto válido— [...] (Karothy, 2010, p. 82)

Para expresar luego que

[...] los dos términos del fantasma: el \$ en el lugar de la verdad y el objeto a en el lugar de la producción, es decir, de un lado lo desinvertido y mortificado, y del otro lado el plus de gozar, desde el punto de vista libidinal. Por eso en estas clases Lacan retoma *Pegan a un niño* —en realidad, la traducción más correcta sería *Un niño es castigado*— [...] el golpe del significante aparece como medio de goce, quedando revelado cierto sadismo del significante. (Karothy, 2010, p. 82)

Esta conceptualización donde se revela lo que podría decirse, una intensificación del goce, franquea el camino a lo que será años después la propuesta de Lacan acerca del goce, en su seminario *Encore*. Allí donde confiesa sin pudor que se percató con el tiempo de que su manera de avanzar estaba constituida por algo que pertenecía al orden del *no quiero saber nada de eso*.

Diré que el significante se sitúa a nivel de la sustancia gozante. [...] El significante es causa de goce. Sin el significante ¿cómo siquiera abordar esa parte del cuerpo? ¿Cómo, sin el significante, centrar ese algo que es la causa material del goce? [...] Por ser su término, el significante es lo que hace alto en el goce. (Lacan, 1995b, pp. 33-34)

*La asociación libre*, “decir lo que sea, sin importar qué, implica la suspensión de la creencia en la intersubjetividad y en la comprensión.” (Brisserier, 2015, p. 3) *¿Qué instituye el analista?* Dicho brevemente, el analista instituye la histerización del discurso: la introducción estructural, mediante condiciones artificiales, del discurso de la histérica. Lacan entiende que este discurso existiría de cualquier modo, habiendo o no psicoanálisis.

¿Por qué Lacan al inicio del análisis ubica este *discurso de la histérica*? Por otra parte, introduce la idea que es su deseo lo que conduce al saber.

[...] cuando Lacan plantea la estructura del discurso histérico [...] va a ubicar S2 en el lugar de la producción. La histérica *fabrica un hombre animado por el deseo de saber*. Produce saber, o mejor dicho, produce un hombre que desea saber. Sólo que este saber queda ubicado como un saber absoluto, es decir un saber que elude la relación dialéctica del saber y el goce. (Couso, 1993, pp. 126-127)

Más tarde comenta que lo que causa el saber es, justamente, la imposibilidad de alcanzar el goce real.

Por el contrario, la neurosis postula, supone un sujeto que alcanza un saber sobre ese goce (la “otra” del triángulo histérico). Y espera que ese saber sea producido. Mientras tanto, esto le permite ocultar una verdad [...] así puede creer que falo y causa de deseo es lo mismo, y que nada escapa a la dimensión fálica, eludiéndose así el *enigma* del goce femenino. (Couso, 1993, p. 127)

La configuración del *discurso de la histérica* se acomoda al poder que denuncia. Lacan muestra que los estudiantes, a través de su posición de revolucionarios, lo que buscan es un *Amo*.

### **El *Discurso del Analista***

El objeto *a*, objeto rechazado por los otros discursos, ocupa en el discurso del analista el lugar del agente. ¿Qué quiere decir que analista ocupe el lugar del *a*, objeto *a*?

Con la denominación de ese lugar como *semblant* queda claro que de lo que se trata de ocupar ese lugar, no de ser ahí. Cuestión de enorme importancia cuando se trata del lugar del analista: no se trata de su ser, se trata de ocupar el lugar de *semblant* de causa de deseo. (Hercman, 1916, p. 5)

El Discurso Psicoanalítico no produce despliegue de saber, lo que produce es un *significante amo*. Coloca al saber en el lugar de la verdad. En el Seminario *De un Otro al otro* Lacan propone que el *verdadero ateísmo resulta* de la caída del *Sujeto supuesto Saber*.

[...] es decir, en el acto analítico estaría en juego un orden de creencia, pero en todo caso se trata de una creencia que no es religiosa sino atea y que tiene que ver con un creer en el aquí del acto y no en un más allá. El Otro pasa a ser apenas un Otro, lugar de inscripción de todo *significante* que, repitiéndose indefinidamente como conjunto vacío, da lugar al incesante relevo de los *significantes* que escriben el texto subjetivo. (Hercman, 1916, p. 1. Subrayado en el original)

Operación que es inmensa en consecuencias porque, a la vez que rebate el saber absoluto hegeliano, ubica el agujero en el Otro como conjunto vacío para luego situar en ese lugar al objeto *a*. Se trata de una nueva topología del Otro que no es más un todo, no arma ninguna totalidad, siempre afecta a sostener todo tipo de totalitarismos.

Para Bissierier, (2015) es el Discurso Psicoanalítico el que produce aquello que llamamos psicoanalista, y no al revés. Por su parte, Hercman aduce:

Nuestra práctica no se pliega al discurso del mercado y su promoción del sujeto al estatuto de objeto intercambiable como signo monetario. Propone un corte en el discurso común y en su ilusión de totalidad, oponiendo a ello la oferta de un dispositivo donde alojar el goce singular del ser hablante y —por la vía del lazo social que le es propio— acceder a un saber arreglárselas con ese goce. (Hercman, 2015, p. 8)

En tanto el analista no se confunde con la persona ni se autoriza en ningún título sino que se define como formación del inconsciente, lo que llamamos analista es una función. “El analista será entonces formado por el discurso analizante en tanto éste se mantenga guiado por la lógica que instala su regla fundacional”. (Bissierier, 2015, p. 12)

Es un corte tajante y radical con toda pretendida *inter-subjetividad*. Pues, así como nadie es padre por haber engendrado, tampoco nadie es psicoanalista por declararse tal. El discurso del analista es aquel en el que el analista se ofrece como *punto de mira* para ser causa de deseo del analizante. Y, además, nótese que permite la escritura del fantasma. El saber en posición de verdad es el mito, en

particular, el mito de Edipo, lo que Lacan ubica como el sueño de Freud. El analista se pone en posición de sostener el lugar de la *letosa*.

Que el discurso analítico, en el nivel de estructura en que intentamos articularlo, cierre la vuelta de los otros tres, respectivamente no quiere decir que los resuelva. Que permita pasar al revés, no resuelve nada.

De todos modos, se verá, este revés no explica ningún anverso. Se trata aquí de una relación de trama, de texto, de tejido. Lo que no quiere decir que ese tejido tenga un relieve y que atrape algo —seguramente no todo—, dado que de esta palabra que sólo tiene existencia de lenguaje. Así, el lenguaje muestra precisamente el límite. El *revés es asonante con verdad*. Por cierto, —como ya se ha dicho— con respecto a la verdad, Lacan introduce algo que merece ser realzado desde el principio.

[...] no es una palabra fácil de manejar excepto en lógica proposicional donde se le da un valor, un valor reducido a la inscripción, el manejo de un símbolo, habitualmente la V mayúscula, su inicial. Este uso está particularmente desprovisto de esperanza, es precisamente lo que tiene de saludable. (Lacan, 1992b, p. 58)

A no confundir *la verdad analítica con la revolución*. Lacan se empeña en destacar la ambigüedad de este término que también bien puede querer decir revolución en el empleo que tiene en la mecánica celeste, a saber, *retorno al punto de partida*.

El discurso analítico, en el nivel de estructura que tratamos de articular este año, concluye todo ese mareo de los otros tres [...] Pero que el discurso analítico cierre este escalonamiento en cuarto de círculo que estructurado otras tres estructuras no quiere decir que los resuelva y que permita pasar al reverso. Eso no resuelve nada. (Lacan, 1992b, p. 57)

*La verdad parece en efecto sernos muy extraña.*

La operación analítica es algo que se distingue por avanzar en ese campo de una forma distinta de lo que llamaré, encarnados en el discurso de Wittgenstein, a saber una ferocidad psicótica ante la cual la bien conocida navaja de Occam, que enuncia que no podríamos admitir ninguna noción lógica que no sea necesaria, no es nada. (Lacan, 1992b, p. 65)

Así,

La verdad, volvemos al principio, es in duda inseparable de los efectos de lenguaje como tales. Ninguna verdad podría localizarse si no fuera por el campo donde eso se enuncia, donde se enuncia como puede. Así pues, es verdad que no hay verdadero sin falso. (Lacan, 1992b, pp. 65-66)

Cuando Lacan trabaja los discursos, su perspectiva del lenguaje cambia dado que éste

[...] ya no acarrea solo el efecto mortificante de la producción del efecto sujeto, es decir, del efecto de sentido o de verdad, ya que la verdad es ese efecto disruptivo; el saber se articula, pero la verdad es *desarticulante*, ella desarticula la articulación discursiva. (Károthy, 2010, p. 80)



Es en correspondencia con esto que se modifica también el lugar de la verdad en la teoría y —como no podría ser de otra manera— desde ya, en la práctica psicoanalítica. Pues, si bien ni para Freud ni para Lacan la verdad nunca fue la verdad esplendorosa de moral o de la Iglesia católica, lo que resulta es una nueva verdad mucho más modesta, moderada y humilde en sus oficios. Prima hermana de muerte, concluye Lacan en *La cosa freudiana*.

La verdad aparece, a fin de cuentas, como un lugar puesto en juego en la estructura de los discursos, mientras que antes era considerada como un efecto. Efecto de la articulación significante. Decir que la verdad es inseparable de los efectos del lenguaje tomados como tales es incluir al inconsciente. Como ya fue dicho, *el lenguaje es la condición del inconsciente*.

En este seminario Lacan acuña la idea de una *yocracia* (Lacan, 1992b, p. 66) Se refiere al yo idéntico a sí mismo que en tanto significante absoluto es tan trascendental como ilusorio. Desde el comienzo Freud introdujo la idea de un saber no sabido que trastoca la racionalidad y oica solidaria del *autonomus ego*. Un ego capaz de quedar al abrigo de los conflictos.

[...] no hay nada más candente que eso que del discurso hace referencia al goce. El discurso toca allí sin cesar eso en lo que se origina, que él altera de nuevo y, que trata de regresar a este origen, y es por eso que él impugna todo apaciguamiento. (Lacan, 1992b, p. 74)

Lacan concluye que

Freud mantiene un discurso extraño hay que decirlo, lo más contrario a la coherencia, a la consistencia de un discurso, *el sujeto del discurso no se sabe en tanto sujeto que sostiene el discurso*. [...] lo que Freud dice es que él no sabe quién lo dice. El saber [...] he ahí el Inconsciente. (Lacan, 1992b, p. 74)

En efecto, no es posible hacer mejor un retorno al *discurso del Amo* que desde lo que se promete —es preciso situarlo—: la felicidad

La felicidad, [...] nadie sabe lo que es. Pero si creemos a Saint Just, *la felicidad desde esa época, la de Saint Just, ha devenido un factor político*.

Tratemos entonces de dar cuerpo a esta noción con un enunciado abrupto del que les ruego tomen nota de que es central a la teoría freudiana: *no hay felicidad más que del falo*. Freud lo escribe de toda clase de formas y lo escribe incluso del modo más ingenuo que consiste en decir que nada puede acercarse más al goce más perfecto que el orgasmo masculino. (Lacan, 1992b, p. 77)

Sólo que el acento está puesto —afirma Lacan— por la teoría freudiana, en que solamente el falo puede ser feliz.

No vamos a hablar del goce así no más. Ya les he dicho lo suficiente como para que sepan que el goce es el tonel de las Danaides y una vez que uno entra no sabe hasta donde lleva: empieza con las cosquillas y termina en la llamarada en nafta. En definitiva es siempre el goce [...] (Lacan, 1992b, p. 32)

Es exactamente esto lo que reveló Freud, lo que logró extraer del discurso del histérica. Y es a partir de esto que se entiende que la histérica simboliza esta insatisfacción primera de su promoción del deseo insatisfecho —sobre la que Freud y Lacan han insistido largamente—, y que hizo resaltar apoyándose en el ejemplo

que ha comentado en ese escrito que permanece bajo el título *Dirección de la cura y los principios de su poder: El sueño de la bella carnicera, y de su besador marido*. Un verdadero boludo.

[...] gracias a lo cual hace falta que ella le muestre que no le interesa aquello de lo que él quiere colmarla por añadidura lo que quiere decir que eso no arreglará nada en cuanto a lo esencial a pesar de que ese esencial ella lo tenga. Lo que ella no ve, porque ella también tiene sus límites en su pequeño horizonte, es que sería dejándose a otra, este esencial de su marido, que ella encontraría el plus-de-gozar. Porque es precisamente de esto de lo que se trata en el sueño. Y ella no lo ve en el sueño, es todo lo que se puede decir. (Lacan, 1992b, p. 78)

Y replica,

Hay otras que lo ven, porque eso es lo que hace Dora. Ella taponar con la adoración del objeto de deseos que devino en su horizonte la mujer esta, esta mujer con la que ella se emboza, esta que en la observación se llama Señora K y que ella adora bajo la figura de esa Madona de Dresde, que ella va a contemplar, ella taponar con esa adoración su reivindicación peniana. Y esto permite decir que la *bella carnicera* no ve al fin de cuentas que, como Dora, ella sería feliz, dejándole precisamente ese objeto a otra. (Lacan, 1992b, p. 78)

No son más qué indicaciones. Hay muchos otros refinamientos en la forma de sustituir a este goce cuyo aparato que es el de lo social, a este goce cuyo aparato que desemboca en el complejo de Edipo, hecho justamente para ser el único que daría la felicidad, justamente a causa de eso, este goce está excluido es propiamente esta la significación del complejo de Edipo.

Es precisamente por esto que interesa en la investigación analítica lo que se ha definido desde otra fuente distinta que la del goce fálico, aquella de la función del plus-de-gozar. Así como es aportada en suplencia de la interdicción del goce fálico. Lacan se esfuerza por hacer notar la ubicación que trata de dar de las relaciones del discurso al goce. El asunto es articular lo que hay de esta exclusión fálica en juego, en el gran juego humano de nuestra tradición, que es el del deseo. El deseo no tiene relación inmediatamente cercana con ese campo. Nuestra tradición lo presenta como lo que es: el Eros, la *presentificación de la falta*. Asoma entonces la pregunta: ¿Qué es lo que falta?

Alguien dijo una vez: "No se afanen, no falta nada. Miren los lirios del campo. No tejen no hilan, son ellos los que están en su lugar en el reino de los cielos". Es evidente que para mantener estas frases de verdadero desafío era necesario ser verdaderamente aquel mismo que se identificaba con la negación de esta armonía. Al menos es así como se lo ha comprendido, interpretado cuando se lo calificó de Verbo. Era necesario que fuese el Verbo mismo para que pudiese negar la evidencia hasta ese punto. (Lacan, 1992b, p. 81)

Él no decía tanto. Él decía, si creemos a uno de sus discípulos: "soy el camino, la Verdad y la Vida". Es posible imaginar a los lirios del campo como un cuerpo totalmente entregado al goce. Cada etapa de su crecimiento es idéntica a una sensación sin forma. Lacan se refiere al goce de la planta.

Tal vez ser una planta sea un dolor infinito. En fin, nadie se entretiene pensando estas cosas, excepto yo mismo.

No sucede igual con el animal, que tiene lo que nosotros interpretamos como una economía, la posibilidad de moverse para obtener sobre todo el menor goce. Esto es lo que se llama el principio de placer. No nos quedemos ahí donde se goza, porque Dios sabe adónde nos llevaría [...] (Lacan, 1992b, p. 81)

Ahora bien, conocemos sin embargo los medios del goce. Eso es el saber.

Es este el descubrimiento que Freud hizo, precisamente alrededor de 1920 y es de algún modo el punto de contramarcha de su descubrimiento que, cuando después de haber deletreado el inconsciente y desafío al que diga que eso pueda ser otra cosa que la advertencia de que hay un saber perfectamente articulado del que ningún sujeto es propiamente responsable. (Lacan, 1992b, p. 82)

Sigue diciendo,

[...] y que, cuando un sujeto llega a topar, a tocar, pues bien, él se encuentra, él que habla, que de golpe se topa con ese saber que no se esperaba, se encuentra a fe mía, bien desconcertado. Fue el primer hallazgo; y eso condujo necesariamente a lo que Freud les dijo a los sujetos: *Hablen, hablen pues, hagan como las histéricas*. (Lacan, 1992b, p. 82)

Es así que Lacan destaca que Freud hizo otro descubrimiento. Ese que va a llamar *Mas allá del principio de placer*. Ocurre que ese más allá del principio del placer pone de relieve que, lo esencial de lo que determina eso con lo que hay que entenderse en la exploración del inconsciente, eso que podría decirse es la sal de esta historia, no es otra cosa que la *repetición*. Repetición no quiere decir que se recomienza lo que se ha terminado, como la digestión o algunas otras funciones fisiológicas. La repetición es una denotación. Una denotación precisa de un rasgo que Lacan ha despejado del texto de Freud, como idéntico al *rasgo unario*. Ese pequeño palote —elemento de la escritura— de un rasgo en tanto que conmemora una irrupción del goce. Por eso es concebible que el placer sea violado en lo que hace a sus reglas, sus principios. Porque cede al displacer —no se puede decir otra cosa, no el dolor forzosamente— al displacer que no quiere decir otra cosa que el goce. Es por esto que la inserción de lo genital, de lo genésico, en el deseo, resulta algo ciertamente bien distinto de la madurez sexual.

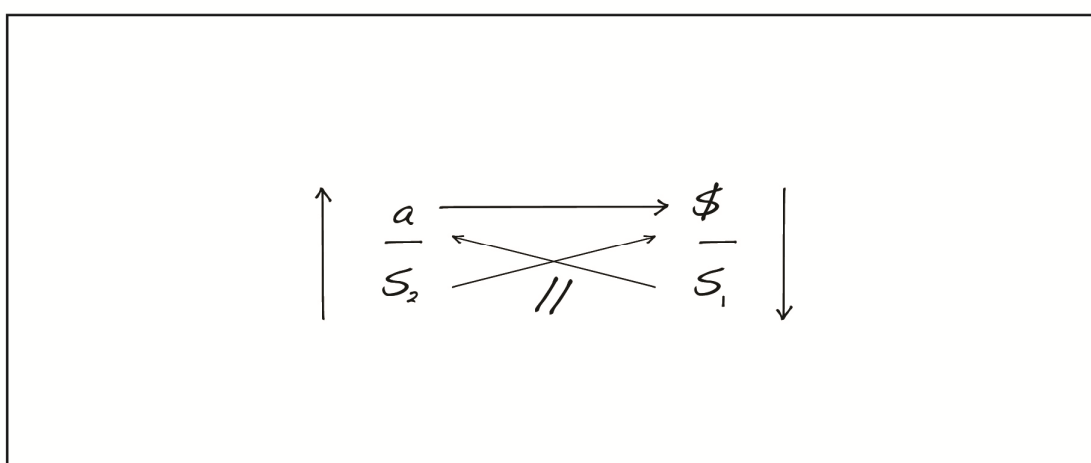
Los medios del goce están abiertos, en el origen desde que se ha renunciado al goce cerrado y ajeno de la madre. Es en lo que va a venir a insertarse la vasta connivencia social que invierte lo que podemos llamar al natural la diferencia de los sexos en sexualización de la diferencia orgánica. Esta inversión implica el común denominador de la exclusión del órgano específicamente macho. El macho, desde ese momento, es y no es lo que él es respecto al goce y también desde ahí la mujer se produce como objeto de goce precisamente por no ser lo que es por una parte, diferencia sexual, y por otra parte ser eso a lo que él renuncia como goce.

Es esencial no olvidar esto cuando hablando del *revés del psicoanálisis*, se plantea el problema ya mencionado del lugar del psicoanalista en la política. La intrusión en la política sólo puede hacerse desde el reconocimiento de que no hay otro discurso que el del goce, al menos cuando lo que se espera es el trabajo de la verdad. La caracterización del *discurso del amo* como aquel que comporta una verdad oculta, implica que hay algo comprimido por debajo de la barra, que habrá que desmontar para hacerlo legible.

## Psicoanalizar

### El saber en el lugar de la verdad

[...] refuta toda pretensión de totalización de saber que solo podrá, como la verdad, decirse a medias. Es a ese lugar adonde va a parar el saber en el discurso del analista y es allí donde Lacan ubica lo que debe ser la estructura de la interpretación, que con el modelo del enigma y la cita, se anuda al medio decir de una verdad que sólo podrá ser atrapada a medias cuando un saber ocupa el lugar que la constituye como agujero. [...] Lacan dice que no se trata tanto de lo que se produce en el saber sino de lo que el trabajo con el saber produce. Se trata de una producción y lo que el saber produce en un análisis es el objeto *a*. En el análisis el analista induce al sujeto a comprometerse en un camino en el que él lo invita al encuentro de un Sujeto supuesto Saber, en la medida en que esta incitación al saber debe conducirlo a la verdad. El efecto de verdad aspira a aquello que cae del saber y, como resto de la operación, se produce la evacuación del objeto *a*. (Hercman, 2016, p. 4)



El objeto *a* ocupa en el discurso del analista el lugar del agente o mejor, *semblant*.

El agente es aquel a quien se le encarga un trabajo, no es por fuerza el que hace sino aquel a quien se hace actuar, como a un agente de bolsa [...] El discurso analítico no contraviene su propia impotencia, tampoco pretende eliminar los imposibles —lo que sería ciertamente embarcarnos en un ideal—, ni pretende consistir en un saber capaz de interpretar sin fallas “la realidad toda”. Quizás, justamente, como dice Lacan el 11 de febrero de 1970, *no haya nada más subversivo que no aspirar a la solución*. (Hercman, 2016, p. 5)

En el discurso del analista el sujeto de deseo, causado por la falta, está en el lugar del otro. Lo que se produce es  $S_1$ , un significante nuevo y, menos bobo. El *a* en el lugar del agente, se ha dicho. Pero esto no significa, sino en el lugar de la dominante, en el sentido musical del término. “Se trata del efecto de discurso que es efecto de rechazo. Enseguida trataré de apuntar su lugar y su función”. (Lacan, 1992b, p. 45)

El *a* en el sitio del *semblant* es

[...] motor de un discurso inédito, inexistente hasta Freud, que además “determina cual es realmente el estatuto de todos los demás discursos” (20). Tironeado por el saber en lugar de la verdad, saber en falta que no lleva a la impostura del sabio o del religioso,

puede hacer surgir en la sesión el S1, que representando al sujeto lo acercará a una relación con la verdad.

Aún problemático, el término semblante sostiene que “hay” un real, permite que reine el objeto ‘a’, como dice Lacan. Vale recordar que “el goce sólo se interpela, se evoca, acosa o elabora a partir de un semblante” (Couso, 2017, pp. 5-6)

Y, ¿qué es lo que aporta la posición de S2 en el sitio de la verdad? (Lacan, p. 36) O, dicho de otro modo. ¿Qué es la verdad como saber? Lacan aduce: es un enigma, un decir a medias. En fin, una enunciación.

[...] un saber del que se hace prenda, rehén, quien acepta de antemano ser el producto de las cogitaciones del psicoanalizante, o sea, el psicoanalista, en la medida en que, como tal producto, está destinado finalmente a ser perdido, a ser eliminado del proceso. (Lacan, 1992b, p. 38)

En suma, un saber en tanto verdad es lo que define la estructura de lo que se llama —en psicoanálisis— una interpretación. Y agrega que la cita —nombre de autor— es también un medio decir. De ello proviene que se sostenga que un analizante puede hablar como un amo.

[...] en esta institución del discurso analítico que es el resorte de la transferencia, no es, como algunos creen habérmelo escuchado, que sea el analista quien está situado en función del sujeto supuesto saber. Si se da la palabra con tal libertad al analizante [...] es porque se le reconoce que puede hablar como un amo. (Lacan, 1992b, p. 38)

La transferencia analítica se sostiene en la fórmula SsS.

La temporalidad crea “per se”, las condiciones para que el tiempo y su encarnadura en lo real advengan, al abrir el juego para el tropiezo, a lo disruptivo, a lo que no anda, a lo que incomoda, a lo que despierta del adormecimiento que el discurso produce. Pero nada de esto sería realizable si no hubiera analista que produzca lo que Lacan llama el viraje, que le dé la vuelta necesaria que ponga al sujeto como otro, con a minúscula. Se trata entonces, de la vuelta de giro que produce su acto, cuya eficacia ceñirá lo irreductible del sujeto pero también incidirá decididamente en el nudo de servidumbre imaginaria del yo.

Reiteremos, hay una sola transferencia, la del analista y ésta se soporta en la función del SsS y su correlato la regla fundamental. (Rodrigo, 2016, inédito)

Es por ello que, a lo largo de recorrido de un análisis, el analista apunta a ocupar el lugar de semblante de objeto. Ni es semblante. Ni es objeto. Ocupa el lugar de... Se escucha a menudo que la posición del psicoanalista está hecha esencialmente de objeto *a*, en cuanto el designa lo que se presenta como lo más opaco. Se trata del efecto de discurso que es efecto de rechazo. Queda por aclarar que:

Si el analista trata de ocupar este lugar arriba a la izquierda que determina su discurso, es precisamente porque no está ahí, en absoluto por sí mismo. Es ahí donde estaba el plus de goce, el gozar del otro, adonde yo, en tanto profiero el acto psicoanalítico, debo llegar. (Lacan, 1992b, p. 56)

En términos más precisos, el *Acto analítico* es entendido como un giro discursivo en tanto tal. Lacan lo distingue definitivamente de la idea de revolución, de la idea de revuelta.

¿Cómo podría captarse toda esta actividad psíquica sino como un sueño, cuando mil veces cada día se oye esa cadena bastarda de destino y de inercia, de tiradas de dados y de estupor, de falsos éxitos y de encuentros ignorados, que son el texto corriente de una vida humana? De modo que de mi discurso no esperen nada que sea más subversivo que el propio hecho de no pretender darles la solución. (Lacan, 1992b, p. 74)

Karothy realiza un comentario que parece orientarse en un peculiar pasaje del seminario *Encore*, donde Lacan establece con convicción que es en cada giro de discurso donde se produce la emergencia de ese que se conoce como discurso analítico.

[...] el analítico es el único —discurso— que no puede cristalizarse —de hacerlo se volvería discurso amo—, el único discurso puntual y evanescente [...] parece interesante relacionar el giro de los discursos, la temporalidad diferente de los discursos, con cierta temporalidad específica y distintiva del discurso del analista [...] (Karothy, 2010, p. 92)

De tal suerte que es posible pensar que el acto psicoanalítico, al fin y al cabo, termina siendo el giro discursivo en tanto tal.

Se verá que la puesta en relación de los discursos seguirá su rumbo en el seminario dictado al año siguiente: *De un discurso que no fuese (del) semblante* (1971), donde Lacan sigue dando firmes puntadas a sus *Cuatro discursos*. Continúa allí desplegando la perspectiva ya abierta en *De un Otro al otro*. El significante es el soporte de ese *algo a lo que se refiere el discurso*. Por entonces, el significante es semblante, y por esta razón, es susceptible de efectos en lo real.

Lacan va a dar un paso más. Se apresta a un examen pormenorizado de la relación entre la palabra y lo escrito, el significante y la letra. Inicia en ese punto una travesía que lo llevará a preparar el terreno para una tónica que pronto dará lugar a la cadena borromea. Lo que usualmente se conoce como el nudo. Su preocupación por la escritura lo conducirá un año más tarde a la publicación de ese texto tan fuera de lo común que aparecerá con el intraducible título de *L'Étourdit*, a veces nombrado como *El Atolondradicho*.

A estas alturas resulta necesario abrir un pequeño paréntesis para una digresión de especial interés para esta tesis. J-A. Miller ha decidido hace algunos años sostener que a partir de *Encore* —lo que se diría la última enseñanza de Lacan— la propuesta del propio maestro francés cuestiona de manera radical todo el edificio que él mismo había construido hasta allí. Incluso, el yerno de Lacan, va ir más mucho más allá en su libro *El ultimísimo Lacan*, puesto que va a plantear la tesis de un inconsciente no transferencial. Un inconsciente netamente real que, desde luego, implica otra clínica. Una clínica ya no ligada al significante y al discurso. Implica necesariamente otra ética que ya no es la del deseo, sino al saber hacer ahí con el goce opaco, ese goce que se escabulle de la dimensión discursiva. Quedará por ver si a esta posición se la puede seguir llamando psicoanálisis lacaniano.

Los cuatro discursos constituyen un dispositivo de lectura que articula la palabra con el goce, y

[...] da cuenta de: la interdependencia de las posiciones subjetivas, la cuestión del poder, el lugar del objeto y la dimensión del goce que perdido por la vigencia de la

palabra retorna como el plus de goce buscado en el deseo [...] Los cuatro discursos son pensables como cuatro formas posibles de no ser, o donde el ser encuentra el límite que la castración nombra. (Staude, 2010, p. 104)

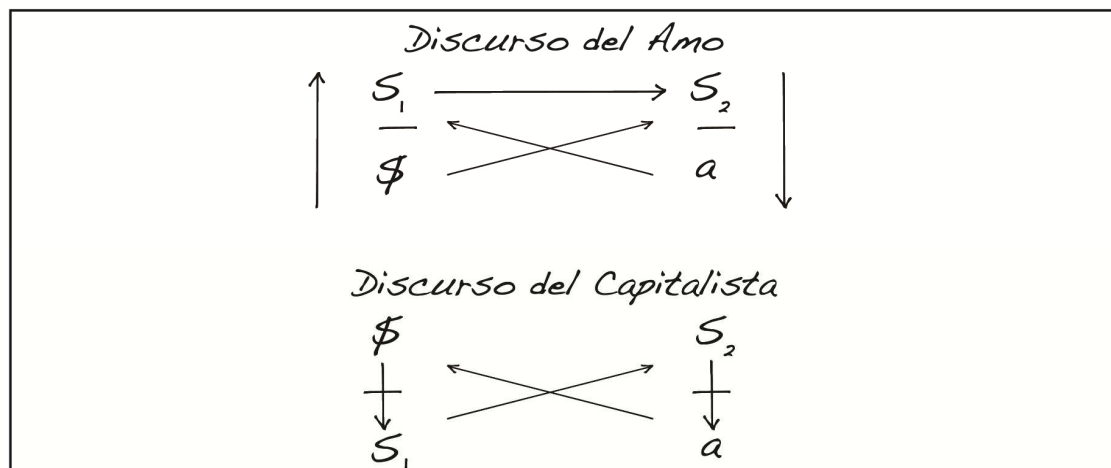
La posición de Lacan en el seminario sobre el reverso marca una modificación insoslayable. El análisis ya no va en vías de una búsqueda de la verdad. El saber que produce en trabajo de análisis ya no está en relación a lo que podría demarcarse como una ética del develamiento, de la revelación. Una ética muy cuestionada —por ejemplo por un crítico como Foucault y por el mismo Allouch— por quedar en estrecha vinculación a la moral o tal vez, del superyó, en los términos de lo que sería lo que han dado en llamar: *la confesión*.

Ahora es la ética del bien decir, de lo que puede ser producido por una invención significativa que elabora un decir insospechado. El saber que produce el análisis, entonces, no descubre, no levanta un velo, no es una revelación, sino una invención que hace borde al horror. (Karothy, 2010, p. 87)

Se trata desde luego de un saber “[...] pero no de un saber de la verdad, porque la verdad, como la mujer, es no-toda, sino un saber bien decir el enigma que nos funda”. (Karothy, 2006, p. 89)

### Breves apuntes sobre el *Discurso Capitalista*

[...] goce [...] que se nos presenta en nuestra práctica, mudo, enquistado, opaco, enigmático, inconmensurable, cuya soldadura ha fijado para el sujeto una posición sufriente. Posición que lo determina por el sin sentido en la sinrazón, en el encallado persistente contra un muro que se le impone como infranqueable, que lo aprisiona y debilita, que lo vuelve impotente al invalidarlo para la acción, que inhabilita la decisión de la palabra ensombreciendo finalmente el devenir de la vida. Pero del que no obstante, si el análisis funciona, podrá ser liberado y conducido a realizarse por la causa que lo habita. (Rodrigo, 2016, inédito)



Tal como Lacan lo presenta en Milán, fundiendo sujeto y objeto, rompiendo el par ordenado, lo que sucede es que el llamado *Discurso Capitalista* o *del Capitalista*, es insostenible como *discurso*. Pues, si por los discursos el goce se regula, aquí lo que aparece es precisamente la pérdida de esa regulación.

Durante las clases de un curso dictado en la Escuela Freudiana de Buenos Aires con el título: *Teoría de los discursos*, en el año 2011, Ruiz trabaja el Discurso Capitalista tomando como referencias especialmente *El reverso del psicoanálisis* y la *Conferencia de Milán*. Allí mientras pone en juego el problema de la regulación o no regulación del goce, despliega con sobrados argumentos una hipótesis fuerte. La hipótesis de Ruiz es que el *Discurso de Amo (Maître)*, llevado a un extremo, muta a *Discurso del Capitalista*. Se deja asentado que es un asunto digno de una pormenorizada investigación.

En cierto sentido se podría objetar que con el uso de sus cuatrípodos, Lacan recurre a una lógica demasiado débil. Una lógica bastante limitada por cierto, en tanto que no permite escribir la rotación. La dimensión temporal, el giro, no se puede escribir con los discursos. Aun así, es notorio que su propuesta es lo suficientemente fuerte como para marcar algo capital y decisivo para esta tesis, a saber, la cuestión de la *incompletud*. Esa que el poeta consigue decir bellamente cuando propone que, finalmente, el mundo no es otra cosa que “el segundo término de una metáfora incompleta, una comparación cuyo primer elemento se ha perdido”. (Juarroz, 2005, p. 209)



## Capítulo 6

### El juego de los discursos

Tal como llego a pensarlo ahora, el psicoanálisis es intrasmisible. Es muy molesto que cada analista sea forzado —porque es preciso que sea forzado— a reinventar el psicoanálisis. (Lacan, 1978, inédito)

Que haya teoría de la práctica analítica seguramente. (Lacan, 2008, p. 59)

#### Los discursos en las producciones de los analistas freudo-lacanianos

En este capítulo una heterogénea recopilación de retazos de la clínica justifica su razón de ser poniendo de relieve una virtual unidad capaz de vertebrarse en la idea de *ensayar un modo de leer la clínica* —aquí en el sentido del devenir de una cura— bajo la lupa de *Los cuatro discursos*.

Un punto de partida generador de interesantes discusiones entre analistas es la pregunta que invita a trabajar: ¿qué implica que el psicoanálisis opere?

A continuación, algunas reflexiones servirán de guía para leer entonces con la ayuda de *Los discursos* lo que Lacan ha dado en llamar psicoanálisis en extensión. Para ello se comienza por recuperar una breve cita de la ponencia —inédita— presentada por la autora de esta tesis en las Jornadas XXXV Aniversario de la *Escuela de Psicoanálisis Sigmund Freud de Rosario* (EPSF-Ros), durante el año 2014.

Uno de los escenarios desde donde apuesto a practicar el psicoanálisis, tiene lugar en un Centro Comunitario, también llamado de Salud, dependiente del Estado provincial. El cargo con el que fui nombrada es el de Psicóloga. Allí conviven —gracias a ciertas mínimas convenciones— gran parte del tiempo, —en una discreta, aunque más bien tensa armonía—, *diferentes prácticas*. Médicos; trabajadores sociales; enfermeros; psicólogos, etc., confluyen en el seno de lo que se conoce como Atención Primaria de la Salud, conformando un complejo entramado de cruces discursivos.

En ese contexto, es frecuente hablar de equipos de salud, de abordaje conjunto, de trabajo *multi* o *interdisciplinario*, y hasta de lo *transdisciplinar*. Desde hace ya unos cuantos años, la *interdisciplina* ha pasado a ser la contraseña de las tan mentadas políticas públicas. Sostenida desde un ideal humanista, no pasa de ser una aspiración, cuando no una pobre consigna.

Sin embargo, algunos investigadores (Castorina, 1990) advierten que, para que pueda darse la interdisciplina, ciertas condiciones mínimas deberían regir los intercambios. Por ejemplo: la delimitación de problemas que rebasen las fronteras alcanzadas históricamente por cada disciplina en particular. Se busca que la diversidad de disciplinas intervinientes posibilite una integración sobre temas particulares, sin eliminar la identidad y la autonomía de cada una de ellas, pero modificándose en su interacción. Dicho intercambio requiere de una clara disponibilidad para el diálogo. En lo cotidiano de una práctica que a veces tiene poco de hospitalaria, esa disponibilidad, suele escasear. A menudo sorprende que hasta *la exquisita cortesía de los animales*, parezca perderse.

Una breve viñeta que, con miras a esta presentación, recuperé de un viejo y gastado cuaderno de notas, viene en mi ayuda.

La pediatra del Centro de Salud ha mandado a Psicología a un niño de 9 años. Llega al consultorio pateando y dando puñetes a su madre, quien empuja amorosamente un cochecito enorme, un poco bastante sucio, en el que lleva a su pequeña niña de dos años. Los acompaña una hermana mayor de apenas 10, quien asume la función de conducirlos.

La mamá me entrega balbuceando, como prueba de la derivación, un papel que reza:

*Psicología.* Poco puede contar acerca de los motivos. Ella intenta desesperadamente convencerme de algo. Se defiende. Se justifica. No logro entender de qué se trata. Sus notorias limitaciones para pronunciar las palabras agregan una cuota de dificultad a este primer encuentro. Sin embargo, se la ve capturada por una angustia intensa que no deja de revelar su desconfianza. ¿Piensa que la culpo por algo? Le propongo que vuelva en un par de días para conversar con más tiempo.

Me pregunto: ¿cómo iniciar una conversación con alguien que actúa como si fuéramos su enemigo? ¿De qué enemigo o enemigos se tratará, para esta mujer? Dice Lacan: *“Todo lo que hay en el mundo solo se vuelve propiamente un hecho si se articula con el significante. Nunca jamás surge un sujeto sino por el hecho de que es dicho”*. (Lacan, 1992b, p. 61)

Ese mismo día, una hora más tarde, la trabajadora social de *efector de salud* irrumpe en una pequeña reunión, agitando con furia otro papelito. Esta vez se trataba de una lista de cinco o seis palabras sueltas. Recuerdo sólo algunas: *Calefón; Alimentación; Psicología* [...] Esa lista le había sido entregada en el pasillo por la misma pediatra, y como condición para continuar atendiendo al pequeño. *“Dijo que es un asco y que no se deja revisar. Que le dio vuelta todo. Parece que esto —exclamaba indignada mostrando el papelito— es lo que tengo que hacer”*.

Vale aclarar, por si fuera necesario, que aquella pediatra no solía presentar dificultades para articular las palabras.

Otra escena:

Una mañana golpea enérgicamente la puerta del consultorio de psicología el abuelo del pequeño. Un hombre de unos cincuenta años con apariencia de muchos más. El señor se esfuerza largamente en explicar las razones por las cuales, a partir de ahora, será quien se ocupe del niño. Informa en primer lugar, que es el *abuelo paterno*, y que como su hijo tuvo siempre *ese problema*, casi no camina. No ha podido trabajar ni ocuparse de los chicos. Mucho menos podrá venir a conversar. Agrega que es por eso que Josefina sale a pedir con los niños. La segunda cuestión que deja sentada es que él no quiere que a los pibes se los vuelvan a llevar al Hogar de Huérfanos. ¡Y quién querría! [...] Sostiene que el chico es muy rebelde, pero a él le hace caso. Su madre es discapacitada, afirma sin más.

El abuelo cuida desde hace un año de un campito, sito en las afueras de la ciudad, en el que pastorean unas vaquitas ajenas. Su trabajo le permite ir y venir cuando es necesario. Así es que puede ir al Centro de salud y a la Escuela. Además, él puede conseguir los turnos en el Hospital, ya que sabe muy bien cómo hacerlo, agrega en tono amenazante, haciendo gala de que en sus años mozos, trabajó para Interpol.

Es recién después de una prolongada presentación que me hace entrega de un nuevo papelito. Esta vez se lee: *Fonoaudiología - Neurología - Psicología*. El papelito arrugado que exhibe como santo y seña, es pequeño y está escrito a mano. Tiene por

encabezado el sello de la Escuela Especial a la que concurrió muchos años atrás, la madre del niño. Está firmado por el equipo del gabinete: una psicóloga; una fonoaudióloga y una maestra especial.

Tres papelitos que hacen signo...

Es que Lacan (1972) distingue *hablar* de *decir* cuando precisa que una palabra que funda un hecho, eso es un decir. Pero la palabra, cuando ordena, cuando injuria, no funda ningún hecho. Pues, no hay hechos sino de discurso. Vale aquí enfáticamente subrayar que se ubica al psicoanálisis como disciplina, en el sentido de una repartija del campo del saber. Entendido como *discurso*, éste implica un lazo social inédito hasta el descubrimiento freudiano. Un discurso que no es homogéneo a cierto número de otros que hacen oficio —es decir, que *sirven para*—, y que devienen oficiales (Lacan, 1972). El psicoanálisis es un discurso entre otros. La propuesta es hacerlo oficiante. Se lee entonces que no se trata de ningún modo del predominio de uno sobre otro, sino del juego, de la ronda de los discursos.

Conviene tener presente que el *Discurso del analista* jamás funciona solo. Lacan establece cuatro. Y sostiene con firmeza que no hay discurso que pueda decirlo todo. Cada uno encuentra su límite. Es por eso que es deseable que roten. Incluso a la altura del seminario *Encore* (1972-1973), arriba a la idea de que cada vez que hay bascular de un discurso a otro, se da la emergencia del Discurso psicoanalítico. Pero ¿cómo es que se produce el *giro de discurso*? Carlos Ruiz señala que es sencillo explicarlo cuando se trata de las transformaciones algebraicas, ahora que, si se trata de psicoanálisis el asunto se complica. A continuación, se retoma la viñeta citada.

Veamos... Hace algunos años, en ocasión de preparar una Jornada en el marco de un dispositivo que se propone bajo el nombre: *El psicoanalista: sus prácticas*, algunos miembros de Espacio Psicoanalítico nos juntamos con una Autoridad judicial para acordar cuestiones en vistas a la Conferencia que versaría sobre un tema de interés común: *La culpa*. En el curso de la reunión se discutió vivamente sobre diferentes tópicos tales como: *culpabilidad penal; injusto; imputabilidad; inimputabilidad*. Surgieron en ese momento una serie de comentarios acerca del tan sonado caso Tejerina. Fue así que interrogada por la escena de la que participaba formuló una pregunta en voz alta: “¿Qué habrá matado ahí?” (Nótese que hasta se trata de una pregunta —podría decirse— mal formulada).

Resultó que

[...] al día siguiente recibo un correo muy conceptuoso en el que la jueza me hacía saber del entusiasmo que le provocaba la idea de seguir trabajando juntos en torno a estas y otras cuestiones. Elogiaba en especial una intervención que me atribuía, y que según sus palabras *había hecho girar el eje del asunto*, y la había conmovido. Entre paréntesis no comprendía a qué intervención se estaba refiriendo. Curiosa y expectante aguardaba nuestro próximo encuentro confiando en que me permitiría aclarar de qué se trataba.

Sucedió que hace largo tiempo,

[...] durante una exposición —hablando de lo valioso del intercambio— la abogada — así se presentaba— comentó sobre los efectos que la reunión mencionada produjo en ella. Otorgaba a aquella pregunta —que apenas recordaba— la eficacia de abrir una puerta para pensar sobre algo que jamás se le hubiera ocurrido. Propongo situar en ese movimiento lo que Lacan precisa como un *giro de discurso*. Abona esta hipótesis

el comentario que ella dirige al público, a modo de remate: “Miren que hay que ser retorcido para preguntarse eso, ¿no?”

Fue gracioso y contundente puesto que, el fastidio que se dejó escuchar detrás del halago dice sobre la necesaria *cesión de goce* que el *juego de los discursos* requiere.

### **Dora y el discurso analizante**

En el seminario del *Acto psicoanalítico* (1967-1968), Lacan abre el juego planteando que el análisis se inicia con un acto, y que —destaca con una afirmación contundente— no cabe ninguna duda, este es un acto del analista.

Un aporte para pensar las primeras entrevistas desde la perspectiva de Alba Flesler quien busca subrayar el valor, esto es, el estatuto de la operación a la que en ellas se apunta a producir: un acto. Para que lo haya, será necesaria la localización de un significante. Pues, precisamente es su punta significante lo que caracteriza al acto analítico. Lacan se apresura a aclarar que su eficacia como acto no ha de confundirse con la eficiencia de un hacer. Deslizamiento frecuente y peligroso merecedor a todas luces de su advertencia.

Situar el inicio de un análisis desde la perspectiva del acto implica no sólo desburocratizarlo y abandonar cualquier pretensión de reducir el comienzo a una formalidad técnica, sino también —y esencialmente— darle a las entrevistas preliminares un estatuto lógico [...] (Flesler, 2013, p. 40)

Se verá que la localización del significante no ha de ser suficiente. Habrá de contarse también con la mentada transferencia.

Quisiera tomar el recorte de un caso que ustedes conocen [...] Ustedes saben que Dora no pide un analista; se trata de una joven que no responde a las características aconsejadas por Freud para tomar a alguien en análisis, tales como las de acudir por sí mismo [...] (Flesler, 1999, p. 55)

Según el relato del autor de *Fragmento de análisis de un caso de histeria* (1905), un día cuando tras una discusión con su hija, ésta sufre un ataque de pérdida de conocimiento, el padre de Dora dispuso, aun a pesar de la renuencia de la muchacha, que ella debía ponerse bajo el tratamiento de Freud.

Tenemos aquí un padre, que viene a verlo a Freud, muy apesadumbrado. El motivo de la consulta es que Dora le pide con insistencia que rompa relaciones con un matrimonio amigo, los K.

El primer discurso que Freud transcribe es el del padre, no el de Dora. [...] “no dudo de que ese suceso tiene *la culpa* de la desazón de Dora, de su irritabilidad y sus ideas suicidas”. (Flesler, 1999, p. 55)

Flesler añade:

Y continúa este padre preocupado: “Me pide que rompa relaciones con el señor K. y en particular con la señora K., a quien antes directamente, veneraba”. [...] “Pero no puedo hacerlo, pues en primer lugar considero que el relato de Dora sobre el inmoral atrevimiento del hombre es una fantasía que a ella se le ha puesto, y en segundo lugar, me liga a la señora K. una sincera amistad y no quiero causarle pesar. (Flesler, 1999, p. 55)

El padre de Dora se excusa, se justifica.

La pobre señora es muy desdichada con su marido, de quien por lo demás no tengo muy buena opinión, ella misma ha sufrido mucho de los nervios y tiene en mí su único apoyo; dado mi estado de salud no me hace falta asegurarle que tras esa relación no se esconde nada ilícito, somos dos pobres seres que nos consolamos el uno al otro, como podemos, en una amistosa simpatía”. (Flesler, 1999, p. 55)

Se sabe que a Freud no le resultaba nada sencillo que Dora pusiera su atención en su lazo con el señor K. Sus vínculos con el matrimonio datan de antes de la seria dolencia del padre, una enfermedad que lo condujo a consultar a Freud cuando Dora tenía alrededor de doce años. Parece ser que desde ese momento el trato se volvió muy cercano, dado que la joven y bella señora K., devino en adelante su cuidadora oficial, suplantando a esta hija que, desde tan pequeña se había convertido incluso en su tierna confidente. Flesler, llama a padre de Dora: *yo no fui*, en tanto que éste —como es dable a leer— no se responsabiliza de su deseo.

“Bien sabe usted que no encuentro eso en mi propia mujer, continúa justificándose el padre de Dora. Pero Dora, que tiene mi obstinación, se afirma inconvencible en su odio a los K. Su último ataque sobrevino tras una conversación en la que volvió a hacerme el mismo pedido” Por fin, formula cuál es el pedido que dirige a Freud: “Procure usted ahora ponerla en buen camino”. (Flesler, 1999, p. 55)

Y entonces,

Freud nos explicita su reflexión. Dice que no armonizaba mucho con estas declaraciones el hecho de que el padre, en otra de sus formulaciones, echase la culpa principal del insoportable carácter de su hija a la madre. Como se si dijera, “¡qué raro, este hombre siempre le echa la culpa a los demás!”. Y opera en consecuencia: simplemente suspende el juicio hasta escuchar a la otra parte. (Flesler, 1999, p. 55)

Así llega Dora a plantearle entre sus quejas que ha sido objeto de un intercambio. Este padre, movido por sus propios intereses amorosos “la ha entregado a un extraño”. (Freud, 1979c, p. 75)

Es su fina pesquisa la que le permite situar entonces en esas quejas lo siguiente: “el estrato más superficial de todas sus ocurrencias en las sesiones, todo lo que le hacía consciente, con facilidad y lo que [...] recordaba de la víspera se refería a su padre”. (Flesler, 1999, p. 56)

¿Y qué decía Dora sobre su padre?

Nada bueno. Por ejemplo, que el papá y la señora K. solían arreglárselas para quedarse a solas; no había dudas que ella le aceptaba dinero, pues hacía gastos que, era imposible que solventase con sus recursos propios o los de su marido. (Flesler, 1999, p. 56)

En cuanto a ella

El papá también comenzó a hacerle grandes regalos, para encubrir los cuales, se volvió al mismo tiempo particularmente generoso con la madre y con ella. Y aquella señora, hasta entonces de salud quebrantada [...] se había convertido en una mujer sana y rozagante. (Flesler, 1999, p. 56)

Aquí Flesler se pregunta:

En todo esto que no es sino parte de las quejas, ¿se deja oír acaso un sujeto escindido planteándose la cuestión acerca de lo que le pasa, dirigiéndose a otro? Dora viene hablando del padre, de la señora K., de lo que ocurre entre el padre y la señora K., de lo que esta señora hace, de lo que hace la otra [...] (Flesler, 1999, p. 59)

¿Y Dora?

Ausente a un punto tal, que Freud apunta lo siguiente —una cuestión que tiene por cierto hoy plena vigencia—: “hay un momento, cuando en el tratamiento psicoanalítico emerge una serie de pensamientos correctamente fundados e inobjetables, ello significa un momento de confusión para el médico que el enfermo aprovecha siempre para preguntar: “Todo es verdadero y correcto, es cierto ¿qué podría usted modificar? Pues es tal como se lo he contado”. (Flesler, 1999, p. 59)

Entonces,

[...] cuenta cómo el padre y la señora K. hacen lo que hacen, ellos, en tanto, ella es el objeto de un intercambio: el padre la entrega el señor K., por una parte y la trae ahí, para que la pongan “en la buena senda”. De modo que no estamos en presencia del sujeto escindido dirigiéndose al otro, no hay demanda de análisis. (Flesler, 1999, p. 60)

Flesler hace aquí una referencia a la articulación que Lacan despliega, en su escrito *Intervención sobre la Transferencia* (1966), en términos de *inversiones dialécticas*. Sin embargo es recién en *L'Envers*, es decir, en el seminario que se conoce como *El reverso del psicoanálisis*, que Lacan presentará extensa y fuertemente articulada la rotación, el giro de los discursos. Ahora bien, cabe aclarar que —como ya fue dicho— en otro momento de su elaboración, Lacan indicará que este reverso no implica ningún anverso. Muy por el contrario. Se trata

[...] de una relación de trama, de texto, de tejido, si quieren. A pesar de todo este tejido tiene relieve, encierra algo. Por supuesto, no todo, porque el lenguaje muestra los límites [...] Muestra que, incluso en el mundo del discurso, no hay nada que sea todo. (Lacan, 1992b, p. 57)

Incluso, menciona, de contrapunto. Ya que el reverso estaría en asonancia con la verdad. Más adelante, hace uso de un aforismo que sirve para iluminar la idea con un simple flash: *el discurso del amo solo tiene un contrapunto, el discurso analítico* (o también, del analista).

Lo llamo contrapunto porque su simetría, si hay alguna —y la hay— no es en relación con una línea, ni en relación con un plano, sino en relación con un punto. En otros términos, se obtiene dando un vuelco a este discurso del amo al que me refería hace un instante. (Lacan, 1992b, p. 91)

Para Lacan el Discurso Analítico,

[...] en el nivel de estructura que tratamos de articular este año, concluye todo ese mareo de los tres, llamados respectivamente —lo recuerdo para quienes vienen aquí

esporádicamente— el discurso del amo, el de la histórica [...] y finalmente [...] el discurso situado como universitario. (Lacan, 1992b, p. 57)

Y es en torno a estos elementos que se juega el juego del análisis. Pero, —dirá— que el Discurso Analítico “[...] cierre este escalonamiento en cuarto de círculo que estructura los otros tres no quiere decir que los resuelva y que permita pasar al reverso. Eso no resuelve nada. El reverso no explica ningún anverso. (Lacan, 1970, p. 57)

En una publicación reciente, *Lecturas de El revés del psicoanálisis seminario de J. Lacan*, Flesler lo esclarece de este modo:

Aquí Lacan está retomando algo que venía diciendo en otros lugares [...] La primera consecuencia [...] es que no podemos plantear, de ninguna manera, que el discurso del amo se oponga al discurso del analista. No hay oposición, salvo que la coloquemos a partir del bucle, siguiendo el movimiento de la banda con solo un borde, o sea, que sigamos un *tour*, un movimiento de los discursos. (Flesler, 2015, p. 96)

Por lo demás, volviendo al Caso Dora, y en vista de que Freud no cuenta aún con un analizante, la autora, apoyándose en el escrito de referencia, formula una pregunta retórica, ¿qué hace Freud? Luego prosigue ubicando una primera inversión dialéctica que

[...] consiste, en términos de Lacan, en formularle al analizante algo más o menos así: “Muy interesante todo esto que dices —en ningún momento se trata de desmentirlo o de rectificar su óptica de la cuestión, sino de convocarlo—, pero, ¿Y tú? ¿Qué tienes que ver en esto de lo cual te quejas? [...] (Flesler, 2015, p. 96)

Ahora, “Freud dirige su intervención al sujeto. [...] Dora dice ser el objeto de un intercambio y la pregunta que Freud le devuelve [...] permite un primer desarrollo de verdad, dirá Lacan”. (Flesler, 1999, p. 60) Dora mantuvo durante un tiempo una cariñosa armonía con la señora K. Es más, se dice que habían vivido durante años en la mayor confianza. Incluso, habían compartido el dormitorio. Eran consejeras. Freud, en el historial, lo pone en estos términos:

Dora, pues, estaba enamorada de su padre, pero durante varios años no lo exteriorizó; más bien mantuvo en ese lapso la más cariñosa armonía con la mujer que la había desalojado (*verdrängen*) del lugar que ocupaba junto a él, y aun favoreció su relación con este, como sabemos por sus autoreproches. (Freud, 1979c, pp. 51-52)

En este sentido agrega Flesler:

En aquello que Dora venía diciendo, todo el acento, toda la mirada, estaba puesta en el padre y en la señora K.; en ese relato, Dora, como sujeto, no está implicada. Ella relata lo que ocurre; se ubica como objeto. Cuando Freud le pregunta por su implicación en eso de lo que se queja, el viraje que se produce es que Dora aparece participando, como sujeto. (Flesler, 1999, p. 61)

Lacan señala allí una primera inversión dialéctica.

[...] primera inversión dialéctica, es decir, invierte en el discurso de Dora el “no fui”, del padre. Y aparece Dora pudiendo interrogar, esto es, se abre ahí la pregunta, ¿por qué será que eres cómplice de lo que te quejas? (Flesler, 1999, p. 61)

Al decir de Freud, Dora otorgaba a esa relación un consentimiento tácito. Podría decirse que hasta apoyaba esa relación. A menudo se encargaba de cuidar a los hijos del matrimonio K., al punto que les *hacía el papel de madre*. “El compartido interés por los niños había sido desde el comienzo un medio de unión en el trato entre el señor K. y Dora”. (Freud, 1979c, p. 34)

Hasta cierto momento, Dora había cuidado de los hijos del matrimonio K., facilitando los encuentros de su padre con la señora K. Así había empezado a desarrollarse su implicación en aquello de lo que se quejaría después, según uno de esos virajes del discurso que ya tenemos ubicados.

Marca ahora un nuevo tiempo del análisis a raíz del giro discursivo que especifica como regresión del *discurso analizante* (histérico) al *discurso del amo*. El lugar del agente lo ocupa aquí el significante unario (S1) lo que da lugar a la serie de los significantes.

Este es el modo según el cual se inscribe la historia de los síntomas, articulados en el discurso amo como momento del análisis en que empieza a aparecer la serie de los significantes que representan al sujeto, para justamente mostrar que en el lugar de la verdad está el sujeto causado, producido por este objeto.

A partir de esa intervención convocante de Freud, comienzan a darse los desarrollos de verdad que ya implican a Dora, tanto en relación a sus síntomas como al motivo de sus quejas.

Es preciso destacar que, en las *Palabras preliminares del Caso Dora*, Freud se lamenta de que el mismo haya resultado pobre en lo que concierne a dar cuenta de la técnica del trabajo analítico. Ésta ha sido mostrada en muy pocos tramos de este historial que, por cierto, resulta ser una continuación del libro sobre los sueños. Dicho esto, en el año 2013, Flesler retoma esta línea de trabajo en un texto publicado con el título *Las entrevistas preliminares y el acto analítico*.

Suele darse por hecho que es el sujeto el que inicia un análisis. Sin embargo, y a propósito de las entrevistas preliminares, prefiero poner a consideración que el inicio del análisis, o más específicamente el acto de inicio del análisis, corresponde al analista. Más aún, para colocar un hilo conductor entre el inicio y el fin del análisis, agregaría un ingrediente, [...] es dable reconocer una articulación lógica entre el modo en que el analista entiende los finales de análisis y el modo en que los inicia. Podemos decir: “Dime cómo entiendes el fin de análisis y te diré cómo lo inicias”. (Flesler, 1913, p. 39)

Con el propósito de realzar las entrevistas preliminares otorgándoles un estatuto lógico, y de subrayar su valor de operación inaugural, se apoya en algunas notas extraídas de la clase del 10 de enero de 1968, del seminario inédito, *El acto psicoanalítico*. Su punta significativa es lo propio del acto y su eficacia de acto no tiene nada que ver con un hacer. Sin embargo,

[...] para operar en el campo de la práctica analítica, para dar lugar al acto de inicio en un análisis, no basta con la localización significativa. Es ineludible atender a ese otro ingrediente esencial, privilegiado, que es la transferencia y a su soporte, el Sujeto supuesto Saber. Pues según nos enseña el maestro: “[...] fuera de lo que he llamado la manipulación de la transferencia no hay acto analítico. (Flesler, 2013, p. 47)



Llegados a este punto es imperioso poner de manifiesto que el saber no es el conocimiento. Tampoco es la información. Efectivamente, esclarecer esta distinción admite considerar que ambos —conocimiento e información— son ciertamente sin consecuencia alguna para el asunto de la verdad.

### Otro recorte clínico

El siguiente fragmento clínico —tomado en préstamo con el propósito de continuar con la tarea investigativa— permite avanzar sobre el intento de una puesta a punto de la teoría de los discursos en la dirección de la cura. Así presentaba Silvia Amigo —en el contexto del Seminario *Los discursos y la cura* dictado en el año 1999— en el Servicio de Psicopatología del Hospital General de Niños Dr. Pedro de Elizalde, un recorte clínico.

Hace ya mucho tiempo recibí en la consulta a un muchacho suficientemente joven como para pensarlo adulto. ¿A qué llamo adulto? A alguien que terminó las operaciones de escrituración de la falta, que culminó las anotaciones literales de su lugar en el Otro, lo que equivale a afirmar que ha encontrado un lugar en el Otro. Otro que ha descompletado justamente en la medida de haber producido el cavado que manifieste que el sujeto *hace falta* allí. (Amigo, 1999, p. 100)

Prosigue:

Yo no pensaba que esos pasos estuvieran cumplidos. Pero a la vez era suficientemente grande (física y psíquicamente) como para esta ineludiblemente ligado al Otro real. Tampoco se trataba de un niño. Un niño pequeño no puede llagar hasta mi consultorio, lo tiene que traer el Otro real [...] Se trata pues de un sujeto adolescente. (Amigo, 1999, p. 101)

La analista explica entonces que

Hay dos momentos de conflicto edípico con el Otro, uno en la primera infancia donde se desarrolla y culmina el primer despertar sexual y otro en una segunda vuelta edípica o segundo despertar sexual [...] donde el sujeto vuelve a pasar otra vez por la alienación del Otro, esta vez munido de algunos “títulos” acumulados en el primer tramo. (Amigo, 1999, p. 101)

Puntualiza:

Este muchacho comentará en las primeras entrevistas que le va muy bien, que es muy buen estudiante, que hace deportes y que ha ganado muchas competiciones, que él tiene muchas mujeres, que las mujeres le andan detrás. [...] Se trata de un chico buen mozo, inteligente. No es que cuente mentiras. Pero desde el inicio noté en su relato un marcado tinte de humor delirante. (Amigo, 1999, p. 101)

Hay algunos detalles que la preocuparon, como

[...] por ejemplo, que no le bastaba con ser buen jinete, sino que tuviera que ser un jinete que pudiera con lo que llamaban en su caballeriza “un caballo loco”. En su club de equitación había un caballo al que llamaban así y que nadie arriesgaba montar. Nuestro joven se impuso la tarea de dominar al caballo loco, a consecuencia de lo cual tuvo algunos accidentes bastante serios. Es decir que este chico estaba un poco “loco”, un poco pasado de vueltas. (Amigo, 1999, p. 101)

## Primeras entrevistas

[...] para volver a centrarnos en los discursos, queda bastante claro que en estas entrevistas, en las que a mí me queda claro que este chico no está bien, a él nada lo interroga. En ningún momento él dirá algo así como “no sé qué me pasa, no entiendo porque saco el caballo loco”. (Amigo, 1999, pp. 101-102)

## La analista destaca que

[...] en los estudios que él iba a seguir, estudios superiores muy difíciles, él quería llegar a la conclusión de saber si Dios existía o no, lo que podríamos admitir como una pregunta rara. Y él creía que podía hallar respuesta en sus estudios universitarios. (Amigo, 1999, p. 102)

Amigo puntualiza que hasta allí, el muchacho le pedía alivio.

[...] me demandaba un significante amo. Toda persona que pide una solución, un alivio, pide un significante amo, pero eso es normal, no tiene nada de raro [...] pedía alivio pero *no ofrecía al analista su división de sujeto*. (Amigo, 1999, p. 102)

La analista comenta que: “después de dejarlo hablar, cuando hacía una pausa, le preguntaba como andaban las cosas con la madre, el padre, si es que había hermanos, etc.” (Amigo, 1999, p. 102). Así, es como la analista se entera que tiene papá, mamá y un hermano un poco menor. Él respondía: “eso está todo ok, está todo bien, todo diez puntos”. Hasta aquí, el muchacho no está mostrando su división de sujeto, —insiste Amigo—. Responde, informa, a pesar de que ella había intervenido muchas veces eran intervenciones tendientes a convocarlo al lugar del analizante. La analista explica que todas estas tácticas

[...] eran maniobras [...] donde uno trata de armar la escena analítica, y de crear el espacio transferencial, para que el paciente pueda mostrar su división deseante. El humor había sido, por ejemplo, un pilar de las entrevistas. Por ejemplo, cuando él afirmaba que en su familia todo estaba fantástico, le decía que era un privilegiado, que no conocía a nadie que tuviera tanta suerte. (Amigo, 1999, p. 103)

Sucede después de muchas entrevistas que un día le cuenta que en realidad hay algo que quiere decirle. La ha llamado —atestigua Amigo— porque hay momentos en que tiene crisis. Allí asoma la división subjetiva.

Por ejemplo, en la disyuntiva acerca de si es super-man o el super-chico del caballo loco, o bien si es el humilde ser humano que padece crisis, como cualquier hijo de vecino. Tan mal vive sus crisis que en medio de ellas comienza a dudar de todo. (Amigo, 1999, p. 103)

Las crisis consisten en que no puede estudiar, y resulta que para él estudiar es una verdadera pasión. Tampoco puede levantarse minas.

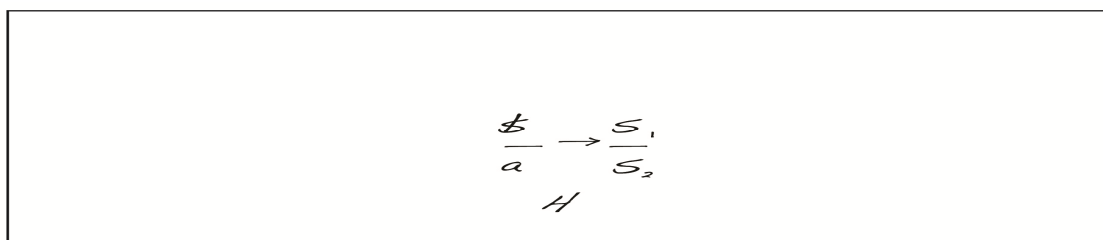
La autora relata entonces cómo se arma por primera vez lo que llama *su posición histérica*. Ordena su discurso a partir de esa división, lo que indica que allí ingresa finalmente en análisis. Cabe recordar que en *Sainte Anne* Lacan sostendrá que se hace necesario contar con suficientes entrevistas que nombra como preliminares para la entrada en análisis.

Todos saben, aunque muchos lo ignoren, de la insistencia que pongo en la *entrevistas preliminares* al análisis, ante aquellos que me piden consejo. No hay entrada posible en el análisis sin *entrevistas preliminares*. Esto acerca la relación que existe entre estas entrevistas y lo que voy a decirles este año en mi seminario, salvo que, dado que soy quien habla, soy quien se encuentra aquí en la posición de analizante. (Lacan, 1972, p. 49)

Desde luego no sin contar con que el analista acepte el convite.

En medio de esas crisis una voz, una voz que determiné claramente que no era una voz alucinada sino que era una voz interior, como la voz del superyó, una voz endopsíquica, una voz que le decía “sos homosexual”, “sos impotente”, “vas a perder un dedo”, “vas a perder un ojo”, y también “Dios no existe”. (Amigo, 1999, pp. 103-104)

El discurso histérico llama al analista a encarnar el S1 (significante amo) — arriba a la derecha— y, produce saber, abajo a la derecha. El a, efecto de su división deseante, resta bajo la barra, abajo a la izquierda.



[...]con ese despliegue de saber, comenzará a emerger la historia con su madre [...] cuando el cumplió trece años se puso “como loca” cuando él quiso invitar a la primera noviecita con la que él había “apretado”. [...] no sólo no se lo permitió, sino que añadió además que esta muchachita era “una puta”, que era “una loca”. (Amigo, 1999, pp. 104-105)

Amigo entiende que mientras va produciendo saber, él consigue apropiarse de los significantes amo que deciden su historia.

Aparecerá nítidamente que [...] a la madre no le importaba que tuviera minas, y él, en efecto tenía muchas minas; pero novia, esa clase de mujer que se hace entrar a la casa de mamá, eso jamás.

O sea que él era un varón que podía acostarse con mujeres pero no tenía, so pena de perder el amor de la madre, que amar a una mujer. (Amigo, 1999, p. 105)

Esto hacía de él un *Don Juan*, aunque frente a la madre, se veía reducido a ser lo que la voz le ordenaba, a saber: “maricón, impotente, perdidoso de partes del cuerpo, dejado de la mano de Dios”. Es empujado a una degradación de la vida amorosa: la madre, por un lado; las putas/locas, por el otro. Y en esos términos, “es irresoluble la posición sexual. Ya que delante de la madre no podía mostrarse como un varón”. La analista pone énfasis en la idea de que en ese tiempo del análisis “su inconsciente empieza a ordenarse alrededor de los unarios de su historia que tienen que ver con el deseo tan peculiar de esa madre que se pone *como loca*.”

Un cuarto de giro instala el discurso de inconsciente, también llamado del amo o maestro. En el lugar, la dominante, el significante unario, comanda. En el lugar del otro: S2, el saber (red de los significantes). A partir de allí, Amigo sostiene que

empieza a ser convocada, esta vez como fuente de saber sobre el objeto *a*, lo que equivale a decir, como fuente de saber sobre el goce. Y lo dice así:

Instalado bastante rápidamente en este discurso él pasa a hacerse cargo de estos significantes y produce sueños de este tipo:

El sueña una vez que hay un grupo de licántropos y que él tiene que mirar fijamente a esos licántropos cuando en realidad detrás hay una chica a la que él quiere mirar. (Amigo, 1999, p. 106)

La analista le pide asociaciones.

[...] cuenta de estos licántropos, una mezcla de hombres y lobos y me dice que con ellos no sirve de nada ni su cinturón negro de yudo ni su inteligencia de diez puntos porque lo único que puede hacer para controlar que los licántropos no se le tiren encima es mirarlos. (Amigo, 1999, p. 106)

Descubre que, de momento, le cuesta decidir si seguirá sosteniendo el *está todo diez puntos* o si va a aceptar que la madre está *como loca*. Amigo, comenta que él vacilará, pues, pretende defender un status quo con el que obtiene importantes beneficios. Haciéndole el juego a su mamá evita pagar el precio que un varón paga cuando se enamora. Así, la ronda sigue hasta que se va haciendo cargo de este saber, entonces pasa a primar el discurso universitario. Por un lado la posibilidad de construir su novela familiar, y por otro la acumulación de sueños del tipo de los licántropos, que al analizarlos abren paso a la chance de desentrañar “las historias tenebrosas que sucedieron en su casa cuando su hermano, un año menor, llevó una novia en visita oficial”. (Amigo, 1999, p. 108)

[...] la madre empezó a llevar a brujos la foto de esta novia [...] Esparcía yuyos con supuestos poderes, intentaba ejercitar maleficios contra esta joven. [...] él empieza a darse cuenta de cosas que le pasaban delante pero él no podía significar. Por ejemplo la guerra que le hicieron a su hermano simplemente porque llevó una novia [...] terminó en un episodio siniestro que involucró gravemente a nuestro joven. La madre decretó que esta novia era “una puta”. Y decidió que el mejor modo de que su hijo menor lo comprenda consistiría en que se acueste con su hijo mayor. (Amigo, 1999, pp. 108-109)

Así fue que el chico llegó a acostarse con la joven.

Después [...] sintiendo sobre sí el peso abrumador de ese acto macabro, cometió un acto de autoagresión muy común en los adolescentes. Tomó una *gilette* y se cortó toda la piel del antebrazo, “mostrando” en la escena de ese acting cuánto deseaba sacarse de encima del cuerpo algo sobrante. Y después de hacer esto llamó a un cura para que bendiga la casa donde se produjo el coito indigno. (Amigo, 1999, pp. 109-110)

Allí su analista se ocupó de señalarle que él había llamado a *un padre* que opera en el nombre de Dios. Se preguntará entonces, dónde estaba su padre, qué pasaba ahí.

Este tiempo de acumulación de saber fue muy importante porque él empezó a hacerse dueño de una situación que antes le pasaba por encima sin que él la pudiera elaborar, para elaborar hay que estar advertido y tener un saber sobre lo que está pasando. [...]

Y es en ese momento que él va a empezar a preguntarse si lo quiero, si lo miro [...] un cúmulo de cuestiones totalmente jugadas en el territorio transferencial. (Amigo, 1999, p.110)

Surge la cuestión de por qué tiene que pagar cuando no va a su sesión.

Cuando está tratando de entrar al último punto, al menos de una pasada de análisis que es el discurso analítico cuando él va a ser agente de discurso, en el último giro, cuando él va a tener que desprenderse de una cuestión de goce, comienza una intensa movida transferencial. (Amigo, 1999, p.110)

Ya no se trata solo del orden del saber, pues “lo que está por sobrevenir es un corte libidinal”. (Amigo, 1999, p.110)

[...] cuando él advirtió que iba a tener que dejar de gozar de ser a la vez el varón que tiene mujeres y el bebe de la mamá.

Y él no quiere perder nada, él quiere ser y el varón que tiene mujeres y el nene de su mamá. (Amigo, 1999, p. 110)

Pero...

Él quería las dos cosas al mismo tiempo y no se podía decidir a perder una de ellas, pérdida que es el precio de toda opción. Cada vez que vacilaba en la decisión de arriesgar por ejemplo una “mala cara” de la madre [...] decidía retroceder y conservar su neurosis antes que perder sus dudosos privilegios. (Amigo, 1999, p.111)

En ese momento él le pregunta por qué tiene que pagar. Se le señala que, “justamente la libertad y los beneficios de venir o no venir se adquieren en la medida en que paga por ese espacio suyo”. (Amigo, 1999, p.111)

[...] este dinero, el de las sesiones a las que decidía no acudir, era el déctico de un amor que a él, por ser él, lo eximía de un pago que corre para cualquier otro.

[...] está pidiendo en el territorio mismo de la transferencia [...] que se juegue en escena si es que el analista, tal como la madre, le permite sostener la idea “loca” de no perder nada, nunca. (Amigo, 1999, p.111)

Amigo explica que para ella sería más fácil no cobrarle y evitarse complicaciones. El joven pudo asumir que sólo era dueño de algo —de su tiempo en este caso— si se desprendía de algo en forma de pago legal después de una verdadera batalla transferencial. “Eso lo discutió con mi presencia, no lo discutió con el saber, y no lo discutió con los rasgos unarios” (Amigo, p. 112) En término freudianos *podría* decirse que, nadie puede ser vencido *in absentia* o *in effigie*. Con su singular declaración de amor este joven ponía a prueba en la escena transferencial si se trataba del modo materno del amor o si se podría instalar otro modo. Según la autora:

Y esto estaba además subrayado por el hecho fortuito de ser pariente de analistas y estar por ende muy al tanto de ciertas reglas, lo que acentuaba el pedido de un tratamiento de excepción. Es decir me estaba pidiendo un pacto de amor donde lo transforme en un bebe excepcional, ignorando [...] cuanto arriesgaba un ominoso pase de factura de su supuesta benefactora. (Amigo, 1999, p.113)

Entonces,

[...] tiene un sueño que les voy a contar. “estaba en un garaje, entraba al garaje y entraba en un auto azul, subía a un auto azul y el auto azul andaba marcha atrás a toda velocidad. intentaba parar el auto con el freno, no andaba; con la palanca de cambios, no andaba; con el freno de manos, no andaba. Salía despedido del auto y me tranquilizaba. Fui a ver cómo había quedado el auto, que se había caído en un pozo, y el auto estaba entero, azul”. (Amigo, 1999, p.113)

Ante el pedido de asociaciones cuenta que azul es el color preferido de su mamá. Ella usa todo azul.

Y el auto del sueño es un auto que le regala la madre para el día de su cumpleaños [...] Y me dice que ese auto es suyo y es de su mamá, hecho que él mismo reconoce como bastante raro. Le confirmo que sí, que en verdad es bastante raro. Me dice que es un regalo, pero que no es exactamente suyo, dado que fue puesto a nombre de la madre. [...] Continúa diciendo que él maneja muy bien y que no comprende toda esa escena donde pierde el control del auto. (Amigo, 1999, p.113)

El trabajo avanza.

[...] puedo interpretar que no es lo mismo *ser un marcha atrás* que *estar en mamá*, a su lado, sin poder ponerle freno, como si él y ella fueran lo mismo. Se anonada, y recuerda que en el sueño se había tranquilizado cuando había salido del auto. (Amigo, 1999, p.114)

Un problema lógico.

Si el auto cae, no se puede quedar entero, y en el sueño el auto se cae, azul, y queda entero. Si él quiere salir de la madre no la puede dejar entera. [...] es en ese sueño que él empieza por primera vez a entender la paradoja en la que estaba preso, que es que quería salirse de la madre pero no hacerle faltar nada, dejándola entera. (Amigo, 1999, p.114)

Amigo lee que, en este sueño, está escrito el *unario* de la madre: *a su lado – azulado*.

[...] el azul de la madre, donde ella cifra el deseo de retención, hay un significativo unario, está el saber y también está la trampa libidinal. Si uno se sale de la madre entonces [...] la madre no puede quedar entera, [...] si hay corte y separación no puede haber pago. (Amigo, 1999, p.114)

Es interesante tomar en cuenta el siguiente argumento que ofrece la analista en su exposición.

Quizá el lector objete que un rasgo significativo de retención materna sea nombrado “unario”. Se trata a mi juicio de un rasgo unario en la medida en que *una vez leído* ha sido separado de la holofrase donde se puede afirmar que [...] “estaba”. Se hace unario por el mismo hecho de su separación de la holofrase en el curso del análisis. (Amigo, 1999, p.114)

Luego aduce de modo contundente.

La interpretación [...] se hace dentro del discurso analítico. En efecto [...] constituye el primer acto analítico, como tal, subsidiario del discurso de este nombre.

Es entonces que él empieza a poder calmarse, extinguiéndose la pasión transferencial después del trabajo analítico de este sueño, haciendo el último giro discursivo que es el que culmina con la puesta en forma del discurso analítico. (Amigo, 1999, pp.114-115)

Y añade:

El *a* está allí como agente, ya no como un objeto de goce, sino como un objeto que por su pérdida y por su pago no es un objeto de retención en una fijación de goce sino que el objeto vaciado de sustancia que causa el movimiento deseante. (Amigo, 1999, p.115)

A continuación, realiza para finalizar la siguiente consideración:

Y aquí se deja ver lo que la operación del psicoanálisis se diferencia, en su singularísimo amparo de lo real, de la religión. Un religioso hubiera dicho “Dios lo quiso así, es tu madre, ella es así, por algo será”. El tratamiento religioso de lo real lo transforma en un destino. (Amigo, 1999, p.115)

En cuanto al psicoanálisis:

[...] afirma otra cosa, por ejemplo en este caso, “advertí cuál es tu madre, fijate cuál es el objeto de su retención, y si de eso hace ella la ocasión de un goce mortal, vos podés hacer la ocasión de un deseo vivificante”. (Amigo, 1999, p.115)

Respecto de esta madre.

Esta madre que lo miraba —para lo cual imperiosamente lo precisaba “a su lazo” — y le llenaba los tímpanos de palabras, hizo que este chico hoy —digo esto porque él me ha venido a ver, está muy bien— sea músico. Es decir, de lo que era la voz aplastante del destino de la madre, hizo música. (Amigo, 1999, p. 115)

El trazo unario (S1), en el discurso del analista, se ubica en el sitio —abajo a la derecha— que fue nombrado tanto lugar de la producción, como lugar de la pérdida de goce para el sujeto.

Para terminar, nótese que no hay en esta presentación clínica referencias explícitas a las clásicas estructuras clínicas: *neurosis, perversión y psicosis*.

## Conclusiones

A la luz de las articulaciones conceptuales ensayadas, algunas conclusiones buscan poner un necesario aunque provisorio punto final a la última instancia del recorrido de esta tesis. Testimonio de un trayecto de trabajo que ya funciona para su autora como referencia para el despliegue de las nuevas inquietudes que se gestaron en su seno.

Una pregunta ha oficiado de faro: ¿pueden *Los cuatro discursos* aportar a la problemática de la clínica y el diagnóstico en psicoanálisis?

De la lectura de los heterogéneos materiales escogidos se desprende una primera idea directriz: la *transferencia* es la clave para pensar el diagnóstico bajo el alero de los *significantes lacanianos* que anidan en derredor de *los cuatro discursos*. Tanto en *El objeto del psicoanálisis* (1966) como en *El acto analítico* (1968) Lacan se apoya en las teorías sobre la perspectiva haciendo de *Las Meninas* de Velázquez el modelo de la posición del psicoanalista. Así, podría aseverarse que un analista oficia de caja de resonancia de aquello que, como precipitado de la repetición, determina un *modo de goce*. Entonces, sirviéndose de *Las Meninas*, Lacan ubica la transferencia como *el lugar donde el objeto habrá de alojarse*.

Algunos analistas consideran que Lacan, en el transcurso de su *seminario sobre el acto*, privilegia la referencia a la historia por sobre la estructura. Es bastante discutible. Más bien, podría conjeturarse que en la cita que se transcribe a continuación consigue conjugar ambas dimensiones: sincronía y diacronía.

El punto en que estoy [...] es que él [analista] se dé cuenta de lo que hay en cuestión en el mismo lugar de lo que condiciona la vacilación esencial, a saber, el objeto a, y que [...] al cabo de sus años de experiencia, se considere como el clínico, que en cada caso sabe hacer la ubicación del asunto [...] les muestro la realidad de lo que pasa en cuanto al analista, figurada en otros ejemplos y de lo que no es asombroso que sean ejemplos tomados del arte por ejemplo, algo para orientarse [...] cuando se interroga sobre un caso, cuando hace la anamnesis, cuando lo prepara, cuando empieza a acercársele, pero una vez que entre en el análisis, que busque [...] en la historia del sujeto, de la misma forma que Velázquez está en el cuadro de *Las Meninas*, donde estaba él, el analista, en tal momento y tal punto de la historia del sujeto. En ese drama lamentable, él sabrá lo que pasa con la transferencia. (Lacan, 1967-1968, inédito)

Lacan sostiene con férrea convicción que eso ofrece al analista otra manera de abordar la diversidad de los casos, y desde allí

[...] quizá se llegará a encontrar una nueva clasificación clínica que la de la psiquiatría clásica que no ha sido tocada ni enhebrada nunca por una buena razón, que hasta el momento sobre ese tema nadie pudo hacer otra cosa que seguirla. (Lacan, 1968, inédito)

Tejido de citas provenientes de mil focos. En **Artesanías metodológicas**, se trabaja especialmente lo que se ha dado en llamar: *el oficio de archivista*. Como resultado de lo producido a lo largo del recorrido de elaboración de esta tesis es que se gesta una singular *propuesta metodológica*. Esta propuesta —que busca otorgarle un sentido propio a la *tarea del archivista*— requiere, como punto de partida comenzar por discernir que no se apunta aquí a la profesionalización de una labor de acopio, colección u ordenamiento de materiales, sino a una muy peculiar práctica basada en la idea de *leer-escribir con otros*, textos, estudiantes, colegas,



poetas, etc. La heterogeneidad de enfoques y posiciones relevadas hace que la tarea no resulte nada sencilla.

La labor implica renovar paso a paso las entradas a los textos (ya fueran éstos textos canónicos o textos anónimos). Ir y venir recorriendo una y otra vez los pliegues y las fugas de este archivo reticular. Este archivo abierto, siempre inconcluso —*work in progress*—, y que puede ser leído en diferentes sentidos. Este archivo que estimula el ejercicio de tomar registro al modo del escriba que lee mientras cuenta o cuenta mientras lee. *Leer-escribir* introduciendo incluso aquello marginal, relegado o descartado, en una trama ensanchada que *rompe los márgenes*. Una trama legible. Caos organizado.

En los pliegues del texto producido se anota un punto que merece toda la atención. Coincidencia notable entre dos grandes maestros: Foucault y Lacan. Es que allí donde Foucault ubica con admirable precisión la idea de *residuo inasimilable*... Aquello *irreductible* que, una y otra vez, consigue escapar a cualquier encorsetamiento disciplinante —llámese protocolo, diagnóstico, etc.—. Y que por lo mismo, empuja incesante a la puesta en marcha de procedimientos que no cejan en su esfuerzo por apresararlo, reducirlo, y hasta, ¿por qué no?, si fuera posible, eliminarlo. Allí, se encuentran... Pues, ¿qué otra cosa lee Lacan en el hacer de *los científicos, los filósofos, o mismo de los políticos*, cuando fracasan en el empeño de rechazar la división del sujeto al precio de procurar reducirlo a su mínima expresión o cuando buscan incansables taponar *los agujeros del edificio universal*? Es que el resto, a diferencia de la *escoria*, siempre es fecundo.

Corazón de la propuesta: la pregunta por las *estructuras clínicas* compromete a los analistas. Que el sintagma *estructuras clínicas* —tal como circula— no haya sido pronunciado por Lacan en ningún momento de su enseñanza no le quita legitimidad. Muy por el contrario, como lo señala un miembro de *Lazos. Institución psicoanalítica de La Plata*, en el *Coloquio Internacional de Convergencia, Neurosis, Psicosis, Perversión. Incidencias en lo Real*, “[...] invita a interrogar su pertinencia, precisar sus sentidos, dimensionar algunos de sus alcances”. (Vetere, 2014, p. 1)

Al concluir ese tramo del trabajo de archivo quedan visiblemente expresados algunos de los términos de una fuerte controversia que indudablemente, implica un asunto no resuelto por el psicoanálisis. Se señalan coincidencias y discrepancias que cobran importancia, no por poner en evidencia la confrontación —a veces infructuosa— sino por mantener abierta la pregunta. Por otra parte, si bien *los modos de goce* son una propuesta que —se avizora— podría contribuir a definir la *nosología* de otra manera, cabe recalcar que la idea no está aun suficientemente desarrollada, y mucho menos presentada aquí como una solución. Asimismo, a lo largo de esta investigación se ha tomado nota de un riesgo siempre latente. Es que como queda ampliamente expuesto durante el trayecto transitado, de la *Nosología* a la *Ontología* suele haber tan solo un paso.

Los *recortes clínicos* trabajados en el último capítulo muestran un incipiente desarrollo en torno al empeño de abordar el problema que presentan a los analistas estas tres estructuras que *no hacen universo* con el recurso de la llamada *teoría de los discursos*.

**Una aproximación a Los cuatro discursos** hace posible subrayar el inestimable valor de la idea de la *incompletud de lo simbólico*, y la pregunta por el *estatuto del saber en psicoanálisis*. ¿Qué caracteriza ese saber? ¿Hacia dónde se orientar la praxis psicoanalítica?

Tras un siglo de proliferación podemos afirmar que dicho saber es extraordinariamente poco acumulativo. ¿Quién podría pretender todavía que ha agregado una piedra al edificio freudiano? [...] Cada generación de analistas debe [...] aprender su lección leyendo a Freud, la mayoría de las veces a través de la óptica de algún linaje de comentadores. (Le Gaufey, 2009, pp. 145-146)

Otro modo de saber. Un saber poco acumulativo en el que anida el *no saber*. Entonces, psicoanálisis y ciencia. Dos caminos divergentes respecto del saber. Para hablar de las relaciones entre *el psicoanálisis* y *las ciencias*, en una nota dirigida a los italianos (1973), Lacan señala que creer que la ciencia es verdadera, con el pretexto de ser transmisible matemáticamente, es una idea delirante que la misma ciencia se encarga de refutar a cada momento. El avance, más bien el movimiento de la ciencia, tiene su causa justo allí, en su imposibilidad. Las diferencias entre el psicoanálisis y la ciencia resultan una *vía regia* para desplegar lo que deviene una particular peligrosidad para la enseñanza del psicoanálisis.

Transmitir es querer transmitir. Pero este deseo tropieza con lo imposible. Con lo imposible inherente al deseo de nombrarse a sí mismo y con lo imposible relativo al objeto que se trata de transmitir y a los medios de hacerlo. [...] Transmitir es desear transmitir y encontrar un imposible de transmitir. Transmitir es transmitir lo imposible de transmitir. (Porge, 2007, p. 47)

El modo de transmitir forma parte de lo que se transmite. A tal punto esto es así que, con frecuencia, el medio de transmisión, el soporte del mensaje, es ni más ni menos que el mensaje mismo. Material y fuente se funden.

En esta suerte de *racconto* de lo producido, otro aspecto a subrayar. Es que si bien no resulta novedoso mencionar hoy que Freud, a costas de su inconsciente, efectúa una radical ruptura que interpela fuerte la noción de normalidad —operando incluso en la psiquiatría—, tal como fue sustentado Lacan lleva al extremo esta decisión cuando ubica *neurosis*, *psicosis* y *perversión* como las diferentes caras de una misma estructura —*la estructura del lenguaje*— que es al mismo tiempo considerada *fallida* y *normal*. Quizá haya que acentuar que lo normal es justamente que sea fallida.

Al haber enfocado el asunto hacia el complejo engranaje *transferencial*, queda claro que la dificultad que se presenta en lo relativo al diagnóstico es una dificultad de orden práctico. Se trata de una cuestión que aún conserva para los analistas lacanianos toda su espesura y complejidad. No ha sido en modo alguno, zanjada. “La tripartición psicosis, perversión y neurosis tal como la plantearon Freud y Lacan, tiene plena vigencia con los discursos. En todo caso, los discursos podrían contribuir a aligerar esa clasificación, sin eliminarla.” (Oscar González, comunicación personal, 14 de octubre del año 2016). En la misma dirección, el analista citado añade tiempo después: “Se trata de la antigua contienda con la clasificación excesiva que precede a la escucha. Es para subrayar el acto de decir que hace discurso más que para quedarse con el diagnóstico y punto”. (Oscar González, comunicación personal, 10 de abril del año 2017)

*La escritura de esta tesis* es un modo de *poner un nuevo texto* (entretexo de otros textos) *en escena*. Más contemporánea quizá, la expresión que conviene es *poner en agenda* un tema particularmente problemático y complejo para comenzar a desplegarlo en sus múltiples derivas. Al mismo tiempo, una tesis reclama *una lectura capaz de inventar*... La novedad que presenta es la de ensayar una lectura de la clínica psicoanalítica y el diagnóstico a la luz de la *Teoría de los cuatro discursos*. La

hipótesis que comanda es que *la teoría de los discursos vuelve posible inventar una nueva manera de pensar la clínica, claramente diferenciada de la propuesta por la psiquiatría a partir de la posición del sujeto —en la transferencia— en torno al saber y al goce.*

Esta teoría ha resultado grávida en consecuencias para la clínica. Uno de sus mayores aportes es el de poner en valor la necesidad de la rotación de los discursos. Es de esperar que los tiempos de un análisis transcurran atravesando los *cuatro discursos*, que en la *relación analítica* se vaya rotando en el orden de orientación de la lógica del lazo social que allí se articula. En el seminario *El reverso del psicoanálisis*, al organizar los sitios de la estructura queda indicado lo infranqueable entre *la verdad y el goce*. Ese imposible ordenará una y otra vez la investigación de Lacan. Se plantea la cuestión de un discurso que pueda tocar lo real. De algo que hace límite al discurso, apuntando a lo real del goce. Sin embargo, dadas las limitaciones de la lógica propuesta para los discursos, será recién con los nudos que Lacan podrá encontrar un modo de escribir *lo real del goce del cuerpo*.

Una breve referencia a los nudos. Promediando los años '70 y de la mano de *su topología* Lacan establece que la estructura será real, y su escritura, nodal. El *nudo borromeo* (en verdad se trata de una cadena) es una estructura formada por tres anillos que están entrelazados de modo tal que si se corta uno de ellos, —uno cualquiera, pues los tres son equivalentes— los otros dos quedan sueltos. En consecuencia, está implícito que la posición del sujeto se leerá en el anudamiento RSI, los tres registros propuestos desde 1953 para abordar lo relativo a la clínica psicoanalítica. Un nudo está determinado por su presentación. La presentación de un nudo es una escritura que implica que ninguno de los tres esté suelto. De allí en adelante se tratará para Lacan *del sujeto supuesto a la estructura de ese anudamiento*. Ahora bien, conviene dejar sentado que los *discursos* tal como Lacan los formula, no van a contrapelo de la topología de los nudos, al tiempo que señalar que la escritura de los nudos no es sino —como lo decía Couso— una escritura diferente que no invalida las anteriores. Más bien ofrece otras posibilidades.

Otra vuelta sobre el diagnóstico y la clínica psicoanalítica. Preguntas persistentes. *¿Será posible preservar la especificidad del psicoanálisis? ¿Y mantener distancia con la nosología?* Pues, si se acepta momentáneamente que a toda clase le corresponde una propiedad o atributo, una clase, se organiza a partir de que los elementos que la componen posean tal o cual atributo. Son los atributos que definen al *ser* de ese elemento u objeto. Así se define el ser por el tener. Lacan apuntando hacia la insuficiencia de la lógica clásica y con la ayuda del cuadrángulo de Pierce, sostiene que una clase no se arma por definir un atributo, sino por negar que ese atributo pueda faltar. No se trata sino de un término y su falta. El problema se enrarece, se vuelve candente, ya que una *entidad clínica* no puede ser pensada desvinculada de la experiencia. No es —meramente— un asunto de lógica o de sintaxis. Es que el analista se nutre y simultáneamente se enreda los pies, con su práctica.

En el curso del trabajo de preparación y ejecución de la tesis —indagación y argumentación— se fue abriendo un surco que hace posible establecer una diferencia sustantiva. Un antes y un después... la boya que señala la posibilidad de un nuevo derrotero. *Los cuatro discursos* de Lacan resultan una suerte de *topología del lazo*. Sin embargo, hay que decir que a pesar de los empeños, la tarea de producir una clínica verdaderamente nueva sigue estando *por realizarse*. No obstante, si bien el psicoanálisis no ha conseguido aun producir una nueva nosología, las nociones de *discurso*, *salida de discurso* y *fuera de discurso*, resultan

suficientemente prometedoras para orientar la clínica y el diagnóstico en psicoanálisis, aligerando bastante el pesado lastre de un diagnóstico atornillado a las estructuras clínicas heredadas de la psiquiatría.

Entusiasma finalizar con un bellissimo fragmento del poema de Borges, *Un lector*.

[...] la tarea que emprendo es  
ilimitada  
y ha de acompañarme hasta el final  
no menos misteriosa que  
el universo  
y que yo, el aprendiz.  
(Borges, 1969, p. 27)

## Referencias bibliográficas

- Allouch, J. (1993) Perturbación en Pernepsi. *Littoral*, 15, pp. 7-36.
- (2004) Lacan y las minorías sexuales. En *Jacques Lacan: Psicoanálisis y política*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Alvarez, A. (2003). *El lazo social. Su formalización en la teoría de los discursos de Jacques Lacan*. Tesis de Doctorado. Facultad de Psicología. UNR. Inédita.
- (2006). *La teoría de los discursos en Jacques Lacan. Formalización del lazo social*. Buenos Aires. Letra Viva.
- Amigo, S. (2015a). Psicoanálisis. Letras opacas. *Diario literario digital*. Recuperado en: [www.letrasopacas.org/p/d.html](http://www.letrasopacas.org/p/d.html).
- (2015b) *Actas de las Primeras Jornadas del Departamento de Psicoanálisis. Analistas hablando de su práctica*. Recuperado de: <http://www.fpsico.unr.edu.ar/wp-content/uploads/2016/02/actas-de-las-primeras-jornadas-del-departamento-de-psicoanálisis-2.pdf>.
- Bercherie, P. (1993). *Los fundamentos de la clínica. Historia y estructura del saber psiquiátrico*. Buenos Aires. Manantial.
- Blanchet, A (1989). Entrevistar. En: *Técnicas de investigación en ciencias sociales*. Madrid. Nerrea. pp. 104-118
- Bleger, J. (1964). *La entrevista psicológica*. Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión.
- Borgatello de Musolino, M. (2015) El nudo de sentido. En: *Lalengua*, 23, pp. 8-9
- Borges, J.L. (1969). *Elogio de la sombra*. Buenos Aires. Emecé.
- Braunstein, N. (1994). El tiempo y la transferencia. En: *Freudiano y lacaniano*. Buenos Aires. Ediciones Manantial.
- (2013). *Clasificar en psiquiatría*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- Cancina, P. (1997). *La fábrica del caso: la Sra. C. Rosario*. Homo Sapiens.
- (2008). *La investigación en psicoanálisis*. Rosario. Homo Sapiens.
- Catalá, C. y otros. (2015). *Congreso de Convergencia*. Recuperado de: [http://www.convergenciafreudlacan.org/inove4/php/download.php?gal\\_id=479](http://www.convergenciafreudlacan.org/inove4/php/download.php?gal_id=479)
- Clavreul, J. (1983). *El orden médico*. Barcelona, Argot.
- Cohen, V. (2010). El cuerpo y lo sexual: Editorial. *laPsus Calami*, 1. pp. 13-14.
- Colovini, M. Teresa (2004). *Tesis de Doctorado: "Amor, locura y femineidad. La erotomanía, el delirio de ser amada: ¿una locura femenina?"* Facultad de Psicología. UNR. Inédita.
- Convergencia (1998). *Acta de fundación (3 de octubre de 1998)*. Recuperado de: [http://www.convergenciafreudlacan.org/inove4/es/actas/acta\\_de\\_fundacion/2425](http://www.convergenciafreudlacan.org/inove4/es/actas/acta_de_fundacion/2425)
- Couso, O. (1998). *Hay relación social. Una metáfora de la falta*. Buenos Aires. Ed. Rolando Karothy.
- (2005). *El amor, el deseo y el goce*. Buenos Aires. Editorial Lazos.
- (2006) Caballo arruga jirafa. *Contexto en psicoanálisis*. 11. pág. 35-54.
- (2011). *Seminario: La dirección de la cura en las diferentes configuraciones clínicas*. Clase 1. Inédito. Buenos Aires. EFBA.
- (2017) *Posición del analista: Coloquio de la EFBA*. Inédito.
- Charraud, N. (1997). *Lacan y las matemáticas*. Buenos Aires. Atuel – Anáfora.
- De Certeau, M. (1995). *Historia y psicoanálisis entre ciencia y ficción*. México. Universidad Iberoamericana.
- Derrida, J. (1997) *Mal de archivo: Una impresión freudiana*. Madrid. Trotta.

- Díaz, N. (2001). Transferencia salvaje : Intervenciones. En: *Reunión Lacanoamericana de Psicoanálisis de Recife*. Recife. Livrorapido. pp. 416-421.
- Di Matteo, I. (2007). Acerca del síntoma: Una política. *Fluctuat Nec Mergitur: Publicación de psicoanálisis*, 4. pp. 67-69.
- Donghi, A. (2011). Diagnóstico diferencial en consumidores de pasta base de cocaína (PACO): la admisión de pacientes para un tratamiento posible. *Anuario de investigaciones. Volumen XVIII. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires*. Buenos Aires. Recuperado de: [http://www.biblioteca.cij.gob.mx/Archivos/Materiales\\_de\\_consulta/Cocaina/Articulos/diagnosticodiferencialconsumidorespastabasecocaina.pdf](http://www.biblioteca.cij.gob.mx/Archivos/Materiales_de_consulta/Cocaina/Articulos/diagnosticodiferencialconsumidorespastabasecocaina.pdf).
- Eldelsztejn, A. (2001). *Las Estructuras Clínicas a partir de Lacan. Volumen I*. Buenos Aires. Letra Viva.
- (2003). Diagnosticar el sujeto. *Imago Agenda*, 73. pp. 16-18.
- Emmanuele, E. (2002). *Cartografía del campo psi*. Buenos Aires. Ed. Lugar
- (2012). *Los discursos que nos hablan*. Buenos Aires. Ed. Entreideas.
- (2013). Michel Foucault: un poeta del saber. *Revista de Investigación social*, X-16. México, UNAM, pp. 9-30.
- (2013) Michel Foucault y Jacques Lacan: dos *incomparables* Revista *Del Prudente Saber*, Paraná, UNER, XIV- 8, pp. 231-248
- Eribon, Didier et al. (2004). *El infrecuente Michel Foucault. Renovación del pensamiento crítico*. Buenos Aires. Letra Viva+Edelp.
- Etchvers Martín (2010). *Combinación de Tratamientos y complementariedad Terapéutica en el abordaje de los trastornos depresivos*. Recuperado en: <http://bases.bireme.br/cgi-bin/wxislind.exe/iah/online/?IisScript=iah/iah.xis&src=google&base=LILACS&lang=p&nextAction=lnk&exprSearch=641827&indexSearch=ID>.
- Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Valencia, Institutio Alfons El Magnanim.
- Favre, A. (2015). *Variantes de la cura en los dispositivos psicoanalíticos. Volumen I. Transferencia y en los límites de la transferencia*. Buenos Aires. Letra Viva.
- Fernández, E. (2007). Diagnosticar en psicoanálisis. En *Diagnóstico en psicoanálisis. Imago Agenda: Periódico orientado a la difusión y el desarrollo del psicoanálisis*, 111. Recuperado en: <http://imagoagenda.com>.
- Ferreira, N. (2005). *La dimensión clínica del psicoanálisis*. Buenos Aires. Kliné.
- Foucault, M. (1985). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. Buenos Aires. Planeta/Agostini.
- (1987). *Historia de la sexualidad. La inquietud de sí*. México. Siglo XXI.
- (1995). *El nacimiento de la clínica. Una arqueología de la mirada médica*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- (1996). *Tecnologías del yo y otros textos afines*. Barcelona. Paidós Ibérica ICE-UAB.
- (1998). ¿Qué es un autor? *Littoral: Revista de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis*, 25/26. pp. 35-71.
- (2008). *La arqueología del saber*. Buenos Aires. Siglo XXI.
- (2012). *El poder psiquiátrico. Curso en el Collège de France (1973-1974)*. Buenos Aires. Fondo de cultura económica.
- Franco, A. (2011). *Acerca de la Lógica del Fantasma, de Lacan*. Buenos Aires. Editorial Letra viva.

- Freud, S. (1979a). La neuropsicosis de defensa [1894]. En *Obras Completas*. T. III. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- (1979b). Señorita Elisabeth von R. [1895]. En *Obras Completas T. II*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- (1979c). *Fragmento de análisis de un caso de histeria* [1905]. En *Obras Completas*. T. VII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- (1979d). *De la historia de una neurosis infantil* [1914]. En *Obras Completas*. T. XVII. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- (1979e). *Psicología de las masas y análisis del yo* [1921]. En *Obras Completas T. XVIII*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- (1979f). *Dos artículos de enciclopedia: Psicoanálisis y Teoría de la libido* [1923]. En *Obras Completas T. XVIII*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- (1979g). *Notas sobre la pizarra mágica* [1925]. En *Obras Completas T. XIX*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- (1979h) Inhibición, síntoma y angustia [1925]. En *Obras Completas T. XX*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- (1979i). *¿Pueden los legos ejercer el análisis? Diálogos con un juez imparcial* [1926]. En *Obras Completas*. T. XX. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- (1979j). *El malestar en la cultura* [1930]. En *Obras Completas T. XXI*. Buenos Aires. Amorrortu Editores.
- Ferreyra, N. (1995). *Verdad y objeto en la dirección de la cura*. Buenos Aires. Kliné.
- (2005). *La dimensión clínica del psicoanálisis*. Buenos Aires, Kliné.
- García Valdez, R. (2013). *Nosología psiquiátrica: pasión de consistencia especular*. Recuperado de: [http://www.revistauaricha.umich.mx/Articulos/uaricha\\_1022\\_114-126.pdf](http://www.revistauaricha.umich.mx/Articulos/uaricha_1022_114-126.pdf).
- González. O. (2016). *Momento de concluir y subjetividad*. Jornadas de la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Inédito.
- Germain, y Rodrigues de Andrade (1998). *Indisciplinas sociales*. Rosario: Ediciones del Arca.
- Gerber, D. (1992). Anamorfosis del saber. *Revista Anamorfosis*, 5. México.
- (2014). Vigencia de las estructuras clínicas. En: *El campo psicoanalítico: Reflexiones y construcciones*. México. Universidad Autónoma de Zacatecas. pp. 125-131.
- Glasman, S. (1984) El número de oro. *Conjetural: Revista psicoanalítica*. 4. pp. 49-68.
- Heinrich, H. (2013). *Locura y melancolía*. Buenos Aires. Letra Viva.
- Hercman, A, (2016). Palabras de apertura del ciclo de la Comisión de Enlace de Buenos Aires. Convergencia, Movimiento Lacaniano por el Psicoanálisis Freudiano. Recuperado de: <http://www.convergenciafreudlacan.org/inove4/en/library>
- Jasiner, G. (2007). *Coordinando grupos. Una lógica para los pequeños grupos*. Buenos Aires. Lugar.
- Juarroz, R. (2005) *Poesía Vertical II*. Buenos Aires. Emecé.
- Karothy, R. (1996). *Los tonos de la verdad. Ensa psicoanalítico*. La Plata. Ed. De la Campana.
- Kopelovich, M. (2011). Acerca del diagnóstico en psicoanálisis. En: *Actas del Tercer Congreso Internacional de Investigación de la Facultad de Psicología de La Plata*. Recuperado de: [http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab\\_eventos/ev.1461/ev.1461.pdf](http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.1461/ev.1461.pdf).



- Kreszes, D. (1994) Algunas consideraciones sobre la "Verwerfung", *Redes de la Letra*, 3. pp. 63-83.
- Kuri, C. (2010). *La identificación. Lo originario y lo primario: una diferencia clínica*. Rosario. Homo Sapiens.
- (2016) *Nada nos impide, nada nos obliga: De la contingencia en psicoanálisis*. Rosario, Nube Negra.
- Lacan, J. (1960-1961). *La transferencia: Seminario VIII*. Inédito. Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- (1961-1962a) *La identificación: Seminario IX*. Inédito. Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Clase del 21 de febrero de 1962.
- (1961-1962b) *La identificación: Seminario IX*. Inédito. Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires. Clase del 13 de junio de 1962.
- (1967-1968). *El Acto Psicoanalítico: Seminario XV*. Inédito. Traducción de Silvia García Espil para Discurso Freudiano. Clase del 27 de marzo de 1968.
- (1972). El saber del psicoanalista (Charlas en Saint-Anne). Inédito. Traducción ENAPSI.
- (1973) *Introducción a la edición alemana de un primer volumen de los escritos*. Inédito. Versión crítica de Ricardo Rodríguez Ponte para la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- (1978). Cierre de las Jornadas sobre La Transmisión. Congreso de la *Ecole Freudienne de Paris*. Inédito. Traducción de Carlos Ruiz para la *Escuela Freudiana de Buenos Aires*.
- (1985a) Intervención sobre la transferencia. En: *Escritos I*. Buenos Aires, Siglo XXI. pp. 204-215.
- (1985b). *De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis*. En: *Escritos II*. Buenos Aires, Siglo XXI. pp. 513-564.
- (1985c). Variantes de la cura tipo. En: *Escritos I*. Buenos Aires, Siglo XXI. pp. 311-348.
- (1985d). Función y campo de la palabra y del lenguaje en psicoanálisis. En: *Escritos I*. Buenos Aires, Siglo XXI. pp. 227-310.
- (1985e). Posición del inconsciente. En: *Escritos II*. Buenos Aires, Siglo XXI. pp. 808-829.
- (1985f). La dirección de la cura y los principios de su poder. En: *Escritos II*. Buenos Aires, Siglo XXI. pp. 565-626.
- (1988). *Reseñas de enseñanza*. Buenos Aires. Manantial.
- (1992a). *El seminario. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. (1964)* Buenos Aires. Paidós.
- (1992b). *El seminario. Libro XVII. (1969-1970) El reverso del psicoanálisis*. Buenos Aires. Paidós.
- (1995a). *El seminario. Libro III. Las Psicosis (1955-1956)*. Buenos Aires. Paidós.
- (1995b). *El seminario. Libro XX. Aun. (1972-1973)* Barcelona. Paidós.
- (1999). *El seminario. Libro V. Las formaciones del inconsciente. (1957-1958)* Barcelona. Paidós.
- (2008) *El seminario. Libro XVI. De un Otro al otro. (1968-1969)*. Buenos Aires. Paidós.



- (2009). *El seminario. Libro XVIII. De un discurso que no fuera del semblante.* (1971) Buenos Aires. Paidós.
- (2012a). Proposición del 9 de octubre de 1967 sobre el psicoanalista de la escuela. En: *Otros escritos.* Buenos Aires, Paidós. pp. 261-277.
- (2012b) Nota italiana. En: *Otros Escritos,* Buenos Aires, Paidós. pp. 327-332.
- Le Gaufey, G. (2009). *El NOTODO de Lacan. Consistencia lógica, consecuencias clínicas.* Buenos Aires. El cuenco de plata – Ediciones literales.
- (2010). *El sujeto según Lacan.* Buenos Aires. El cuenco de plata - Ediciones literales.
- (2012). *La incompletud de lo simbólico.* Buenos Aires. Letra Viva – Ediciones Licol.
- Lombardi, G. (2005). Efectos analíticos y diagnósticos en la primera fase del tratamiento. En *Memorias de las XII Jornadas de investigación y Segundo Encuentro de Investigadores en Psicología del Mercosur.* Buenos Aires. UBA. Facultad de Psicología. Tomo III (pp. 106-108). Buenos Aires. Argentina. Recuperado de: [http://www.bibliopsi.org/descargas/materias/114-%20Adultos%20%20\(Lombardi\)/63-%20Efectos%20analiticos%20y%20diagnostico%20en%20la%20primera%20fase%20del%20tratamiento%20\(Lombardi\).pdf](http://www.bibliopsi.org/descargas/materias/114-%20Adultos%20%20(Lombardi)/63-%20Efectos%20analiticos%20y%20diagnostico%20en%20la%20primera%20fase%20del%20tratamiento%20(Lombardi).pdf).
- Mazzuca, R. (2005). *Los excesos de la Histeria.* Archivos de Medicina. Recuperado de: [http://scholar.google.es/scholar?cluster=4915967936914810929&hl=es&as\\_sdt=0,5](http://scholar.google.es/scholar?cluster=4915967936914810929&hl=es&as_sdt=0,5)
- (2007). El diagnóstico diferencial neurosis-perversión: Una paidofilia neurótica. *Ancla: Psicoanálisis y Psicopatología, Revista de la Cátedra II de Psicopatología de la UBA,* 1.
- Méndez Parnez, (2014). *Los nombres del diagnóstico.* Buenos Aires. Letra Viva.
- Miller, J.-A. (2005). *Los inclasificables de la clínica psicoanalítica.* Buenos Aires. Paidós.
- (2013). *El ultimísimo Lacan. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller.* Buenos Aires. Paidós.
- Milner, J.-C. (1996) *La obra clara.* Buenos Aires. Manantial.
- Mills, C. Wright (1961). Sobre la artesanía intelectual. En: *Mills, W. La imaginación sociológica.* México. Fondo de cultura económica. pp.206-236.
- Mordoh,E., Gurevicz, M. (2005a). El diagnóstico en transferencia. En *Memorias de las XII jornadas de Investigación de la Facultad de Psicología de la UBA,* 128-129. Recuperado de: [http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios\\_catedras/obligatorias/114\\_adultos1/material/archivos/el\\_diagnostico\\_en\\_transferencia.pdf](http://www.psi.uba.ar/academica/carrerasdegrado/psicologia/sitios_catedras/obligatorias/114_adultos1/material/archivos/el_diagnostico_en_transferencia.pdf).
- Mordoh,E., Gurevicz, M. Thompson, S; Lombardi, G. (2005b). Efectos analíticos del psicoanálisis. En: *Anuario de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la UBA, XII,* pp. 239-243. Recuperado de: [http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-16862005000100025&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-16862005000100025&script=sci_arttext).
- (2008) Algunas precisiones sobre el proceso diagnóstico en psicoanálisis. En *Anuario de investigaciones,* 14 Recuperado de:

[http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-16862007000100038&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.ar/scielo.php?pid=S1851-16862007000100038&script=sci_arttext).

- Muñoz, P. (2008). El diagnóstico en psicoanálisis. *Revista Psicoanálisis y El Hospital*, 34, pp. 94-100.
- (2009). Algunas elaboraciones psicoanalíticas en torno del uso del concepto de locura como distinto del concepto de psicosis. *Anuario de investigaciones*, 16, pp. 125-132. Recuperado de: <http://www.scielo.org.ar/pdf/anuinv/v16/v16a50>
- (2012). El problema del diagnóstico, de la psiquiatría al psicoanálisis. *Revista Borromeo*, 3. Recuperado de: <http://borromeo.kennedy.edu.ar/Articulos/Diagn%C3%B3sticoMu%C3%B1oz.pdf>.
- Nava Murcia (2012). El mal de archivo en la escritura de la historia. *Historia y Grafía*, 38, pp. 95-126.
- Ortiz Zavalla, Graciela (2013). *Melancolía y estructuras neuróticas*. Facultad de Psicología. Universidad de Buenos Aires. Recuperado de: [http://www.psi.uba.ar/docentes\\_graduados.php?var=investigaciones/ubacyt/2013-2016/resumenes.php&id=438](http://www.psi.uba.ar/docentes_graduados.php?var=investigaciones/ubacyt/2013-2016/resumenes.php&id=438).
- Peskin, L. (2006). *El diagnóstico en psicoanálisis*. Buenos Aires. Editorial de la Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales USES. Recuperado de: <http://dspace.uces.edu.ar:8180/jspui/handle/123456789/759>.
- Porge, E. (2007). *Transmitir la clínica psicoanalítica*. Buenos Aires. Nueva Visión.
- Ritvo, J. (1986). Problemas de método (1): Singularidad y nosografía. En *Argumentos*, 1, pp. 67-73. Rosario, Ediciones de la bandera.
- (1990). *El tiempo lógico y el aserto de certidumbre anticipada. Un nuevo sofisma*. Buenos Aires. Letra Viva.
- (2003). Vindicación de la psicopatología. *Imago-Agenda. Periódico orientado a la difusión y el desarrollo del psicoanálisis*, 73. Letra Viva.
- (2014). *La retórica conjetural o el nacimiento del sujeto*. Rosario. Nube Negra.
- Rodrigo, A. (2016). Algunas notas acerca del cuerpo del pasador y el lazo social. Inédito. Jornadas de la Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- Rodrigues de Andrade, R. Germain, M. (1998), Introducción al diagrama de la producción foucaultiana. En: *Indisciplinas sociales*. Rosario. Ediciones del Arca.
- Rodríguez, D. (2016). Perspectivas en psicoanálisis. *Lalengua*, 24, pp. 13-15.
- Rodríguez Ponte, R. (1994) *Clínica de la suplencia generalizada*. Conferencia pronunciada en el Hospital Alejandro Korn de Melchor Romero, La Plata, el 5 de Noviembre de. Inédito. Escuela Freudiana de Buenos Aires.
- (2003). A Juan Ritvo, sobre la psicopatología. En *Filiación. Periódico orientado a la difusión y el desarrollo del psicoanálisis. Imago Agenda*, 76. Letra Viva.
- Rodríguez, S. (2004). *En la trastienda de los análisis. Volumen 2. El diagnóstico psicoanalítico como recurso para la cura*. Buenos Aires. Letra Viva.
- Rousseaux, S. (2003). *Recorrido de un psicoanalista*. Buenos Aires. Catálogos.
- Rubistein, A. (1999). Algunas cuestiones relativas al diagnóstico en psicoanálisis. *Revista de Psicoanálisis UBA*, 1, 119-127. Recuperado de: <http://ea.eol.org.ar/03/es/textos/txt/pdf/textosrubistein.pdf>.
- Rubinsztein, D (2011) *¿Un diagnóstico psicoanalítico?* Recuperado de: <http://www.elsigma.com/introduccion-al-psicoanalisis/un-diagnostico-psicoanalitico/5406>

- Ruiz, A. (2010). El cuerpo y lo sexual: Editorial. *laPsus Calami*, 1. pp. 9-12.
- (2016). Perspectivas en psicoanálisis, *Lalengua*, 24. pp. 12-14.
- Said, E. (2010). *De Fantasmas, Ancestros, Espectros y otras inexistencias más o menos amenazantes*. Buenos Aires. EFBA.
- San Martín, V. (2014) Palabras de apertura. En: *Jacques Lacan y los pintores*. Buenos Aires, EFBA, pp. 13-17.
- Sirota, N. (2016). Perspectivas en psicoanálisis, *Lalengua*, 24. pp. 13-14.
- Steiner, G. (2001). *Gramática de la creación*. Madrid. Ciruela.
- Toro, C. (2013) *Las paradojas del diagnóstico*. Recuperado de: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=2028>
- Twain, M. (2001). *El Diario de Adán y otros relatos [1893]*. Buenos Aires. Losada.
- Vallejo, M. (2006). *Incidencias en el psicoanálisis de la obra de Michel Foucault. Prolegómenos a una arqueología posible del saber psicoanalítico*. Buenos Aires. Letra Viva.
- Vegh, I. (2006). *Las letras del análisis*. Buenos Aires, Paidós.
- (2015). *Senderos del análisis. Progresiones y regresiones*. Buenos Aires. Paidós.
- Vetere, E. (2014). *La posición del analista en la estructura. Del horror al entusiasmo*. Coloquio Internacional de Convergencia 2014. Neurosis, Psicosis, Perversión. Incidencias en lo Real. Inédito.
- Veyne, P. (2004). Un arqueólogo escéptico. En: *Eribon D. et al (comp.) El infrecuente Michel Foucault*. Buenos Aires. Letra Viva / Edelp.
- Villalobos Alpizar, I. (2003) La noción de intertextualidad de Kristeva y Barthes. *Revista de Filosofía de la Universidad de Costa Rica*, XLI, 103, pp. 137-145.
- Wright Mills, C. (1993). *La imaginación sociológica*. Madrid. Fondo de Cultura Económica.
- Yellati, N. (2012). Diagnosticar no es clasificar. *Efecto mariposa: Temas de psiquiatría y psicoanálisis*, 4. pp. 3-7.